

Memorias de Winston S. Churchill

SEGUNDA GUERRA MUNDIAL : LA GRAN ALIANZA

3ª Parte

LIBRO PRIMERO

La marcha alemana hacia el Este

CAPITULO I

En los albores de 1941

En mi visión retrospectiva del panorama incesantemente agitado de la guerra no hay una época tan grávida de responsabilidad como la primera mitad de 1941. En ella fue cuando recayó más directamente sobre mí y sobre mis colegas el peso de infinidad de problemas planteados simultáneamente o en rápida sucesión. Los acontecimientos tuvieron cada vez mayor trascendencia en los períodos subsiguientes; pero las decisiones que entonces habíamos de adoptar no presentaban ya caracteres de dificultad tan acusados como en la citada época. En 1942 sufrimos reveses militares más grandes; pero a la sazón ya no estábamos solos, y nuestro destino se hallaba unido al de la Gran Alianza.

En 1941, nuestros problemas formaban un todo compacto y ninguno de ellos podía ser resuelto independientemente de los demás. Lo que destinábamos a un escenario de la lucha había que retirarlo de otro lugar más o menos lejano. Nuestros recursos materiales eran atterradoramente limitados. Ignorábamos la actitud que en definitiva adoptarían diez o doce Potencias, amigas éstas, oportunistas aquellas y virtualmente hostiles las de más allá en la metrópoli teníamos que enfrentarnos con la acción de los submarinos la amenaza de invasión y el interrumpido “Blitz”; habíamos de orientar la marcha de las diversas campañas del Oriente Medio; y, finalmente, intentar la creación de un frente antialemán en los Balcanes. Y todo esto hubimos de hacerlo solos durante largo tiempo.

Después de salvar el Niágara, teníamos a la sazón que sortear los rápidos. Una de las dificultades de este relato estriba en poner claramente de manifiesto la desproporción existente entre los esfuerzos que con nuestros propios medios debíamos realizar día tras día para mantener la cabeza fuera del agua, y el curso implacable de unos acontecimientos al parecer muy superiores a nuestra capacidad de resistencia.

Confianza ante la gran incógnita

Fuese de ello lo que fuere, contábamos con sólidos cimientos en la Gran Bretaña. Yo tenía la convicción absoluta de que mientras lográsemos mantener en la isla las fuerzas necesarias y el debido grado de preparación, no saldríamos malparados de cualquier intento alemán de invasión en 1941. El poderío aéreo germano en todos los frentes había aumentado muy poco desde 1940 en tanto que nuestros contingentes de

cazas habían pasado de 51 escuadrillas a 78, y nuestras fuerzas de bombardeo de 27 escuadrillas a 45. Los alemanes no habían ganado la batalla del aire en 1940, parecían tener pocas probabilidades de ganarla en 1941.

El Ejército de Tierra que teníamos en la isla había cobrado extraordinaria robustez. Entre septiembre de 1940 y septiembre de 1941 había aumentado de 26 divisiones en activo a 34, amén de cinco divisiones blindadas. Añádase a esto la madurez de las tropas y el enorme incremento de sus pertrechos bélicos. La Guardia Metropolitana había visto aumentar sus efectivos de un millón a millón y medio de hombres, y todos ellos contaban ahora con armas de fuego. Habían mejorado, pues, extraordinariamente, el número, la movilidad, el armamento, el entrenamiento, la organización y las obras de defensa.

Hitler, desde luego, seguía teniendo tropas sobradas para emprender la invasión. Para sojuzgarnos había de lanzar a través del Canal por lo menos un millón de hombres debidamente abastecidos y municionados. En 1941 podía disponer de un número importante, aunque no suficiente, de unidades de desembarco. Pero con unas fuerzas aéreas decididas a todo y un poderío naval que nos daban supremacía clara en ambos elementos, no nos cabía la menor duda de que, llegado el caso, podríamos destruir o inutilizar la armada enemiga. Por consiguiente, todos los argumentos en los cuales habíamos basado nuestra confianza durante 1940 eran ahora incomparablemente más vigorosos. Mientras no se produjese relajación alguna en la vigilancia ni ninguna reducción importante en nuestros elementos de defensa, el Gabinete de Guerra y los jefes de Estado Mayor no temían nada.

Aunque nuestros amigos norteamericanos, algunos de cuyos generales os visitaban periódicamente, consideraban más alarmante nuestra situación y el mundo entero creía probable la invasión de la Gran Bretaña, nosotros nos permitíamos con tranquilidad enviar a lejanas regiones todas las tropas que podían transportar nuestros buques disponibles y lanzar acciones ofensivas en el Oriente Medio y en el Mediterráneo. Allí estaba el gozne sobre el cual había de girar nuestra victoria fundamental, y fue precisamente en 1941 cuando empezaron a ocurrir los hechos de verdadera trascendencia.,

En la guerra, los ejércitos han de luchar. África era el único continente en el que podíamos enfrentarnos con nuestros adversarios en el aspecto terrestre. La defensa de Egipto y de Malta constituía para nosotros un deber ineludible, y el primer gran premio que podíamos alcanzar era la destrucción del Imperio italiano.

La resistencia británica en el Oriente Medio a la presión de las Potencias triunfantes del Eje y nuestro intento de alinear a Turquía y los Balcanes frente a ellas serán la urdimbre y la trama de este relato.

La ecuación África-Balcanes

Las victorias en el desierto africano dieron un tono jubiloso a las jornadas iniciales del año. Bardia, con más de 40.000 hombres, se rindió el 5 de enero. Teníamos ya Tobruk al alcance de la mano y, en efecto, la plaza cayó en nuestro poder, con cerca de 30.000 prisioneros, en el espacio de dos semanas. El 19 reconquistamos Kassala, en el Sudán; el 20 invadimos la colonia italiana de Eritrea, y unos días más tarde nos apoderamos de la estación terminal de Vicia. Aquel mismo día volvió a entrar en Abisinia el emperador Hailé Selassié.

Entretanto, empero, iban llegando noticias de los movimientos y preparativos alemanes para una campaña balcánica.

El 10 de enero, los jefes de Estado Mayor advirtieron a los comandantes militares del Oriente Medio que era posible se produjese un ataque alemán a Grecia antes de terminar el mes. A su juicio, la agresión se realizaría a través de Bulgaria, y la cuña del

avance se preveía a través del valle del Struma con Salónica como objetivo inmediato. El enemigo utilizaría tres divisiones, apoyadas por unos doscientos bombarderos en picado, y en marzo añadiría a dichas fuerzas otras tres o cuatro divisiones.

Los jefes de Estado Mayor puntualizaban que la decisión del Gobierno de Su Majestad de prestar el mayor apoyo posible a los griegos significaba que una vez tomado Tobruk todas las demás operaciones en el Oriente Medio pasarían a segundo término, y autorizaban en envío desde aquella zona de unidades mecanizadas y de especialistas así como fuerzas aéreas hasta los siguientes límites: un escuadrón de tanques ligeros, un regimiento de tanques pesados, diez regimientos de artillería y cinco escuadrillas de aviones.

Los comandantes militares con sede en El Cairo opinaban que las concentraciones alemanas en Rumania, a propósito de las cuales le habíamos advertido, constituían simplemente una acción de guerra de nervios cuya finalidad era inducirnos a dispersar nuestras fuerzas establecidas en el Oriente Medio y detener nuestro avance en Libia. Wavell confiaba en que los jefes de Estado Mayor estudiarían “sin pérdida de tiempo la posibilidad de que los citados movimientos del enemigo sean una mera farsa”. Al leer esta respuesta, que nada tenía que ver con la realidad de los hechos, dicté la siguiente nota:

Del primer ministro al general Ismay o al coronel Hollis, para el Comité de Jefes de Estado Mayor:

“10 – 1 – 41.

“Los jefes de Estado Mayor deberán reunirse mañana sábado por la mañana para estudiar los telegramas recibidos del Cuartel General del Oriente Medio. A menos que deseen hacerme alguna observación sobre el particular quedan autorizados para cursar el adjunto telegrama que he preparado para el general Wavell y el mariscal de aviación Longmore.

“Del primer ministro al general Wavell.

“10 – 1 – 41

“1. Las informaciones que poseemos descartan la posibilidad de que la concentración de tropas alemanas en Rumania sea simplemente una “acción de guerra de nervios” o una “farsa encaminada a motivar una dispersión de nuestras fuerzas”. Pormenores de diverso orden señalan que antes de terminar el mes actual empezará en considerable escala un movimiento de tropas a través de Bulgaria en dirección a la frontera griega, apuntando al parecer a Salónica. Las fuerzas que el enemigo empleará en esta invasión seguramente no serán muy importantes en número, pero sí de superior calidad. Según parece, los contingentes máximos que hasta mediados de febrero habrán podido cruzar la frontera greco-búlgara serán una o quizá dos divisiones blindadas, una división motorizada, unos 180 bombarderos en picado y algunas unidades de paracaidistas.

“2. Dichas fuerzas, empero, si no se las contiene a tiempo, pueden desempeñar en Grecia exactamente el mismo papel que desempeñó en Francia la ruptura del frente de Sedán por el Ejército germano. Todas las divisiones griegas que estén en Albania quedarán fatalmente en difícil posición. Estos son los hechos y las deducciones que tienen su origen en las noticias que poseemos y de cuya veracidad tenemos buenas razones para no dudar. ¿No es precisamente esto lo que han de hacer los alemanes para causarnos mayor daño? La

destrucción de Grecia eclipsará las victorias alcanzadas por ustedes en Libia y puede influir de modo decisivo en la actitud de Turquía, especialmente si entretanto hemos dado claras pruebas de indiferencia ante la suerte aciaga de nuestros aliados. Por consiguiente, deben ustedes ajustar ahora sus planes a los intereses de más vasto alcance que están en juego.

“3. La conquista de Tobruk no deberá retrasarse por nada, pero después todas las operaciones en Libia quedarán subordinadas a la ayuda a Grecia; al recibo de este telegrama deberán efectuarse todos los preparativos necesarios para el inmediato auxilio a Grecia hasta los límites ya indicados. El Comité de Defensa del Gabinete ha estudiado concienzudamente estos problemas, y por su parte el general Smuts nos ha cableografiado sus puntos de vista, que son casi idénticos a los nuestros.

“4. Pedimos y esperamos la pronta y activa ejecución de nuestras decisiones cuya responsabilidad asumimos por entero. La visita de ustedes dos a Atenas permitirá idear el mejor sistema de dar cumplimiento a las decisiones apuntadas. No hay tiempo que perder.”

Los jefes de Estado Mayor dieron su conformidad y se cursó el telegrama. Como puede verse, en aquella época nuestros proyectos no llegaban al extremo de ofrecer a Grecia un ejército, sino tan solo unidades técnicas y especiales.

De acuerdo con las órdenes recibidas, el general Wavell y el mariscal Longmore, jefe de las fuerzas aéreas, se trasladaron en avión a Atenas para entrevistarse con los generales Metaxas (a la sazón primer ministro griego) y Papagos (comandante en jefe de las fuerzas helenas). El 15 de enero nos dijeron que el Gobierno griego no deseaba que desembarcaran tropas británicas en Salónica hasta que pudiesen hacerlo en cantidad suficiente para actuar con carácter ofensivo. Al recibir esta comunicación, los jefes de Estado Mayor telegrafiaron el 17 de enero que en modo alguno podíamos imponer a los griegos nuestra ayuda. En consecuencia, modificamos los planes que teníamos para el futuro inmediato; decidimos presionar en dirección a Bengasi y entretanto acumular en el delta del Nilo la reserva estratégica más fuerte que nos fuese posible.

El 21 de enero, pues, los jefes de Estado Mayor indicaron a Wavell que era de suma importancia conquistar Bengasi. Opinaban que convirtiendo este puerto en una base naval y aérea bien fortificada podíamos dejar de utilizar la carretera del interior y ahorrar tropas y elementos de transporte. Incitábanle asimismo a ocupar lo antes posible el Dodecaneso y especialmente Rodas, a fin de anticiparse a la llegada de la Aviación alemana, con la consiguiente amenaza a nuestras comunicaciones con Grecia y Turquía, y a constituir una reserva estratégica de cuatro divisiones dispuestas en cualquier momento a acudir en auxilio de estos dos países.

Un amigo sin amigos

Con el nuevo año mi relación con el presidente Roosevelt cobró una forma mucho más directa. El 10 de enero llegó a Downing Street un caballero portador de altísimas credenciales. Sabíamos por telegrama procedentes de Wáshington, que se trataba de un enviado personal de Roosevelt y su más íntimo confidente. Dispuse, por lo tanto, que Mr. Brendan Bracken acudiese a recibirle a su llegada al aeropuerto de Poole y que al día siguiente yo almorzaría a solas con él. Así fue como conocí a Harry Hopkins, aquel hombre extraordinario que en determinadas ocasiones desempeñó un papel decisivo en el curso general de la guerra.

Era el suyo un espíritu que ardía en el interior de un cuerpo endeble y enfermizo. Era un faro que se desmoronaba y no obstante seguía proyectando haces luminosos que habían de orientar a las naves hacia puerto seguro. Su compañía me era siempre grata, especialmente cuando las cosas iban mal. Tenía un magnífico sentido del humor, pero sabía asimismo ser muy áspero y emitir conceptos duros. La experiencia me estaba enseñando también a mí a hacer lo propio cuando convenía.



Nuestra primera entrevista duró cerca de tres horas, y muy luego pude apreciar el dinamismo personal de Hopkins y la extraordinaria importancia de su misión. Vi con claridad que me hallaba ante un enviado de Roosevelt cuya gestión había de marcar un hito trascendental en el curso de nuestra historia. Con mirada centelleante y tono enérgico pero mesurado, dijo: “El Presidente está resuelto a que ganemos juntos la guerra. Quede esto bien sentado. Me ha enviado aquí para que les diga a ustedes que a toda costa y por todos los medios los ayudará a salir adelante, sin importarle lo que pueda ocurrirle a él. No hay nada que no esté dispuesto a hacer mientras permanezca en el Poder.”

Así empezó entre nosotros una amistad que se mantuvo incólume en medio de todas las convulsiones. Harry Hopkins fue un agente de enlace fidelísimo, perfecto, entre el Presidente y yo. Pero mucho más que eso, fue durante varios años el principal puntal y alentador del propio Roosevelt. Aquellos dos hombres, subordinado, sin cargo oficial el uno, gobernante supremo de la poderosa republica el otro, adoptaron juntos decisiones de enorme trascendencia que afectaron a todo el ámbito del mundo de habla inglesa.

Naturalmente, Hopkins estaba celoso del ascendiente personal que tenía sobre su jefe y no dejaba el campo libre a los competidores que podían surgir entre sus coterráneos. En este aspecto, pues, quedaba confirmado el célebre verso del poeta Gray: “El favorito no tiene amigos”. Pero esto no era de mi incumbencia.

Delgado, nada vigoroso físicamente, incluso enfermo, alentaba en su alma una fervorosa interpretación de nuestra Causa. La tremenda pugna sólo podía acabar con la derrota, el hundimiento y la muerte de Hitler; había que dejar de lado absolutamente todas las lealtades y todos los propósitos que no condujeran a esta meta. Pocos fuegos interiores han ardido en la historia de los Estados Unidos con mayor intensidad.

Harry Hopkins iba siempre a la raíz de los asuntos. En el curso de la guerra asistí a muchas grandes conferencias en las que estaban reunidas veinte y aun veinticinco de las más destacadas personalidades de la época. Cuando empezaba a cundir el desaliento y parecía que todos los esfuerzos para lograr acuerdos iban a ser vanos, intervenía él de pronto con sequedad para señalar el punto básico de desavenencia: “Creo, señor presidente, que el nudo del problema radica en esto. ¿Estamos dispuestos a afrontarlo o no?” Afrontábase, en efecto, el punto clave, y el problema quedaba siempre resuelto.

Tenía realmente espíritu de gran jefe, y pocas veces ha habido quien le igualara tanto en ardor como en sagacidad. Su entusiasmo por la causa de los pobres y los débiles se hermanaba con su fobia por la tiranía, y en especial cuando la tiranía impuso momentáneamente su ley.

Alpinismo en Scapa Flow

A fin de dar al viaje a los Estados Unidos de nuestro nuevo embajador lord Halifax, toda la solemnidad que en caso requería dispuse que nuestro mejor acorazado, el “King George V”, recientemente construido, con una escolta adecuada de destructores, le llevara a él y a su esposa al otro lado del Atlántico. Les acompañé en mi tren especial para despedirles en Scapa Flow. Aproveché la ocasión para visitar la Escuadra, con la cual había perdido el contacto directo desde mi salida del Almirantazgo.

Este viaje encajaba a maravilla en mi proyecto de tratar más de cerca a Harry Hopkins. Realizamos juntos la visita a la Escuadra e inspeccionamos los buques y las defensas. Me acompañaba mi esposa, que por cierto superó a todos los demás en agilidad y destreza para trepar y saltar de un destructor a otro. En algunas de las ocasiones Hopkins estuvo a punto de caerse al mar.

Regresamos a Glasgow en mi tren. Me dio la bienvenida una gran muchedumbre, conversé con todas las autoridades locales, visité buen número de fábricas y talleres, inspeccioné los servicios de defensa contra aeronaves y contra incendios, y hube de pronunciar no pocos discursos improvisados. Recorrimos luego la región del Tyne, donde ocurrió algo parecido.

Tuve tiempo suficiente para conocer a fondo a aquel hombre y también para conocer interesantes detalles sobre la personalidad de su jefe. Hopkins estuvo conmigo unos diez días, durante los cuales me puso en una magnífica relación mental con el amo de la gran República que acababa de ser reelegido.

Inyección de optimismo

Hacia fines del mismo mes llegó a Inglaterra Mr. Wendell Willkie, el adversario del Presidente de la anterior contienda electoral. El Presidente le había recomendado también a mi atención en forma muy expresiva y, teniendo en cuenta su calidad de jefe reconocido del Partido Republicano, tomamos las disposiciones necesarias para que, con la ayuda del enemigo, pudiese ver todo lo que deseara de la gran capital que hacía frente al acoso alemán. Estuvo también una noche en Chequers conmigo, y allí celebré una larga conversación con aquel hombre inteligentísimo y enérgico, cuya vida cortó una enfermedad inesperada dos años más tarde.

Ex Personaje Naval al presidente Roosevelt.

“28 – 1 – 41.

“Ayer recibí a Willkie. Me impresionaron profundamente los versos de Longfellow que cita usted en su carta. Haré poner ese documento en un marco, como recuerdo de los días terribles que estamos viviendo y como símbolo de nuestra cordial amistad, forjada telegráficamente, pero también telepáticamente, en las horas de más dura prueba.”

He aquí la carta del Presidente:

“En la Casa Blanca, Wáshington, 20 de enero de 1941

Querido Churchill:

Wendell Willkie le entregará la presente, está colaborando lealmente en la tarea de dejar al margen la política entre nosotros.

Creo que los siguientes versos con aplicables tanto al pueblo británico como al nuestro:

“¡Oh nave del Estado, boga adelante!
¿Oh Unión, avanza grande y vigorosa!
¡La Humanidad, con todos sus temores
y esperanzas también para el futuro,
ve anhelante que e es su destino!”

Suyo como siempre Franklin D. Roosevelt.”

Esta magnífica estrofa del poema de Longfellow “La Construcción de la nave” era en verdad alentadora.

CAPITULO II

El sudeste europeo, zona neurálgica

En una guerra de vastas proporciones no es posible separar los problemas militares de los políticos. En el fondo, constituyen una unidad compacta. Es lógico que los militares consideren el aspecto castrense como supremo y único, e incluso que al referirse a las razones políticas lo hagan con cierto desdén. La misma palabra “política” llega a tener un carácter un tanto peyorativo por su asociación con la idea de los partidos políticos. Así, pues, una buena parte de la literatura de este trágico siglo en que vivimos aparece influida por el concepto de que en la guerra sólo cuentan las consideraciones militares y que los técnicos de la ciencia bélica ven mediatizada su labor por la intrusión de los políticos, quienes, por razones personales o de partido, inclinan en uno u otro sentido la dramática balanza de la lucha.

Afortunadamente, el estrechísimo contacto que manteníamos el Gabinete de Guerra, los jefes de Estado Mayor y yo mismo, así como la absoluta ausencia de toda pugna de partido en aquella época en la Gran Bretaña, reducían al mínimo tales disensiones.

Amenaza latente

Mientras proseguía victoriosa la lucha contra los italianos en el nordeste de África y en tanto las fuerzas griegas que combatían en Albania abrigaban excelentes esperanzas de conquistar Valona, todas las noticias que recibíamos acerca de los movimientos y las intenciones alemanas demostraban cada día con mayor claridad que Hitler estaba a punto de intervenir en mucha mayor escala en los Balcanes y en el Mediterráneo.

Ya desde principios de enero teníamos informes relativos a la llegada de fuerzas alemanas a Sicilia, con la consiguiente amenaza para Malta y para todos nuestros proyectos de reanudar el tráfico marítimo por el Mediterráneo. Mucho nos temíamos también que establecieran una base aérea en Pantelaria, con las incontables facilidades que esto supondría para el traslado de unidades germanas, posiblemente blindadas, a Trípoli. Luego resultó que Hitler no había considerado necesario ocupar Pantelaria; pero a la sazón no podíamos dudar de que se disponía a poner en práctica su plan de establecer un pasillo a lo largo de Italia en dirección a África, y al propio tiempo y valiéndose de su nueva ventaja geográfica, interrumpir todos nuestros movimientos hacia el Este y hacia el Oeste en el Mediterráneo.

Por añadidura, existía latente la amenaza de que los Estados balcánicos, incluyendo entre éstos a Grecia y Turquía, entrasen, por atracción o por coacción, en el círculo cada vez mayor de los dominios hitlerianos, o que fuesen invadidos y sojuzgados a viva fuerza si no se avenían a razones más o menos pacíficas. ¿Se repetiría en el sudeste europeo el monstruoso proceso que habíamos presenciado en Noruega, Dinamarca, Holanda, Bélgica y Francia? ¿Iban todos los Estados balcánicos, entre ellos la heroica Grecia, a ser sometidos uno por uno a la tiránica férula, y se vería obligada Turquía a dejar el paso franco hacia Palestina, Egipto, Irak y Persia a las legiones alemanas?

¿No había, por ventura, forma alguna de crear una unidad balcánica y un frente balcánico que, al hacer demasiado costosa aquella nueva agresión teutónica, indujese a Hitler a frenar sus impulsos? ¿No podría producir importantes y saludables reacciones en las Unión Soviética el hecho de una resistencia balcánica frente a Alemania?

En busca de aliados

Claro que la política de aquellos países estaba en gran manera influida por los intereses especiales de cada uno y aun por los sentimientos, dentro de lo que cabe que estos influyan en sus cálculos. ¿Podíamos nosotros extraer de nuestros recursos limitados para cada vez mayores, los elementos necesarios para galvanizar la voluntad de aquellos Estados, cuyos intereses generales eran idénticos entre sí, y unirlos en una acción favorable a la causa común? ¿O debíamos, en cambio, dedicarnos exclusivamente a defender lo nuestro, convertir nuestra campaña en el nordeste de África en una victoria rotunda, y dejar que Grecia, los Balcanes, acaso también Turquía y todo el resto del Oriente Medio cayesen en poder del enemigo?

Una tal decisión de carácter tajante habría tenido la ventaja de aligerarnos de un cúmulo de preocupaciones; y no le han faltado partidarios, como puede verse por los libros de diversos jefes militares que entonces ocupaban cargos secundarios y que han querido darnos a conocer sus opiniones sobre la marcha de la guerra. Desde luego, estos escritores tienen la ventaja de poder señalar “a posteriori” los reveses que sufrimos, pero no han sabido explicarnos, aduciendo razones de peso, cuál hubiese sido el resultado de la táctica contraria a la que seguimos.

Si Hitler hubiese podido, sin luchar apenas, incluir a Grecia y a todos los países balcánicos en su sistema y acto seguido obligar a Turquía a permitir el paso de sus ejércitos hacia el Sur y el Este, quizá habría llegado a un acuerdo con los Soviets acerca de la conquista y reparto de aquellas vastas regiones, dejando para más adelante en su programa la lucha decisiva e inevitable con Rusia. O acaso – lo cual es más verosímil – habría estado en condiciones de atacar a la U.R.S.S. con mayores ventajas de todo orden y adelantar la fecha de esta agresión.

La cuestión principal que los capítulos subsiguientes expondrán y demostrarán es si, con su intervención en el sudeste de Europa, el Gobierno de Su Majestad influyó en forma decisiva, o apreciable al menos, en los manejos de Hitler en dicha zona, y, además si tal intervención afectó primero a la conducta de Rusia y luego a la suerte que ésta había que correr.

Apaciguamiento en Moscú

Según hice constar en la segunda parte de esta obra, habíamos empezado ya a prestar una ayuda limitada a Grecia a raíz de la invasión de su territorio por Italia; cuatro escuadrillas de aviones británicos operaban con cierto éxito desde los aeródromos griegos. Es interesante ver ahora lo que sucedía entretanto en el campo alemán.

El 7 de enero de 1941, Ribbentrop comunicó a los jefes de la misión alemana en Moscú:

“Desde principios de enero se están realizando importantes envíos de unidades alemanas a Rumania a través de Hungría. Este movimiento de tropas se lleva a cabo con el pleno consentimiento de los Gobiernos húngaro y rumano. De momento, dichas fuerzas permanecen acantonadas en el sur de Rumania. Todo esto tiene su origen en el hecho de que hemos de considerar seriamente la necesidad de expulsar por completo a los ingleses de Grecia.

“Los contingentes alemanes en cuestión son suficientes en número y potencial bélico para desempeñar fácilmente cualquier tarea que se les encomiende en la región danubiana y para hacer frente a todas las eventualidades. Las medidas militares que estamos adoptando tienen como exclusivo objeto impedir que las fuerzas británicas se instalen en Grecia y no van destinadas contra ningún país balcánico ni tampoco contra Turquía.

“Por lo que a posibles conversaciones se refiere deben ustedes mantener con carácter general una actitud reservada. En caso de que los elementos oficiales de ahí formulen preguntas en tono apremiante, límitense a indicar la conveniencia de que hagan la gestión oportuna en Berlín. Si no les es posible evitar el diálogo, opinen sin concretar. *En tal coyuntura puede constituir una razón plausible la posesión de informes fidedignos respecto a la importancia creciente de los refuerzos de tropas inglesas de toda especie que llegan a Grecia; conviene también citar la operación de Salónica en la anterior guerra mundial.*

“En cuanto al volumen e importancia de los citados contingentes alemanes, es conveniente por ahora mantener el actual tono de vaguedad. Mas adelante, posiblemente, tendremos interés en revelar la cuantía exacta de las fuerzas y aun quizá dar pábulo a la exageración en este aspecto. En el momento oportuno les daremos la señal para empezar esta nueva fase.”

Schulenburg, embajador alemán en Moscú, contestó el 9 de enero:

“Aquí circulan ya insistentes rumores relativos al envío de tropas alemanas a Rumania; el número de hombres afectados por este movimiento se calcula en unos 200.000. Los círculos gubernamentales, la radio y la Prensa soviéticos no se han ocupado aún del asunto.

“No obstante, es seguro que el Gobierno soviético mostrará en breve vivísimo interés por estos movimientos de tropas y querrá saber cuál es el objetivo concreto de las concentraciones de fuerzas en cuestión y especialmente hasta que punto puede ello afectar a Bulgaria y a Turquía (zona de los Estrechos). Ruego instrucciones adecuadas.”

El ministro alemán de Asuntos Exteriores respondió el mismo día:

“No suscite usted ante el Gobierno soviético el tema del creciente movimiento de tropas alemanas hacia Rumania. “En caso de que Herr Molotov o algún otro miembro destacado del Gobierno soviético le abordara acerca del particular, sírvase contestar que, según sus noticias, el envío de tropas alemanas hacia el Sur es exclusivamente una medida de precaución militar contra Inglaterra. Diga que los ingleses tienen ya contingentes militares en suelo griego y que como es de suponer que los reforzarán en un futuro inmediato, Alemania no puede en modo alguno tolerar que Inglaterra se establezca firmemente en territorio heleno. Le ruego no entre en mayores detalles hasta nuevo aviso.”

Recelos soviéticos “sin fundamento”

A mediados de enero, los rusos ya gravemente preocupados, suscitaron la cuestión en Berlín. El 17 de dicho mes, el embajador ruso se presentó en el Ministerio alemán de Asuntos Exteriores e hizo entregas de la siguiente nota:

“Según todos los informes, se encuentran en Rumania grandes cantidades de tropas alemanas que se disponen ahora a penetrar en Bulgaria con objeto de ocupar dicho país, así como Grecia y los Estrechos. No puede haber duda alguna de que Inglaterra tratará de anticiparse a las operaciones de las fuerzas alemanas e intentará ocupar los Estrechos, emprender una acción bélica contra Bulgaria de acuerdo con Turquía y convertir a Bulgaria en teatro de operaciones.

“El Gobierno soviético ha hecho constar repetidas veces al Gobierno alemán que considera los territorios de Bulgaria y de los Estrechos como zona de seguridad de la U.R.S.S. y que no puede mostrarse ajeno a los acontecimientos que amenacen a los intereses de seguridad de la U.R.S.S. En vista de todo ello, el Gobierno soviético se ve en la necesidad de advertir que considerará la presencia de cualesquiera fuerzas armadas extranjeras en los territorios de Bulgaria y de los Estrechos como una violación de la zona de seguridad de la U.R.S.S.”

El 21 de enero fue llamado el embajador ruso al Ministerio de Asuntos Exteriores alemán y se le dijo que el Gobierno del Reich no había recibido información alguna en el sentido de que Inglaterra tuviese intención de ocupar los Estrechos. Tampoco creía el Gobierno alemán que Turquía fuese a permitir que entrasen fuerzas militares inglesas en su territorio. Sabía positivamente, empero, que Inglaterra tenía el proyecto, y estaba a punto de realizarlo, de establecerse firmemente en territorio griego. Alemania, por su parte, estaba resuelta en absoluto a impedir que las fuerzas militares inglesas se instalasen en suelo griego, pues esto significaría una amenaza a los intereses vitales de Alemania en los Balcanes.

Por consiguiente, se hallaba en curso determinadas concentraciones de tropas en los Balcanes con el único objeto de evitar que los ingleses ocupasen sólidas bases en Grecia. El Gobierno del Reich creía que de este modo prestaba también unos servicios a los intereses soviéticos, que indudablemente habían de ser contrarios a la presencia de Inglaterra en aquellas regiones.

De momento el asunto quedó así.

El caballo turco y el alfil búlgaro

Algunos días después dirigí el siguiente mensaje al presidente de Turquía:

Del primer ministro británico al presidente Inonu, en Ankara

“31 – 1 – 41.

“El peligro cada vez mayor que corren Turquía y los intereses británicos me induce, señor Presidente, a dirigirme a usted personalmente. Tengo noticias ciertas de que los alemanes están estableciéndose ya en los aeródromos búlgaros. Se preparan alojamientos adecuados y ha empezado a llevar allí personal de servicios auxiliares de vanguardia; dichos contingentes se cifran en

varios miles de hombres. Esto se ha llevado a cabo en estrecha connivencia con las Reales Fuerzas Aéreas búlgaras e indudablemente con el consentimiento del Gobierno de Sofía.

“Muy pronto, quizá dentro de pocas semanas empezará la entrada en Bulgaria de tropas y escuadrillas aéreas alemanas. Estas últimas no tendrán más que despegar de sus bases en Rumania y aterrizar en las que se están preparando en Bulgaria, con lo cual podrán entrar en acción inmediatamente. Entonces, a menos que ustedes prometan a los alemanes no atacar a Bulgaria ni realizar acción alguna contra las tropas germanas que se hallen en dicho país, bombardearán Estambul y Adrianópolis simultáneamente, y los “stukas” atacarán asimismo a las fuerzas turcas acantonadas en Tracia.

“A buen seguro confiarán, bien sea llegar a Salónica sin hallar resistencia apreciable o bien obligar a los griegos a concertar la paz con Italia y a cederles a ellos bases en Grecia y en las islas, poniendo de este modo en peligro las comunicaciones entre nuestros ejércitos de Egipto y el Ejército turco. En tal situación, no permitirían que nuestra Flota utilizase el puerto de Esmirna, controlarían rigurosamente el paso por los Dardanelos y por consiguiente cercarían a Turquía en Europa por tres lados distintos. Además, podrían con mucha mayor facilidad atacar Alejandría y en general todo Egipto.

“Comprendo, desde luego, señor Presidente, que, frente a semejantes peligros de mortal gravedad Turquía declararí la guerra. Pero, ¿Qué necesidad hay de conceder al enemigo la enorme ventaja de poder asegurarse el dominio de los aeródromos búlgaros sin haber disparado un solo tiro y sin haber pronunciado una sola palabra?

“Es un hecho cierto que Alemania se dispone a repetir en las fronteras de Turquía la maniobra que llevó a cabo en las fronteras de Francia en abril y mayo de 1940. pero esta vez, en lugar de tener enfrente a unos países neutrales vacilantes y atemorizados como Dinamarca, Holanda y Bélgica, tiene en Bulgaria un confederado y antiguo aliado que sin ningún género de duda ha renunciado a oponer resistencia, cosa que, por lo demás, nunca ha tenido fuerza suficiente para hacer.

“Todo esto, repito, puede echársenos encima en febrero o en marzo, y los alemanes podrán actuare con suma libertad, incluso sin necesidad de emplear grandes contingentes de tropas, en cuanto los aeródromos búlgaros están en condiciones de recibir a la Aviación alemana y sean ocupados por el personal de vanguardia del arma aérea y por los técnicos del Ejército de Tierra. ¿Hemos de permanecer cruzados de brazos contemplando los concienzudos preparativos de este golpe fatídico?

“Creo que nos haríamos merecedores del oprobio de nuestras respectivas naciones si no supiésemos tomar las disposiciones que la prudencia y la previsión más elementales aconsejan. Aun ahora hemos dejado transcurrir ya demasiado tiempo.

“Le propongo, por lo tanto, señor Presidente, que usted y yo adoptemos en defensa de Turquía las mismas medidas que los alemanes están poniendo en práctica en los aeródromos búlgaros. Mi Gobierno desea enviar a Turquía, en cuanto ello sea posible, por lo menos diez escuadrillas de cazas y de aparatos de bombardeo, aparte de las cinco que actualmente operan en Grecia.

“Si Grecia se rindiera o fuese derrotada, trasladaríamos estas otras cinco escuadrillas de aviones a los aeródromos turcos, y además libramos la batalla aérea desde bases turcas con fuerzas cada vez mayores y de primera calidad. De esta forma contribuiremos a prestar al Ejército turco el apoyo aéreo que necesita para poner nuevamente de manifiesto sus famosas virtudes militares.

“Pero más que eso, una vez nuestras escuadrillas estén en los aeródromos turcos, pondremos a Turquía en situación de amenazar con bombardear los campos petrolíferos rumanos si se produce una intrusión militar alemana en Bulgaria o si no se procede a la rápida retirada del personal de aviación que se encuentra ya en Bulgaria. Nos comprometemos a no efectuar tal operación desde bases turcas si no existe acuerdo previo con ustedes sobre el particular.

“Hay más aún. La actitud de Rusia es incierta, aunque confiamos que dicho país seguirá siendo amigo nuestro. Nada reprimirá tanto los eventuales impulsos de Rusia de ayudar a Alemania, siquiera sea indirectamente, como la presencia de importantes fuerzas británicas de bombardeo capaces de atacar desde Turquía los campos petrolíferos de Bakú. Rusia depende de los suministros procedentes de estos yacimientos para atender a las necesidades de una parte importantísima de su agricultura y su destrucción llevaría aparejada un hambre devastadora en el país.

“Así, pues, Turquía, debidamente protegida por considerables fuerzas aéreas, lograría quizá disuadir a Alemania de poner en práctica sus planes de invadir a Bulgaria y sojuzgar a Grecia, y al propio tiempo contrarrestaría el temor que los ejércitos alemanes inspiran a Rusia. No hay tiempo que perder para conseguir esta posición de carácter decisivo, y por lo tanto, al recibo de la contestación de usted en sentido afirmativo el Gobierno de Su Majestad dictará inmediatamente las órdenes necesarias para que nuestro personal de avanzada, uniformado o con atuendo civil, como ustedes prefieran, se traslade acto seguido a Turquía.

“Además, estamos dispuestos a enviar a ustedes un centenar de cañones antiaéreos que se encuentran actualmente en Egipto o están a punto de llegar allí. Les enviaríamos también los técnicos correspondientes, uniformados si ustedes quisieran, o bien a guisa de instructores.

“Todas las restantes medidas que hemos estudiado con el mariscal Chakmak, así como las de orden naval, serán aplicadas en el momento oportuno.

“Los triunfos que hemos alcanzado en Libia nos permitirán prestar una ayuda mucho más directa y rápida a Turquía en el caso de que nuestros dos países se conviertan en aliados en el campo de batalla; haremos causa común con ustedes y aplicaremos nuestro creciente poderío a apoyar eficazmente a sus bravos ejércitos.”

Limitaciones peligrosas

Me daba perfecta cuenta en aquella época de lo peligrosa que era la posición de Turquía. Era a todas luces imposible considerar que el Tratado que habíamos concertado con ella antes de la guerra seguía obligándola en las nuevas circunstancias imperantes.

Al estallar la guerra en 1939, los turcos habían movlizado su importante, valeroso y bien disciplinado Ejército. Pero todas estas cualidades tenían como punto de referencia la situación general existente en la primera guerra mundial. La infantería turca seguía siendo tan buena como siempre y su artillería de campaña era regular. Pero el país carecía en absoluto de las armas modernas que ya en mayo de 1940 habían demostrado tener una eficacia decisiva. La aviación era lamentablemente escasa y primitiva. No tenían tanques ni carros blindados, como tampoco fábricas para su construcción y reparación, ni hombres entrenados en su manejo, ni oficialidad especializada en la táctica que imponían dichos elementos de combate. Apenas si poseían artillería antiaérea y contra tanques. Sus servicios de transmisiones y señales eran rudimentarios. Desconocían por completo el “radar”. Y sus cualidades militares no comprendían actitud alguna para la utilización de todos estos ingenios modernos.

En estas condiciones, las fuerzas turcas establecidas en Tracia, se hallaban en una grave y casi desesperada situación de inferioridad respecto a las tropas búlgaras. Si a este peligro añadíamos la presencia de destacamentos, siquiera limitados, de contingentes aéreos y blindados alemanes, podía muy bien ocurrir que Turquía no fuese capaz de soportar una presión semejante.

La única esperanza de política a seguir en aquella fase de la guerra radicaba en un plan inteligente destinado a unir entre sí las fuerzas de Yugoslavia, Grecia y Turquía; y esto era lo que a la sazón tratábamos de conseguir. Nuestra ayuda a Grecia al producirse la agresión de Mussolini contra su territorio se había limitado al envío de unas cuantas escuadrillas aéreas procedentes de Egipto. La etapa siguiente había sido el ofrecimiento de las unidades técnicas citadas en el telegrama de los jefes de Estado Mayor, oferta que los griegos habían rechazado aduciendo razones que, desde luego, no carecían de fundamento. Nos hallábamos ahora en la tercera fase, en cuya sazón parecía posible establecer en flanco seguro en el desierto con la toma de Bengasi y nuestro avance hasta más allá de dicho puerto, y concentrar en Egipto un potente ejército de maniobra o reserva estratégica.

El mes de febrero nos encontró en esta situación.

CAPITULO III

Las jornadas postreras del “Blitz”

A fines de 1940, Hitler se había dado cuenta ya de que no era posible vencer a Inglaterra mediante ofensivas aéreas de gran estilo. La batalla de la Gran Bretaña había sido su primera derrota y el avieso bombardeo de las ciudades no había amilanado a la nación ni a su Gobierno. Los preparativos para invadir Rusia a principios del verano de 1941 absorbían una buena parte del potencial aéreo germano. Las muchas y muy duras incursiones que hubimos de soportar hasta últimos de mayo no representaban ya toda la fuerza del enemigo. Eran dolorosísimas para nosotros claro está, pero ya no ocupaban el lugar preferente en la atención del Alto Mando alemán ni en la del Führer.

Cortina de humo

La prosecución de la ofensiva aérea contra la Gran Bretaña era una cortina de humo que necesitaba Hitler para encubrir los preparativos que realizaba contra Rusia. En el calendario de sus optimismos figuraba el supuesto de que los Soviets, como los franceses, quedarían anulados en una campaña de seis semanas y que entonces todas las fuerzas del Reich tendrían las manos libres para el asalto final a la Gran Bretaña en el otoño de 1941. Entretanto convenía ir desgastando a la obstinada nación, en primer lugar mediante una combinación del bloqueo submarino y los aviones de gran radio de acción, y en segundo término, a base de ataques aéreos contra sus ciudades y especialmente contra sus puertos.

Por lo que al Ejército de Tierra alemán se refería, la operación “León Marino” (contra Inglaterra) fue substituida por la operación “Barbarossa” (contra Rusia). La Flota alemana recibió orden de dedicar toda su atención a nuestro tráfico marítimo en el Atlántico y la “Luftwaffe” de aplicarse a atacar nuestros puertos y las vías de acceso a los mismos. Este plan entrañaba peligros muchos mayores que el bombardeo despiadado de Londres y de la población civil, y fue para nosotros una gran suerte que los alemanes no lo pusieran en práctica con todas sus fuerzas disponibles y con más tenacidad.

Cohesión en la defensa

El panorama general del “Blitz” en 1941 ofrece tres fases distintas. Durante la primera, que se desarrolló entre enero y febrero, el enemigo vio frustrada buena parte de sus intentos por el mal tiempo, y, excepción hecha de los ataques contra Cardiff, Portsmouth y Swansea, nuestros servicios de defensa civil disfrutaban de un buen merecido respiro, que desde luego no dejaron de aprovechar convenientemente. La Comisión de Defensa Imperial había creado mucho antes de la guerra una red de Comités Portuarios de Emergencia en los cuales estaban representados todos los elementos que tenían relación con la organización y los servicios de los puertos. Aleccionados por la dura experiencia del invierno de 1940 y ayudados por las disposiciones descentralizadoras del Ministerio de Transporte de Guerra, dichos organismos estaban en condiciones de hacer frente por ellos mismos con muchísima mayor eficacia a los problemas derivados de la lucha y podía tener confianza absoluta en la prestación de la ayuda necesaria a través de los comisarios regionales.

Tampoco se descuidó la adopción de métodos de defensa más efectivos. Las cortinas de humo, altamente impopulares entre los habitantes locales por las molestias que les ocasionaban, demostraron más tarde su valía en la protección de los centros industriales del Midland. Se preparó toda una serie de hogueras-señuelo o “estrellas de mar” (así las denominábamos, como recordará el lector) sumamente útiles para desorientar a los pilotos de los bombarderos enemigos, y todo el plan defensivo quedó trabado mediante un sistema coherente de alcance nacional.

Martilleo implacable

Cuando mejoró el tiempo, volvió el “Blitz” a cobrar virulencia. La segunda fase, que algunos han llamado “la jira de la “Luftwaffe” por los puertos”, empezó a principios de marzo. Consistió en ataques que, a pesar de su importancia, no lograron, ni con mucho, paralizar el tráfico en nuestros puertos. El 8 de marzo y en tres noches consecutivas los alemanes bombardearon Portsmouth y causaron daños en los astilleros. Manchester y Salford fueron atacados el día 11. En las noches subsiguientes le tocó el turno a la región de Mersey.

El 13 y el 14, la “Luftwaffe” lanzóse por primera vez y con dureza sobre el Clyde; resultaron muertas o heridas más de dos mil personas, y los astilleros quedaron inutilizados, algunos hasta junio y otros hasta noviembre. Grandes incendios produjeron serias interrupciones en los talleres John Brown, de construcción de buques, y no fue posible reanudar el trabajo normal en ellos hasta el mes de abril. Esta Empresa se hallaba afectada por una huelga de gran magnitud desde el de marzo. La mayoría de los huelguistas se reintegró a sus tareas con renovado ardor ante la evidencia del peligro directo que para muchos de ellos había tomado cuerpo de dramática realidad al quedarse sin hogar por efecto de las bombas. Merseyside, los Midlands, Essex y Londres recibieron sus correspondientes raciones de explosivos antes de terminar el mes.

Los ataques más violentos no se produjeron hasta abril. El día 8, el objetivo básico fue Coventry; en el resto del país, el golpe más duro cayó sobre Portsmouth. Londres sufrió duros ataques el 16 y el 17. Murieron alrededor de 2.300 personas y resultaron heridas más de tres mil. En su tercera y última fase el enemigo siguió adelante en su intento de destruir la mayoría de nuestros puertos principales por medio de bombardeos que en ocasiones se prolongaban por espacio de toda una semana.

Plymouth fue martilleado sin piedad desde el 21 hasta el 29 de abril, y aun cuando las hogueras-señuelo contribuyeron a evitar daños irreparables en los astilleros, ello fue tan sólo a expensas de la propia ciudad.

La culminación de aquel ciclo del “Blitz” se registró en el mes de mayo. Liverpool y las orillas del Mersey sufrieron terribles bombardeos durante siete noches consecutivas. Sesenta mil personas quedaron sin hogar y tres mil resultaron muertas o heridas. De 140 diques que allí teníamos, sesenta y nueve fueron inutilizados, y el tonelaje amarrado a las dársenas o en construcción en los arsenales quedó reducido a una cuarta parte,

Si el enemigo hubiese seguido por ese camino, la batalla del Atlántico habría sido para nosotros aún más peligrosa de lo que lo fue. Pero, como de costumbre, cambió el rumbo. Durante dos noches machacó violentamente Hull, donde cuarenta mil personas vieron destruidas sus casas, los almacenes de víveres fueron pulverizados, y en los talleres de ingeniería naval el trabajo quedó paralizado durante cerca de dos meses. En el curso de aquel mes atacó de nuevo Belfast, que había sufrido ya dos bombardeos anteriormente.

Una sesión académica entre escombros

El 12 de abril, en mi calidad de canciller de la Universidad de Bristol, conferí el grado honorífico de doctor en Derecho a Mr. Winant, embajador de los Estados Unidos; al doctor J.B. Conant, ministro australiano. Mi esposa fue conmigo. Durante la noche nuestro tren quedó parado en un apartadero en pleno campo, pero veíamos el resplandor y oíamos las explosiones del intenso bombardeo que sufría la ciudad de Bristol. Por la mañana temprano entramos en la estación y fuimos directamente al hotel. Me esperaban allí diversos dignatarios, y casi inmediatamente salimos juntos con objeto de recorrer los sectores más afectados de la población.

Los servicios de Defensa Civil actuaban febrilmente y continuaba la extracción de cadáveres de entre los escombros. La prueba había sido dura, pero el espíritu de los ciudadanos era indomable.

Invertimos aproximadamente una hora en la visita a los lugares más gravemente castigados y luego nos dirigimos a la Universidad. Celebrosé la ceremonia en la forma prevista y con la debida solemnidad; pero el edificio contiguo a la Universidad aun ardía, y las brillantes togas académicas de algunas de las altas personalidades presentes, no lograban ocultar por completo los empapados y sucios uniformes que no habían tenido tiempo de quitarse después de los denodados esfuerzos de la noche anterior para extinguir el fuego. El espectáculo era en verdad impresionante.

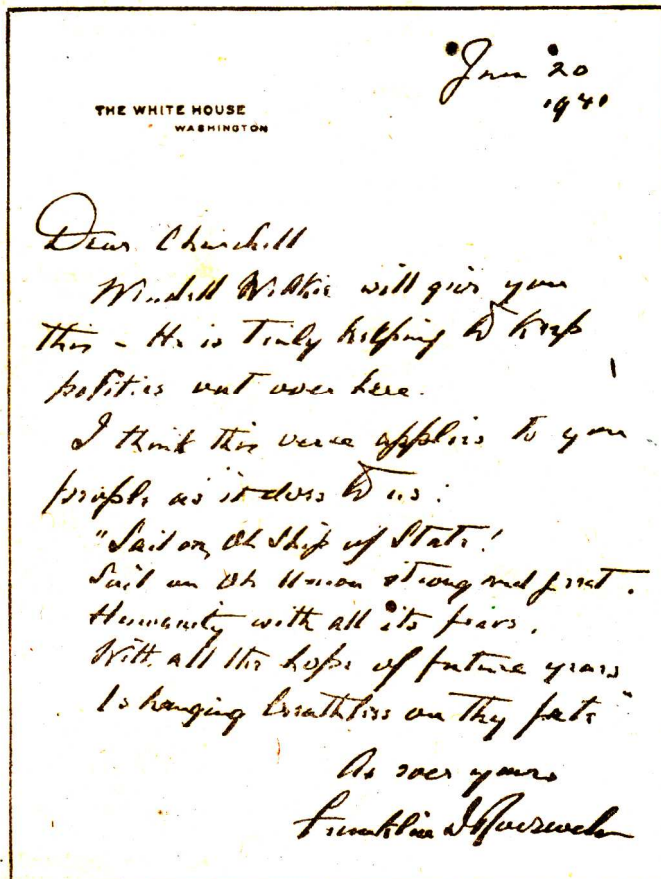
Los frentes de la "guerra mágica"

Ya en el otoño de 1937 los planes para la defensa aérea de la Gran Bretaña habían sido objeto de modificaciones esenciales confiando que nuestros hombres de ciencia cumplirían sus promesas acerca del "radar", cuya eficacia no se había demostrado aún. Las primeras cinco estaciones de la cadena costera de "radar", que protegían el estuario del Támesis, habían registrado la presencia de los viajes en misión de paz que mi antecesor realizó en septiembre de 1938. En la primavera de 1939, dieciocho estaciones situadas entre Dundee y Portsmouth empezaron un servicio de vigilancia de veinticuatro horas al día que no se interrumpió en los seis años siguientes.

Dichas estaciones fueron los cancerberos de los servicios de alarma antiaérea; nos ahorramos tanto graves pérdidas en la producción bélica como la carga insostenible que hubiese caído sobre los hombros de nuestras unidades de defensa civil. Ahorraron a los artilleros de las baterías antiaéreas infinidad de horas de servicio inútil y fatigoso. Evitaron que se produjese el agotamiento moral y material de los hombres y máquinas, agotamiento que habría constituido la ruina de nuestras insuperables pero exiguas fuerzas de cazas si las escuadrillas se hubiesen visto obligadas a prestar constante servicio de patrulla. No podíamos exigirles la precisión necesaria en la interceptación de

Facsímil de la carta de Roosevelt a Churchill
del 20 de enero de 1941

(Véase la traducción en el núm. 1 de esta Tercera parte)



aviones enemigos durante las horas nocturnas, pero permitían a los cazas diurnos aguardar a su presa a altitudes y en condiciones sumamente favorables para ellos. En su decisiva contribución al triunfo en las batallas diurnas contaban con el apoyo y la acción complementaria de otras estaciones más modernas en el orden técnico que avisaban – también con muy escaso margen de tiempo, pero con no menor eficacia – la proximidad de los aviones que volaban a baja altura.

Durante todo el año 1941 seguimos desviando los haces electromagnéticos alemanes a pesar de las distintas operaciones de perfeccionamiento a las que éstos fueron sometidos. Citaré un ejemplo. Para el 8 de mayo por la noche los alemanes proyectaron dos ataques, el primero contra la fábrica Rolls-Royce, en Derby, y el segundo contra Nottingham. Al interferir nosotros sus haces electromagnéticos, que se cruzaban encima de Derby, el enemigo, contra lo que él creía, bombardeó Nottingham donde ardían aún algunos incendios provocados por la incursión de la noche anterior.

Este error de origen desvió el segundo ataque hacia el valle de Belvoir, que está casi tan lejos de Nottingham como Nottingham lo está de Derby.

El comunicado alemán dio cuenta de la destrucción de la fábrica Rolls-Royce, de Derby, a la que en realidad ni siquiera llegaron a acercarse sus aviones. Doscientas treinta bombas de potente explosivo y gran cantidad de artefactos incendiarios cayeron sin embargo, en campo abierto. El total de víctimas registrado allí fue de dos gallinas.

El vuelo de despedida

El ataque más grave fue el último. El 10 de mayo volvió el enemigo sobre Londres con bombas incendiarias. Ocasionó más de dos mil incendios y, al reventar unas ciento cincuenta grandes tuberías de suministro de agua, combinado ello con la bajamar en el Támesis, nos impidió sofocarlos. A las seis de la mañana del día siguiente, los servicios correspondientes informaron que era imposible dominar centenares de dichos fuegos, y el 13 por la noche aun ardían cuatro. Fue el bombardeo más asolador de todo el “Blitz” nocturno.

Cinco dárseas y 71 puntos clave, la mitad de los cuales eran fábricas, habían sufrido los efectos de la metralla alemana. Todas las grandes estaciones ferroviarias, excepto una, quedaron bloqueadas durante varias semanas, y las carreteras principales no pudieron ser abiertas al tráfico normal hasta principios de junio. Murieron o resultaron heridas más de tres mil personas.

La incursión del 10 de mayo tuvo también carácter histórico en otros aspectos, quedó destruida la Cámara de Los Comunes. Una sola bomba redujo a ruinas para muchos años la casa del Parlamento. Fue, con todo, una suerte inmensa que la Cámara estuviese vacía. Por otra parte, nuestras baterías y nuestros cazas derribaron dieciséis aparatos; era ésta la cifra más alta que hasta entonces habíamos alcanzado en los contraataques nocturnos, y con ella recogíamos con creces los frutos de nuestro esfuerzo callado de muchos meses en la “guerra mágica”.

Aquél, aunque a la sazón lo ignorábamos, era en realidad el vuelo de despedida del enemigo. El 22 de mayo Kesselring trasladó el cuartel general de su flota aérea a Posnania, y en los primeros días de junio el grueso de las fuerzas de aviación se desplazó hacia el Este. Casi tres años habían de transcurrir antes de que los servicios de defensa civil de Londres tuviesen que entenderse con el “pequeño Blitz” de febrero de 1944 y con la ulterior embestida de las bombas volantes y las bombas cohete. En los doce meses comprendidos entre junio de 1940 y junio de 1941, el total de víctimas de nuestra población civil ascendió a 94.237; murieron 43.381 personas y 50.856 resultaron gravemente heridas.

Preparando el “ojo por ojo...”

Una vez dominados los haces electromagnéticos enemigos a medida que mejoraba nuestra situación general, nos dedicamos a estudiar el sistema alemán de “radar” con objeto de eliminar los obstáculos que se ofrecían a nuestros proyectos de devolver las visitas recibidas.

En febrero de 1941 localizamos y fotografiamos por primera vez una estación alemana de “radar” destinada a la detección de aviones, y casi simultáneamente captamos su transmisión. Mediante vuelos de reconocimiento y a través de agentes secretos, procedimos a la búsqueda, a todo lo largo de la costa occidental de la Europa ocupada, de instalaciones similares a aquella, situada cerca de Cherburgo.

A medidas de 1941 las Reales Fuerzas Aéreas proyectaban la realización de violentos bombardeos nocturnos sobre Alemania. Para poner en práctica el plan era necesario conocer antes a fondo todo lo relacionado con su sistema defensivo. A buen seguro éste se basaría en su mayor parte como el nuestro, en el “radar”. Gracias a un concienzudo estudio de las instalaciones alemanas de “radar” en la costa, logramos abrirnos paso gradualmente hasta las defensas germanas de cazas nocturnos. Extendíanse éstas a lo largo de un gran cinturón que empezaba en el Schleswig-Holstein y a través del noroeste de Alemania y Holanda llegaba hasta la frontera franco-belga.

CAPITULO IV

La sorprendente aventura del Rudolf Hess

El sábado 19 de mayo de 1941 me encontraba en Ditchley pasando el fin de semana. Después de cenar llegaron las primeras noticias del terrible bombardeo aéreo de Londres. Como ya no podía hacer nada para remediar lo que estaba ocurriendo, decidí asistir a una sesión de cine organizada por mis anfitriones y en la cual se proyectaba una película de los Hermanos Marx. Dos veces salí de la sala para inquirir nuevas acerca del

bombardeo de la Capital; en ambas ocasiones me comunicaron que se trataba de una incursión violentísima. Seguían los cómicos de la cinta desplegando su paradójica facundia y, dentro de lo posible, yo me solazaba con ello.

Breve resumen de los hechos

Entró de pronto uno de mis secretarios a decirme que el duque de Hamilton deseaba hablar conmigo por teléfono desde Escocia. El duque era íntimo amigo mío, pero yo no creía que tuviese nada tan importante para comunicarme que no pudiese esperar hasta la mañana siguiente. Insistió sin embargo en hablar conmigo. Asegurando que se trataba de un asunto urgente y de gran trascendencia, rogué a Mr. Bracken que fuese al teléfono a enterarse de lo que quería decirme el duque. A los pocos minutos volvió con la noticia: “Hess ha llegado a Escocia”. De momento sólo se me ocurrió replicar que aquello era un disparate.

La información, empero, era cierta. A medida que avanzaba la noche iban llegando mensajes confirmatorios. Ya no cabía duda de que Hess, lugarteniente del Führer, ministro sin cartera del Reich, miembro del Consejo Ministerial alemán, miembro del Consejo Secreto de Gabinete de Alemania y jefe del Partido nazi, había descendido en Hamilton, en Escocia.

Pilotando su propio aparato, y vistiendo uniforme de teniente de la “Luftwaffe”, despegó de Augsburg y, llegado el momento previsto, saltó al espacio. Al principio dijo llamarse “Horns”, y no se supo quien era hasta que hubo ingresado en un hospital militar próximo a Glasgow, para curarle unas ligeras heridas que se había producido al llegar al suelo. Poco después, en etapas sucesivas fue trasladado a la Torre de Londres y de allí a otros lugares de cautiverio en la misma Inglaterra. Aquí permaneció hasta el 6 de octubre de 1945, en que fue a reunirse en las celdas de Nuremberg con aquellos de sus colegas que habían sobrevivido a la guerra y a quienes los vencedores instruían el célebre proceso.

Nunca concedí gran importancia a la fuga de Hess. Estaba convencido de que no tenía relación alguna con el curso de los acontecimientos. Profunda fue la sensación que el hecho causó en Inglaterra, en los Estados Unidos, en Rusia y, sobre todo, en Alemania. Después se han escrito muchos libros acerca del particular. Yo me limitaré a dejar sentado aquí lo que a mi juicio constituye la verdad del asunto.

“¡La vida por el Führer!”

Rudolf Hess era un muchacho joven, bien parecido, a quien Hitler cobró afecto y que, con el tiempo, llegó a ser uno de los miembros más íntimos de su Estado Mayor personal. Veneraba al Führer y compartía apasionadamente sus ideas sobre el porvenir del mundo. Sentábase con Hitler a la mesa muchas veces solo y en ocasiones con dos o tres personas más. Conocía y comprendía los sentimientos recónditos del Führer; su odio a la Unión Soviética, su afán de destruir el bolcheviquismo, su admiración por Inglaterra y su ferviente anhelo de vivir en paz y armonía con el Imperio británico, su desprecio por casi todos los demás países... Nadie conocía mejor a Hitler ni le veía más a menudo en sus momentos de absoluta naturalidad.

A poco de estallar la guerra prodújose en su espíritu una curiosa reacción de celos. Se daba cuenta de que él ya no desempeñaba su antiguo papel de confidente y amigo cerca del bienamado Führer. “Ahí – y demás que acaparan la torno a su mesa. Naturalmente, cumplir. Pero yo, Rudols, con



debido a las circunstancias bélicas, papel de confidente y amigo cerca pensaba – están todos esos generales intimidad del Führer y se agrupan en tienen importantes funciones que una hazaña de suprema adhesión, los

superaré a todos y ofreceré a mi Führer un tesoro más valioso y le presentaré un servicio mucho mayor que todos ellos juntos. Iré a concertar la paz con Inglaterra. Mi vida nada vale. ¡Cuan gozoso me siento al poder arriesgarla en semejante empeño!” Ciertamente el plan no encerraba doblez ni, dentro de su ingenuidad, carecía de lógica desde el punto de vista de su autor.

La idea básica que Hess tenía del panorama general europeo era que los belicistas, cuya cabeza visible era Churchill. Habían hecho traición a los verdaderos intereses de la Gran Bretaña y habían apartado a este país de su línea normal de conducta, consistente en la amistad con Alemania y sobre todo en la alianza contra el bolcheviquismo. Si él, Rudolf, conseguía llegar hasta el corazón mismo de Inglaterra y convencer a su Rey de los sentimientos que anidaban en el pecho del Führer respecto a aquella nación, las fuerzas del mal que a la sazón imperaban en la desventurada isla y que tantos sufrimientos innecesarios ocasionaban al pueblo británico, serían arrolladas sin compasión. ¿Podía acaso Inglaterra seguir resistiendo durante mucho tiempo? Francia estaba vencida. Los submarinos estrangularían a no tardar todas las comunicaciones marítimas; los ataques aéreos alemanes reducirían a la nada a la industria británica y destruirían las ciudades de la infortunada Albión.

Pero, ¿a quién recurriría para llevar a cabo su proyecto? Quizá al duque de Hamilton. Le había conocido con ocasión de los últimos Juegos Olímpicos. Sabía también que el duque de Hamilton poseía el título de lord Steward. Era un personaje que a buen seguro cenaba todas las noches con el Rey y cuyas opiniones pesaban grandemente en el ánimo del Monarca. Magnífico intermediario, pues para lograr el sublime propósito.

Tres entrevistas con el visionario

Ex personaje Naval al presidente Roosevelt.

“17 – 5 – 41.

“Un representante del Foreign Office ha celebrado tres entrevistas con Hess. En la primera de ellas (en la noche del 11 al 12 de mayo) Hess se mostró sumamente locuaz. Empezó haciendo una recapitulación de las relaciones anglo germanas en el curso de los últimos treinta años más o menos, con ánimo de demostrar que Alemania había tenido siempre razón y que Inglaterra se había equivocado en todo. A continuación puso de relieve la certidumbre de la victoria alemana, gracias a la acción sabiamente combinada de sus armas submarina y aérea, a la firmeza de la moral germana y a la absoluta unidad del pueblo alemán en torno a Hitler. En esta parte de su declaración esbozó las condiciones para llegar a un acuerdo.

“Dijo Hess que el Führer nunca había abrigado propósitos contra el Imperio británico, el cual quedaría intacto, salvo la devolución de las antiguas colonias alemanas a cambio de dejar a Hitler las manos libres en Europa. Formuló, empero, la salvedad de que el Führer no negociaría con el actual Gobierno de Inglaterra. Como puede usted ver, se trata de la ya clásica invitación a que abandonemos a todos nuestros amigos con objeto de salvar temporalmente la mayor parte posible de la piel.

“El representante del Foreign Office le preguntó si al hablar de que Hitler debía tener las manos libres en Europa consideraba a Rusia comprendida en el continente europeo a en Asia. A lo cual respondió: “En Asia”. Agregó, sin embargo, que Alemania tenía algunas cuentas

que saldar con Rusia, pero desmintió los rumores de que se estuviese preparando un ataque contra la U.R.S.S.

“A juzgar por las palabras de Hess, el curso de sus ideas antes de emprender el vuelo rumbo a Inglaterra era el siguiente: Aun estando plenamente convencido de que Alemania ganaría la guerra, se daba cuenta de que ésta duraría aún largo tiempo y ocasionaría la pérdida de muchas vidas humanas y la destrucción de muchas fuentes de riqueza. Creía, al parecer, que si lograba persuadir al pueblo de este país de que existía una base para concertar un acuerdo, la guerra terminaría rápidamente y se evitarían sufrimientos inútiles.

“En la segunda entrevista, el 14 de mayo, Hess hizo dos nuevas indicaciones:

1) Al establecer un eventual acuerdo de paz, Alemania tendría que apoyar a Rachid Ali y garantizar la evacuación del Irak por los ingleses.

2) La guerra submarina, con la cooperación del arma aérea proseguiría hasta que quedasen cortadas todas las líneas de suministro a estas islas. En el caso de que estas islas capitularan y el Imperio continuase la lucha, seguiría, el bloqueo de la Gran Bretaña, aunque esto hubiese de suponer la muerte por inanición de todos sus habitantes.

“En la tercera entrevista, celebrada el 15 de mayo, nada añadió Hess a sus anteriores manifestaciones, excepto alguna que otra observación un tanto desdeñosa respecto a los Estados Unidos y a la cuantía de la ayuda que pueden ustedes prestarnos. Me temo, especialmente, que no le causa demasiada impresión lo que cree saber, acerca de sus tipos y producción de aviones.

“Hess parece gozar de buena salud, no da señales de excitación y no se ha apreciado en él indicio alguno de locura declara que la fuga fue idea exclusiva suya y que Hitler nada sabía de antemano acerca de ella. Si hemos de creer lo que dice, confiaba ponerse en contacto con los miembros de un “movimiento de paz” existente en Inglaterra para ayudarles a derribar al Gobierno actual. Si es sincero y realmente esta cuerdo, nos encontramos ante una alentadora prueba de ineptitud del Servicio Secreto alemán.

“Aquí no le tratamos mal, pero es conveniente que la Prensa no ponga en torno a él y a su aventura una aureola de romanticismo. No debemos olvidar que tiene su parte de responsabilidad en todos los crímenes de Hitler y que es un presunto criminal de guerra cuya suerte depende en última instancia de la decisión de los Gobiernos Aliados.

“Todo lo que dejo dicho, señor Presidente, es para su información personal. Aquí creemos preferible dejar que la Prensa se desahogue un poco comentando el asunto y que los alemanes se pierdan en un mar de conjeturas. La noticia ha impresionado seriamente a los jefes y oficiales alemanes que tenemos aquí como prisioneros de guerra y estoy seguro de que cundirá la inquietud entre las fuerzas armadas enemigas por temor a lo que Hess pueda decirnos.”

La frase reveladora

El Gabinete rogó a lord Simon que se entrevistara con él, y así lo hizo el 10 de Junio “Cuando el Führer – dijo Hess en aquella ocasión – hubo llegado a la conclusión de que no era posible que prevaleciera el sentido común en Inglaterra, obró exactamente de acuerdo con la norma de conducta del almirante lord Fisher: “Obrar con moderación en la guerra es un disparate. Si le pegáis, pegad fuerte y adondequiera que podáis”. Pero me consta que siempre ha lamentado el Führer tener que ordenar los ataques aéreos y submarinos. Es algo que le duele profundamente. Siente una viva compasión por el pueblo inglés, víctima de estos métodos bélicos... En distintas ocasiones le he oído decir que el vencedor no debe imponer condiciones duras al país con el cual desea llegar a un acuerdo efectivo.

Y acto seguido, la frase clave de la actitud de Hess: “Mi idea era que si Inglaterra llegaba a conocer el verdadero sentir del Führer posiblemente se mostraría dispuesta por su parte a concluir un acuerdo con él” ¡Si Inglaterra llegaba a enterarse de lo bueno que era Hitler, no cabía duda de que accedería a sus deseos!

Obsesión de paz germánica

El estado mental de Hess ha sido objeto de muchos y muy concienzudos estudios médicos. Era, desde luego, un neurótico, una personalidad dividida que buscaba la paz a través de dos sentimientos diferentes: ansia de poder y adoración a un jefe. Pero era algo más que un caso clínico. Creía apasionadamente en su visión del sentir íntimo de Hitler. Con solo que Inglaterra compartiera esta convicción, ¡cuántos sufrimientos podrían ahorrarse y cuán fácil sería llegar a una inteligencia! ¡Manos libres para Alemania en Europa y para la Gran Bretaña en su propio Imperio! Otras condiciones de menor cuantía para ello eran la devolución de las colonias alemanas, la evacuación del Irak y un armisticio y la paz con Italia.

En la situación en que Inglaterra se encontraba, no había esperanza para ella. Si no se avenía a aquellas condiciones, “tarde o temprano llegará el día en que se verá obligada a aceptarlas” A lo cual repuso lord Simon: “No creo que este argumento concreto pese mucho en el ánimo del Gobierno británico, porque debe usted saber que este país tiene aún muchísimas energías y no nos hacen demasiada mella las amenazas”.

Teniendo en cuenta lo estrechamente unido a Hitler que estaba Hess, es sorprendente que nada supiese – o si sabía, que no lo revelara – acerca del inminente ataque a Rusia, para el cual se estaban realizando tan vastos preparativos.

Stalin frunce el ceño

El episodio Hess intrigó vivamente al Gobierno soviético, y los miembros de este tejieron en torno al mismo las más diversas y equivocadas teorías imaginables. Tres años después, cuando hice mi segundo viaje a Moscú, me di cuenta clara de la fascinación que este tópico ejercía en el ánimo de Stalin. En la mesa a la hora de comer, me preguntó cuál había sido el verdadero objetivo de la misión de Hess. Le expliqué brevemente lo que aquí dejo dicho. Tuve la sensación de que creía que había habido unas negociaciones ocultas o una especie de complot secreto entre Alemania e Inglaterra para actuar de consuno en la invasión de Rusia, negociaciones o complot que habían fracasado. Al recordar la proverbial sagacidad de Stalin, me sorprendió en gran manera verle reaccionar en forma tan ingenua en aquel caso.

Cuando el intérprete puso en claro que el mariscal no creía lo que yo acababa de decirle, respondí por medio de mi interprete personal: “Cuando expongo unos hechos que conozco, lo hago con el deseo de que se dé crédito a mis palabras”. Stalin acogió esta

réplica un tanto brusca con una sonrisa ligeramente burlona. “Ocurren muchas cosas – contesto –, incluso dentro de Rusia, de las que no siempre nuestro Servicio Secreto me pone al corriente”. Preferí no seguir discutiendo, y oriente la conversación en otro sentido.

El error de Nuremberg

Meditando sobre el conjunto de esta cuestión, celebro no ser responsable de la forma en que se ha tratado y se está tratando a Hess. Sea cual fuere la magnitud del delito moral que se le pueda atribuir en su calidad de ciudadano alemán que colaboró directamente con Hitler, considero que Hess expió tal culpa al realizar su abnegada y frenética hazaña cargada de lunático idealismo. Vino hacia nosotros por su propia y libre voluntad, y aun desprovisto de toda autoridad tenía en cierto modo categoría de mensajero. Su caso era clínico y no criminal, y así debían haberlo entendido sus jueces.

CAPITULO V

Estrategia política en los Balcanes

(Con los triunfos alcanzados en el desierto en los dos primeros meses de 1941, escribe Mr. Churchill, “el Ejército del Nilo había avanzado ochocientos kilómetros, había destruido un ejército italiano

de más de nueve divisiones y había cogido 130.000 prisioneros, 400 tanques y 1290 cañones. Cirenaica estaba completamente conquistada)

A pesar de estos triunfos, eran tan graves y complejos los problema diplomáticos y militares que teníamos planteados en el Oriente Medio, y era tanto lo que había de abarcar el general Wavell, que en una reunión celebrada el 11 de febrero por el Comité de Defensa se acordó que el ministro de Asuntos Exteriores (Mr. Eden) y el general Dill, jefe del Alto Estado Mayor Imperial, se trasladaran a El Cairo para estudiar los asuntos sobre el terreno con el propio Wavell

Durante la ausencia de Mr. Eden me hice yo cargo del Foreign Office. Esto, naturalmente, representaba para mí un notable aumento de trabajo. En los meses que llevaba desempeñando la jefatura del Gobierno me había acostumbrado, no obstante, a leer cada día las ingentes montañas de telegramas e informes especiales que se recibían, y en mi correspondencia con el presidente Roosevelt y otros jefes de Estado muchas veces redactaba yo mismo las comunicaciones de mayor importancia.

Excepto en casos especiales, hacía que cuidaran de las entrevistas con los embajadores extranjeros el subsecretario permanente del Ministerio, sir Alexandre Cadogan, y Mr. Butler, subsecretario parlamentario. En aquella época todo lo relacionado con los asuntos exteriores y la estrategia bélica se fundía en un solo tema que en cualquier caso yo tenía que estudiar y comprender y al que, dentro de lo posible, había de dar forma.

Grecia, piedra de toque

Del primer ministro a Mr. Eden (En Cairo):

“20 – 2 – 41

“...No se consideren ustedes obligados a acometer la empresa griega si tienen la sensación de que ha de ser un fracaso como el de Noruega. Si no es posible trazar un plan con probabilidades de éxito, sírvanse decirlo, bien saben ustedes, sin embargo, cuán valioso sería un éxito así.”

Este telegrama se cruzó con dos de Mr. Eden en los que informaba sobre las conclusiones de la conferencia que había celebrado en el Cairo con Dill y los tres comandantes en jefe.

“Estamos de acuerdo en que hemos de hacer cuanto sea posible para prestar la máxima ayuda a los griegos sin pérdida de tiempo. Si los griegos aceptan la ayuda que podemos ofrecerles, creemos que habrá buenas probabilidades de detener un eventual avance alemán y evitar que Grecia sea vencida. Sin embargo, lo limitado de nuestros recursos, especialmente en lo que a aviación se refiere, no nos permitirá ayudar a Turquía al mismo tiempo si hemos de apoyar a Grecia en forma efectiva...”

Aquel mismo día Mr. Eden envió otro telegrama desde El Cairo:

“En cuanto a las perspectivas generales de una campaña en Grecia, no cabe duda de que actualmente es una aventura enviar fuerzas al Continente para luchar con los alemanes. Nadie puede

garantizar el éxito, pero cuando estudiamos este asunto en Londres convinimos ya que estábamos dispuestos a correr el riesgo de un fracaso, considerando que es preferible compartir la suerte de los griegos a no hacer nada por ayudarles. Esta es la convicción que aquí tenemos todos. Además aunque la compañía que proyectamos realizar es harto aventurada, confiamos que puede tener éxito hasta el extremo de contener a los alemanes antes de que invadan toda Grecia.

“Conviene no olvidar la trascendencia de lo que está en juego. Si nos abstenemos de ayudar a los griegos, nada cabrá esperar por parte de Yugoslavia, y el futuro de Turquía puede verse seriamente comprometido. Por lo tanto, aunque ninguno de nosotros puede asegurar que, llegado el momento, no tengamos que jugar cartas importantes, creemos que es preciso intentar la ayuda a Grecia. Es muy posible, desde luego, que al entrevistarnos mañana con los griegos nos encontremos con que éstos no quieran aceptar nuestra cooperación.”

Con ayuda o sin ayuda...

El 22 de febrero, Mr. Eden, junto con el general Wavell, sir John Hill y otros jefes militares, se trasladó en avión a Atenas para conferenciar con el Rey de Grecia y su Gobierno. Al llegar por la tarde para establecer los primeros contactos, Mr. Eden fue conducido al Palacio Real de Tatoi.

Preguntóle el Rey, ante todo, si estaba dispuesto a entrevistarse a solas con su primer ministro. Eden expuso al Rey sus objeciones a este respecto, pues deseaba que las conversaciones tuviesen un carácter estrictamente militar. Si habíamos de enviar refuerzos a Grecia tenía que ser por razones militares, sin que se mezclase en ello ninguna consideración de tipo político. No obstante, como insistiera el Rey en su punto de vista, Eden aceptó.

En la entrevista, el primer ministro, M. Korysis, le leyó una nota dando cuenta del resultado de las deliberaciones celebradas por el Gabinete griego en los dos días anteriores.

De Mr. Eden al primer ministro:

“22 – 2 – 41

“Resumo a continuación la declaración que el presidente del Consejo me ha leído al empezar nuestra reunión de hoy.

“1. Deseo reiterar en forma categórica que Grecia, como aliado leal que es, está decidida a seguir luchando con todas sus energías hasta la victoria final. Esta determinación no se limita al caso de Italia, sino que será aplicable también a cualquier agresión alemana que se produzca.

“2. Grecia sólo tiene tres divisiones en la frontera búlgara de Macedonia. Se plantea, por lo tanto, el problema puramente militar de saber qué refuerzos hay que mandar para que el Ejército griego pueda resistir a los alemanes. Mientras se tienen noticias más o menos concretas sobre las tropas alemanas acantonadas en Rumania y sobre las fuerzas movilizadas en Bulgaria, el Gobierno griego, por su parte, actualmente sólo conoce la cuantía de la ayuda británica que podría

recibir en el espacio de un mes. Además, ignoramos cuáles son las intenciones de Turquía y Yugoslavia. En estas circunstancias, la llegada de Vucencia al oriente Medio es valiosísima no sólo para poner en claro la situación sino también para orientarla en forma conveniente para los intereses comunes de la Gran Bretaña y Grecia.

“3. Deseo repetir una vez más que Grecia, ocurra lo que ocurra, y tanto si tiene esperanzas de rechazar al enemigo en Macedonia como si no, defenderá su territorio nacional aun cuando sólo pueda contar con sus propias fuerzas”.

El Gobierno griego quería hacernos constar que había adoptado su decisión antes de saber si podríamos prestarle ayuda o no. El Rey había querido que Mr. Eden supiese esto antes de empezar las conversaciones militares, y éstas se celebraron luego sobre la indicada base.

Una vez terminadas las conferencias militares y las reuniones de los Estados Mayores, que duraron toda la noche y parte del día siguiente, Mr. Eden nos envió el siguiente telegrama:

“Hoy (día 23) hemos llegado a un acuerdo con el Gobierno griego en todos los aspectos. Al final de las deliberaciones pregunté si el Gobierno griego vería con agrado el envío a Grecia de tropas británicas en la cuantía y en las condiciones propuestas. El presidente del Consejo declaró oficialmente que el Gobierno griego aceptaba nuestra oferta con gratitud y aprobaba todos los acuerdos tomados entre los Estados Mayores...”

“Después de reafirmar la decisión de Grecia de defenderse contra Alemania, el presidente del Consejo reiteró los temores del Gobierno griego respecto a la posibilidad de que en caso de ser insuficiente, la ayuda británica sirviese simplemente para precipitar la agresión alemana, e hizo presente que era esencial concretar si las fuerzas griegas y los contingentes que nosotros aportaríamos bastarían para resistir en forma eficaz a los alemanes, teniendo en cuenta la incierta actitud de Turquía y Yugoslavia. Antes de que el Gobierno griego se comprometiera definitivamente, el presidente del Consejo deseaba, pues, que los técnicos militares estudiaran la situación a la luz de la oferta británica. Yo expuse entonces la conclusión lógica que se desprendía de la actitud adoptada por el presidente del Consejo: si habíamos de demorar la acción prevista por temor a provocar a los alemanes, tal acción se produciría inevitablemente demasiado tarde.”

A continuación, Mr. Eden daba cuenta detallada de los acuerdos tomados.

“Las deliberaciones duraron unas diez horas y abarcamos los puntos principales de la cooperación política y militar... Todos hemos quedado gratamente impresionados por la franqueza y la equidad de que han dado muestras los representantes griegos en el estudio de todos los temas tratados. Tengo la plena seguridad de que están decididos a resistir el límite de sus fuerzas, y creo que el Gobierno de Su Majestad no puede hacer otra cosa que apoyarles, prescindiendo de toda consideración acerca de cuáles puedan ser las últimas



consecuencias
asunto. Aun
reconociendo
hemos de
aceptarlos.”

A la vista de los
que venían aprobados
Gabinete decidió
plenamente las
formuladas.

de este
los riesgos,

mensajes transcritos,
por Dill y Wavell, el
sancionar
propuestas

Factores a considerar

Había llegado, pues, la hora de tomar una decisión irrevocable acerca de si debíamos enviar el ejército del Nilo a Grecia o no. Esta medida de tan extrema gravedad era necesaria no sólo para ayudar a Grecia sino para constituir, ante el inminente ataque alemán, un frente balcánico que englobara a Yugoslavia, Grecia y Turquía, y cuyos efectos sobre la tesitura de la Unión Soviética no podíamos prever. Tales efectos habrían sido a buen seguro decisivos si los dirigentes rusos hubiesen imaginado lo que se les venía encima.

Lo que nosotros estábamos en situación de mandar no bastaba para resolver el problema de los Balcanes. Era preciso, por consiguiente estimular y organizar una acción conjunta. Confiábamos que si a una señal nuestra Yugoslavia, Grecia y Turquía actuaban de consuno, Hitler dejaría de momento en paz a los Balcanes o bien se vería obligado, ante la potencia de nuestras fuerzas combinadas a establecer un frente de gran importancia en aquel escenario de la guerra.

Ignorábamos entonces que el Führer estaba ya entregado de lleno a los preparativos de su gigantesco ataque a Rusia. De haberlo sabido, habríamos tenido más confianza en el éxito de nuestra política. Nos hubiésemos dado cuenta de que Hitler se exponía a encontrarse entre dos fuegos, con lo cual quizá habría tenido que suspender su empresa principal para dedicarse antes a los Balcanes. Esto es lo que sucedió efectivamente, pero a la sazón no podíamos saberlo. Es materia opinable si obramos bien o no; lo que no admite duda es que íbamos mejor orientados de lo que creíamos.

Circunspección turca

El informe de Mr. Eden sobre sus conversaciones con los turcos nada tenían de alentador. Se daban cuenta tan claramente como nosotros de los peligros que corrían, pero, al igual que los griegos, estaban convencidos de que las fuerzas que podíamos ofrecerles no serían suficientes para inclinar en un sentido determinado la balanza de una batalla aérea.

De Mr. Eden al primer ministro

“28 – 2 – 41.

“Esta mañana el jefe del Alto Estado Mayor Imperial y yo celebramos una entrevista en términos de gran franqueza y cordialidad con el presidente del Consejo, el ministro de Asuntos Exteriores y el mariscal Chakmar...

“Los turcos confían que si son víctimas de una agresión podrán contener a los alemanes durante un cierto tiempo, aunque preferirían

que nosotros estuviésemos en disposición de acudir inmediatamente en su ayuda... Están de acuerdo en concertar una acción conjunta con el Gobierno yugoeslavo, del cual empero, sólo han recibido hasta ahora una respuesta evasiva a la gestión realizada por ellos a instancias nuestras. Temen, por lo demás un ataque ruso contra su territorio si Turquía se ve envuelta en la guerra contra Alemania.

“Lo importante de esta conversaciones es que Turquía se compromete a entrar en la guerra tarde o temprano. Lo hará así, naturalmente, si se la ataca. Pero si los alemanes le dan tiempo para rearmarse, se aprovechará de ello y declararán la guerra en el momento en que el peso de sus ejércitos pueda producir un efecto realmente favorable en el éxito de la causa común.”

Complejo de temor en Belgrado

Conviene exponer ahora los esfuerzos que realizamos para poner en guardia al Gobierno yugoeslavo. El conjunto de la defensa de Salónica dependía de la actitud de éste, y era esencial saber qué haría cuando llegase el momento decisivo.

El 2 de marzo, Mr. Campbell, nuestro embajador en Belgrado, se reunió con Mr. Eden en Atenas. Dijo que los yugoeslavos tenían miedo a los alemanes y además el país se debatía en una serie de dificultades internas de tipo político. Cabía esperar, sin embargo, que si les poníamos al corriente de nuestros planes para ayudar a Grecia quizá estuviesen dispuestos a colaborar con nosotros. Mr. Eden y los dirigentes griegos se opusieron a la sugestión del embajador por temor a que el enemigo llegase por aquel conducto a enterarse de nuestros proyectos.

El día 5, Mr. Campbell volvió a Belgrado con una carta confidencial del ministro británico de asuntos Exteriores para el Regente (el príncipe Pablo). En dicha carta, Mr. Eden exponía la suerte que correría Yugoslavia en manos de los alemanes y afirmaba que Grecia y Turquía tenían intención de luchar si se les atacaba. En tal caso, Yugoslavia debía unirse a nosotros. El Regente sabría por boca de Campbell que los ingleses habían decidido ayudar a Grecia con fuerzas terrestres y aéreas en la mayor cuantía y a la mayor rapidez posibles, y que si el príncipe Pablo decidía enviar a Atenas a un alto jefe militar yugoeslavo, este participaría en nuestras deliberaciones conjuntas. Añadía el mensaje verbal de Mr. Eden que la defensa de Salónica dependía de la actitud de Yugoslavia. Si este país cedía ante la presión alemana, las consecuencias serían funestas. Le instábamos, por lo tanto, a unirse a nosotros en la seguridad de que las tropas británicas lucharían al lado de las suyas. Íbamos a realizar en Grecia un vigoroso esfuerzo y teníamos excelentes posibilidades de mantener un frente estable.

CAPITULO VI

Vísperas de acontecimientos

(El 1 de marzo de 1941, las fuerzas alemanas empezaron a entrar en Bulgaria; el Gobierno de Sofía decretó la movilización y el Ejército búlgaro tomó posiciones a lo largo de la frontera griega. Mr. Eden y el general Dill volvieron a Atenas procedentes de Ankara y encontraron allí un ambiente muy distinto.

A pesar de los desalentadores acontecimientos que se citan más abajo, sus consejeros militares no consideraban aún “en modo alguno desesperada la idea de detener el avance alemán” en la línea del Aliakmón, en Macedonia)

En Londres. Nuestros puntos de vista sufrieron un notable cambio. Los jefes de Estado Mayor pusieron de manifiesto los diversos factores que afectaban con carácter desfavorable a nuestra política balcánica y especialmente al envío de un ejército a Grecia.

Coeficientes de signo negativo

En su informe, los altos jefes militares hacían hincapié ante todo en los principales cambios que se habían producido en la situación: el pesimismo del comandante en jefe griego; el incumplimiento por parte de los griegos del compromiso contraído por ellos doce días antes, de retirar sus tropas hasta la línea que debíamos constituir si Yugoslavia no colaboraba con nosotros; el hecho de que los 35 batallones griegos que tenían que habernos ayudado a sostener dicha línea hubiesen quedado reducidos a 23 como máximo, todos ellos de reciente creación, faltos de experiencia en la lucha y carentes de artillería.



Habíamos confiado, además, en que los griegos podrían retirar algunas divisiones de su frente de Albania. “El general Papagos dice ahora que esto no es posible, pues las tropas están exhaustas y se encuentran ante un enemigo numéricamente muy superior.

Refiriéndose a nuestras propias dificultades, los jefes de Estado Mayor señalaban que siempre habían confiado que ocuparíamos Rodas antes del envío de fuerzas a Grecia, o por lo menos simultáneamente con esta operación; ahora, en cambio, tal ocupación no se podía realizar hasta después de terminado el envío de tropas al Continente. Esto significaba que en vez de poder dedicar el grueso de nuestros contingentes aéreos a contener el avance alemán, tendríamos que llevar a cabo “considerables” operaciones aéreas contra Rodas a fin de proteger nuestras líneas de comunicación con Grecia. Finalmente, el canal de Suez estaba de momento totalmente bloqueado por las minas enemigas y no cabía esperar que quedase expedita la navegación por él hasta el 11 de marzo.

A juicio de los jefes de Estado Mayor, los alemanes podían concentrar dos divisiones en la línea del Aliakmon por todo el día 15 de marzo y tres más antes del 22. Una de dichas divisiones estaría formada a buen seguro por unidades blindadas. Teniendo en cuenta que los griegos sólo podrían contener a los alemanes en aquella línea por poco tiempo, lo máximo que podíamos esperar era situar una brigada de fuerzas blindadas y otra de neozelandeses frente a las dos primeras divisiones alemanas.

“los riesgos de la empresa –concluía el informe– han aumentado considerablemente”. Los altos jefes militares no creían, empero, estar facultados aún para poner objeciones al criterio de los que sobre el terreno opinaban que la situación no era en modo alguna desesperada.

Matices y distingos

Después de reflexionar a solas el domingo por la noche, en Chequers, sobre el informe de los jefes de Estado Mayor y sobre el tono general de las deliberaciones del Gabinete de Guerra que se había reunido aquella misma mañana, envié a Mr. Eden, que había salido ya de Atenas rumbo al El Cairo, el siguiente telegrama. Este, como se verá, daba un matiz diferente al asunto. Pero asumo plenamente la responsabilidad de la decisión final, pues estoy seguro que yo habría podido suspender la aplicación de todo lo proyectado si hubiese tenido la convicción de que tal era la mejor táctica. Es infinitamente más sencillo suspender que actuar.

“6 – 3 – 41.

“Es evidente que la situación ha empeorado. Los jefes de Estado Mayor han formulado un comentario poco optimista; en mi próximo telegrama le transcribiré el texto de su informe...

“Hemos hecho todo lo posible por establecer en los Balcanes un frente compacto contra Alemania. Debemos tener buen cuidado de no inducir a los griegos, si ellos, con mejor conocimiento de causa, opinan de otro modo a emprender solos una resistencia sin esperanza, cuando no disponemos más que de algunos contingentes reducidos de tropas capaces de llegar a tiempo al escenario de la lucha. Han surgido graves problemas de carácter imperial por el hecho de haber comprometido fuerzas neozelandesas y australianas en una empresa que, como usted dice, es cada vez más arriesgada.

“Estamos obligados a someter a los Gobiernos de los Dominios la opinión de usted y la de los jefes de Estado Mayor. No es posible prever si aprobarán la operación. Desde aquí no vemos razón alguna para confiar en el éxito, excepción hecha, naturalmente, de que concedemos gran importancia al criterio de Dill y Wavell.

“Hemos de evitar que los griegos se consideren obligados a rechazar un ultimátum alemán. Si ellos, por su cuenta, deciden luchar, debemos en cierto modo compartir su suerte. Pero el rápido avance de las fuerzas alemanas impedirá probablemente que las tropas imperiales británicas tengan ocasión de intervenir en forma apreciable. La pérdida de Grecia y de los Balcanes no supone de ninguna manera una catástrofe para nosotros, siempre que Turquía permanezca lealmente neutral...”

Resolución griega

Al leer mi telegrama, sir Michael Palairret, embajador británico en Atenas, telegrafió, profundamente consternado, a nuestro ministro de Asuntos Exteriores, que había llegado ya a El Cairo:

“6 – 3 – 41.

“Acabo de leer la comunicación que el primer ministro ha dirigido a usted. No he de encarecerle el pésimo efecto que habrá de ocasionar el que ahora consideremos sin valor el acuerdo ya firmado entre el jefe del Alto Estado Mayor Imperial y el comandante en jefe griego, acuerdo que el propio general Wilson tiene ya aquí en curso de ejecución. ¿Cómo es posible que abandonemos al Rey de Grecia después de las seguridades que el comandante en jefe y el jefe del Alto Estado Mayor Imperial le dieron acerca de muy considerables probabilidades de éxito? Es algo que me parece absolutamente increíble. Los griegos y el mundo entero nos pondrán en la picota por haber faltado a nuestra palabra.

“Aquí no se trata de “evitar que los griegos se consideren obligados a rechazar un ultimátum”. Han decidido luchar contra Alemania solos si es preciso. El problema esta en si les ayudamos a les dejamos abandonados a su suerte.”

Pocas horas después, el mismo día, Palairret volvió a telegrafiar a Eden:

“El Rey de Grecia, hablando hoy con el agregado aéreo, expresó su agradecimiento por la visita de usted y por su firme decisión de poner en práctica el plan de acción conjunta contra el ataque alemán. Confía plenamente en el éxito y le complace que el general Papagos y su Gobierno compartan esta confianza. Encareció la gran importancia de actuar con rapidez, especialmente por lo que se refiere a disponer aquí de un contingente adecuado de fuerzas de aviación para contrarrestar el ataque aéreo alemán, que constituye el preliminar habitual de las ofensivas del enemigo. Por encima de todo, una derrota inicial alemana en el aire tendría la virtud de destruir el mito de la invencibilidad germana e infundir en el espíritu de toda la nación la misma confianza que él tiene en las probabilidades de éxito.”

Y más tarde aún:

“Esta mañana el general Wilson celebró una conversación altamente satisfactoria con el general Papagos. Salió muy bien impresionado de la reacción favorable que observó en la actitud de este último. Le encontró sumamente animado y dispuesto a cooperar con nosotros en todo lo que sea posible.”

Tres puntos esenciales

Del primer ministro a Mr. Eden (El Cairo).

“6 – 3 – 41.

“El Gabinete de Guerra no tomará ninguna decisión hasta recibir respuesta de usted.”

De Mr. Eden al primer ministro.

“6 – 3 – 41.

“El jefe del Alto Estado Mayor Imperial y yo, reunidos esta tarde con los tres comandantes en jefe, hemos examinado de nuevo la situación. Hemos convenido unánimemente en que, a pesar de los importantes compromisos que supone y de los graves peligros que entraña, sobre todo teniendo en cuenta la limitación de nuestros recursos navales y aéreos, la decisión apropiada es la que se adoptó en Atenas. Los telegramas de Palairret a El Cairo exponen el punto de vista de los griegos.

“Lo antedicho es sólo para que ustedes conozcan nuestra opinión mientras esperamos la decisión final del Gabinete.”

Del primer ministro a Mr. Eden (El Cairo)

“7 – 3 – 41.

“1. Hoy someteré al Gabinete su meditada respuesta. Entretanto, todos los preparativos y movimientos de tropas deben continuar a la máxima velocidad.

“2. Me ha impresionado vivamente la resuelta actitud de usted y sus consejeros militares, Dill, Wavell y supongo que también Wilson, después de un detenido estudio de la situación en sus diversos aspectos y del informe del Comité de jefes de Estado Mayor.

“3. Hay tres puntos esenciales a tener en cuenta. Primero: No debemos cargar con la responsabilidad de inducir a los griegos, si ellos, con mejor conocimiento de causa, opinan de otro modo, a librar una batalla sin esperanza y sumir a su país en la ruina, probablemente a corto plazo. Si, no obstante, sabiendo la escasa ayuda que podemos proporcionarles en fecha determinadas, deciden luchar hasta la muerte, es evidente que, como ya le tengo dicho, debemos compartir su suerte. Es necesario que nadie pueda decir nunca que, disponiendo de tan pocos elementos para ayudar a los griegos, les obligamos a realizar el supremo sacrificio. De la actitud de usted y de los telegramas procedentes de Atenas deduzco que no existe ya duda a este respecto.

“4. Segundo punto. Resulta que la mayor parte de las tropas que hemos de emplear en el cumplimiento de este sagrado deber son la división neozelandesa y, después de marzo, las fuerzas australianas. Conviene que podamos decir con plena certeza a los Gobiernos de Nueva Zelanda y Australia que este albur no lo corremos en virtud de ningún compromiso contraído por un ministro del Gabinete británico en Atenas y firmado por el jefe del Alto Estado Mayor Imperial, sino porque Dill, Wavell y otros comandantes en jefe están convencidos de que hay buenas probabilidades de luchar con éxito. Considero que esto queda implícito en las reacciones positivas de usted a nuestros telegramas preguntando la opinión de los Altos Mandos militares.

“5. Sírvase tener en cuenta, a pesar de todo, que hasta ahora son muy pocos los hechos o argumentos de carácter técnico que usted nos ha expuesto fundándose en la autoridad de los jefes militares y que puedan servirnos para justificar con base firme esta operación a los ojos de los Dominios. No olvidemos que *noblesse oblige*. Es indispensable que recibamos un informe concreto de carácter militar.

“6. Ya sabe que estamos de todo corazón con usted y con sus inteligentes consejeros militares.”

Argumentos técnicos

El 7 de marzo recibimos en Londres el informe completo que nos había prometido acerca de la situación.

De Mr. Eden al primer ministro

“7 – 3 – 41.

“Detallo a continuación los puntos de vista de sus comisionados:

“1. Hemos examinado de nuevo y a fondo el conjunto de la situación con los comandantes en jefe y con Smuts. Aun cuando todos tenemos conciencia de la gravedad de la decisión, no encontramos razón alguna para modificar nuestro dictamen anterior.

“2. Nunca se ha pensado en forzar a Grecia a adoptar decisiones contra el superior criterio de sus gobernantes. Al empezar nuestra primera entrevista en Tatoi, el primer ministro griego me dio a

conocer una declaración escrita anunciando la decisión de Grecia de resistir a la agresión tanto italiana como alemana, sin ayuda de nadie en caso necesario. El Gobierno griego se ha mantenido en todo momento firme en esta actitud, con grados variables de confianza en cuanto al resultado final. Los griegos consideran que para ellos no hay paz honrosa posible mientras Italia y Alemania amenacen sus fronteras. Los griegos sólo pueden elegir entre correr la suerte de Grecia y proseguir la lucha por encima de todo.

“3. Hemos adquirido ya compromisos formales con Grecia. Desde hace meses operan allí ocho escuadrillas de la R.A.F., defensas terrestres y personal de las unidades antiaéreas.

“4. El hundimiento de Grecia sin ulterior esfuerzo por nuestra parte para salvarla mediante una intervención con fuerzas de tierra después de que los triunfos alcanzados en Libia, como todo el mundo sabe, nos han dejado tropas disponibles, constituiría la mayor calamidad imaginable. En tal caso, Yugoslavia estaría perdida sin ningún género de duda; tampoco podemos confiar en que Turquía tuviese fuerza suficiente para mantenerse firme si los alemanes y los italianos se establecían en Grecia sin ningún esfuerzo por nuestra parte para oponerles resistencia. Es seguro que experimentaremos una pérdida de prestigio si nos vemos expulsados ignominiosamente, pero en cualquier caso será menos deshonoroso para nosotros haber luchado y sufrido en tierras griegas que haber abandonado a Grecia a su suerte.

“Estamos todos de acuerdo, pues, en que, dadas las circunstancias actuales es preciso seguir adelante y prestar ayuda a Grecia.”

La decisión

Acompañado por los jefes de Estado Mayor, planteé el asunto ante el Gabinete de Guerra, al cual puse en antecedentes de todo lo sucedido, para que decidiera en definitiva. A pesar de que no podíamos enviar más aviones de los que se nos habían pedido y que se hallaban ya en camino, no se produjo vacilación ni divergencia alguna entre nosotros.

Mi impresión personal era que los elementos responsables que se hallaban sobre el terreno habían estudiado concienzudamente el problema en todos sus aspectos. No cabía duda de que no habían sido objeto de la menor presión política por parte de la metrópoli. Smuts, con su experiencia y su clara visión de las cosas y en su calidad de observador desapasionado, estaba conforme con el juicio de aquellos. Tampoco podía sugerir nadie que habíamos entrado en Grecia contra la voluntad de ésta. No se había ejercido coacción sobre nadie. Contábamos con el apoyo de nuestras supremas autoridades militares, que habían emitido juicio con absoluta independencia y con pleno conocimiento del escenario de la lucha y de los elementos en juego.

Mis colegas, curtidos en las muchas lides que habíamos sostenido juntos, habían llegado por su parte a las mismas conclusiones. Mr. Menzies (premier ministro australiano), sobre cuyos hombros gravitaba una pesada carga, mostrábase dispuesto a afrontar todas las contingencias. Existía una voluntad unánime de acción. La reunión del Gabinete fue breve; la decisión, concluyente.

Del primer ministro a Mr. Eden (El Cairo).

“7 – 3 – 41.

Esta mañana el Gabinete estudió el proyecto a la luz de las comunicaciones recibidas de usted desde Atenas y El Cairo en respuesta a mis telegramas. Los jefes de Estado Mayor dictaminaron que, en vista de la resuelta opinión de los comandantes en jefe del Oriente Medio, del jefe del Alto Estado Mayor Imperial y de los comandantes de las fuerzas que han de intervenir, era aconsejable seguir adelante. El Gabinete decidió autorizar a usted para llevar a cabo la operación, y *al adoptar esta decisión el Gabinete acepta para sí la máxima responsabilidad*. Inmediatamente daremos cuenta de esta a los Gobiernos australiano y neocelandés.”

CAPITULO VII

La encrucijada yugoeslava

Dirías que la firma del funesto pacto germano soviético fue la señal para que los Balcanes pasaran de un solo golpe a manos del Eje. La caída de Francia en junio de 1940 privó a los eslavos del Sur de su tradicional amiga y protectora. Los rusos revelaron sus intenciones acerca de Rumania y ocuparon Besarabia y Bucovina. En Viena, en agosto de 1940, Transilvana fue otorgada a Hungría por Alemania e Italia. Se iba cerrando la red tendida en torno a Yugoslavia. En noviembre de 1940, Markovich, ministro yugoeslavo de Asuntos Exteriores, emprendió por primera vez, secretamente, el camino de Berchtesgaden. Pudo volver de allí sin haber comprometido oficialmente a su país en la política del Eje; pero el 12 de diciembre firmaba un pacto de amistad con el socio menor del eje; Hungría.

En la jaula del tigre

Del jefe del Gobierno británico al ministro de Asuntos Exteriores.

“14 – 1 – 41.

“El Gabinete deberá estudiar esta mañana los adjuntos telegramas de Belgrado acerca de lo que opina el príncipe Pablo. Mi parecer sigue siendo el mismo. Corresponde a los griegos decir si quieren que Wavell visite Atenas o no. Son los griegos quienes deben enjuiciar las relaciones alemanas.

“En segundo lugar, si los alemanes piensan avanzar hacia el Sur no necesitarán pretextos. Según parece están obrando ya de acuerdo con un plan cuidadosamente elaborado cuya ejecución total es difícil saber si se verá acelerada o retardada por cualquier pequeño

movimiento nuestro. Consideramos abrumadora la evidencia que tenemos de los movimientos de tropas alemanas. Ante esta evidencia, la actitud del príncipe Pablo se me antoja la de un desventurado que se encuentra enjaulado con un tigre y confía no provocar a la fiera mientras se acerca implacable la hora de comer.”

A fines de enero de inquietud, llegó a Belgrado el presidente Roosevelt, norteamericano para sondear la europeo. Imperaba el miedo. partidos políticos guardaban un decir lo que pensaba. El una propuesta visita de Mr.



Había una excepción.

Simovich representaba a los elementos nacionalistas entre los altos jefes de las fuerzas armadas. Su despacho del cuartel general de la Aviación, situado en Semun, no lejos de Belgrado, era desde el mes de diciembre un centro clandestino de oposición a la penetración alemana en los Balcanes y a la inercia del Gobierno yugoeslavo.

1941, en aquellos días de creciente coronel Donovan, amigo del comisionado por el Gobierno opinión de los países del Sudeste Los ministros y los jefes de los silencio temeroso. Nadie se atrevía a príncipe Pablo rechazó cortésmente Eden.

Un general de aviación llamado

Se estrecha el cerco

El 14 de febrero, Svetkovich, primer ministro, y Markovich acudieron a Berchtesgaden a indicación de Hitler. Juntos escucharon la declaración del Führer acerca del poder de la victoriosa Alemania, así como sus enfáticas palabras sobre las estrechas relaciones entre Berlín y Moscú. Si Yugoslavia se adhería al Pacto Tripartito, Hitler prometía, en caso de operaciones contra Grecia, no invadir el territorio yugoeslavo, sino tan sólo utilizar sus carreteras y vías férreas para el transporte de pertrechos. Los ministros regresaron a Belgrado seriamente preocupados.

SI Yugoslavia se unía al Eje, Serbia se enfurecería. Si luchaba contra Alemania, se produciría un conflicto por razones de lealtad en Croacia. La única aliada posible en los Balcanes, Grecia, estaba enfrascada en ducha lucha con unos ejércitos italianos de más de doscientos mil hombres y se hallaba bajo la amenaza de un inminente ataque alemán. La ayuda inglesa aparecía dudosa, y en el mejor de los casos tendría un carácter simbólico.

A fin de ayudar al Gobierno yugoeslavo a tomar una decisión satisfactoria, Hitler siguió estrechando el cerco estratégico del país. El 1 de marzo adhirió Bulgaria al Pacto Tripartito; aquella misma noche llegaron a las fronteras de Serbia unidades motorizadas alemanas. Entretanto, para evitar provocaciones el Ejército yugoeslavo continuaba sin movilizar sus fuerzas. Había sonado la hora de elegir.

El 5 de marzo, el príncipe Pablo, salió secretamente de Belgrado rumbo a Berchtesgaden, y una vez allí, sometido a durísima presión, prometió de palabra que Yugoslavia seguiría el ejemplo de Bulgaria. A su regreso, en una reunión del Consejo Real y en deliberaciones por separado con los dirigentes políticos y militares, se encontró con gran disparidad de opiniones. Las discusiones fueron violentas, pero el ultimátum alemán era contundente. Al acudir al Palacio Blanco, residencia del príncipe Pablo, en una de las colinas que se alzan al norte de Belgrado, el general Simovich se mostró firme en su postura contraria a la capitulación. Serbia no aceptaría una decisión semejante, y correría peligro la dinastía. Pero el príncipe Pablo había comprometido ya virtualmente a su país.

Catástrofe en puerta

Desde Londres estaba yo haciendo cuanto podía por alinear a los yugoeslavos en contra de Alemania. El 22 de marzo telegrafí al Dr. Svetkovich:

“22 – 3 41.

“Excelencia: la derrota final de Hitler y Mussolini es inevitable. Nadie que se precie de sensato y sagaz puede dudarle a la vista de la clara resolución formulada respectivamente por las democracias británica y norteamericana. No hay más que 65 millones de perversos hunos y muchos de ellos tienen ya bastante quehacer manteniendo bajo su férula a austriacos, checos, polacos y diversas otras antiguas razas cuyos territorios sojuzgan y saquean actualmente. Los pueblos del Imperio británico y de los estados Unidos suman cerca de 200 millones únicamente en su suelo nacional y en los Dominios británicos.

“Poseemos el dominio indiscutible de los mares, y con la ayuda norteamericana alcanzaremos pronto una superioridad decisiva en el aire. El Imperio británico y los Estados Unidos cuentan con mayores riquezas más recursos técnicos y producen más acero que todas las demás naciones del mundo juntas. Están decididos a no permitir que la causa de la libertad sea pisoteada ni que el progreso del mundo haga marcha atrás por obra de los criminales dictadores, uno de los cuales está ya irremediablemente tocado.

“Sabemos que los corazones de todos los verdaderos serbios, croatas y eslovenos laten por la libertad, la integridad y la independencia de su país, y que comparten los afanes del mundo de habla inglesa. Si en esta hora Yugoslavia se somete al destino de Rumania o comete el crimen de Bulgaria y se convierte en cómplice de un intento de asesinato de Grecia, su ruina será segura e irreparable. No eludirá la dura prueba de la guerra, sino que sólo la aplazará, y entonces sus bravos ejércitos habrán de luchar solos después de verse cercados y sin esperanza de recibir socorro alguno.

“Por otra parte, pocas veces la historia de la guerra ha ofrecido una oportunidad mejor que la que se ofrece a los ejércitos yugoeslavos si éstos saben aprovecharla mientras aún hay tiempo para ello. Si Yugoslavia y Turquía permanecen firmes al lado de Grecia, con toda la ayuda que el Imperio británico puede prestarles, quedará frenado el azote alemán y lograremos la victoria final en forma tan cierta y decisiva como la alcanzamos en la guerra anterior. Confío en Vucencia sabrá ponerse a la altura de los acontecimientos mundiales.”

Pero el 24 de marzo, al anochecer, Svetkovich y Markovich salieron subrepticamente de Belgrado camino de Viena por una estación ferroviaria suburbana. A espaldas de la opinión pública y de la Prensa, firmaron al día siguiente en Viena el pacto con Hitler. Cuando ambos ministros, a su regreso, mostraron al Gabinete yugoeslavo el texto del pacto, tres de sus colegas dimitieron; por los cafés y tertulias de Belgrado cundió rápidamente el rumor de que se avecinaba una catástrofe.

En aquella sazón cursé instrucciones concretas a Mr. Campbell, nuestro ministro en Belgrado:

“26 – 3 – 41.

“No permita que surja ningún obstáculo entre usted y el príncipe Pablo o los ministros. Actúe, insista, machaque incesantemente. Pida audiencias. No admita las negativas como respuestas. Péguese literalmente a ellos, haciéndoles ver que los alemanes consideran ya cosa hecha la sumisión del país a su voluntad. No es hora de reproches ni de dramáticas despedidas. Entretanto, simultáneamente, no eche en olvido ninguna otra solución a la cual tengamos que recurrir si nos enteramos de que el Gobierno actual ha ido demasiado lejos. Sentimos profunda admiración por todo lo que ha hecho usted hasta ahora. Siga actuando así por todos los medios que se le ocurran.”

El golpe de Estado

En el pequeño círculo de jefes y oficiales que presidía Simovich se venía estudiando hacía meses la posibilidad de una acción directa en caso de que el Gobierno capitulase ante Alemania. Se había planeado cuidadosamente un golpe revolucionario. El jefe del proyectado alzamiento era el general Bora Mirkovich, jefe de la Aviación yugoeslava, ayudado por el comandante Knezevich, oficial del Ejército de Tierra, y por un profesor hermano suyo que gracias a su posición tenía contactos políticos directos con el Partido Democrático serbio. Sólo tenía conocimiento de este plan un reducido número de jefes y oficios de probada lealtad, casi todos ellos con graduación inferior a la de coronel. Las mallas de la red se extendían desde Belgrado hasta las principales guarniciones del país; Zagreb, Skoplie y Sarajevo.

Cuando el 26 de marzo empezaron a circular por la capital las noticias relativas al regreso de Viena de los ministros yugoeslavos y los rumores de la firma del pacto, los cursaron las órdenes despuntar el día, los clave de Belgrado, así especialmente de la persona las tropas, bajo el mando de Palacio Real, en las Pablo, en absoluto corriente, de lo que estaba



PEDRO II

de Zagreb. Pocas revoluciones han triunfado con mayor facilidad. No hubo efusión de sangre. Fueron detenidos algunos altos jefes militares. La Policía condujo a Svetkovich al cuartel general de Simovich y allí se le obligó a firmar una carta de dimisión. El Ejército apostó cañones y ametralladoras en lugares adecuados de la capital. A su llegada a Zagreb, el príncipe Pablo se enteró de que Simovich habíase hecho cargo del Gobierno en nombre del joven Rey Pedro II y que el Consejo de Regencia había quedado disuelto.

El comandante militar de Zagreb invitó al príncipe a regresar inmediatamente a Belgrado. Al llegar a la capital, el príncipe Pablo fue escoltado hasta el despacho del general Simovich. Junto con los otros dos Regentes, firmó allí mismo el acta de abdicación. Se le dieron unas horas de tiempo para recoger sus efectos personales, y, acompañado de su familia, salió del país aquella noche para Grecia.

El plan había sido trazado y puesto en práctica por un reducido núcleo de militares nacionalistas serbios, sin consultar a la opinión pública. El hecho provocó una explosión de entusiasmo popular que a buen seguro sorprendió a los autores del alzamiento. Las calles de Belgrado estaban al poco rato atestadas de serbios que cantaban y gritaban: “Antes la guerra que el pacto; primero la muerte que la esclavitud”. La gente bailaba en las plazas; por doquier aparecieron banderas inglesas y francesas; multitudes

tan enardecidas como desamparadas entonaban con aire de brutal desafío el himno nacional servio.



heroico al tirano conquistador en la hora de su máximo poderío.

El 28 de marzo, el joven Soberano que había huido por su cuenta de la tutela de la Regencia descendiendo a fuerza de brazos por una tubería de desagüe, prestó juramento en la catedral de Belgrado, entre fervientes aclamaciones. El ministro alemán era insultado públicamente y la muchedumbre escupía el coche en que iba éste. La hazaña militar había desatado una oleada de vitalidad nacional. Un pueblo con los miembros paralizados, hasta entonces mal gobernado y mal dirigido, cohibido durante largos años al sentirse víctima de un perpetuo engaño, lanzaba su reto temerario y

La cólera de Hitler

Hitler se sintió herido en lo más vivo. Le dio un ataque de aquella cólera convulsiva que de momento anulaba en él toda facultad de raciocinio y que le impulsó a realizar algunas de sus más alucinantes aventuras. Al cabo de un mes, con el ánimo notablemente más sosegado, dijo, hablando con Schulenburg, embajador alemán en Rusia: “El golpe yugoeslavo surgió de improviso, como un rayo en cielo sereno. Cuando el 27 por la mañana me comunicaron la noticia, creí que se trataba de una broma”. Pero lo cierto es que, furioso, convocó al Alto Mando alemán. Goering, Keitel y Joel acudieron al instante. Ribbentrop llegó poco mas tarde.

Las minutas de aquella reunión están entre los legajos del proceso de Nuremberg. Hitler describió la situación yugoeslava después del levantamiento militar. Dijo que Yugoslavia se había convertido en un factor inquietante en la prevista acción contra Grecia (operación “Marita”) y aun más en la operación “Barbarossa” contra Rusia que había de emprender una vez terminada aquélla. A su juicio, era una gran suerte que los yugoeslavos se hubiesen quitado la careta antes de iniciarse la operación “Barbarossa”.

“El Führer está decidido, sin esperar a que el nuevo Gobierno formule posibles declaraciones de lealtad, a realizar todos los preparativos necesarios para destruir a Yugoslavia militarmente y como unidad nacional. No se harán gestiones diplomáticas ni se presentará ultimátum alguno. Alemania se limitará a “tomar nota” de las seguridades que dé el Gobierno yugoeslavo, seguridades que, sean cuales fueren, no pueden inspirarnos confianza en lo sucesivo. El ataque empezará en cuanto las tropas y los elementos adecuados estén dispuestos.

“Hay que solicitar ayuda militar efectiva contra Yugoslavia a Italia, a Hungría y, en ciertos aspectos, a Bulgaria. La tarea esencial de Rumania es la de protegernos contra cualquier posible acción rusa. Los embajadores húngaro y búlgaro tienen ya conocimiento de esto. Hoy mismo se cursará un mensaje al Duce.

“Desde el punto de vista político, es de especial importancia que descarguemos el golpe sobre Yugoslavia con despiadada dureza y que la destrucción militar se lleve a cabo en una sola acción relámpago. Esto amedrentará convenientemente a Turquía e influirá de modo favorable en el curso de la subsiguiente campaña contra Grecia.”

CAPITULO VIII

Tras la revolución encuentra de Belgrado

Los dramáticos acontecimientos del 27 de marzo de 1941 en Belgrado dieron al traste con todas las esperanzas de que se adhiriera al Eje un bloque balcánico compacto. El país primera y directamente afectado fue Hungría. Aunque era evidente que la principal acometida alemana contra los recalcitrantes yugoeslavos había de producirse a través de Rumania, todas las vías de comunicación cruzaban el territorio húngaro.

Ultimátum a Budapest

Casi la primera reacción del Gobierno alemán ante los sucesos de Belgrado fue enviar al ministro húngaro en Berlín en avión a Budapest con el mensaje urgente para el regente de Hungría almirante Horthy:

“Yugoeslavia será aniquilada porque acaba de renunciar públicamente a la política de inteligencia con el Eje. La mayor parte de las fuerzas armadas alemanas ha de pasar por Hungría. Pero el ataque principal no tendrá efecto en el sector húngaro. En éste deberá intervenir el Ejército húngaro; a cambio de su cooperación activa, Hungría podrá recuperar todos los territorios que un día se vio obligada a ceder a Yugoslavia.”

Hungría estaba ligada a Yugoslavia por un Pacto de amistad firmado en diciembre de 1940 y cuya ruptura imponía en una de sus cláusulas el ultimátum de Hitler. Una oposición abierta a las exigencias alemanas no conduciría más que a la ocupación pura y simple de Hungría en el curso de las inminentes operaciones militares. Ante los gobernantes de Budapest, por otra parte abría tentadora la perspectiva de recobrar los territorios contiguos a las fronteras meridionales de su país que éste había entregado a Yugoslavia de acuerdo con el Tratado de Trianón.

La trágica protesta de Teleki

El primer ministro húngaro, conde Teleki, había estado intentando por todos los medios conseguir que su país mantuviera una cierta libertad de acción. No estaba convencido en modo alguno de que Alemania fuese a ganar la guerra. Cuando firmó el Pacto Tripartito confiaba muy poco en la independencia de Italia como miembro del Eje.

Pero la iniciativa le fue arrebatada por el Alto Estado Mayor húngaro, cuyo jefe, el general Perth, de origen alemán, se había puesto de acuerdo con el Alto Mando germano a espaldas del Gobierno de Budapest y procedía ya a fijar los detalles relativos al paso de tropas por el país.

Teleki denunció inmediatamente la acción de Perth, calificándola de felonía. El 2 de abril de 1941 por la tarde recibió un telegrama del ministro húngaro en Londres según el cual el Foreign Office le había hecho constar oficialmente que si Hungría participaba en alguna maniobra alemana contra Yugoslavia, la Gran Bretaña le declararía la guerra. Por consiguiente Hungría se hallaba ante el dilema de oponer una resistencia inútil al paso de las tropas germanas por su suelo o colocarse abiertamente contra los aliados y traicionar a Yugoslavia.

En tan trágica situación, el conde Teleki no vio más que un medio de poner a salvo su honor personal. Poco después de las nueve de la noche salió del Ministerio húngaro de Asuntos Exteriores y se retiró a sus habitaciones del Palacio Sandor. Allí recibió una llamada telefónica. Se cree que alguien le comunicó en aquella ocasión que los ejércitos alemanes habían empezado a cruzar la frontera. Unos minutos más tarde, se disparó un tiro en la sien. Su suicidio fue un sacrificio destinado a absolverse a sí propio y absolver a su pueblo de toda culpa en la agresión alemana contra Yugoslavia. Esto dignifica su nombre ante la Historia. Pero con ello no pudo detener el avance de los ejércitos alemanes ni las consecuencias ulteriores.

Oportunidad final: atacar

Como es natural, las noticias de la revolución de Belgrado nos causaron gran satisfacción. Nos hallábamos por lo menos ante un resultado tangible de nuestros desesperados esfuerzos por crear un frente aliado en los Balcanes y evitar que toda aquella zona cayera en pedazos en poder de Hitler. Mr. Eden había llegado a Malta en su viaje de regreso a la metrópoli; pero al enterarme de lo ocurrido en Belgrado consideré que debía modificar sus planes y volver al lado de los generales Dill y Wavell.

Del primer ministro a Mr. Eden:

“27-3-41.

“En vista del golpe de Estado servio, convendría que regresara usted a El Cairo para encauzar la situación en la mejor forma posible. Opino que esta es la ocasión de atraer a Turquía decididamente a nuestro lado y formar un frente conjunto en los Balcanes ¿No podría usted concertar una reunión en Chipre o en Atenas de todos los interesados? Cuando conozca el verdadero estado de la situación, quizá sería bueno que fuese usted a Belgrado. Entretanto desde aquí seguimos haciendo todo lo que está en nuestra mano para garantizar el éxito.”

El mismo día telegrafíela presidente de Turquía:

“27-3-41.

“Excelencia: los dramáticos hechos que se están registrando en Belgrado y en toda Yugoslavia son susceptibles de ofrecernos una oportunidad inmejorable para evitar la invasión de la península balcánica por los alemanes. Creo que ha llegado la hora de constituir un frente común al que difícilmente Alemania osará atacar. He cableografiado al presidente Roosevelt pidiéndole que haga extensivo el

envío de material norteamericano a todas las Potencias que se opongan a la agresión alemana en el Este. He rogado asimismo a Mr. Eden y al general Dill que adopten todas las medidas posibles para la seguridad común.”

Quedó convenido que Eden permanecería en Atenas para tratar del asunto de Turquía y que el general Dill iría a Belgrado. Saltaba a la vista que la posición de Yugoslavia era desesperada si no se creaba inmediatamente un frente constituido por todas las Potencias afectadas. Los yugoeslavos, empero, aún tenían una magnífica oportunidad: la de asestar un golpe mortal sobre la retaguardia indefensa de los desorganizados ejércitos italianos que luchaban en Albania. Si actuaban con rapidez, podían apuntarse un importantísimo tanto militar, pues mientras los alemanes estuvieran devastando la parte septentrional del país ellos tendrían ocasión de apoderarse de ingentes cantidades de municiones y pertrechos que les serían utilísimos para realizar una guerra de guerrillas bien organizadas en las montañas, única esperanza que en realidad les quedaba ya.

El golpe hubiese sido magno y habría repercutido en todo el escenario balcánico. Así lo apreciábamos nosotros desde nuestra atalaya londinense. El esquemático mapa que acompañaba a este texto da una idea de la forma en que considerábamos posible la citada acción militar.

Inconsciencia ante el peligro

Los errores cometidos durante largos años no se pueden subsanar en unas horas. Una vez apaciguada la excitación general, todo el mundo se dio cuenta en Belgrado de que el desastre y la muerte estaban próximos y que había muy escasas posibilidades de torcer el fatídico curso de los acontecimientos. El Alto Mando yugoeslavo se consideró obligado a situar guarniciones en Eslovaquia y Croacia, con objeto de mantener una ficticia cohesión interna. Por fin el país podía movilizar sus fuerzas. Pero no existía plan estratégico alguno.

Dill no encontró en Belgrado más que un ambiente de confusión y parálisis

general. “A pesar de todos mis esfuerzos – informé a Mr. Eden el 1 de Abril –, no he logrado convencer al presidente del Consejo de la necesidad de entrevistarse con usted en un futuro inmediato. Ha hecho constar que el Gobierno yugoeslavo, especialmente por temor a las consecuencias de orden interno, está decidido a no adoptar ninguna medida que Alemania pueda considerar como una provocación.

El 4 de abril, el general Dill cursó un informe detallado de su misión en Belgrado que muestra hasta que punto los ministros yugoeslavos estaban ajenos al inminente peligro que corrían. A juzgar por su talante y sus palabras, hubiérase dicho que tenían



muchos meses de tiempo para tomar una decisión acerca de la paz o la guerra con Alemania. En realidad, sólo faltaban 72 horas para que el cielo se desplomara encima de ellos. Escribía Dill:

“El resultado final de mi viaje a Belgrado fue desconcertante en muchos aspectos. Fue imposible conseguir que el general Simovich firmara ninguna clase de acuerdo. No obstante, quedé impresionado por el espíritu combativo de los dirigentes yugoeslavos, que lucharán si Yugoslavia es agredida o si Alemania se lanza sobre Salónica. Creo que la entrevista que hoy he de celebrar con los miembros del Estado Mayor yugoeslavo será de gran utilidad, pues en ella tendremos un intercambio de opiniones y confío que también podremos ponernos de acuerdo sobre los diversos planes a poner en ejecución en cualquier eventualidad. Tales planes no supondrán compromiso alguno para ellos ni para nosotros, pero cabe esperar que, cuando llegue la hora, los yugoeslavos estarán dispuestos a aplicarlos.

“El hecho es que Simovich, a pesar de su gran capacidad como gobernante, no tiene espíritu de dictador. Se encuentra con grandes dificultades para mantener unido el Gabinete y no se ha atrevido a proponer a sus colegas ninguna clase de acuerdo con nosotros. Y, por otra parte, tampoco puede concertar semejante acuerdo sin previo conocimiento y consentimiento del Gabinete. Con todo, él y el ministro de la Guerra, Ilich, más enérgico pero menos inteligente, parecen resueltos a luchas...

“Las fuerzas yugoeslavas aun no están en condiciones de hacer la guerra, y Simovich quiere ganar tiempo para terminar la movilización y la concentración de tropas en los lugares convenientes. Por motivos de política interior, no puede dar el primer paso en las hostilidades sino que debe esperar la acción alemana. Supone que Alemania atacará a Yugoslavia por el Sur desde Bulgaria con la idea de aislar a Grecia en seguida... Los yugoeslavos colaboraran en el frente albanés con los griegos, pero tampoco allí atacarán hasta que Alemania tome medidas que afecten a sus intereses vitales.”

Al propio tiempo dirigí yo el siguiente llamamiento al jefe del Gobierno de Belgrado:

Del primer ministro británico al general Simovich:

“4-4-41

“Mis diversas fuentes de información señalan importantes concentraciones y rápidos avances hacia su país por parte de las fuerzas alemanas de tierra y aire. Nuestros agentes en Francia nos dan cuenta de grandes movimientos de unidades de aviación. Incluso se ha procedido a la retirada de bombarderos de Trípoli, según el Servicio Secreto de nuestro ejército africano. No puedo comprender el argumento que ustedes esgrimen de que están ganando tiempo.

“La única acción decisiva para garantizar la seguridad y la victoria de su país consiste en alcanzar un triunfo preventivo y rotundo en Albania y recoger las inmensas cantidades de material que con ello caerán en manos de ustedes. Cuando las cuatro divisiones alpinas que el Estado Mayor de Belgrado sabe están entrenando los alemanes en el Tirol lleguen a Albania, las fuerzas yugoeslavas se encontrarán con una resistencia muy diferente de la que pueden ofrecerle ahora la retaguardia de las desmoralizadas tropas italianas.”

Un gesto de cordialidad

Hemos de registrar ahora la única ocasión en que la oligarquía del Kremlin permitió que suavizara sus cálculos un arranque de afecto cordial.

El movimiento nacional de Belgrado había sido una rebelión espontánea, totalmente divorciada de las actividades del pequeño Partido Comunista yugoeslavo, declarado fuera de la ley, pero apadrinado por Moscú. Después de mantenerse a la expectativa durante una semana, Stalin se decidió a hacer un gesto. Sus funcionarios estaban negociando con Gavrilovich, ministro yugoeslavo en la U.R.S.S., y con una Misión enviada por Belgrado después de la revolución. Poco habían adelantado hasta entonces las conversaciones. En la noche del 5 al 6 de abril, los yugoeslavos fueron inopinadamente llamados al Kremlin. Se les condujo ante el propio Stalin, quien les presentó un borrador de Pacto dispuesto para la firma. El trato quedó cerrado rápidamente.

Rusia se comprometía a respetar “la independencia, la soberanía y la integridad territorial de Yugoslavia”; en el caso de que este último país fuese agredido, Rusia adoptaría una actitud benévola, “fundada en el principio de unas relaciones amistosas”. En cualquier caso, esto era un mohín de hermandad. Gavrilovich permaneció a solas con Stalin hasta primeras horas de la mañana discutiendo con él la cuestión de los suministros militares. En el preciso momento en que terminaban las conversaciones de los dos jefes eslavos, los alemanes descargaban su golpe aterrador.

El horror

El 6 de abril al amanecer aparecieron sobre Belgrado los aviones alemanes de bombardeo. Volando en oleadas sucesivas desde un aeródromo ocupado cerca de Bucarest, lanzaron contra la capital yugoeslava un ataque sistemático que duró tres días. Desde escasa altura rasando casi los tejados, sin temor a una resistencia inexistente, machacaron la ciudad sin compasión. Los alemanes dieron a este bombardeo el nombre de Operación “Castigo”. Cuando por fin el 8 de abril reinó el silencio, más de 17.000 ciudadanos de Belgrado yacían muertos en las calles o bajo los escombros.

Por entre el fuego y el humo de aquel escenario de pesadilla se agitaban los enloquecidos animales liberados de sus jaulas destruidas del parque zoológico. Una cigüeña herida pasaba cojeando frente al hotel principal, convertido en una monstruosa hoguera. Un oso, aturdido y sin comprender nada de lo que ocurría, avanzaba hacia el Danubio con paso lento y torpe a través de aquel infierno. No era el único ursino que no comprendía el alcance de lo que estaba sucediendo.

CAPITULO IX

Maniobras y sondeos nipones

El nuevo año había traído consigo noticias inquietantes del Lejano Oriente. La Marina japonesa daba muestras de creciente actividad por las costas de la Indochina meridional. Se señalaba la presencia de buques de guerra nipones en el puerto de Raigón y en el golfo de Siam. El 31 de enero de 1941, el Gobierno de Tokio gestionó un armisticio entre la Francia de Vichy y Siam. Corrieron rumores de que esta intervención en un litigio fronterizo en el sudeste de Asia era el preludio de la entrada del Japón en la guerra. Al propio tiempo los alemanes ejercían una presión cada vez mayor sobre su aliado oriental para que atacara a los ingleses en Singapur.

Alegatos pacifistas

En la segunda semana de febrero supe que reinaba inusitada agitación y gran revuelo en la Embajada y entre la colonia japonesa de Londres. Los súbditos de Hiro Hito se hallaban evidentemente, en un estado de suma excitación y hablaban entre ellos sin recatarse demasiado. En aquellos días manteníamos bien abiertos los ojos y los oídos. Los diversos informes que llegaban a mí poder daban la impresión clara de que habían recibido noticias de su patria invitándoles a preparar las maletas sin pérdida de tiempo.

Pero la agitación de los japoneses de Londres cesó tan súbitamente como había empezado. Se restablecieron el silencio y la compostura orientales. El 24 de febrero, el embajador nipón, Shigemitsu, vino a verme. Conservé nota de lo tratado en la entrevista.

Yo hice hincapié en las amistosas relaciones que de antiguo unían nuestros dos países, en mis sentimientos personales desde la alianza de 1902 con el Japón, así como en el vivo deseo que todos nosotros experimentábamos de no alterar la normalidad de las relaciones entre Londres y Tokio.

El Japón no podía esperar que viésemos con agrado lo que estaba sucediendo en China, pero manteníamos una correcta actitud de neutralidad, aunque desde luego era una neutralidad muy distinta de la que observamos cuando les prestamos ayuda en su guerra con Rusia. No teníamos la menor intención de atacar al Japón y no deseábamos más que verle convertido en un país próspero y pacífico; añadí que sería lamentable que a aquellas alturas, cuando tenía ya a China entre sus manos, se engolfara en una guerra con Gran Bretaña y los Estados Unidos.

El embajador dijo que el Japón no pensaba atacarnos a nosotros ni a los Estados Unidos y que no deseaba verse envuelto en una guerra con ninguna de dicha Potencias. Los japoneses no intentarían atacar Singapur ni tampoco a Australia y repitió diversas veces que no tratarían de establecerse ni de intervenir para nada en las Indias Orientales holandesas. La única queja que el Japón tenía contra nosotros, dijo, era motivada por nuestra actitud hacia China, que consistía en alentar a ésta, con lo cual aumentaban grandemente las dificultades de los japoneses.

Objetivo común y opiniones diferentes

El 4 de marzo, seguramente después de haber informado a Tokio, me hizo Shigemitsu una segunda visita. He aquí el texto de la nota que preparé a raíz de mi conversación con él.

“El embajador japonés vino a verme hoy y expuso en términos muy amables el vivo deseo que tenía el Japón de no verse envuelto en la guerra y de no romper las relaciones con la Gran Bretaña. Puso de relieve que el Pacto Tripartito es un pacto de paz, y dijo que su origen había que buscarlo simplemente en el afán del Japón de limitar el conflicto. Le pregunté concretamente si el Pacto concedía al Japón el pleno derecho a interpretar cualquier situación determinada, y le hice ver que no había ninguna cláusula en el Pacto que obligase a su país a entrar en la guerra. No disintió de esta opinión; en realidad, asintió tácitamente.

“Acogí sus explicaciones con cordialidad y le rogué que transmitiera la expresión de mi agradecimiento al ministro japonés de Asuntos Exteriores. No creo que el Japón nos ataque en tanto no tenga la seguridad de que vamos a ser derrotados. Dudo mucho de que llegue a intervenir en la guerra al lado de las Potencias del Eje si los Estados Unidos se alían abiertamente con nosotros. Si lo hiciera, cometería una locura evidente. Desde su punto de vista, sería más sensato intervenir en la contienda en caso de que Norteamérica no se aliara con nosotros.”

Tal era asimismo, `por razones muy distintas, la opinión alemana. Tanto Alemania como el Japón deseaban desintegrar el Imperio británico y, en lo posible apoderarse de él. Pero cada cual enfocaba el objetivo desde planos diferentes. El Alto Mando germano argüía que los japoneses debían lanzar sus fuerzas armadas contra Malaca y las Indias Orientales holandesas sin preocuparse de las bases norteamericanas en el Pacífico ni del grueso de la flota de los Estados Unidos tenían fondeaba en el flanco del Imperio del Sol Naciente. Durante los meses de febrero y marzo, los alemanes ejercieron presión sobre el Gobierno japonés para que atacara sin dilación en Malaca y Singapur e hiciera caso omiso de los Estados Unidos.

Los argumentos alemanes no eran suficientes para convencer a los dirigentes militares y navales nipones, que, por lo demás, tampoco creían en el altruismo germano al aconsejar aquella acción. A su entender, había que descartar completamente la idea de una operación en el sudeste de Asia si no iba precedida de un ataque asolador contra las bases norteamericanas o bien de un acuerdo diplomático con los Estados Unidos que dejara zanjadas todas las diferencias pendientes entre ambos países.

Arma de tres filos

De entre el complejo panorama político japonés de aquella época sobresalen tres decisiones esenciales:

Primera: Enviar al ministro de Asuntos Exteriores, Matsuoka, a Europa con objeto de comprobar de cerca la efectividad del dominio alemán en el Viejo Continente y en especial para tratar de averiguar cuándo empezaría realmente la invasión de la Gran Bretaña. Había que saber si las unidades británicas estaban en tal modo concentradas en sus tareas de



MATSUOKA

defensa naval que la Gran Bretaña no podría disponer de elementos para reforzar sus posesiones orientales si el Japón las atacaba. Aunque se había educado en los Estados Unidos, Matsuoka era rabiosamente antiamericano. El movimiento nazi y el poderío de la Alemania en guerra causaban en su ánimo profunda impresión. Hallábase bajo el hechizo de Hitler. Acaso en algunos momentos se veía a sí mismo desempeñando un papel semejante en el Japón.

Segunda: El Gobierno japonés acordó que los Mandos de la Marina y el Ejército quedasen en libertad para *planear* operaciones contra la base norteamericana de Peral Harbour, así como contra las Filipinas, las Indias Orientales holandesas y Malaca.

Tercera: Un estadista “liberal” el almirante Nomura, iría a Washington con el fin de sondear las posibilidades de concertar un acuerdo de carácter general sobre el Pacífico con los Estados Unidos. Esto, al propio tiempo que servía de pantalla para los manejos nipones, era susceptible de conducir a una solución incruenta.

Una carta que “no estaba del todo mal”

(Hallándose Matsuoka en Berlín, Mr. Churchill decidió enviarle un mensaje personal.)

De Mr. Churchill a Mr. Yosuke Matsuoka:

“2-4-41.

“Me permito sugerir algunas preguntas que creo merecen ser estudiadas por el Gobierno imperial japonés y su pueblo.

“1. ¿Logrará Alemania, sin el dominio del mar ni del espacio aéreo británico, invadir y conquistar a la Gran Bretaña en la primavera, el verano o el otoño de 1941? ¿Intentará Alemania hacer tal cosa? ¿No sería conveniente para los intereses del Japón esperar hasta que las anteriores preguntas obtuviesen respuesta?

“2. ¿Tendrá la ofensiva alemana contra la navegación británica fuerza suficiente para evitar que la ayuda norteamericana llegue a las costas inglesas mientras la Gran Bretaña y los Estados Unidos van transformando toda su industria en un factor de potencia para los fines de la guerra?

“3. ¿Han aumentado o han disminuido las probabilidades de que Norteamérica entre en la guerra actual con la firma del Pacto Tripartito por el Japón?

“4. Si Norteamérica interviniera en la contienda al lado de la Gran Bretaña, y el Japón se adhiriera a las Potencias del Eje ¿no permitiría la superioridad naval de las dos naciones de habla inglesa dar buena cuenta de las Potencias del Eje en Europa antes de lanzar sus fuerzas combinadas sobre el Japón?

“5. ¿Es Italia una ayuda o una carga para Alemania? ¿Es tan buena la Flota italiana en el mar como sobre el papel? ¿Es tan buena sobre el papel como lo era antes?

“6. ¿Será la Aviación británica más fuerte que la Aviación alemana antes de terminar el año 1941, y mucho más fuerte antes de terminar el año 1942?

“7. A medida que pasen los años ¿Aumentara o disminuirá la simpatía hacia Alemania en los muchos países actualmente dominados por el Ejército alemán y la Gestapo?

“8. ¿Es cierto que la producción norteamericana de acero durante el año 1941, será de 75 millones de toneladas, y la de la Gran Bretaña de unas 13, o sea un total de casi 90 millones de toneladas? ¿Si Alemania fuese derrotada, como lo fue en la última vez, no serían los 7 millones de toneladas de producción japonesa de acero insuficiente para sostener una guerra sin auxilio de nadie?”

“La respuesta adecuada a estas preguntas puede ayudar al Japón a evitar una grave catástrofe y a mejorar las relaciones entre el Japón y las dos grandes Potencias navales de Occidente.”

Me satisfizo el texto de esta carta cuando la escribí, y al releerla ahora, al cabo de los años, advierto que, en efecto, no estaba del todo mal.

Abrazos, frases ...

Antes de emprender el viaje de regreso a su patria en el ferrocarril transiberiano, Matsuoka se detuvo una semana en Moscú. Celebró diversas y prolongadas conversaciones con Stalin y son Molotov. La única referencia que tenemos de lo tratado en ellas es la que transmitió a Berlín el embajador Schulenburg, a quién, naturalmente, sólo se le dijo lo que los rusos y japoneses quisieron que supiera. Al parecer, las inacabables afirmaciones, ciertas o exageradas, acerca del poderío alemán, no habían convencido del todo al enviado nipón. La actitud reservada de los dirigentes alemanes a propósito de un eventual choque armado con los Estados Unidos había hecho mella en el ánimo de Matsuoka.

Habíase dado cuenta al propio tiempo, a través de las palabras o de las insinuaciones de Ribbentrop, del amenazador y cada vez más profundo abismo que se interponía entre Alemania y Rusia. Ignoramos que referencias dio acerca de esto a sus anfitriones moscovitas. Pero, desde luego, es posible que al enjuiciar la situación con espíritu sereno y después de recibir por mediación de Stafford Cripps el texto telegráfico de mi carta-cuestionario, Matsuoka se sintiese más cerca de Molotov que de Ribbentrop.

Schulenburg reseñó en momento oportuno la manifestación de unidad y camaradería organizada por Stalin en la estación del ferrocarril con motivo de la salida de Matsuoka para el Japón. La salida del tren se retrasó una hora para dar ocasión a una serie de ceremonias y despedidas que ni los japoneses ni alemanes esperaban. Aparecieron Stalin y Molotov en el andén y saludaron a Matsuoka y a los miembros de su séquito en forma ostentosamente afectuosa y les desearon un feliz viaje.

A continuación, Stalin preguntó en voz alta por el embajador alemán. “Cuando me vio – cuenta Schulenburg –, se acercó a mí y me echó el brazo al hombro, diciendo: “Hemos de ser siempre amigos. Usted debe hacer todo lo necesario para que así sea”. Después Stalin se volvió al agregado militar alemán, no sin antes haberse asegurado de que efectivamente era él, y le dijo “Pase lo que pase, seguiremos siendo amigos de ustedes”.

Todos aquellos abrazos eran una vana ficción. Stalin debía tener ya noticias, a través de sus servicios de información, del enorme despliegue de fuerzas alemanas que empezaba a hacerse visible para el Servicio Secreto británico a todo lo largo de la frontera rusa. Faltaban tan sólo diez semanas para que empezara la aterradora embestida hitleriana contra la U.R.S.S. Habrían faltado únicamente cinco semanas a no haber sido por el retraso ocasionado por las campañas de Grecia y Yugoslavia.

Sutilezas orientales

Matsuoka regresó a Tokio, después de su viaje a Europa, hacia fines de abril. Recibiólo en el aeropuerto el primer ministro, príncipe Konoye, quien le comunicó que aquel mismo día el Gobierno japonés había estudiado las posibilidades de una inteligencia con Estados Unidos en el Pacífico. Era ésta una idea contraria a la tesis que sostenía Matsuoka. A pesar de las dudas que de vez en cuando le asaltaban, seguía creyendo en la victoria final de Alemania. Apoyándose en el prestigio del Pacto Tripartito y en el Tratado de neutralidad con Rusia, no veía la necesidad de buscar una conciliación con los norteamericanos quienes a su entender, nunca se atreverían a afrontar simultáneamente una guerra contra Alemania en el Atlántico y contra el Japón en el Pacífico.

Por lo tanto, el ministro de Asuntos Exteriores se encontró en los círculos gubernamentales con un estado de opinión radicalmente opuesto a su modo de sentir. A pesar de sus vehementes protestas, el Gabinete nipón decidió proseguir las negociaciones en Wáshington y también mantenerlas ocultas a los ojos de los alemanes. El 4 de mayo, Matsuoka, por su cuenta y riesgo, dio a conocer al embajador alemán el texto de una nota norteamericana que proponía al Japón una fórmula para llegar a un acuerdo en el Pacífico, empezando con la mediación yanqui entre el Japón y China. El obstáculo principal para la viabilidad de esta propuesta era la petición norteamericana de que, como medida previa, las fuerzas niponas evacuaran el territorio chino.

Como dejo dicho, Matsuoka recibió mi carta en Moscú. Durante su viaje de regreso, mientras el tren corría por la estepa siberiana, preparó una respuesta ambigua que cursó a su llegada a Tokio.

De Mr. Matsuoka a Mr. Winston Churchill:

“22-4-41.

“Vuecencia... puede estar absolutamente seguro de que el Japón trazará la línea de su política exterior después de examinar con espíritu imparcial todos los hechos y de considerar con el máximo cuidado todos los elementos de la situación actual así como las previsiones para el futuro, teniendo siempre muy en cuenta, empero, el gran empeño racial que le anima de establecer las condiciones de lo que conocemos con el nombre de “Hakko-ichiu”, o sea la concepción japonesa de una paz universal que no permita que ningún pueblo sea conquistado, oprimido ni explotado por otro. Y una vez trazada dicha línea de conducta, creo innecesario decir a Vuecencia que nuestro país la seguirá con ánimo resuelto, pero con la máxima circunspección, acoplándola en sus detalles a la evolución de las circunstancias.”

Matsuoka “pierde la faz”... y el cargo

El 28 de junio, una semana después de la invasión de Rusia por Hitler, se celebró una reunión del Gabinete japonés y el Consejo Imperial. Matsuoka se encontró inmediatamente en una posición falsa. Había “perdido la faz”, porque no se había enterado de que Hitler tenía la intención de atacar a Rusia. Habló a favor de la alianza abierta con Alemania, pero la opinión de los reunidos le fue contraria por mayoría abrumadora. El Gobierno decidió adoptar una política de compromiso.

Se acordó acelerar los preparativos militares. Como alguien citara el artículo 5º del Pacto Tripartito, que estipulaba la validez del convenio en la lucha contra Rusia, se tomó la decisión de informar confidencialmente a Alemania de que el Japón “combatiría al bolcheviquismo en Asia”, invocando al propio tiempo el Tratado de neutralidad vigente con Rusia para justificar la no intervención nipona en la guerra germano

soviética. Por otra parte, el Gobierno acordó seguir aplicando la táctica expansiva en los mares del Sur y completar la ocupación de la Indochina meridional.

Estas decisiones no fueron del agrado de Matsuoka. A fin de crear un estado de efervescencia en pro de la entrada en la guerra al lado de Alemania, mandó imprimir uno de sus discursos para que, en forma de folleto, tuviera amplia difusión. El Gobierno japonés ordenó la recogida de los ejemplares ya distribuidos, y el 16 de julio Matsuoka era destituido de su cargo. Pero en tanto el Gabinete japonés no estaba dispuesto a ir a remolque de Alemania, su política no representaba un triunfo para los elementos moderados de la vida pública nipona. Continuaba sin cesar la vigorización de las fuerzas armadas del país y se iban a establecer bases en la Indochina meridional. Esto constituía el prelude esencial del ataque a las colonias británicas y holandesas en el sudeste de Asia. Por lo que ahora sabemos, parece ser que los dirigentes de la política japonesa no esperaban ninguna reacción vigorosa por parte de Norteamérica o Gran Bretaña contra aquel proyectado avance hacia el Sur.

Vemos, pues, cómo en aquella coyuntura del gran drama mundial, los tres Imperios regidos por hombres calculadores y fríos cometían errores que habían de tener consecuencias desastrosas tanto para sus ambiciones como para su propia seguridad. Hitler estaba resuelto a declarar la guerra a Rusia, lo cual desempeñó un papel decisivo en su ruina final. Stalin, con gravísimo perjuicio para Rusia seguía ignorando la tragedia que se cernía sobre él. Y el Japón estaba desperdiciando, evidentemente, la mejor ocasión imaginable de convertir sus sueños en realidad.

CAPITULO X

La primera ofensiva de Rommel

Hace ahora su aparición en la escena de nuestro relato una nueva figura. Es la de un guerrero alemán que ocupará siempre un puesto destacado en los anales militares del mundo.

Estampa de gran capitán



Edwin Rommel nació en Heidenheim (Wurtemberg), en noviembre de 1891. Era un muchacho enfermizo, y se educó en su casa hasta que a los nueve años entró en la escuela nacional de la localidad, cuyo director era su padre.

En la primera guerra mundial luchó en el Argona, en Rumania y en Italia; fue herido dos veces y se le concedieron los más altos grados de la Cruz de Hierro y de la Orden “Pour le Mérite”.

Al estallar la segunda conflagración mundial fue nombrado comandante del cuartel general del Führer en la campaña polaca y luego obtuvo el mando de la 7ª División blindada del 15º Cuerpo de Ejército. Esta unidad, conocida con el sobrenombre de “división fantasma”, constituyó la punta de lanza de la ruptura del frente del Mosa por los alemanes. Rommel estuvo a punto de caer prisionero cuando las fuerzas británicas contraatacaron en Arras el 21 de mayo de 1940. Después de aquella acción condujo a sus fuerzas hasta Lille a través de La Bassée

Si esta acometida hubiese tenido más éxito – o quizá si no hubiese sido frenada por orden del Alto Mando –, habría podido aislar a una buena parte del Cuerpo Expedicionario británico, incluyendo la 3ª División, a cuyo frente se hallaba el general Montgomery. Suya fue la punta de lanza que cruzó el Somme y avanzó sobre el Sena en dirección a Ruán, arrollando el ala izquierda francesa y haciendo prisioneros a importantes contingentes franceses y británicos en las inmediaciones de Saint Valéry. Su división fue la primera en llegar a la costa del canal de la Mancha, y entró en Cherburgo inmediatamente después de terminada la evacuación de nuestras unidades.

Homenaje por encima de la hecatombe

Todos estos servicios tan distinguidos le hicieron acreedor al nombramiento, a principios de 1941, de jefe de las tropas alemanas enviadas a Libia. El 12 de febrero llegó

con su Estado Mayor personal a Trípoli para combatir junto al aliado luchando contra el cual se había cubierto de gloria muchos años antes.

En aquella época las ambiciones italianas se limitaban a conservar Tripolitania. Rommel se puso al frente del creciente cuerpo expedicionario alemán situado bajo mando italiano, e inmediatamente se aplicó a propugnar una campaña ofensiva.

Cuando a principios de abril el comandante en jefe italiano intentó persuadirle de que el “África Korps” germano no debía avanzar sin su permiso, Rommel protestó diciendo que “como general alemán tenía que dictar órdenes de acuerdo con lo que la situación requiriese”. Los temores relativos al problema de los suministros eran, declaró, “infundados”. Solicitó y obtuvo completa libertad de acción.

A lo largo de toda la campaña demostró Rommel ser un verdadero maestro en la dirección de las formaciones móviles, especialmente en la maniobra de reagruparlas rápidamente después de una operación y explotar el éxito inicial. Era un magnífico ajedrecista militar; resolvía con decisión los problemas del abastecimiento y afrontaba las más difíciles situaciones sin titubeos. Al principio, el Alto Mando alemán, que le había dado carta blanca, quedó atónito ante sus éxitos fulgurantes y estuvo inclinado a ponerle cortapisas para evitar una catástrofe.

Su energía y su audacia nos infligieron sensibles derrotas, pero merece el homenaje que le rendí –no sin que mi actitud suscitara reproches entre la opinión pública– en la Cámara de los Comunes en enero de 1942, en cuya ocasión dije de él: “Tenemos frente a nosotros un hábil y osado contrincante y, permítaseme afirmarlo al margen del estrago de la guerra, un gran general”. Merece asimismo nuestro respeto porque, aun siendo un leal soldado alemán, odiaba a Hitler y todo lo que éste había hecho, y tomó parte en la conspiración de 1944 para salvar a Alemania quitando de en medio al loco tirano. Esta audacia postrera le costó la vida.

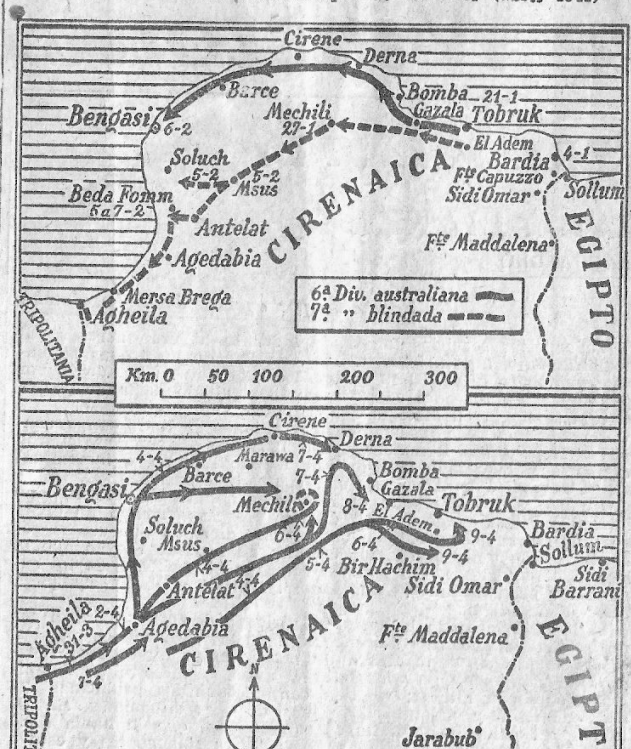
En las sombrías guerras de la democracia moderna no hay sitio para la caballería. Las ciegas hecatombes de magnitud gigantesca y los efectos masivos de las armas de hoy anulan toda posibilidad de sentimiento, de nobleza. No obstante, no me arrepiento ni me retracto del tributo que rendí a Rommel, por muy anacrónico que entonces pareciera.

La posición clave

En Londres admitimos el telegrama de Wavell del 2 de marzo (en el cual rechazaba la idea de que el enemigo atacase en gran escala antes de terminar el verano) como base a nuestra actuación. El desfiladero de Agheila era la clave de la situación. Si el enemigo se abría paso hacia Agedabia, correrían grave peligro Bengasi y todas las demás posiciones situadas al oeste de Tobruk. Aquél podía escoger entre seguir la excelente carretera de la costa hasta Bengasi y más allá o utilizar los caminos del interior que conducen directamente a Mechili y Tobruk dejando de lado la llanura desértica de 320 kilómetros de largo por 160 de ancho. Valiéndonos de esta última línea habíamos copado y hecho prisioneros en el mes de febrero a millares de italianos que se retiraban por Bengasi.

No podía, pues, ser para nosotros motivo de sorpresa que Rommel empleara también la ruta del desierto para hacernos la misma jugada. De todos modos, mientras estuviera en nuestro poder el paso de Agheila, el enemigo no tendría ocasión de burlarse de nosotros en tal forma. Hay allí buenas posiciones naturales., pero no estaban guarnecidas como era menester; ello era debido en parte a las grandes dificultades que entrañaba el transporte de fuerzas y material desde Tobruk, pues no considerábamos prudente utilizar el puerto de Bengasi a estos efectos.

La defensa adecuada de aquellas posiciones dependía del conocimiento no sólo del terreno sino de las particularidades de la guerra en el desierto. Tan rápido había sido



oeste de Tobruk.

nuestro avance y tan fáciles y rotundas nuestras victorias, que a la sazón no comprendíamos el verdadero alcance de estos hechos estratégicos. Sin embargo, una superioridad de elementos blindados – más aún en calidad que en cantidad– y una relativa paridad aérea podían dar el triunfo a las fuerzas más briosas y decididas en una refriega sostenida en pleno desierto, aun en el supuesto de no contar con el desfiladero clave. Los preparativos que hicimos no llegaron a establecer ninguna de estas condiciones. Estábamos en situación de inferioridad en el aire, y nuestras fuerzas blindadas, por las razones que más adelante se expondrán, eran atterradoramente insuficientes, como lo eran asimismo el entrenamiento y el material de las tropas que se hallaban al

El “puñetazo en las narices”

El 17 de marzo los generales Wavell y Dill realizaron un viaje de inspección por Cirenaica. Fueron en automóvil hasta Agheila pasando por Antelat, y Dill quedó impresionado al observar lo difícil que era defender las grandes extensiones desérticas entre Agheila y Bengasi. En un telegrama fechado el 18 de marzo en El Cairo que dirigió a su lugarteniente en Londres decía que el hecho principal a destacar era que entre las salinas al este de Agheila y el puerto de Bengasi el desierto era tan llano y apropiado para los vehículos blindados que, en igualdad de condiciones en todo lo demás, ganaría el bando cuyas disponibilidades de tanques fuesen mayores. No había posiciones idóneas para los combates de infantería. Desde luego, el problema del abastecimiento a través de aquellas grandes distancias seguía vigente y favorecía por completo nuestra acción defensiva. Wavell, según Dill, dominaba enteramente este difícil problema.

Se afirma que en el curso de una conversación con los miembros del Estado Mayor australiano del general Morshead, a quien encontró en su viaje de regreso, el jefe del Alto Estado Mayor Imperial expresó el temor de que en un futuro próximo nuestras fuerzas iban “a recibir un vigoroso puñetazo en las narices”, añadiendo acto seguido: “Y no sólo en las narices precisamente”. Esta última opinión no estaba en consonancia con nada de lo que Dill nos comunicó.

Durante el mes de marzo los alemanes habían ido enviando, cada vez en mayor número, tropas procedentes de Trípoli a la región de Agheila, y el 20 de marzo comunicó Wavell que al parecer el enemigo se disponía a lanzar un ataque de alcance limitado y que le preocupaba un tanto la situación en los límites de Cirenaica. Si nuestras tropas avanzadas perdían las posiciones en que entonces se hallaban no habría puntos adecuados de contención al sur de Bengasi, pues el terreno era allí uniformemente llano.

Ataque a fondo

La ofensiva de Rommel contra Agheila empezó el 31 de marzo. El general Neame tenía órdenes, en caso de que el enemigo presionase, de batirse lentamente en retirada hasta las proximidades de Bengasi y proteger este puerto durante todo el tiempo posible.

Se le había autorizado para evacuarlo si era necesario, después de efectuar las demoliciones oportunas. Por consiguiente, la división blindada que teníamos en Agheila –que en realidad sólo contaba con una brigada de tanques y su grupo de reserva– se retiró poco a poco durante los dos días siguientes.

En el aire el enemigo demostró su clara superioridad. La Aviación italiana seguía teniendo escasa importancia; pero los alemanes tenían allí cosa de un centenar de cazas y otro centenar de bombarderos y “Stukas”.

El 2 de abril comunicaba el general Wavell que una división blindada de las unidades coloniales alemanas estaba atacando a las tropas avanzadas británicas de Cirenaica.

“Ayer fueron desbordados algunos puestos de vanguardia y hubo bajas entre nuestras fuerzas. La cuantía de las bajas no reviste gravedad aún, pero las condiciones mecánicas de la brigada blindada tienen muy inquieto a Neame, y parece ser que se producen muchas averías en los vehículos. Como no puedo disponer de más unidades blindadas hasta dentro de tres o cuatro semanas como mínimo, le he exhortado a que mantenga en reserva tres brigadas aun cuando ello implique una retirada quizá abandonando Bengasi.”

Yo seguía teniendo la impresión, derivada de los anteriores cálculos de Wavell, de que la fuerza potencial del enemigo era reducida.

Del primer ministro al general Wavell:

“2-4-41.

“Es de suma importancia atajar el avance alemán sobre Cirenaica. Si logramos rechazar a los alemanes, siquiera sea en escala limitada, obtendremos un triunfo moral de vasto alcance. Bien está ceder terreno con fines tácticos, pero una retirada en serio más allá de Bengasi sería muy desagradable. Me resisto a creer que el enemigo haya logrado concentrar, al final de aquella larga carretera de la costa, en la que no hay posibilidad de abastecerse de agua, fuerzas suficientes para desencadenar una ofensiva de importancia. Si pudieran ustedes hacer estallar esa especie de pompa de jabón que ha avanzado sobre nuestras posiciones de vanguardia, quedarían relativamente tranquilos durante un cierto tiempo. Es evidente que si el enemigo consigue progresar gradualmente, destruirá el efecto de los triunfos alcanzados por ustedes ¿No tiene ahí un hombre como O’Connor o Creagh que resuelva en seguida ese problema fronterizo?”

El 2 de abril, el grupo de apoyo de nuestra 2ª División blindada fue desalojado de Agedabia por 50 tanques enemigos, y hubo de retirarse a la zona de Antelat a 56 kilómetros al Nordeste. La división recibió orden de replegarse hasta las inmediaciones de Bengasi. Bajo la presión alemana, nuestras fuerzas blindadas quedaron desorganizadas y sufrieron graves pérdidas. El comunicado terminaba: “*Se han dado órdenes de empezar la voladura de instalaciones vitales en Bengasi*”

El general Wavell se trasladó en avión al frente el día 3, y a su regreso informó que las unidades blindadas alemanas, superiores en número, habían desbordado y desorganizado a una buena parte de nuestra brigada de tanques. Esto dejaba virtualmente al descubierto el flanco izquierdo de la 9ª División australiana, que se hallaba al este y nordeste de Bengasi. “*Es posible que haya que proceder a la retirada de estas tropas*”. A

causa del volumen de las fuerzas que el enemigo tenía en Libia, añadía no era conveniente que la 7ª División australiana fuese a Grecia; era preciso, en cambio, enviarla al desierto occidental. La 6ª División británica constituiría la reserva. “*Esto implicará el aplazamiento del ataque a Rodas*”

Así, de un solo golpe y casi en un solo día, quedó desbaratado el flanco del desierto del cual dependían todas nuestras decisiones y hubimos de reducir grandemente el envío de fuerzas expedicionarias a Grecia, ya no muy cuantiosas. La ocupación de Rodas, que formaba parte esencial de nuestros planes aéreos en el Egeo, se convirtió en un imposible físico.

De nuevo en la frontera egipcia

(Bengasi fue evacuado. Durante la retirada, una patrulla alemana cogió prisionero al teniente general Neame, que estaba al mando de las fuerzas del desierto y al teniente general O'Connor, que había de sustituirle.)

Wavell se trasladó en avión a Tobruk el 6 de abril y dictó las órdenes oportunas para la defensa de la fortaleza. Al caer la noche emprendió el viaje de regreso a El Cairo. Falló el motor del aparato y realizaron un aterrizaje forzoso en la obscuridad. El avión quedó inservible y sus ocupantes se encontraron en pleno desierto, sin saber dónde estaban. El comandante en jefe decidió quemar sus documentos secretos. Tras larga espera vieron las luces de un vehículo. Afortunadamente resultó ser una patrulla británica que se acercaba en actitud amenazadora. Fácil es imaginar la inquietud que durante seis horas experimentaron los miembros del Estado Mayor de El Cairo ante la desaparición de Wavell.

La retirada hacia Tobruk se llevó a cabo con éxito a lo largo de la carretera de la costa. Pero en el interior sólo llegó a Menchili el cuartel general de la 2ª División blindada, el 6 de abril, después de perder todo contacto con las formaciones bajo su mando. El 7 de abril, el citado cuartel general y los dos regimientos motorizados indios se vieron cercados por el enemigo. Rechazaron diversos ataques y lo propio hicieron con dos ultimátums para que se rindieran, uno de ellos firmado por el propio Rommel. Unos cuantos hombres se abrieron paso luchando e incluso llevaron consigo hasta su base más próxima un centenar de prisioneros, pero la gran mayoría de los sitiados hubieron de rendirse después de dura pelea.

La 3ª Brigada blindada reducida a la sazón a una docena de tanques, se replegó hacia Derna, al parecer por escasez de carburante, y no lejos de allí cayó en una emboscada y fue destruida el 6 de abril por la noche.

La superioridad aérea alemana en el curso de aquellas operaciones fue absoluta. Ello contribuyó en forma notable al éxito enemigo.

El 8 por la noche llegaron los australianos a Tobruk, que había sido reforzado ya por mar con una brigada de la 7ª División australiana procedente de Egipto. El enemigo, cuyas fuerzas de vanguardia estaban formadas por contingentes de la 5ª División ligera de tanques y dos divisiones italianas, una blindada y otra de infantería, ocupó Bardia el 12 de abril, pero no hizo ningún esfuerzo por asaltar las defensas fronterizas de Egipto.



CAPITULO XI

La hora de Grecia

En la madrugada del 6 de abril de 1941 los ejércitos alemanes invadieron Grecia y Yugoslavia. Al propio tiempo la “Luftwaffe” bombardeó intensamente El Pireo, donde nuestros convoyes expedicionarios estaban descargando material. Aquella noche el puerto quedó casi por completo en ruinas a causa de la voladura del buque británico “Glan Fraser”, anclado en el muelle con 200 toneladas de T.N.T. a bordo. Desgracia fue ésta que nos obligó a utilizar otros puertos menores para el envío de suministros. Aquel ataque nos costó a nosotros y a los griegos once buques, con un total de 43.000 toneladas.

Defensa desarticulada

A partir de entonces, el avituallamiento ejércitos aliados por vía marítima hubo de bajo el fuego de ataques aéreos cada vez más voluminosos y contra los cuales no había efectiva posible. La clave del problema estaba inutilizar las bases aéreas enemigas en Rodas; disponíamos de fuerzas suficientes para tarea y entretanto seguían registrándose graves de tonelaje.



de los realizarse
defensa en
pero no semejante
pérdidas

Por suerte, la reciente batalla de Matapán había dado a la Flota italiana, como hizo constar el almirante Cunningham en su informe, una lección que la mantuvo al margen de la contienda durante el resto del año. Su intervención activa en aquel período habría hecho imposible la labor de la Marina en Grecia. Simultáneamente con el feroz bombardeo de Belgrado, los ejércitos alemanes convergentes ya alineados a lo largo de las fronteras invadieron Yugoslavia por diversos puntos. El Alto Estado Mayor yugoeslavo no intentó siquiera asestar el importantísimo golpe propuesto a la retaguardia italiana en Albania. Al considerarse obligado a no abandonar Croacia y Eslovenia, hubo de organizar la defensa de toda la línea fronteriza.

Los cuatro cuerpos de ejército yugoeslavos del Norte vieron rápida e irresistiblemente combado hacia adentro su frente de lucha por las columnas blindadas alemanas apoyadas por tropas húngaras que cruzaron el Danubio, así como por las fuerzas italianas que avanzaban en dirección a Zagreb. De este modo el grueso de las unidades yugoeslavas fue empujado hacia el Sur en revuelta confusión, y el 13 de abril las tropas alemanas entraban en Belgrado.

Entretanto, el 12º Ejército alemán del general List, concentrado en Bulgaria, había irrumpido en Serbia y Macedonia. Al ocupar Monastir y Janina el día 10, estas fuerzas habían impedido que yugoeslavos y griegos establecieran contacto entre sí y desintegraron a las unidades yugoeslavas que guarnecían el sur del país.

El 17 de abril capituló Yugoslavia. Este súbito colapso daba al traste con la principal esperanza de los griegos. Era otro ejemplo de la conocida táctica hitleriana: “Uno por Uno”. Habíamos hecho todo lo posible por llevar a cabo una acción concertada, pero habíamos fracasado, y no por culpa nuestra. Sombrías perspectivas se abrían ahora ante todos nosotros.

Repliegue hacia las Termópilas

En el momento de producirse la invasión alemana de Grecia, la 1ª Brigada británica de tanques estaba destacada junto al río Vardar. La División neozelandesa se hallaba en las márgenes del río Aliakmón. A su izquierda estaban la 12ª y la 20ª Divisiones griegas. Empezaban a llegar también las tropas avanzadas de la 6ª División australiana. El 8 de abril era ya evidente que se hundía la resistencia yugoeslava en el Sur y que el flanco izquierdo de las posiciones del Aliakmón se vería muy pronto amenazado.

Para hacer frente a esta contingencia, el Mando apostó debajo de Monastir parte de una brigada australiana, a la que más tarde se unió la 1ª Brigada de tanques. Se pudo retrasar un poco el avance enemigo gracias a oportunas demoliciones y a algunos eficaces bombardeos de la R.A.F., pero el 10 de abril empezó el ataque contra nuestro flanco. Fue contenido durante dos días de encarnizada lucha y tiempo pésimo.

Más al Oeste sólo había una división griega de caballería que estaba en contacto directo con las fuerzas del frente de Albania. El general Wilson decidió que su flanco izquierdo sometido a dura presión, retrocediera hasta Kozani y Gravena. Este repliegue quedó terminado el 13 de abril, pero entretanto la 12ª y la 20ª Divisiones griegas

empezaron a desintegrarse y ya no pudieron desempeñar ningún papel efectivo. A partir de entonces, nuestras fuerzas expedicionarias quedaron solas.

El 14 de abril, la División neozelandesa habíase retirado asimismo para proteger el importante desfiladero situado al norte del monte Olimpo. Una de sus brigadas cubría la carretera principal que conduce a Larissa. El enemigo desató fuertes ataques que fueron contenidos. Pero Wilson que seguía amenazado por el flanco izquierdo, decidió retirarse a las Termópilas, previo acuerdo con Papagos. El propio jefe griego sugirió en aquella ocasión la conveniencia de que las fuerzas británicas evacuaran el país.

Preparativos de evacuación

Los días subsiguientes fueron decisivos. Wavell telegrafió el 16 que el general Wilson había celebrado una conferencia con Papagos, quien puso de relieve la grave situación en que se hallaba el Ejército griego a causa de la presión enemiga, así como las crecientes dificultades administrativas motivadas por los bombardeos aéreos. Mostrase de acuerdo con la retirada a la posición de las Termópilas. Se habían ejecutado ya los primeros movimientos de tropas en este sentido.

Papagos insistió en su sugerencia de que las fuerzas británicas reembarcasen a fin de salvar a Grecia del arrasamiento total. Wilson consideraba que el primer paso para ello era ocupar la nueva posición mencionada; una vez allí, se tomarían las medidas convenientes para la evacuación. Las instrucciones de Wavell a Wilson eran que continuase luchando al lado de los griegos mientras fuese posible resistir, pero le autorizaba para llevar a cabo cualquier retirada ulterior que creyese necesaria. Se había dispuesto que regresaran a los puertos de origen todos aquellos buques que se hallasen en camino de Grecia, que no se cargara ningún barco más y que se procediera a vaciar los que estuviesen a punto de zarpar o en curso de carga. Opinaba Wavell que antes de empezar las operaciones de reembarco de fuerzas habíamos de obtener del Gobierno griego una petición formal en este sentido. Suponía, por lo demás, que Creta continuaría en nuestro poder.

Respondí inmediatamente a aquel telegrama portador de noticias graves, aunque no inesperadas.

Del primer ministro al general Wavell

“17-4-41.

“No podemos permanecer en Grecia contra los deseos del comandante en jefe griego, exponiendo con ello al país a la devastación. Wilson o Palairret (el embajador británico) deben pedir al Gobierno griego que confirme con carácter oficial la solicitud de Papagos. Una vez obtenida esta aprobación, se procederá a la evacuación, sin obstruir, empero, las maniobras de retirada a las Termópilas en colaboración con el Ejército griego. Deberán ustedes, naturalmente, tratar de salvar todo el material que puedan.

“Creta ha de permanecer en nuestras manos, y debe usted tener esto en cuenta al proceder a la distribución de sus fuerzas. Es de suma importancia que se establezca en Creta contingentes considerables del Ejército griego, junto con el Rey y el Gobierno. Haremos todo lo que sea posible para asegurar la defensa de Creta.”

El 17 de abril en general Wilson se trasladó en automóvil de Tebas al Palacio de Tatoi, donde celebró una conferencia con el Rey, el general Papagos y nuestro embajador. Se reconoció que la retirada a la línea de las Termópilas había sido la única

acción viable. El general Wilson confiaba que podría sostener aquella línea durante un cierto tiempo. Las deliberaciones giraron principalmente en torno al sistema y al orden de evacuación. El Gobierno griego no pensaba abandonar el país hasta una semana después por lo menos.

He hablado ya antes del primer ministro griego, M. Korysis. Había sido designado para ocupar el cargo a la muerte de Metaxas. Era hombre de vida privada intachable y de vigorosas convicciones; por lo demás, nunca había figurado en política. No pudo sobrevivir al desastre de su patria ni seguir soportando el peso de sus propias responsabilidades. Como M. Teleki en Hungría, adoptó la decisión suprema. El 18 de abril se suicidó. Respetemos su memoria.

La capitulación

El general Wavell preguntó el 21 de abril al Rey de Grecia cuál era el estado del Ejército heleno y si sus tropas podrían prestar ayuda inmediata y efectiva al flanco izquierdo de la posición de las Termópilas. Su Majestad dijo que no había tiempo material para que ningún contingente griego organizado pudiese apoyar el flanco izquierdo británico antes de que el enemigo atacara. Respondió el general Wavell que en tal caso consideraba que su deber era tomar inmediatamente las medidas necesarias para el reembarco de la parte que pudiera de su ejército.

El Rey se mostró plenamente de acuerdo con esto, que por lo demás parecía esperar ya. Expresó su hondo pesar por haber sido el causante de que las fuerzas británicas se hallaran en tan trágica coyuntura. La capitulación final de Grecia ante la abrumadora superioridad alemana se produjo el 24 de abril.

El fantasma de Dunkerque

Nos encontramos a la sazón ante otra de aquellas evacuaciones por mar que habíamos tenido que realizar en 1940. La retirada organizada de mas de 50.000 hombres de Grecia en condiciones tan difíciles podía parecer empresa desesperada. Fue llevada a cabo, empero, por la Marina Real bajo la dirección del vicealmirante Pridham-Wippell desde el mar y el contraalmirante Baillie-Grohman desde tierra, en colaboración con el cuartel general de las fuerzas de tierra.

En Dunkerque, por regla general, dominábamos el espacio aéreo. En Grecia los alemanes tenían el dominio absoluto del aire y podían atacar casi incesantemente los puertos y a las tropas en retirada. Era obvio que el embarco sólo podía efectuarse de noche y que por añadidura, nuestras fuerzas fueran vistas en pleno día cerca de las playas. Aquello era la segunda edición de Namsos (uno de los episodios de la evacuación de Noruega) en una escala 10 veces mayor.

El almirante Cunningham aplicó a la tarea la totalidad de sus unidades ligeras, entre las cuales había seis cruceros y 19 destructores. Operando desde los puertos menores y las playas del sur de Grecia, estos buques, junto con once transportes y muchas embarcaciones iniciaron los trabajos de abril por la noche.

La labor prosiguió consecutivas. El 26, el del puente, de sobre el canal de Corinto, de fuerzas paracaidistas y tropas alemanas se Peloponeso, acosando

más pequeñas, salvamento el 24 de

durante cinco noches enemigo se apoderó importancia vital, mediante un ataque a continuación las desparramaron por el duramente a nuestros



soldados, que trataban de llegar a las playas meridionales. Durante las noches del 24 y 25 fueron evacuados 17.000 hombres, con la pérdida de dos transportes. A la noche siguiente salieron unos 19.500 desde cinco puntos distintos de embarco.

En Nauplión el desastre fue pavoroso. El transporte “Slamat” en un gallardo pero descaminado esfuerzo por embarcar la mayor cantidad posible de fuerzas, permaneció en el fondeadero más tiempo de lo debido. Poco después de amanecer, en el momento de hacerse a la mar, fue atacado y hundido por bombarderos en picado. Los destructores “Diamopnd” y “Wryneck”, que recogieron a la mayor parte de los 700 naufragos resultaron a su vez hundidos, unas horas más tarde, en el curso de otro ataque aéreo. Sólo quedaron 50 sobrevivientes de los tres barcos.

Balace de la campaña

Las fuerzas expedicionarias británicas en Grecia se cifraban, en el momento de producirse la invasión alemana, en 53.051 hombres entre tropas del Reino Unido, australianas y neozelandesas. Nuestras bajas ascendieron a 11840. En total logramos evacuar a 50.662 hombres, incluyendo a elementos de la R.A.F. y varios miles de chipriotas, palestinos, griegos y yugoeslavos. La indicada cifra representaba aproximadamente el 80 por ciento de las fuerzas que enviamos a Grecia. Estos resultados fueron posibles, en buena parte, gracias a la decisión y la pericia de los hombres de las Marinas mercantes británica y aliada, que en ningún momento se dieron punto de reposo en su labor, a pesar de los despiadados esfuerzos del enemigo.

Desde el 21 de abril hasta el fin de la evacuación fueron hundidos veintiséis barcos por efecto de la acción aérea alemana. Veintiuno de ellos, entre los cuales había cinco buques-hospitales, eran griegos. Los restantes eran británicos y holandeses. La R.A.F., con un contingente de la Aviación naval procedente de Creta, hizo cuanto pudo por aliviar la situación, pero se vio desbordada por la superioridad numérica enemiga. No obstante, a partir del mes de noviembre, las pocas escuadrillas enviadas a Grecia prestaron excelentes servicios. Derribaron 231 aparatos enemigos y arrojaron 500 toneladas de bombas. Sensibles fueron asimismo sus bajas, pues perdieron 209 aviones, 72 de ellos en combate aéreo.

La pequeña, pero eficiente Armada griega quedó, después de la capitulación bajo dominio británico. Un crucero, seis destructores modernos y cuatro submarinos huyeron hacia Alejandría, adonde llegaron el 25 de abril. La Marina helena se distinguió luego en muchas operaciones en el Mediterráneo.

El aliento vital del pueblo griego

Si de este relato de la tragedia se saca la impresión de que las fuerzas británicas e imperiales no recibieron ayuda militar efectiva de sus aliados griegos, conviene recordar que aquellos tres meses de lucha en abril, en condiciones desfavorables, fueron para los griegos la culminación de cinco meses de guerra contra Italia, durante los cuales habían agotado casi por completo el aliento vital de su país.

Agredidos en octubre sin previo aviso por unas fuerzas que, cuando menos, doblaban en número a las suyas, habían rechazado primero a los invasores y luego, en sucesivos contraataques los habían hecho retroceder hasta 60 kilómetros dentro de Albania. A lo largo del crudo invierno, en plena zona montañosa, habían luchado a brazo partido con un adversario más numeroso y mejor equipado. El Ejército griego del Noroeste no disponía de vehículos ni de carreteras para efectuar una rápida maniobra capaz de hacer frente en el último momento al nuevo y abrumador ataque alemán, que le cogía por el flanco y por la retaguardia. Su capacidad de resistencia había llegado al límite tras la prolongada y valerosa defensa del suelo patrio.

No hubo recriminaciones de ningún género. La amistad y la ayuda que los griegos habían demostrado y prestado tan lealmente a nuestras tropas perduraron con nobleza hasta el final. La población de Atenas y de otros puntos de evacuación parecía preocuparse más por la seguridad de sus futuros liberadores que por su propia suerte. El honor militar griego quedó impoluto.

El fallo de la Historia

He relatado los hechos más salientes de nuestra aventura en Grecia. Es muy sencillo, cuando las cosas han pasado ya, elegir la postura mental y moral que mejor convenga adoptar ante lo ocurrido. En mi narración me he limitado a exponer, con claridad y sin reservas, los acontecimientos tal como se produjeron y las decisiones tal como se tomaron. Más tarde podrán juzgarse éstas y aquellos a la luz de sus resultados; y finalmente, cuando se haya extinguido la vida de todos nosotros, la Historia pronunciará su frío, justo e inapelable veredicto.

CAPITULO XII

Acciones navales en el Mediterráneo

El desastre registrado en nuestro flanco del desierto había tenido como consecuencia en África lo que el lector ya sabe. Redundó también en grave perjuicio de nuestras comunicaciones con Grecia; fue un duro golpe para aquella peligrosa empresa, aunque de todos modos ésta se hubiera venido abajo por sí misma. A lo que sucedió en las arenas del desierto hemos de añadir ahora los acontecimientos que simultáneamente tuvieron el mar por escenario.

Contribución decisiva de la flota

La expedición a Grecia representaba una pesada carga para nuestra Escuadra del Mediterráneo oriental. Pero era tan sólo una de las muchas tareas que tenía encomendadas en aquellos caóticos tiempos. Ya el 10 de abril se mostró el almirante Cunningham seriamente preocupado por el súbito avance de las victoriosas fuerzas blindadas de Rommel.

“Si en el curso de las próximas semanas (advertía el almirante) los alemanes logran concentrar en África fuerzas suficientes, es probable que lleguen por lo menos hasta Marsa Matruk, en cuyo caso será problemático que la Escuadra pueda utilizar Alejandría como base sin estar expuesta a la acción de los bombarderos escoltados por cazas. El único sistema de evitar que el enemigo consiga esto es proceder a la destrucción de Trípoli.

“No creo que ello sea factible mediante el bombardeo naval. No sólo por el riesgo que tal acción entraña para nuestra Escuadra de combate, sino porque sus efectos prácticos han de ser inapreciables. Considero que la solución está en una serie de violentos ataques aéreos... A mi juicio, por lo tanto, es preciso enviar inmediatamente a Egipto unas escuadrillas de bombarderos de gran autonomía para

llevar a cabo esta operación, a la cual debe concederse preferencia absoluta.”

Por desgracia, nuestras reservas no nos permitían situar en Egipto en pocas semanas un contingente de aviones de bombardeo de gran autonomía capaces de obtener resultados apreciables en Trípoli. El ataque desde el mar, aparte de ser mucho más eficaz y más económico en cuanto al esfuerzo a realizar, era la única medida práctica que estaba a nuestro alcance. Por mi parte, opinaba que la Flota podía contribuir de este modo en forma decisiva a la defensa de Egipto, a pesar del importante papel que estaba desempeñando a la sazón en la campaña de Grecia.

Pugna insólita

La necesidad de atacar Trípoli dio origen a una enconada discusión entre el Almirantazgo y el almirante Cunningham, en el curso de la cual el primer lord del Mar puso al comandante en jefe del Mediterráneo ante el dilema de llevar a cabo sin pérdida de tiempo la acción proyectada o verse obligado más tarde a poner en juego su escuadra en zonas de mucho mayor peligro. Insólito incidente éste en los anales de nuestra historia naval.

Del Almirantazgo al comandante en jefe del Mediterráneo.

“15-4-41.

“No cabe duda de que es preciso adoptar enérgicas medidas para estabilizar la situación en el Oriente Medio. Tras detenido estudio, hemos llegado a la conclusión de que la simple acción aérea contra Trípoli no puede atajar en forma eficaz la afluencia de refuerzos que se está registrando en Libia, especialmente a través de dicho puerto.

“Es esencial, pues, inutilizar Trípoli como vía de comunicación durante bastante tiempo. Opinamos que el minado concienzudo de la bahía y de los accesos a la misma produciría efectos considerables; pero no podemos esperar a que esto quede demostrado. Es absolutamente necesario, por lo tanto, aplicar cuanto antes otras medidas.

“Hay dos sistemas útiles:

- a) bombardear el puerto desde el mar;
- b) intentar bloquearlo.

“El Almirantazgo está de acuerdo con ustedes que los efectos del bombardeo son dudosos y no cabe esperar que ello baste para reducir la cuantía de los refuerzos, siquiera sea temporalmente. Hemos decidido, por consiguiente, tratar de poner en práctica una acción combinada de bloqueo y bombardeo; este último correrá a cargo de los navíos bloqueadores.

“Después de estudiar atentamente los tipos de buques idóneos para este servicio hemos resuelto que intervengan en la operación el “Barham” y un crucero de la clase “C”.

“Seguramente la utilización del “Barham” con este objeto será muy dolorosa para usted, pero consideramos preferible sacrificar completamente un buen navío con la esperanza de lograr algo que tenga verdadera trascendencia a exponer varios buques menores al

fuego de los cañones enemigos en una acción de resultados problemáticos.”

La finalidad de esta orden era convencer al animoso Cunningham de la importancia de los acontecimientos tal como los veíamos desde Whitehall y de los riesgos casi desesperados que había que correr en aquella hora crucial.

El al mirante Cunningham protestó con vehemencia contra la idea de sacrificar un acorazado de primera clase como el “Barham”.

Del comandante en jefe del Mediterráneo al Almirantazgo.

“15-4-41.

“Me doy perfecta cuenta del concienzudo estudio de que ha de haber sido objeto el asunto antes de que Sus Señorías y el Gobierno de Su Majestad tomaran la decisión de realizar el sacrificio que supone la operación proyectada, pero me permito sugerir que un precio tan alto sólo puede quedar justificado si, en primer lugar, hay garantías de éxito, y en segundo lugar si una vez asegurado el éxito, la acción ha de ser verdaderamente eficaz. No creo que en este caso se cumpla ninguna de las condiciones apuntadas.

“Por lo que al éxito se refiere, a mi juicio apenas si hay una posibilidad entre diez de que aquel gran buque se sitúe y maniobre en forma adecuada.

“Aun cuando la operación tenga éxito, habremos perdido una unidad de combate de primera clase cuya desaparición levantará en gran manera la moral de la Marina italiana, y al propio tiempo daremos el enemigo una idea clara de lo desesperada que consideramos nuestra situación en Cirenaica al mandar al sacrificio uno de nuestros mejores navíos.

“Si la operación fracasa o sólo tiene éxito a medias, los hechos indicados cobrarán aún mayor relieve. Por añadidura, tendremos que sustituir al “Barham” retirando otra unidad de la batalla del Atlántico. A cambio de ello, lo máximo que conseguiremos será inutilizar el puerto, pero la descarga seguirá siendo posible y en última instancia el enemigo podrá emplear los puertos franceses de África.

“Al exponer las anteriores consideraciones he dejado aparte la pérdida cierta de los dos mil oficiales y marineros aproximadamente que forman las tripulaciones de ambos buques y a quienes habrá que lanzar sin piedad a la terrible empresa.

“Antes de mandar al “Barham” sin apoyo alguno y con tan escasas perspectivas de éxito, prefiero atacar con toda la escuadra de combate y correr el riesgo consiguiente.”

Bombardeo en Trípoli

Acogimos con satisfacción la noticia de que la Escuadra estaba dispuesta a bombardear Trípoli, y el Almirantazgo se apresuró a dar su conformidad y a compartir la responsabilidad de tal operación.

El 21 de abril, al despuntar el día, presentóse Cunningham a la altura de Trípoli con los acorazados “Warspite”, “Barham” y “Valiant”, el crucero “Gloucester” y varios destructores y bombardeó la ciudad por espacio de cuarenta minutos.

Ante el asombro general, el ataque cogió completamente por sorpresa al enemigo; las baterías costeras no respondieron hasta veinte minutos después de empezar la acción, y no hubo oposición alguna desde el aire. Se ocasionaron grandes daños a los buques surtos en el puerto, así como en los muelles y en las instalaciones portuarias. Registráronse grandes incendios en un depósito de combustible y en los edificios circundantes. La Escuadra británica se retiró sin bajas. No fue alcanzado ni un solo buque.

“Trípoli (comunicó el almirante Cunningham) ha sido bombardeado durante 42 minutos hoy, lunes, a las cinco de la mañana, desde distancias comprendidas entre los 10.000 y los 13.000 metros. Con gran asombro por mi parte, sorprendimos por completo al enemigo, probablemente a causa de lo muy ocupadas que están las fuerzas aéreas alemanas en otras zonas... Oportunamente explicaré con detalle la táctica aplicada en este bombardeo.”

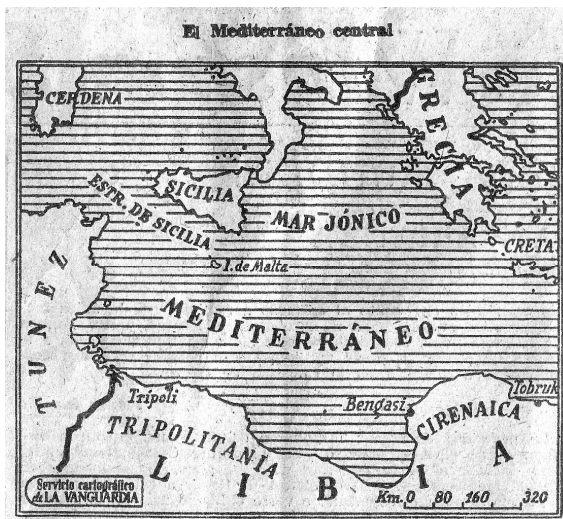
A mi juicio, este episodio constituye un gran honor para los almirantes que intervinieron en él, unos desde la metrópoli y el otro en el propio escenario de la acción, al mismo tiempo que pone de relieve cuán apurada era nuestra situación en aquella hora crítica. Es muy posible que el Almirantazgo, con mi plena aprobación, estuviese obligando al comandante en jefe a correr un riesgo innecesario; y el hecho de que no sufriéramos bajas no es una prueba contundente de que el Almirantazgo tuviera razón al obrar como lo hizo. Por otra parte, sólo nosotros, desde la metrópoli, estábamos en condiciones de establecer la correlación existente entre los múltiples acontecimientos mundiales, y en definitiva la responsabilidad recaía sobre nosotros.

Urgente petición de Wavell

Mi supremo objetivo seguía siendo una victoria en el desierto occidental para destruir el ejército de Rommel antes de que éste fuese demasiado fuerte y antes de que la temida nueva división blindada alemana llegase a África. Con ello por lo menos salvaríamos de la catástrofe nuestra posición en Egipto. Quiero, pues, relatar un episodio en el cual intervine más directamente de lo que solía.

El desastre que Wavell había sufrido en su flanco del desierto le había dejado casi sin fuerzas blindadas. El domingo 20 de abril pasaba yo el fin de semana en Ditchley; estaba trabajando en la cama cuando recibí un telegrama del general Wavell al jefe del Alto Estado Mayor Imperial en el cual exponía descarnadamente el grave aprieto en que se

hallaba.



“Aunque la situación en Cirenaica ha mejorado (decía), las perspectivas para el futuro inmediato con inquietantes debido a nuestra escasez de tanques, especialmente de tipo pesado... Calculo que el enemigo tiene por lo menos 150 tanques, de tipo medio la mitad de ellos en el frente de combate de Cirenaica. La mayor parte de éstos se hallan ahora en la zona Bardia-Sollum, y es posible que el enemigo

prepare nuevos avances si logra resolver el problema de su abastecimiento. Yo tengo en Tobruk una pequeña unidad de tanques pesados, medios y ligeros, y en el sector de Marsa Matruk un escuadrón de tanques pesados.

“Lo máximo que puedo esperar para fines de este mes es tener un regimiento menos un escuadrón de tanques pesados y otro regimiento menos un escuadrón de tanques ligeros para contribuir a la defensa de Marsa Matruk.”

Añadía lo siguiente:

“Acabo de recibir por conducto secreto informes poco tranquilizadores. Tenía noticias de que a últimos del mes actual llegaría al frente de combate otra división colonial alemana que desembarcó en Trípoli en los primeros días de abril. Se ha observado ya la presencia de algunas unidades de la misma. Y acaban de comunicarme mis servicios de información que según las últimas noticias no se trata de una división colonial, sino de una división *blindada*.”

En otro telegrama de la misma fecha, también dirigido a Dill, el general Wavell daba cuenta detallada de sus disponibilidades de tanques.

“Como puede verse, sólo se prevé la llegada a Egipto de dos regimientos de tanques pesados y aun esto no antes de fines de mayo, *siendo así que actualmente tenemos en Egipto personal excelente y bien entrenado para constituir seis regimientos de tanques*. Considero de importancia vital el pronto envío de tanques pesados así como de tanques ligeros para apoyar a la infantería, pues carecemos de elementos rápidos y con autonomía suficiente para las operaciones en el desierto. Ruego a usted apoye personalmente esta petición.”

El convoy “Tigre”

Al leer estas alarmantes comunicaciones, opté por hacer caso omiso de los temores del Almirantazgo y enviar un convoy por el Mediterráneo directamente a Alejandría con todos los tanques que el general Wavell necesitaba. Estaba a punto de salir, vía El Cabo, un convoy con importantes refuerzos de vehículos blindados. Dispuse que los buques rápidos de transporte de tanques que iban en dicho convoy se separaran de los demás al llegar a Gibraltar y siguieran la ruta más corta, lo cual suponría un ahorro de casi cuarenta días de viaje.

(El convoy, con 307 tanques a bordo, fue expedido por la ruta del mediterráneo bajo la denominación convencional de “Tigre”).

Durante los quince días siguientes mi atención estuvo en buena parte concentrada en la suerte del convoy “Tigre”. No desdeñaba la importancia de los riesgos que el primer lord del Mar se había mostrado dispuesto a correr, y sabía perfectamente que eran muchas las dudas que tenía el Almirantazgo sobre el éxito de aquella aventura.

El convoy, formado por cinco buques de marcha horaria de 15 nudos y escoltado por el Grupo “H” a las órdenes del almirante Somerville (“Renown”, “Malaya”, “Ark Royal” y “Sheffield”), pasó por Gibraltar el 6 de mayo. Allí se le incorporaron las unidades de reserva de la Escuadra del Mediterráneo: el “Queen Elizabeth” y los cruceros “Naiad” y “Fiji”.

El 8 de mayo se registraron dos ataques aéreos que fueron rechazados sin consecuencias para nuestras fuerzas; el enemigo perdió siete aviones. Aquella misma noche, empero, dos buques del convoy chocaron con sendas minas en las proximidades del estrecho de Sicilia. Uno de ellos el “Empire Song”, se incendió y, tras violenta explosión, naufragó; el otro, el “New Zealand Star”, pudo continuar el viaje.

El 9 por la tarde, el almirante Cunningham, que había logrado conducir sin novedad un convoy hasta Malta, encontró al convoy “Tigre” y a la escuadra a 50 millas al sur de la isla. Todas las fuerzas reunidas pusieron entonces proa a Alejandría, adonde llegaron sin sufrir nuevas bajas ni daños. Cunningham aprovechó la ocasión para efectuar dos bombardeos nocturnos contra Bengasi, con unidades navales ligeras, el 9 y el 10 de mayo.

CAPITULO XIII

Tormenta en Irak

El Tratado anglo-iraquí de 1932 estipulaba que en tiempos de paz dispondríamos de bases aéreas en Habbaniya y cerca de Basora y nos concedía el derecho de libre tránsito para nuestras fuerzas y pertrechos militares. Preveía asimismo el Tratado que en tiempo de guerra gozaríamos de todas las facilidades posibles, incluso la utilización de ferrocarriles, ríos, puertos y aeródromos, para el paso de nuestras fuerzas armadas. Al estallar la conflagración Irak rompió las relaciones diplomáticas con Alemania, pero no le declaró la guerra; y cuando Italia intervino en la contienda, el Gobierno iraquí ni siquiera cortó las relaciones con este país.

Gracias a esto, la Legación italiana en Bagdad se convirtió en centro de propaganda del Eje destinada a fomentar la animosidad contra Inglaterra. Magnífico agente cuyo era el Mufti de Jerusalén, que huyó de Palestina poco antes de empezar la guerra y más tarde se refugió en Bagdad.

Basora, posición esencial

En marzo de 1941 empeoró la situación. Rachid Alí, que actuaba a favor de los alemanes, se hizo cargo de la jefatura del Gobierno y empezó a conspirar con tres altas personalidades militares Iraquesas. A fines de aquel mismo mes, el Regente, emir Abdulillah, de tendencias netamente anglófilas, tuvo que huir de Bagdad.

En tales circunstancias, era más importante que nunca para nosotros la posesión de Basora, el principal puerto de Irak en el golfo Pérsico, en vista de lo cual dirigí una nota al secretario de Estado para la India:

Del primer ministro al secretario de Estado para la India.

“8-4-41.

“Hace algún tiempo insinuó usted la posibilidad de retirar otra división de las guarniciones fronterizas para enviarla al Oriente Medio. La situación en el Irak ha tomado un giro desagradable. Hemos de asegurarnos la posesión de Basora, ya que los norteamericanos tienen cada vez mayor interés en que constituyamos allí una gran base aérea

a la cual puedan enviar directamente los suministros. Este proyecto es de la máxima importancia dada la indudable tendencia del foco de la guerra hacia el Este.”

Mr. Amery telegrafió al Virrey el mismo día en este sentido, y tanto lord Linlithgow como el comandante en jefe, general Auchinleck, se ofrecieron en seguida a enviar a Basora una brigada de infantería y un regimiento de artillería de campaña, la mayor parte de cuyas fuerzas estaban embarcando ya para Malaca. Tan pronto como fuese posible harían otra expedición de tropas. La brigada desembarcó sin incidentes en Basora el 18 de abril, bajo la protección de un batallón británico aerotransportado que había aterrizado en Shaiba el día anterior.

Conflicto abierto

Cuando Rachid Alí supo por nuestro embajador que el día 30 llegarían a Basora más transportes de tropas, dijo que no podía autorizar ningún nuevo desembarco hasta que las fuerzas que ya estaban en Basora hubiesen abandonado la ciudad. Comunicamos al general Auchinleck que el envío de tropas debía continuar a pesar de todo, y Rachid Alí, que esperaba contar con el apoyo de la Aviación alemana y aun de fuerzas germanas aerotransportadas, decidió actuar.

Su primer movimiento hostil, fue hacia Habbaniya, base de entrenamiento de nuestros aviadores en el desierto iraqués. El 29 de abril habían sido evacuados de Bagdad a Habbaniya, por vía aérea 230 mujeres y niños británicos. El número total de personas residentes en el acantonamiento era de 2.200 combatientes y no menos de 9.000 paisanos. Así, pues, la Escuela de Aviación se convirtió en un punto neurálgico de suma importancia.

El comandante militar del campamento, vicemariscal de aviación Smart, adoptó firmes y oportunas precauciones para hacer frente a la crisis que se avecinaba. Normalmente, en la Escuela de Aviación sólo había aparatos anticuados o de entrenamiento; pero poco antes habían llegado de Egipto unos cuantos cazas tipo “Gladiador” y Smart improvisó cuatro escuadrillas con los ochenta y dos aviones disponibles de todas clases.

El 29 de abril había llegado, también por vía aérea, un batallón británico procedente de la India. La defensa terrestre de los once kilómetros del perímetro, con su solitaria alambrada, era en verdad exigua.

Las tropas iraquesas aparecieron el día 30 a dos kilómetros escasos, en lo alto de la meseta que dominaba el campamento y el aeródromo. Llegaron poco después refuerzos de Bagdad, hasta formar un total de nueve mil hombres aproximadamente, con cincuenta cañones. Invirtieron sé los dos días siguientes en negociaciones infructuosas, y el 2 de mayo, al amanecer, empezó la lucha.

Divergencias de criterio

En cuanto empezó a perfilarse aquel inesperado peligro, el general Wavell se mostró en gran manera reacio a asumir nuevas responsabilidades. Dijo, que haría todo lo que pudiera para dar la sensación de que estaba acumulando en Palestina un gran contingente de fuerzas presto a entrar en acción. A su juicio, las fuerzas de que podía disponer para enviar al Irak eran insuficientes y por añadidura llegarían demasiado tarde. No estarían en condiciones de partir hasta al cabo de una semana por lo menos. Su marcha dejaría peligrosamente desguarnecido el territorio de Palestina, donde empezaban

a registrarse ya incitaciones a la rebelión. En Siria, nuestros recursos eran igualmente escasos.

El 4 de mayo transmitimos al general Wavell nuestras decisiones sobre Irak:

“Es inevitable una acción en aquel país. Hemos de establecer una base en Basora y controlar este puerto para salvaguardar el petróleo persa en caso de necesidad. Las líneas de comunicación con Turquía a través del Irak han adquirido asimismo la mayor importancia en vista de la superioridad aérea alemana en el mar Egeo... No cabe aceptar la oferta turca de mediación. No podemos hacer concesiones. La seguridad de Egipto sigue siendo esencial. Pero es preciso hacer todo cuanto está en nuestras manos para retener Habbaniya y controlar el oleoducto que va al Mediterráneo.”

El general Auchinleck nos ofreció el envío de nuevos refuerzos, hasta un total de cinco brigadas de infantería y tropas auxiliares, para el 10 de junio a más tardar, si podía disponer de buques para ello. Nos satisfizo mucho su resuelta actitud. El general Wavell por su parte, obedeció, aunque haciendo constar su protesta. “Su telegrama –decía el 5 de mayo– no tiene en cuenta la verdadera situación. Deben ustedes hacerse cargo de la realidad de los hechos”. Dudaba de que las formaciones que él estaba organizando fuesen suficientes para socorrer a los sitiados de Habbaniya, y tampoco estaba muy seguro de que Habbaniya pudiera resistir hasta el día 12 que llegarían allí dichas fuerzas.

“Considero que tengo el deber de advertir a ustedes (añadía) que, a mi entender, la prolongación de la lucha en el Irak pondrá en grave peligro la defensa de Palestina y Egipto. Las repercusiones políticas serán incalculables, y puede muy bien ocurrir lo que durante cerca de dos años he tratado de evitar; que se produzcan serios disturbios de carácter interno en nuestras bases. Insisto, por lo tanto, con la máxima energía, en la necesidad de negociar un acuerdo lo antes posible.”

Apoyado por los jefes de Estado Mayor, sometí el asunto a consideración del Comité de Defensa cuando éste se reunió a mediodía. La reacción fue unánime. Se cursaron inmediatamente las órdenes siguientes:

De los jefes de Estado Mayor al general Wavell

“6-5-41.

“El Comité de Defensa ha estudiado su telegrama de ayer. No hay posibilidad de negociar acuerdo alguno como no sea sobre la base de una capitulación previa por parte de los iraqueses y con plenas garantías contra los futuros designios del Eje respecto al Irak.

“Los jefes de Estado Mayor, por consiguiente, han hecho constar al Comité de Defensa que están dispuestos a aceptar toda la responsabilidad dimanante del envío, sin pérdida de tiempo, de las fuerzas especificadas en el telegrama de usted.

“El Comité de Defensa ordena se comunique al vicemariscal de aviación Smart que recibirá ayuda y que, entretanto, su deber es defender Habbaniya hasta el fin. Aun dando siempre preferencia a la seguridad de Egipto, habrá que prestar la mayor ayuda aérea posible a las operaciones en el Irak.”

Duelo de artillería y aviación

A todo esto, en Habbaniya las escuadrillas de la Escuela de Aviación, junto con los bombarderos "Wellington" de la base de Shaiba, atacaban a las tropas iraquesas concentradas en la meseta. Estas respondieron cañoneando el acantonamiento; los aviones enemigos colaboraron con bombas y fuego de ametralladora. Aquél día resultaron muertos o heridos cuarenta de nuestros hombres y fueron destruidos o inutilizados veintidós aparatos británicos. A pesar de lo difícil que les era despegar bajo la acción de la artillería emplazada a corta distancia, nuestros aviadores no cesaron en sus ataques. El enemigo no lanzó su infantería al asalto, y sus baterías fueron enmudeciendo gradualmente.

Los defensores de Habbaniya advirtieron que los artilleros iraqueses abandonaban sus piezas cuando nuestros aviones atacaban e incluso ante la simple presencia de los aparatos británicos por encima de la meseta. Explotando a fondo este nerviosismo, a partir del segundo día fue posible dedicar una parte de nuestro contingente aéreo a hostilizar a la Aviación iraquesa y a bombardear sus bases.

El 3 y el 4 de mayo, por la noche, salieron de Habbaniya patrullas terrestres bien

armadas que llevaron a cabo fructuosas incursiones en las líneas enemigas, y el 5, tras cuatro días de incesante fuego de la R.A.F., las fuerzas iraquesas consideraron que ya les había caído bastante metralla encima. Aquella misma noche se retiraron de la meseta. Salieron nuestras tropas en su persecución, y en el curso de una victoriosa acción cogieron 400 prisioneros, 12 cañones, 60 ametralladoras y 10 carros blindados. Una columna de refuerzo, procedente de Falluja, fue sorprendida a mitad de camino y destruida por cuarenta aviones británicos que habían despegado de la base asediada con este objeto. El 7 de mayo pues, se dio por terminado el sitio de Habbaniya.



Las leyes mudables de la estrategia

(A últimos de mayo fue ocupado Bagdad, y Rachid. Alí huyó a Persia.)

De este modo el proyecto alemán de provocar una rebelión en el Irak y dominar a poca costa aquella amplia zona fracasó por escaso margen. El desembarco de la brigada india en Basora el 18 de abril fue en verdad oportuno, pues obligó a Rachid Alí a realizar una acción prematura. Pero aun así, nuestras exiguas fuerzas hubieran de competir en rapidez con el calendario. La valerosa defensa de Habbaniya por los elementos de la Escuela de Aviación fue uno de los factores básicos de nuestro éxito.

Desde luego, los alemanes podían en aquella época, valiéndose de su sistema de transporte aéreo de tropas ocupar con relativa facilidad Siria, Irak y Persia, con sus valiosísimos campos petrolíferos. Hitler podía haber alargado mucho la mano en dirección a la India invitando con ello al Japón a actuar de una vez. Sin embargo como pronto veremos, había optado por utilizar su fuerza aérea en otro sentido. Es frecuente oír a los técnicos militares sostener la tesis de que debe darse preferencia al escenario

decisivo de la lucha. No les falta razón. Pero en la guerra este principio, como todos los demás, se rige por los hechos y las circunstancias; de otro modo la estrategia sería demasiado fácil; se convertiría en un tratado de instrucción militar y dejaría de ser un arte; dependería de unas normas fijas y no de un discernimiento inteligente y afortunado de las proporciones de una situación casi fluida a fuer de cambiante.

Una figura nueva: Auchinleck

El lector habrá advertido la tensión que se produjo entre el Gabinete de Guerra y los jefes de Estado Mayor británicos, por una parte, y su agobiado y bravo comandante en jefe en El Cairo, por otra. Las autoridades de la metrópoli, presididas por mí, hicieron por completo caso omiso desde Whitehall, del criterio sustentado por el jefe militar que ostentaba el mando de la zona afectada. El éxito fue rápido y total.

Aunque nadie se sintió más satisfecho que el propio Wavell, aquel episodio no pudo menos que dejar profunda huella en su ánimo tanto como en el nuestro. Al mismo tiempo, la resuelta actitud del general Auchinleck al enviar con tal prontitud, a petición nuestra y con el cordial asenso del Virrey, la división india a Basora, así como la presteza con que organizó los refuerzos de tropas indias, nos dieron la sensación de hallarnos ante un hombre de mente clara y de gran energía personal. Las consecuencias de todas estas impresiones se verán a medida que discurra mi relato.

CAPITULO XIV

El último baluarte del Egeo

Tanto los argumentos como los hechos han explicado ya la importancia estratégica que Creta tenía en todos nuestros problemas del Mediterráneo. Los navíos británicos con base en la bahía de Suda o que tenían allí sus depósitos de abastecimiento de combustible estaban en condiciones de prestar ayuda y protección, tan necesarias ambas, a la isla de Malta.

Preparativos con ritmo retardado

Con la base de Creta bien defendida contra los ataques aéreos, nuestra superioridad naval hubiese cobrado plena eficacia al frustrar cualquier intento de expedición enemiga por vía marítima.

Pero tan solo a un centenar de millas de distancia se alzaba la fortaleza italiana de Rodas, con sus amplios aeródromos y sus modernísimas instalaciones. La conquista y ocupación de Rodas había sido uno de nuestros más codiciados objetivos desde principios de aquel año. De Inglaterra, con destino a Rodas o a la bahía de Suda, según aconsejaran las circunstancias, había salido la Organización Móvil de Defensa Naval, magnífico cuerpo de 5.300 hombres cuidadosamente entrenados y pertrechados. Habíamos enviado también por la ruta de El Cabo un contingente de “comandos” formado por 2.000 hombres a las órdenes del coronel Laycock. Todas estas tropas, junto con la 6ª División británica que se estaba organizando en Egipto, hubiesen constituido una importantísima agrupación de fuerzas de asalto capaz de apoderarse de Rodas.

La presión de los acontecimientos nos había obligado a aplazar esta empresa, y entre tanto Creta seguía siendo un punto sumamente vulnerable, de modo especial si los alemanes enviaban su Aviación a Rodas. La Organización Móvil de Defensa Naval permanecía disponible en Alejandría para hacer frente a cualquier eventualidad en vez de ayudar a tomar y retener Rodas o a construir y guarnecer las defensas de la bahía de Suda.

En la propia Creta todo se había llevado a un ritmo retardado. El lector conoce ya mis insistentes requerimientos para que se fortificara la bahía de Suda. Había usado incluso la expresión “un segundo Scapa Flow”. Al cabo de seis meses de tener la isla en nuestro poder, sólo se había procedido a instalar en aquel puerto un equipo más importante que el existente de cañones antiaéreos, y aun esto a expensas de otras necesidades más urgentes todavía; el Mando del oriente Medio no había logrado tampoco encontrar en la misma isla ni fuera de ella, la mano de obra precisa para la construcción de nuevos aeródromos.

No se trataba de enviar a Creta grandes contingentes de tropas de guarnición ni de situar en sus aeródromos considerables fuerzas de aviación mientras Grecia se hallara en manos aliadas. Pero era obligado que todo estuviese a punto de recibir los refuerzos cuando dispusiéramos de ellos o en el momento en que fuese necesario mandarlos. Allí no había habido, sin embargo, plan definido alguno ni dirección concreta. En el curso de seis meses habían sido nombrados otros tantos comandantes militares. La responsabilidad por el deficiente estudio del problema y por la irresoluta ejecución de las órdenes dictadas ha de atribuirse por mitad a Whitehall y a El Cairo.

Optimismo de última hora

El Comité de Servicio de Información con sede en Londres sometió el 28 de abril al Gabinete de Guerra una nota respecto al alcance y la naturaleza posibles de una ofensiva que el enemigo preparaba contra Creta. En dicha nota los miembros del Comité

hacían constar que, a su entender, era inminente un ataque simultáneo de fuerzas alemanas transportadas por aire y por mar.

Telegrafiamos al punto en este sentido al cuartel general de El Cairo, y el mismo día dirigí un mensaje personal a Wavell subrayando la trascendencia de las apuntadas previsiones.

Aunque al principio el general Wavell no compartía por entero nuestra opinión de que el objetivo inmediato era Creta, y se inclinaba más bien a creer que los alemanes hacían circular rumores destinados a encubrir sus verdaderos proyectos, actuó sin pérdida de tiempo con su energía y movilidad acostumbradas y se trasladó en avión a la isla. Su respuesta da una idea bastante clara de la situación en aquel momento:

Del general Wavell al primer ministro y al Comité de jefes de Estado Mayor:

“29-4-41.

“1.- El 18 de abril Creta fue advertida de la posibilidad de un ataque enemigo con fuerzas aerotransportadas. Aparte de la guarnición permanente, compuesta por tres batallones de infantería, dos baterías antiaéreas pesadas, tres baterías antiaéreas ligeras y la artillería de defensa costera, actualmente hay en Creta 30.000 hombres evacuados de Grecia. Se está procediendo a organizarlos para asegurar la defensa de los puntos vitales de la isla: bahía de Suda, Canea, Retimo y Candía. Me comunican que la moral es buena. El armamento de dichas tropas se compone principalmente de fusiles y en menor proporción, de ametralladoras ligeras. Además, se ha formado un cierto número de unidades con reclutas griegos para la defensa de los aeródromos y para la custodia de prisioneros de guerra.

“2.- La Organización Móvil de Defensa Naval llegará a la isla durante la primera quincena de mayo.

“3.- Tengo intención de trasladarme mañana a Creta. Informaré a mi regreso.

“4.- Es muy posible que el plan de ataque a Creta sea una simple añagaza para encubrir una ofensiva contra Siria o Chipre y que el Mando alemán no revele el plan auténtico, incluso a sus propias fuerzas, hasta el último momento. Sería ésta una maniobra muy lógica dentro de la táctica alemana.”

El general “salamandra”

Yo había sugerido al jefe del Alto Estado Mayor Imperial la conveniencia de confiar el mando de Creta al general Freyberg. Formulada la oportuna propuesta a Wavell, este dio inmediatamente su conformidad.

Bernard Freyberg y yo éramos amigos desde hacía muchos años. Cuando en su calidad de joven voluntario neozelandés en la primera guerra mundial llegó a Inglaterra tras incontables dificultades, obtuvo una carta de presentación dirigida a mí; cierto día de septiembre de 1914 vino a verme, en efecto, al Almirantazgo y me pidió un destino en el servicio activo. Estaba yo formando en aquella época la Real División Naval y le recomendé convenientemente a los jefes de la misma. A los pocos días era subteniente del batallón “Hood”.

No voy a describir aquí la larga sucesión de gloriosas hazañas personales que en cuatro años de lucha en la línea de fuego le elevaron hasta el mando de una brigada. Más aún; en la hora crítica de la ofensiva alemana del verano de 1918 se le colocó al frente de

todas las tropas, casi un cuerpo de ejército, que resistieron la acometida enemiga ante Babilieul. La Cruz Victoria y la Orden de Servicios distinguidos con dos pasadores señalaron la alta categoría de sus hechos de armas.



Freyberg, lo mismo que su único émulo Carton de Wiart, merecían sin discusión el calificativo que les apliqué de “salamandra”. El fuego era el elemento natural de ambos, y ambos fueron literalmente acribillados a balazos sin que ello les afectara en lo físico ni en lo moral. Hacia 1920, hallándome en cierta ocasión con Bernard Freyberg en su casa de campo, le pedí que me mostrara sus heridas. Desnudose, ni corto ni perezoso, y conté veintisiete cicatrices y costurones. A estas señales había que añadir otras tres en la segunda guerra mundial. “Claro que –me explicó con donaire– cada bala o esquirla casi siempre produce dos heridas, pues por regla general todas ellas han de salir además de entrar”.

Al estallar la nueva contienda nadie estaba mejor capacitado que él para mandar la división neozelandesa, cargo que, en efecto, se le confirió. Ya en septiembre de 1940 había acariciado yo la idea de dar más amplia esfera de acción a sus dotes de gran soldado. Por fin, en la época de que ahora me ocupo, otorgábasele el mando personal de alcance decisivo que merecía. Freyberg es un hombre capaz de luchar sin desmayo por el Rey y por la Patria dondequiera que se le ordene hacerlo y con las tropas, sean cuales fueren, que sus superiores pongan a su disposición, y sabe asimismo impartir en torno suyo la inquebrantable firmeza de ánimo que le es propia.

Obscuro e incierto provenir

Ni Freyberg ni Wavell se hacían ilusiones sobre el resultado de lo que se avecinaba.

Del general Freyberg al general Wavell:

“1-5-41.

“Las fuerzas que tengo a mis órdenes están en una absoluta situación de inferioridad para hacer frente al ataque previsto. Si no se aumenta notablemente el número de aviones de caza y no dispongo de las unidades navales necesarias para frustrar los eventuales intentos de desembarco, no creo poder resistir sólo con fuerzas terrestres que, por añadidura, como consecuencia de la campaña de Grecia, carecen de artillería, no tienen suficientes herramientas para cavar trincheras, cuentan con elementos de transporte muy exiguos y se hallan faltas de reservas tanto en armas como en municiones.

“Las tropas que aquí tengo pueden y quieren luchar *peri* sin el decidido apoyo de la Marina y de la Aviación es imposible pensar en repeler al invasor. Si por distintas razones no podemos contar inmediatamente con este apoyo, es preciso estudiar de nuevo y a fondo la cuestión de tratar de resistir en Creta. Considero, además, que tengo el deber de informar al Gobierno de Nueva Zelanda acerca de la situación en que se encuentra la mayor parte de mi división.”

Del general Wavell al jefe del Alto Estado Mayor Imperial:

“2-5-41.

“1.- La defensa de Creta constituirá un difícil problema para las tres Armas, especialmente a causa de la superioridad aérea del adversario. El hecho de que los puertos y los aeródromos estén situados en el norte de la isla supone un grave peligro para nuestras fuerzas aéreas y navales. La única carretera buena que hay en la isla (y aun ésta no demasiado buena) se extiende en sentido Este-Oeste a lo largo de la costa septentrional y también se halla muy expuesta a los ataques del enemigo.

“2.- No hay buenas carreteras en sentido Norte-Sur ni tampoco puertos en la costa meridional, aunque con tiempo sería posible improvisarlos. La isla adolece de muy notable escasez de elementos de transporte.

“3.- Habrá que importar en cantidades considerables los víveres para la población civil. Si las ciudades sufren insistentes bombardeos y no estamos en condiciones de ofrecer protección mediante aviones de caza, podemos encontrarnos frente a un grave problema de orden político.

“4.- Para guarnecer debidamente la isla se necesitan por lo menos tres brigadas y una cantidad considerable de unidades antiaéreas. La guarnición actual se compone de tres batallones británicos de fuerzas regulares, seis batallones neozelandeses, un batallón australiano y dos batallones mixtos formados con tropas evacuadas de Grecia. Estas últimas cuentan con muy escaso armamento. No hay artillería. La defensa antiaérea es insuficiente, pero se procede a reforzarla.

“5.- Por lo que se requiere a la Aviación, actualmente no hay aparatos modernos en la isla.

“6.- Las tropas griegas están hoy faltas de entrenamiento y de armas.

“7.- Hacemos frente en debida forma a las dificultades existentes; estas quedarán vencidas si disponemos de tiempo; pero la defensa aérea seguirá constituyendo de todos modos un grave problema.”

A despecho de la inferioridad...

Vista la magnitud y la inminencia del peligro, las mentes rectoras adoptaron las medidas convenientes para el envío de refuerzos y armamento, especialmente artillería, a la isla. Pero entonces era ya demasiado tarde. En la segunda semana de mayo, la Aviación alemana, desde sus bases de Grecia y el Egeo, estableció virtualmente un bloqueo diurno de Creta e impuso duro tributo al tráfico de todo género, sobre todo en la costa septentrional, única zona en la que había puertos. De 27.000 toneladas de pertrechos esenciales que enviamos a Creta en las tres primeras semanas de mayo apenas si fue posible hacer llegar 3.000 a destino; la carga restante hubo de volver a los puntos de origen, no sin sufrir antes la pérdida de más de 3.000 toneladas.

Nuestras disponibilidades de armas antiaéreas en la isla eran: 16 cañones pesados de 3.7 pulgadas, 36 cañones ligeros (Bofors) y 24 reflectores. Había tan solo 9 tanques usados de tipo medio, distribuidos entre los aeródromos, y 16 tanques ligeros. El 9 de mayo llegó una parte de las fuerzas de la Organización Móvil de Defensa Naval, amén de una batería antiaérea pesada y otra ligera; dichos elementos pasaron a reforzar la

protección de la bahía de Suda. En total desembarcaron en Creta dos mil hombres de la citada organización; aproximadamente otros tres mil permanecieron en Egipto, aunque mejor hubiese sido enviarlos a la isla amenazada. Seis mil prisioneros de guerra italianos constituían una carga adicional para los defensores.

Pero es evidente que fue nuestra debilidad en el aire lo que hizo posible el ataque alemán. La R.A.F. tenía allí a principios de mayo 12 “Blenheims”, 6 “Hurricanes”, 12 “Gladiators” y 6 “Fulmars” y “Brewsters” de la Aviación naval, de los cuales sólo la mitad estaban en condiciones de prestar servicio efectivo. Estos se hallaban repartidos entre el campo de aterrizaje de Retimo, el aeródromo de Maleme, sólo útil para cazas, y el aeródromo de Candía, capaz para toda clase de aparatos. Esto era una fruslería en comparación con la cantidad abrumadora de fuerzas aéreas que el enemigo se disponía a lanzar sobre la isla.

Todos los elementos responsables admitieron sin reserva nuestra inferioridad en el aire, y el 19 de mayo, o sea la víspera del ataque, fueron evacuados a Egipto todos los aviones que quedaban en la isla. Tanto el Gabinete de Guerra como los jefes de Estado Mayor y los comandantes en jefe del Oriente Medio sabían muy bien que era preciso elegir entre luchar teniendo plena conciencia de que aquel cúmulo aterrador de factores en contra y abandonar a escape la isla, cosa esta última que hubiese sido posible en los primeros días de mayo.

Pero no surgieron entre nosotros diferencias de opción acerca de la necesidad de librar la batalla; y al ver, a la luz de lo que ahora sabemos, cuán a punto estuvimos de ganar, a despecho de todas las deficiencias, y cuán fructífero fue incluso nuestro fracaso, no podemos menos que dar por bien empleado los riesgos que entonces corrimos y el elevado precio que hubimos de satisfacer.

CAPITULO XV

El infierno de Creta

En muchos de sus aspectos la batalla de Creta no tenía precedentes en la época en que se desarrolló. Nunca hasta entonces se había visto nada parecido. Era el primer

ataque en gran escala realizado por las fuerzas aerotransportadas que quedaba inscrito en los anales de la guerra. El cuerpo de ejército aéreo alemán era la llama viva del Movimiento de las Juventudes Hitlerianas y constituía una vigorosa encarnación del espíritu teutónico de desquite originado por la derrota de 1918. En aquellas tropas paracaidistas nazis, valientes, magníficamente entrenadas y absolutamente fieles al ideal hitleriano, estaba representada la flor de la virilidad germana.

El enemigo empleó todas las fuerzas de que disponía. Aquella había de ser la gran gesta aérea de Goering. Hubiese podido tener a Inglaterra por escenario en 1940 de haberse logrado la anhelada destrucción del poderío aéreo británico. Pero esta esperanza había fallado. La plaga hubiese podido también abatirse sobre Malta. Pero no fue así. El cuerpo de ejército aéreo alemán había estado aguardando durante siete meses el momento de descargar su golpe de gracia y probar su temple. Ahora, por fin, Goering pudo darles la señal tanto tiempo esperada.

Cuando se libró la batalla ignorábamos cuáles eran los recursos totales de Alemania en fuerzas paracaidistas. El 11º Cuerpo Aéreo podía haber sido tan sólo una de entre media docena de tales unidades. Hasta muchos meses más tarde no tuvimos la plena seguridad de que era la única. En realidad era la punta de la lanza alemana. Y esta es la historia de cómo triunfó y fue destruida.

Tromba de paracaidistas

La batalla empezó el 20 de mayo de 1941 por la mañana. Jamás los alemanes lanzaron un ataque más temerario ni más despiadado. Su primero y principal objetivo fue el aeródromo de Maleme. Por espacio de una hora las posiciones circundantes fueron sometidas a la acción de bombardeo y ametrallamiento más intensa realizada hasta entonces desde el aire. Toda nuestra artillería antiaérea quedó prácticamente en seguida fuera de combate. Una vez terminado el bombardeo, empezaron a aterrizar planeadores al oeste del aeródromo.

A las 8 de la mañana inició el enemigo su operación de lanzamiento de paracaidistas, desde alturas comprendidas entre los 100 y los 200 metros, en la zona Maleme-Canea. Mediante una sucesión ininterrumpida de aviones y con absoluto desprecio por la suerte que pudieran correr los hombres y aparatos, fueron arrojados un regimiento alemán de cuatro batallones por la mañana y otro por la tarde. Un batallón de la 5ª Brigada neozelandesa se enfrentó decididamente con los atacantes en el propio aeródromo y sus inmediaciones, mientras el resto de la brigada lo apoyaba desde el Oeste.

Dondequiera que el enemigo advertía la presencia de nuestras tropas las sometía a un bombardero implacable, utilizando bombas de 250 y aun de 500 kilogramos. En pleno día era imposible intentar contraataques. El único de ellos, llevado a cabo con el apoyo de dos tanques tipo "T", fracasó rotundamente. Los planeadores aterrizaban o se estrellaban en las playas y en el aeródromo. En total entre Maleme y Canea y en sus proximidades tocaron tierra más de cinco mil alemanes el primer día. Sufrieron bajas muy considerables a causa del fuego y el feroz cuerpo a cuerpo de los neozelandeses.

Prácticamente todos los que aterrizaron en el área defendida por nuestras tropas cayeron muertos o heridos. Al terminar el día, el aeródromo continuaba en nuestro poder; pero aquella misma noche los pocos que quedaban del batallón se retiraron a las posiciones guarnecidas por el resto de la brigada.

Tanto Retino como Candía fueron sometidos por la mañana a un violento bombardeo aéreo, seguido, en el curso de la tarde, por el lanzamiento de dos y cuatro batallones de paracaidistas, respectivamente. Trabóse dura lucha, pero al caer la noche ambos aeródromos seguían firmemente en nuestras manos.

Presión creciente

El ataque prosiguió al día siguiente, con la aparición de aviones de transportes de tropas. Aunque el aeródromo de Maleme continuaba hallándose al alcance de la artillería de tiro rápido y los morteros de nuestras fuerzas, los citados transportes seguían aterrizando en su campo y en el accidentado terreno que se extendía al oeste del mismo.

No parecía importar mucho las bajas al Alto Mando alemán; por lo menos cien aparatos quedaron destruidos al estrellarse en el suelo. A pesar de ello, las oleadas se sucedían una tras otra. Gracias a un contraataque realizado aquella noche, nuestras tropas llegaron hasta los límites del aeródromo; pero al despuntar el nuevo día reapareció la Aviación alemana y no fue posible consolidar las posiciones conquistadas.

Al tercer día, el aeródromo de Maleme se convirtió en base efectiva de operaciones para el enemigo. Los aviones de transporte de tropas seguían llegando a razón de más de veinte por hora. Más importante aún era el hecho de que pudiesen regresar a su punto de origen en busca de refuerzos. Se calculó que en aquella jornada y las subsiguientes tomaron tierra en el aeródromo, con mayor o menor fortuna, hasta 600 aparatos de transporte.

Bajo la creciente presión de aquellas fuerzas superiores en número, fue preciso finalmente abandonar el plan de un contraataque a fondo. La 5ª brigada neozelandesa se retiró gradualmente hasta situarse a unos 15 kilómetros de Maleme.

En Canea y Suda no había ocurrido nada, y en Retimo nuestras fuerzas dominaban la situación. En Candía los aviones enemigos aterrizaban al este del aeródromo y muy luego hubo allí un importante acantonamiento de tropas. Después de los ataques iniciales del 20 de mayo, el Alto Mando alemán desvió su atención de Retimo y Candía y concentró principalmente sus esfuerzos en la zona de la bahía de Suda.

Fracaso de los convoyes alemanes

Al señalar nuestros aparatos de reconocimiento la presencia de caiques griegos en el Egeo, el almirante Cunningham envió el 20 de mayo hacia el noroeste de Creta un contingente de unidades ligeras a las órdenes del contraalmirante King. Por las aguas occidentales de la isla patrullaba una importante escuadra mandada por el contraalmirante Rawlings, constituida por los acorazados “Warspite” y “Valiant”, con la protección de ocho destructores, al acecho de la esperada intervención de la Flota italiana.

El día 21 nuestros buques fueron sometidos a intensos ataques aéreos. El destructor “Juno”, alcanzado por una bomba, se hundió en dos minutos escasos, perecieron ahogados casi todos sus tripulantes. Los cruceros “Ajax” y “Orion” sufrieron daños de cierta consideración, pero continuaron actuando.

Al ver aquella noche nuestras fatigadas tropas cómo se iluminaba toda la línea del horizonte con repetidos fogonazos, comprendieron que la Marina Real estaba en acción. El primer convoy marítimo alemán había emprendido su desesperada misión. A las 11’30 p.m., a 18 millas al norte de Canea, el contraalmirante Glennie, con los cruceros “Dido”, “Orion” y “Ajax” y cuatro destructores, localizó el convoy de tropas enemigas, compuesto en su mayor parte de caiques escoltados por lanchas torpederas. Por espacio de dos horas y media los navíos británicos acosaron a su presa, hundiendo no menos de una docena de caiques y tres vapores, todos ellos abarrotados de fuerzas alemanas. Se calcula que aquella noche murieron ahogados unos cuatro mil hombres.

Entretanto, el contraalmirante King, con los cruceros “Nadad”, “Perth”, “Calcuta” y “Carlisle” y tres destructores estuvo toda la noche del 21 patrullando a la altura de Candía, y el 22 al amanecer mando poner proa al Norte. Sólo fue destruido un caique cargado de tropas, y a las diez de la mañana la escuadra se hallaba ya cerca de la isla de Melos. A los pocos minutos los vigías señalaron en dirección Norte la proximidad de un

destructor enemigo que daba escolta a cinco buques pequeños. Poco después fue avistado otro destructor, que tendía una cortina de humo para proteger a gran número de caiques.

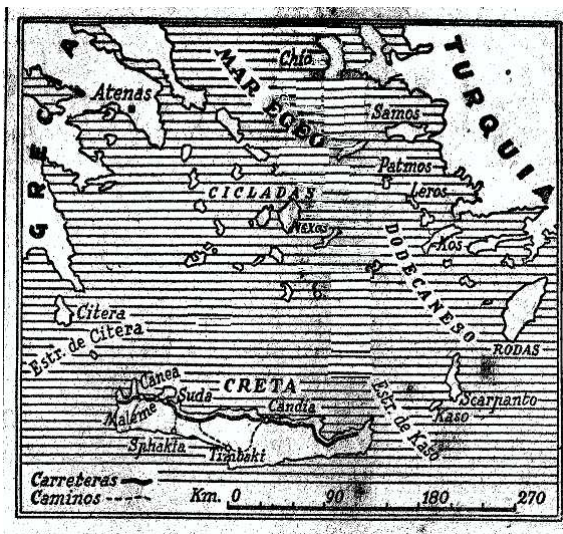
Lo cierto era que habíamos interceptado otro importante convoy de soldados. Nuestros servicios de reconocimiento aéreo habían comunicado ya la situación exacta de dicha unidades al almirante Cunningham, pero la noticia no pudo ser transmitida hasta una hora después al contraalmirante King. Los navíos de éste habían estado sometidos a incesantes ataques por parte de la aviación enemiga desde el amanecer, y aun cuando hasta entonces no habían sufrido daño alguno, en todos ellos escaseaban las municiones antiaéreas. Habían reducido asimismo su velocidad combinada porque el “Carlisle” no podía navegar a una marcha superior a los 21 nudos.

Lo que podía haber ocurrido en 1940

En contraalmirante, sin apreciar debidamente la magnífica presa que tenía casi al alcance de la mano, consideró que si continuaba más hacia el Norte pondría en peligro la totalidad de sus fuerzas y ordenó, por consiguiente una retirada hacia el Oeste. En cuanto al comandante en jefe tuvo conocimiento de este hecho, transmitió a King la siguiente orden:

“Cambie el rumbo. No pierda de vista al convoy. No debemos dejar abandonado al Ejército en Creta. Es esencial evitar la llegada de fuerzas enemigas a Creta por vía marítima.”

A la sazón era ya demasiado tarde para destruir el convoy, el cual, después de



virar en redondo, se había dispersado en todas direcciones por entre las innumerables islas. De este modo, por lo menos cinco mil soldados alemanes dejaron de correr la suerte de sus camaradas. La audacia de las autoridades germanas al ordenar el envío de aquellos convoyes de tropas prácticamente indefensas a través de unas aguas sobre las que no tenían dominio naval ni en gran parte aéreo es una pequeña muestras de lo que hubiese podido ocurrir en gigantesca escala en el mar del Norte y el canal de La Mancha en septiembre de 1940. Demuestra la incomprensión alemana de lo que

supone el poderío naval frente a unas fuerzas invasoras, así como lo cara que se paga en vidas humanas esta clase de ignorancia.

La retirada del contraalmirante no salvó a su escuadra del temido ataque aéreo. Durante las tres horas y media siguientes sus navíos fueron bombardeados continuamente. Su buque insignia, el “Naiad”, y el “Carlisle”, cuyo comandante el capitán T.C. Hamptom resultó muerto, sufrieron daños de consideración.

A la 1'10 de la tarde se encontraron con los acorazados “Warspite” y “Valiant”, los cruceros “Gloucester” y “Fiji” y siete destructores; esta escuadra, a las órdenes del contraalmirante Rawlings, avanzaba a toda máquina desde el Oeste por el estrecho de Citera para apoyar a las unidades de King. En el momento preciso del encuentro, el “Warspite” fue alcanzado por una bomba que le destrozó las baterías de estribor y redujo la velocidad del acorazado. Y como el enemigo había huido ya, las escuadras británicas combinadas pusieron proa al Sudoeste.

Jornadas funestas

El 22 y el 23 de mayo fueron días aciagos para la Armada. El destructor “Greyhound” de la escuadra del contraalmirante Rawlings, fue bombardeado y hundido. El contraalmirante King, jefe de las fuerzas combinadas, dispuso que otros dos destructores acudiesen a rescatar a los supervivientes y que los cruceros “Gloucester” y “Fiji” los protegieran contra el ataque aéreo, que era incesante y cada vez más violento. La indicada operación retrasó la marcha de toda la escuadra y dio ocasión a que se prolongara grandemente el ataque de los aviones alemanes contra ella. El día 22, a las 2’57 de la tarde, King, al saber que escaseaban las municiones antiaéreas, indicó a los dos cruceros que se retiraran a discreción. A las 3’30 p.m. el “Gloucester” y el “Fiji” comunicaron que se acercaban por popa a toda velocidad bajo intenso fuego de los aviones enemigos.

Veinte minutos después el “Gloucester”, alcanzado por varias bombas quedó inmóvil y con la cubierta superior convertida en un matadero. El “Fiji” no podía hacer nada más que abandonarlo y, como había perdido el contacto con la escuadra y empezaba a escasearle el combustible, puso proa directamente a Alejandría acompañado por sus dos destructores. Al cabo de tres horas, después de salir con bien de cerca de veinte ataques de las formaciones de bombarderos enemigos y tras disparar todas sus reservas de municiones antiaéreas, cayó víctima de un “Me-109” que se aproximó por entre las nubes sin ser advertido.

Entretanto, la escuadra, a 20 millas más al Oeste, se había visto sometida a insistentes ataques aéreos, en el curso de los cuales el “Valiant” fue alcanzado, si bien no sufrió averías graves. A las 4 de la tarde llegó procedente de Malta y se unió a la escuadra del capitán lord Louis Mountbatten a bordo del “Nelly” con otros cuatro destructores del tipo más moderno, flotilla con la que acabábamos de reforzar el Mediterráneo central. Después de obscurecido, el contraalmirante King dispuso que los destructores de Mountbatten volviesen atrás en busca de supervivientes del “Gloucester” y el “Fiji”. Pero el comandante en jefe anuló la puesta en práctica de esta obra de misericordia y dispuso que, por el contrario, las citadas unidades prestasen servicio de patrulla en la costa septentrional de Creta durante las horas nocturnas. Fue otra decisión acertada, aunque dolorosa.

Tragedia sobre desastre

Por la noche, el almirante Cunningham tuvo conocimiento de la situación general y de la pérdida del “Gloucester” y el “Fiji”. Debido a una errata cometida en la oficina de transmisión y recepción de señales de Alejandría, el almirante entendió que no sólo los cruceros, sino también los acorazados, habían agotado casi por completo sus municiones antiaéreas. Por lo tanto, a las 4 de la madrugada ordenó la retirada de todas las fuerzas hacia el Este. Lo cierto era que los acorazados tenían municiones más que suficientes y Cunningham ha declarado después que si hubiese sabido esto no los habría hecho retirar. Su presencia habría evitado a buen seguro, a la mañana siguiente, otro desastre del que voy ahora a dar cuenta brevemente.

El 23 al amanecer, el “Nelly” y el “Kashmir” se retiraban a toda máquina por las aguas occidentales de Creta. Después de salir indemnes de dos vigorosos ataques aéreos, fueron alcanzados por una formación de 24 bombarderos en picado. Ambos buques se hundieron rápidamente y allí murieron 210 hombres. Por fortuna, estaba cerca el destructor “Kipling” y, a pesar del incesante bombardeo, logró salvar a 279 oficiales y marineros, entre ellos a lord Louis Mountbatten, sin que el navío sufriera el menor daño. A la mañana siguiente, hallándose aún a 50 millas de Alejandría y atestado de hombres

de proa a popa, se le agotó el combustible pero pudo ser localizado a tiempo y remolcado sin más novedad.

Así, pues, en las batallas del 22 y el 23 de mayo nuestra Marina había tenido las siguientes bajas: dos cruceros y tres destructores hundidos, y un acorazado, el “Warspite” y otras muchas unidades habían sufrido averías de consideración. No obstante, la custodia naval de Creta había sido efectiva. La Marina no había fallado. Ni un solo alemán llegó a Creta por la mar hasta que la batalla por la posesión de la isla hubo terminado.

CAPITULO XVI

Fase postrera de una batalla sin precedentes

El 26 de mayo por la noche recibió Wavell graves noticias. “Lamento tener que comunicar –decía Freyberg, jefe de las fuerzas aliadas en Creta– que a mi juicio las tropas que tengo a mis órdenes en la bahía de Suda han llegado al límite de la resistencia humana. Sea cual fuere la decisión que adopten los comandantes en jefe desde el punto de vista militar, nuestra situación aquí es desesperada. Unas fuerzas exiguas, mal

pertrechadas y carentes en absoluto de elementos móviles como las nuestras no pueden mantenerse firmes ante el bombardeo concentrado que venimos soportando desde hace siete días.

“Creo es mi deber decirle que las dificultades para evacuar a todas estas tropas son insuperables. Siempre que se tomara inmediatamente una resolución, podríamos embarcar algunos contingentes de las mismas...”

En el” último cuarto de hora”

He aquí el texto de mi telegrama a Freyberg:

“27-5-41.

“Su gloriosa defensa despierta admiración en el mundo entero. Sabemos que el enemigo se halla en difícil situación. Enviamos todos los refuerzos posibles.”

Del primer ministro a los comandantes en jefe del Oriente Medio:

“27-5-41.

“La victoria en Creta es esencial en este momento decisivo de la guerra. Sigam mandando toda la ayuda que puedan.”

Pero aquella noche supimos que se había desvanecido toda esperanza de triunfo.

Del general Wavell al primer ministro:

“27-5-41.

“1. La situación en Creta es gravísima. El frente de Canea se ha derrumbado, y es dudoso que la bahía de Suda pueda ser defendida durante 24 horas más. No hay posibilidad de enviar refuerzos.

“2. En el resto de la isla, nuestras tropas, que en su mayor parte soportaron ya durísimas pruebas en Grecia, se encuentran ahora en circunstancias mucho peores aún. Una ofensiva aérea constante y sin oposición como la que se registra en Creta ha de obligar tarde o temprano a las fuerzas más intrépidas a abandonar sus posiciones y al propio tiempo anula todo intento de acción coordinada.

“3. Un telegrama que acabo de recibir de Freyberg afirma que la única probabilidad de supervivencia que queda a las tropas de la zona de Suda es la de retirarse a las playas meridionales de la isla manteniéndose ocultas durante el día y realizando marchas forzadas durante la noche. Informa que las fuerzas establecidas en Retimo, han quedado aisladas y están agotando las municiones. Las fuerzas de Candía también se hallan cercadas al parecer.

“4. Temo habremos de reconocer que no es posible seguir resistiendo en Creta y que las tropas deben ser retiradas dentro de lo posible. Ha sido imposible soportar el peso del ataque aéreo enemigo, realizado en una escala sin precedentes y que, dadas las circunstancias no ha encontrado oposición.”

Evacuación en circunstancias dramáticas

Una vez más teníamos que afrontar la amarga y funesta tarea de una evacuación con la certeza de que las bajas serían elevadísimas. La hostilizada y agobiada escuadra británica tenía que emprender el embarco de unos 22.000 hombres, la mayor parte de ellos desde la playa abierta de Sphakia, a través de 350 millas de mar dominado por aviones enemigos.

Sphakia, pueblecito pesquero de la costa meridional, se extiende al pie de un acantilado de 150 metros de alto. Las tropas habían de ocultarse entre las anfractuosidades de la roca y en sus alrededores hasta que recibieran la orden de embarcar. El 28 por la noche llegaron cuatro destructores, a las órdenes del capitán Arliss y embarcaron 700 hombres, además de llevar víveres para los importantes contingentes que se iban concentrando allí. El viaje de regreso, que se llevó a cabo con la protección de aparatos de caza, discurrió sin mas novedad que una avería de poca importancia causada por el fuego enemigo a un destructor. Por lo menos 15.000 hombres permanecieron ocultos en el escarpado terreno contiguo a Sphakia, mientras la retaguardia de Freyberg mantenían contacto con las fuerzas alemanas.

La tragedia acechaba a la expedición simultánea del almirante Rawlings, quien, con los cruceros "Orion", "Ajax" y "Dido" y seis destructores, fue a rescatar a la guarnición de Candía. Al llegar a la altura de Scarpanto, sus unidades fueron sorprendidas por la aviación enemiga, cuyo ataque duró desde las 5 de la tarde hasta el obscurecer. El "Ajax" y el destructor "Imperial" resultaron alcanzados por sendas bombas y el primero hubo de volver a su base. Poco antes de medianoche entraron en Candía los destructores y trasladaron las tropas a los cruceros que aguardaban fuera del puerto.

Terminada la labor a las 3'20 de la madrugada, la escuadra de Rawlings emprendió el viaje de regreso con cuatro mil hombres de la guarnición de Candía a bordo. Al cabo de media hora se rompió la rueda del timón del averiado "Imperial" y faltó poco para que el navío chocara con los cruceros. Esa imprescindible que toda la escuadra se hallara lo más lejos posible en dirección al Sur al amanecer. El almirante Rawlings, empero, decidió que el destructor "Hotspur" regresara al punto en que se hallaba el "Imperial" y lo hundiera después de realizar el trasbordo de fuerzas y tripulación. Dispuso al mismo tiempo, que los demás buques redujeran la marcha a 15 nudos. Poco antes de despuntar el día se reincorporó a ellos el "Hotspur" con 900 soldados a bordo.

El almirante llevaba a la sazón un retraso de 90 minutos en su horario y no pasó por el estrecho de Kaso rumbo al Sur hasta el amanecer. Se había dispuesto que una formación de cazas saliera al encuentro de la escuadra para protegerla, pero debido en parte al citado retraso los aviones no encontraron a los buques. El temido bombardeo empezó a las 6 de la mañana y prosiguió hasta las 3 de la tarde, cuando los navíos se hallaban ya a menos de cien millas de Alejandría.

La primera víctima fue el "Hereward". A las 6'25 a.m. fue alcanzado por una bomba y no pudo continuar con el convoy. El almirante decidió abandonar el navío averiado a su suerte. Viólele luego acercarse a la costa de Creta. La mayor parte de los que iban a bordo sobrevivieron, aunque como prisioneros de guerra.

Faltaba lo peor. En el curso de las cuatro horas siguientes fueron alcanzados por el fuego enemigo los cruceros "Dido" y "Orion" y el destructor "Decoy". La velocidad de la escuadra quedó reducida a 21 nudos, pero todos los buques siguieron su marcha rumbo Sur.

En el "Orion" la situación era espantosa. Además de su tripulación, llevaba a bordo a 1.100 soldados evacuados. En sus atestadas cubiertas resultaron muertos 260 hombres y 280 heridos por efecto de una bomba que atravesó el puente. Su comandante, el capitán G.R.B. Black, murió también; registróse un incendio de grandes proporciones y el buque sufrió averías de consideración.

A mediodía aparecieron dos “Fulmars” de la Aviación Naval, lo cual alivió un tanto la situación. Los cazas de la R.A.F., a pesar de todos sus esfuerzos, no pudieron localizar a la torturada escuadra de Rawlings, si bien libraron diversos combates y destruyeron por lo menos dos aparatos alemanes.

Cuando los buques llegaron a Alejandría el día 29, a las 8 de la tarde, pudo verse que una quinta parte de la guarnición evacuada de Candía había resultado muerta, herida o prisioneros.

La tradición, suprema ley de la Marina

Hemos visto cuán enérgica presión ejercían desde la metrópoli tanto las autoridades gubernamentales como las militares sobre los comandantes en jefe de El Cairo, presión que en buena parte transmitían éstos a las fuerzas en contacto con el enemigo, las cuales respondían gallardamente. Pero después de la experiencia del día 29, el general Wavell y sus colegas tenían que decidir hasta que punto había de continuar el terrible esfuerzo de evacuar a nuestras fuerzas de Creta. El Ejército estaba en peligro de muerte, la Aviación poco podía hacer, y, una vez más, la tarea pesaba sobre los hombros de la fatigada y hostilizada Marina.

Para el almirante Cunningham era contrario a todas las tradiciones abandonar al Ejército en semejante crisis. “La Marina necesita tres años para construir un nuevo buque –declaró–. Necesitaríamos trescientos años para construir una nueva tradición. La evacuación continuará” Pero la decisión de perseverar en el empeño no se adoptó sino tras largas deliberaciones y después de consultar al Almirantazgo y al general Wavell.

El 29 de mayo por la mañana habían sido evacuados cerca de 5.000 hombres, pero quedaban muchísimos más esperando y resguardándose del fuego enemigo en las inmediaciones de Sphakia, expuestos a ser bombardeados si se mostraban a la luz del día. La decisión de arrostrar nuevas e ilimitadas pérdidas navales estaba justificada no sólo por lo que suponía moralmente, sino también por sus probables resultados prácticos.

El 28, al obscurecer, había salido el almirante King, con los cruceros “Phoebe”, “Calcuta”, “Perth” y “Coventry”, el navío auxiliar “Glengyle” y tres destructores, rumbo a Sphakia. El 29 por la noche fueron embarcados allí, sin incidentes, unos 6.000 hombres. A las 3’20 de la madrugada toda la formación emprendió el regreso y aunque sufrió tres ataques aéreos en el transcurso del día 30, llegó a Alejandría sin haber experimentado bajas. Tan solo el crucero “Perth” fue averiado por el impacto de un explosivo en una de las cámaras de calderas. Colaboraron en gran manera al éxito de esta operación los cazas de la R.A.F., que, aun siendo pocos en número, impidieron más de un ataque de los bombarderos de la “Luftwaffe”.

La última noche

El 30 por la mañana, el capitán Arliss volvió a salir para Sphakia con cuatro destructores. Dos de ellos hubieron de regresar, pero él continuó adelante con el “Napier” y el “Nizam” (destructor este último regalado a nuestra Marina por el príncipe y el pueblo de Hyderabad), y embarcó con éxito más de 1.500 hombres. Ambos buques sufrieron leves daños a consecuencia de los ataques aéreos enemigos en el viaje de vuelta, pero lograron llegar a Alejandría sin dificultad. El rey de Grecia después de correr graves riesgos, había sido evacuado, junto con el ministro británico, unos días antes. Aquella misma noche abandonó Creta, en avión, el general Freyberg, siguiendo instrucciones de los comandantes en jefe.

El almirante King salió de nuevo, en la mañana del 31, con el “Phoebe”, el “Abdiel” y tres destructores. No podían confiar en rescatar a todas las fuerzas, pero el almirante Cunningham dispuso que los buques se llenaran hasta el máximo de su

capacidad. Al mismo tiempo anunció al Almirantazgo que aquella sería la última noche de evacuación. El embarque se realizó convenientemente y los navíos zarparon a las cuatro de la madrugada del 1 de junio con 4.000 hombres a bordo y rindieron viaje en Alejandría sin novedad. El crucero “Calcuta”, que había salido a alta mar para protegerlos, fue bombardeado y hundido a un centenar de millas de Alejandría.

Mas de 5.000 hombres de las fuerzas británicas e imperiales quedaron en Creta y fueron autorizados por el general Wavell para capitular. Muchos de ellos, sin embargo, se dispersaron por la montañosa isla, que tiene unos 250 kilómetros de largo. Dichas tropas así como los soldados griegos, recibieron decidida ayuda por parte de los habitantes tanto de las ciudades como de las poblaciones rurales, a quienes los alemanes castigaban sin piedad cuando los descubrían. El invasor ejercía bárbaras represalias, especialmente contra los campesinos que, inocentes unos y esforzados otros, eran fusilados en grupos de veinte o treinta.

Pavoroso empate

Dieciséis mil quinientos hombres volvieron sanos y salvos a Egipto. Casi todos ellos formaban parte de las fuerzas británicas e imperiales. Aproximadamente otros mil lograron escapar más tarde gracias a diversas acciones de “comandos”. Nuestras bajas se elevaron a 13.000, entre muertos, heridos y prisioneros, a las que hay que añadir cerca de 2.000 muertos de las fuerzas navales.

Después de la guerra se han contado mas de 4.000 tumbas alemanas en la zona comprendida entre Maleme y la bahía de Suda, y otras mil en Retimo y Candía. Aparte de estos muertos hay que tener en cuenta los numerosos pero incontables miembros de las unidades germanas que se ahogaron en el mar, y los que después murieron en Grecia, victimas de las heridas recibidas. En total, las bajas del enemigo pueden calcularse muy bien, entre muertos y heridos, en más de 15.000. Unos 170 aviones de transporte de tropas resultaron destruidos o gravemente averiados. Pero el precio que los alemanes pagaron por su victoria no puede medirse por el número de las victimas.

La victoria pírrica de Goering

La batalla de Creta es un ejemplo de los resultados decisivos que se pueden alcanzar mediante una lucha enérgica y bien sostenida junto con las maniobras necesarias para conseguir posiciones estratégicas.

Ignorábamos cuántas divisiones de paracaidistas tenían los alemanes. A consecuencia de lo ocurrido en Creta, hicimos en la metrópoli los preparativos necesarios de defensa contra cuatro o cinco de aquellos audaces “comandos” aerotransportados. Pero en realidad la 7ª División Aerotransportada era la única que Goering tenía. Y esta división fue aniquilada en la batalla de Creta.

Murieron más de 5.000 de sus mejores hombres, y toda la estructura de aquella organización se vino abajo irremediamente. Los paracaidistas alemanes no volvieron a aparecer con carácter efectivo. Los neozelandeses y las demás tropas británicas, imperiales y griegas que combatieron en la confusa, descorazonadora y al parecer vana lucha por la posesión de Creta pueden tener la convicción de que desempeñaron un papel importantísimo en un hecho que nos reportó beneficios de gran alcance en un momento crucial. Las bajas alemanas en las formaciones de sus combatientes de más alta calidad supusieron la desaparición de una formidable arma aérea y paracaidista que amenazaba con influir decisivamente en los acontecimientos inmediatos del Oriente Medio. Goering no alcanzó en Creta más que una victoria pírrica; porque las fuerzas que allí volcó podían haber puesto fácilmente en sus manos Chipre, Irak, Siria y aún quizá Persia.



CAPITULO XVII

La caza del “Bismarck”

Aparte la pugna constante con los submarinos, los corsarios de superficie nos habían costado ya más de 750.000 toneladas de buques mercantes. Los dos acorazados ligeros enemigos “Scharn-horst” y “Gneisenau” y el crucero “Hippers” permanecían anclados en Brest bajo la protección de poderosas baterías antiaéreas, y nadie podía decir cuándo volverían a hostilizar las rutas de nuestro tráfico comercial. Hacia mediados de mayo de 1941 recibimos indicaciones de que el nuevo acorazado “Bismarck”, posiblemente acompañado por el nuevo crucero “Prinz Eugen”, que montaba cañones de 8 pulgadas, iba a entrar pronto en liza.

El dispositivo de persecución

Una combinación de todos aquellos rápidos y potentes navíos en los amplios espacios del océano Atlántico sometería a nuestra fuerza naval a una prueba de primera magnitud. El “Bismarck”, armado con ocho cañones de 15 pulgadas y construido sin tener en cuenta las limitaciones establecidas por los tratados, era el buque más fuertemente blindado que existía en los mares. Su desplazamiento era superior a cerca de 10.000 toneladas al de nuestro acorazado más reciente y por lo menos lo igualaba en velocidad.

Para hacer frente a aquella inminente amenaza, el comandante en jefe británico, almirante Tovey, tenía en Scapa Flor nuestros nuevos acorazados “King George V” y “Prince of Wales”, así como el crucero de combate “Hood”. En Gibraltar estaba el almirante Somerville con el “Renown” y el “Ark Royal”. El “Repulse” y el nuevo portaaviones “Victorious” se disponían en aquel momento a zarpar con un convoy de más de 20.000 hombres hacia el Oriente Medio. El “Rodney” y el “Ramillies” estaban prestando servicio de escolta en los convoyes del Atlántico, y el “Revenge” se hallaba en Halifax a punto de hacerse a la mar.

Por aguas del Ártico

El 20 de mayo supimos que los dos grandes navíos alemanes habían sido avistados a la salida de Kattegat con una fuerte escolta; al día siguiente el “Bismarck” y el “Pinz Eugen” fueron identificados en el fiordo de Bergen. Era evidente que se preparaba alguna operación de importancia, y sin pérdida de tiempo empezó a funcionar febrilmente todo nuestro servicio de control del Atlántico. El Almirantazgo sostenía el sano y ortodoxo principio de concentrar todas nuestras fuerzas sobre los corsarios y correr los riesgos que fuese preciso por lo que se refería a los convoyes, incluso los de tropas.

El “Hood”, el “Prince of Wales” y seis destructores abandonaron Scapa poco después de la medianoche del 22 para amparar a los cruceros “Norfolk” y “Suffoñk”, ya en servicio de patrulla por la lúgubre extensión acuática rodeada de hielos comprendida entre Groenlandia e Islandia que se conoce con el nombre de estrecho de Dinamarca. Los cruceros “Manchester” y “Birmingham” recibieron orden de vigilar las aguas que se extienden entre Islandia y las islas Feroe. El “Repulse” y el “Victorious” quedaron a disposición del comandante en jefe y decidimos permitir que el convoy de tropas saliera del Clyde sin más escolta que algunos destructores.

El jueves 22 de mayo fue un día de impaciencia e incertidumbre. En el mar del Norte la cerrazón era absoluta y llovía con insistencia. A pesar de estas condiciones atmosféricas tan desfavorables, un aparato de la Aviación naval procedente de Hatston (Orcadas) llegó hasta el fiordo de Bergen y efectuó una audaz operación de

reconocimiento, despreciando el intenso fuego enemigo. ¡Los dos navíos ya no estaban allí!

Cuando a las ocho de la noche recibió esta noticia, el almirante Tovey salió a bordo del “King George V”, acompañado por el “Victorious”, cuatro cruceros y siete destructores, con objeto de ocupar una posición central que le permitiera apoyar a sus patrullas de cruceros fuese cual fuese el rumbo que emprendiera el enemigo para abandonar las aguas de Islandia. El “Repulse” se unió a su escuadra en alta mar a la mañana siguiente. A juicio del Almirantazgo, era probable que el enemigo pasara por el estrecho de Dinamarca.

Toque de rebato

Aquella noche, a los pocos minutos de recibir el parte de nuestro avión de reconocimiento, telegrafíé al presidente Roosevelt:

“Ayer, 21, el “Bismarck”, el “Prinz Eugen” y ocho buques mercantes fueron localizados en Bergen. La nubosidad impidió realizar un ataque aéreo. Hoy se nos informa que han zarpado. Tenemos buenas razones para creer que el enemigo prepara una formidable incursión por el Atlántico. En caso de que fracasemos en nuestro intento de encontrar a dichos navíos antes de que salgan al mar abierto, quizá la Marina norteamericana podría darnos indicaciones acerca de la posición de los mismos. El “King George V”, el “Prince of Wales”, el “Hood”, el “Repulse” y el portaaviones “Victorious”, junto con varios buques auxiliares les seguirán la pista. Denos los informes pedidos y nosotros terminaremos la tarea”.

Efectivamente, el “Bismarck” y el “Prinz Eugen” habían salido de Bergen casi 24 horas antes y se hallaban a la sazón al nordeste de Islandia, rumbo al estrecho de Dinamarca. Los hielos habían reducido las aguas navegables del estrecho o no más de 80 millas. Casi toda aquella zona estaba envuelta en densa niebla. Hacia el anochecer del 23, primero el “Suffolk” y luego el “Norfolk”, avistaron, en un espacio libre de niebla, dos buques que se acercaban por el Norte costeano la barrera de hielo. Al recibir el Almirantazgo el aviso del “Norfolk”, que fue el primero en llegar a destino, lo transmitió inmediatamente por radio, en clave, a todos los interesados.

El comandante en jefe viró hacia el Oeste y aceleró la marcha. El “Hood” y el “Prince of Wales” ajustaron su rumbo de tal forma que a la mañana siguiente, al amanecer, pudiesen interceptar al enemigo al oeste de Islandia. El Almirantazgo ordenó al almirante Somerville que el grupo “H” (“Renown”, “Ark Royal” y el crucero “Sheffield”) se dirigieran al Norte a toda velocidad para proteger el convoy de tropas, que en aquellos momentos estaba ya cerca de la costa meridional de Irlanda, o bien, llegado el caso, para tomar parte en la batalla. Los buques del almirante Somerville, que tenían ya las calderas encendidas, salieron de Gibraltar el 24 a las dos de la madrugada. Eran portadores, como luego se vio del arma que había de sellar el destino del “Bismarck”.

Una pérdida dolorosa: el “Hood”

El viernes 23 por la tarde me fui a Chequers. Averell Arriman y los generales Ismay y Pownall pensaban estar allí conmigo hasta el lunes. Era de suponer que hallándose la batalla de Creta en su punto culminante, el fin de semana sería bastante movido. Naturalmente, yo tenía en la casa un equipo completo de secretarios, así como comunicación telefónica directa con el oficial de guardia del Almirantazgo y otros

departamentos de importancia básica. El Almirantazgo esperaba que el “Bismarck” y el “Prinz Eugen” salieran del estrecho de Dinamarca al despuntar el día y que el “Prince of Wales” y el “Hood”, con dos o tres cruceros, los obligarían a librar combate. Todos nuestros buques de guerra se dirigían hacia allí, de acuerdo con el plan general. Pasamos la velada en expectación de noticias y no nos acostamos hasta las tres de la madrugada.

Hacia las siete me desperté para oír una noticia terrible. El “Hood”, el más grande y veloz de nuestros navíos, había saltado en pedazos. Aunque su construcción se llevó a cabo en forma algo acelerada, montaba ocho cañones de 15 pulgadas y era una de nuestras unidades navales más apreciadas. Su pérdida me causó hondo pesar, pero sabiendo como sabía cuántos y cuáles eran los buques que convergían sobre el “Bismarck”, estaba seguro de que a no tardar daríamos buena cuenta de él, a menos que virara hacia el Norte y volviese a Alemania. Me encaminé directamente a la estancia de Harriman, situada al final del pasillo, y, según él me explicó después, le dije: “El “Hood” ha saltado en pedazos, pero tenemos ya seguro al “Bismarck””.”

Volví luego a mi habitación, y como estaba tan cansado me acosté de nuevo. Alrededor de las ocho y media entró en el dormitorio mi primer secretario particular, Martín, a medio vestir aún y con una expresión sombría en su faz ascética, de rasgos aquilinos. “¿Lo tenemos ya?”, le pregunté. “No; y el “Prince of Wales” ha abandonado la acción”. Amarga decepción era aquella. ¿Había pues, el “Bismarck” puesto proa al Norte, rumbo a su base? Este era mi gran temor. Ahora sabemos lo que ocurrió.

Detalles de la catástrofe

Durante toda aquella noche (23-24 de mayo), entre un violento temporal de lluvia y nieve, el “Norfolk” y el “Suffolk”, con gran pericia, siguieron de lejos al enemigo, a pesar del mal tiempo los esfuerzos del acorazado alemán por quitárselos de encima, y sus constantes señales radiotelegráficas fueron indicando la posición exacta propia y la del

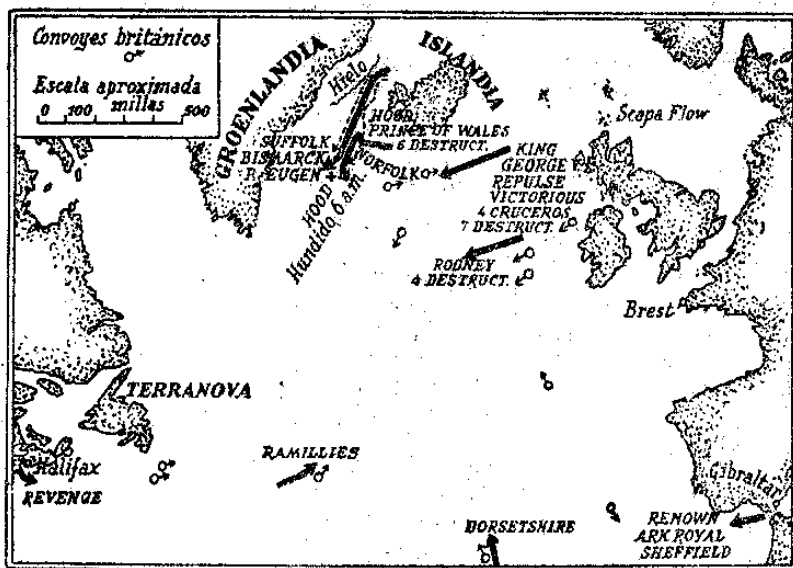
enemigo. Como la aurora ártica iba haciéndose cada vez más luminosa, el “Bismarck” era visible hasta a 12 millas de distancia. Muy luego apareció humo a proa de la banda de babor del “Norfolk”. El “Hood” y el “Prince of Wales” estaban a la vista e iba a iniciarse un duelo a muerte. Desde el “Hood”, toda vez que amanecía ya, el enemigo se distinguía a 17 millas al Noroeste.

Los navíos británicos se colocaron en posición de combate

y el “Hood” abrió fuego a las 5’52 a.m., desde una distancia de 23.000 metros, aproximadamente. Respondió el “Bismarck”, y casi al instante el “Hood” sufrió un impacto que prendió fuego en la batería de 4 pulgadas. Propagase el incendio con

La acción naval británica contra el acorazado alemán «Bismarck»

(Situación de las fuerzas contendientes el 24 de mayo, a las seis de la mañana)



alarmante rapidez, hasta que afectó a toda la parte central del barco. Todos los navíos estaban ya en plena acción, y también el “Bismarck” fue alcanzado.

De pronto sobrevino la catástrofe. A las seis, después de disparar el “Bismarck” su quinta andanada, una formidable explosión partió al “Hood” por la mitad. Pocos minutos después había desaparecido bajo las aguas entre una inmensa columna de humo. Tan sólo tres de los 1.500 hombres de su valerosa tripulación sobrevivieron al desastre. Entre los muertos se hallaba el vicealmirante Lancelot Holland y el capitán Ralph Kerr.

El “Prince of Wales” viró rápidamente para evitar la proximidad del “Hood”, que se hundía, y prosiguió la desigual lucha. Poco tardo en hacerle mella el fuego del “Bismarck”. A los pocos minutos recibió cuatro proyectiles de 15 pulgadas, uno de los cuales le hundió el puente, matando o hiriendo a casi todos los que estaban allí. Otra bala le abrió una vía de agua a popa, por debajo de la línea de flotación. El capitán Leach, uno de los pocos supervivientes del puente, decidió abandonar el combate de momento y se alejó amparado por una cortina de humo. No obstante, había averiado al “Bismarck”, el cual redujo la velocidad.

Hízose cargo del mando el contraalmirante Wake-Walker desde el puente del crucero “Norfolk”. A él correspondía decidir si era conveniente reanudar la lucha en seguida o continuar tras el enemigo hasta que llegara el comandante en jefe con el “King George V” y el portaaviones “Victorious”. El estado del “Prince of Wales” era un factor importantísimo a tener en cuenta. Este buque había entrado en servicio muy poco antes, y hacía tan sólo una semana que el capitán Leach lo había declarado “dispuesto para entrar en liza”. El castigo sufrido por el navío había sido duro y dos de sus diez cañones de 14 pulgadas estaban inservibles. Era muy dudoso que en tales condiciones pudiera enfrentarse con el “Bismarck”. El contraalmirante Wake-Walker optó pues, por no reanudar el combate, sino simplemente mantener al enemigo en observación. Su decisión fue indiscutiblemente acertada.

El dilema del almirante germano

Hubiera obrado muy cuerdamente el “Bismarck” conformándose con lo que por sí sólo era un triunfo resonante. Había destruido en pocos minutos uno de los mejores buques de la Marina Real y podía volver a Alemania con la aureola de un éxito grandísimo. Su prestigio habría aumentado enormemente.

Además, como ahora sabemos, había sido seriamente averiado por el “Prince of Wales” y perdía combustible en gran cantidad ¿Cómo podía confiar en llevar a término su misión contra el tráfico mercante en el Atlántico? Podía elegir entre volver victorioso a su base, con las infinitas probabilidades de ulteriores empresas por delante, o seguir el curso por él empezado hacia una destrucción casi cierta. Únicamente la suprema exaltación de su almirante o las órdenes imperiosas que había recibido pueden explicar la desesperada decisión que adoptó.



CAPITULO XVIII

Agonía y muerte del leviatán

Cada día tenía yo que leer durante horas para estar al corriente del incesante fluir de telegramas, tanto militares como relacionados con asuntos del Foreign Office y de nuestro Servicio Secreto, que llegaban a mí poder a través del teléfono o por medio de mensajeros. Esto constituía, en definitiva, para mí un gran alivio, porque mientras se hace algo útil la mente está saturada y no hay tiempo para preocupaciones de otra índole.

Los timbales de la inquietud

No obstante, en el trasfondo de mis pensamientos redoblaba con sordo rumor una idea obsesionante; aquel terrible “Bismarck”, monstruo de 45.000 toneladas, poco menos que invulnerable al fuego de cañón, avanzando raudo en dirección al Sur en busca de nuestros convoyes, con el “Eugen” como vigía.

Pensaba luego en los convoyes. Sus acorizados los habían abandonado para emprender la operación de caza en curso. Entre aquéllos estaba el convoy de tropas, con sus preciosas vidas a bordo, a la sazón ya al sur de Irlanda, con el almirante Somerville acercándose a él a toda máquina y próximo muy luego a encontrarse con él y el peligro. De vez en cuando preguntaba yo al oficial de guardia acerca de horarios y distancias. Sus respuestas eran confortables. Aunque el convoy sólo hacía unos doce nudos y el “Bismarck” podía, según nuestras noticias, alcanzar los veinticinco, había aún mucha agua salada entre ambos.

Por otra parte, mientras lográramos mantener el contacto con el “Bismarck” podíamos ir cerrando el dogal de su perdición. Pero, ¿Qué ocurriría si perdíamos su pista entre las sombras de la noche? ¿Qué rumbo tomaría? El campo de su opción tenía vastos horizontes, en tanto que nosotros éramos vulnerables en casi todos los puntos.

Había que contar, además, con la reacción de la Cámara de los Comunes cuando se reuniera el martes siguiente. Los diputados habían tenido que renunciar a su habitual salón de sesiones al ser destruido el 10 de mayo por una bomba alemana, y se reunían ahora en la Church House situada no lejos de allí. Era ésta. Desde luego, un puerto en medio de la tormenta, pero carecía de comodidades. Todo lo que hacía llevadero el trabajo; biblioteca, salones de fumar, restaurante, etc. era improvisado y primitivo. Sucediáanse con frecuencia las alarmas aéreas y los refugios eran escasos.

¿Cómo acogerían el martes, al reunirse, las infaustas nuevas de que el “Hood” no había sido vengado y que el “Bismarck” había regresado a Alemania o a algún puerto de la Francia ocupada, que Creta estaba perdida y era dudosa la evacuación sin un elevado número de bajas? Yo confiaba mucho en la entereza y la fidelidad de los Comunes una vez convencida la Cámara de que los problemas militares no estaban en manos ineptas. Pero, ¿Llegaría a convencerla de tal cosa? Mi huésped norteamericano (Mr. Averell Arriman) creía que bromeaba al expresarme así pero seguramente ignoraba que cuesta muy poco sonreír ante las mayores dificultades.

Interviene la Aviación

Los cruceros británicos y el “Prince of Wales” siguieron durante todo el 24 de mayo al “Bismarck” y a su compañero. El almirante Tovey, a bordo del “King George V”, estaba aún bastante lejos, pero comunicó que esperaba entablar combate el 25 alrededor de las nueve de la mañana. El Almirantazgo convocó a todas las fuerzas. El “Rodney”, que estaba a 500 millas al Sudeste, recibió orden de abandonar el convoy destinado a la metrópoli que iba escoltando y se situara a Occidente de la ruta del “Bismarck”; y el “Revenge”, procedente de Halifax, fue asimismo orientado hacia el probable escenario de la lucha.

Al Este y al Norte se apostaron varios cruceros en previsión de que el enemigo decidiera volver atrás. Entre tanto, la escuadra del almirante Somerville avanzaba rápidamente hacia el Norte, procedente de Gibraltar. La red se iba cerrando, sin dejar por ello de tener en cuenta lo mucho que tienen de inestables todas las cosas relacionadas con el mar.

Aquel mismo día por la tarde, a las 6’40, el “Bismarck” se revolvió de pronto contra sus perseguidores y hubo un breve encuentro. Ahora sabemos que aquella maniobra tenía por objeto encubrir la fuga del “Prinz Eugen”, el cual puso proa al Sur a toda máquina y, después de abastecerse de combustible en alta mar, llegó a Brest, sin novedad, diez días más tarde.

El almirante Tovey mandó entonces por delante al portaaviones “Victorious” para que efectuara un ataque aéreo, con la esperanza de reducir la velocidad del buque enemigo. El “Victorious” acababa de entrar en servicio y las tripulaciones de algunos de sus aparatos tenían poca experiencia en aquellas lides. A las diez de la noche, protegido por cuatro cruceros, lanzó sus nueve aviones torpederos “Swordfish” a un vuelo de 120 millas, con nubes bajas, lluvia y fuerte viento en proa. Acaudillados por el comandante Esconde y guiados por el sistema radiotelegráfico del “Norfolk”, los aparatos localizaron al “Bismarck” al cabo de dos horas y lo atacaron con gran denuedo a pesar del intenso fuego antiaéreo, lograron colocar un torpedo en el puente del navío enemigo.

Gran inquietud causaba en el “Victorious” el problema del regreso de la escuadrilla aérea. Había cerrado ya la noche, soplaban fuerte viento y llovía con intensidad, y, por otra parte, los pilotos estaban poco familiarizados con las maniobras de aterrizaje en la cubierta aun en pleno día. Por añadidura, el aparato de señales de a bordo, único elemento capaz de guiarlos con seguridad hasta el buque, se había averiado. Desdeñando el peligro que suponía la posible presencia de submarinos alemanes en las inmediaciones, los tripulantes del portaaviones utilizaron reflectores y lámparas de señales para ayudar a los pilotos a orientarse. Hay que hacer constar con satisfacción que no fueron vanos sus decididos esfuerzos. Todos los aparatos consiguieron aterrizar perfectamente en la obscuridad, entre la alegría general que es de suponer.

Grave contratiempo

Todo parecía estar dispuesto de nuevo para una acción decisiva a la mañana siguiente, y una vez más fallaron las esperanzas del Almirantazgo. Poco después de las tres de la madrugada del día 25, el “Suffolk”, inesperadamente, perdió la pista del “Bismarck”. Había ido siguiéndole por medio de “radar” con gran habilidad, tomando como punto de referencia la proa del enemigo. A la sazón todos los buques británicos daban bordadas, toda vez que avanzaban hacia el Sur y estaban en aguas infestadas de submarinos, y esto fue lo que ocasionó el indicado contratiempo.

Al llegar al extremo de cada una de las líneas salientes de su progresión en zigzag, el “Suffolk” perdía el contacto de “radar” pero lo recobraba en la línea entrante. Posiblemente se había confiado demasiado después de tantas veces de realizar con éxito la operación. Pero de pronto, al poner de nuevo proa a Occidente, no encontró ya al enemigo en la ruta supuesta. ¿Habría virado hacia el Oeste, o quizá en redondo hacia el

Norte o el Este? El hecho suscitó viva inquietud, puesto que invalidaba toda la maniobra concéntrica que empezaba a dibujarse.

El fugitivo, rumbo a Brest

Tras un reconocimiento en dirección Oeste al amanecer, el “King George V” viró hacia Oriente en la creencia de que el “Bismarck” navegaba rumbo al mar del Norte; todas las unidades perseguidoras británicas tomaron entonces aquella dirección. En el Almirantazgo la opinión cada vez más firme era de que el “Bismarck” se dirigía a Brest; pero hasta las seis no fue posible tener la evidencia de que así era en efecto. En consecuencia, el Almirantazgo desvió a todas nuestras fuerzas hacia el Sur.

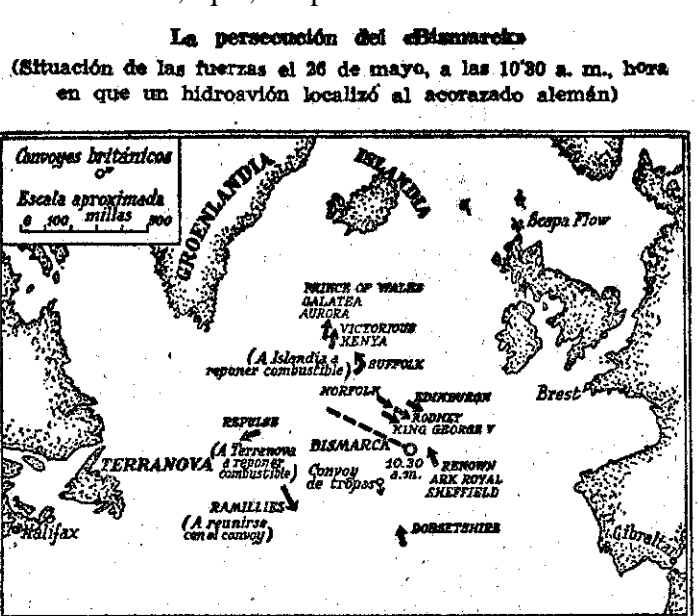
Entre tanto, empero, la confusión y el retraso originados por la pérdida de contacto habían permitido al “Bismarck” deslizarse por entre el cordón de navíos perseguidores y lograr un puesto destacado en su carrera a vida o muerte. A las once de la noche estaba ya muy al Este del buque-insignia británico. Empezaba a escasearle el aceite pesado a causa de la avería sufrida. El “Rodney” con sus cañones de 16 pulgadas, se encontraba aún entre él y su base; pero también el buque británico avanzaba hacia el Nordeste, y por la tarde cruzó la línea que bastante después habría de seguir el “Bismarck”.

La jornada, que había empezado tan henchida de promesas, terminaba colmada de desilusiones. Afortunadamente por el Sur, hendiendo las procelosas aguas del Atlántico, avanzaban el “Renown”, el “Ark Royal” y el crucero “Sheffield”, dispuestos a interceptar al buque enemigo.

Fuego a discreción

El 26 de mayo, por la mañana, el problema del carburante empezó a tomar un cariz desagradable para todos nuestros navíos, que, dispersos en la inmensidad del océano, llevaban cuatro días de navegación a toda máquina. Algunos de los perseguidores habían tenido ya que reducir la velocidad. Era evidente que en aquellas vastas extensiones nuestros esfuerzos serían vanos a no tardar. No obstante, a las 10,30 a.m., precisamente cuando comenzaban a desvanecerse las esperanzas, el “Bismarck” fue hallado de nuevo. El Almirantazgo y el Mando de la Defensa de Costas realizaban servicios de reconocimiento con aviones “Catalina”, que operaban desde la base de Lough Erne (Irlanda). Uno de estos aparatos localizó al fugitivo, que navegaba rumbo a Brest y que se hallaba aún a 700 millas de aquel puerto.

El “Bismarck” derribó al citado avión y se perdió de nuevo el contacto. Pero al cabo de una hora, dos “Swordfish” del “Ark Royal” volvieron a localizar al enemigo.



Estaba todavía bastante al Oeste del “Renown” y aún no había entrado en el radio de acción de los aviones alemanes que podían protegerle desde Brest. El “Renown” con todo, no estaba en condiciones de enfrentarse sólo con el navío germano. Era necesario esperar la llegada del “King George V” y el “Rodney”, ambos muy rezagados todavía respecto a la presa.

Pero entonces el capitán Vian, famoso por el hecho del “Altmark”, aún a bordo del “Cossack”, acompañado por otros cuatro destructores que habían abandonado por disposición superior la escolta del convoy de tropas, captó el mensaje de un aparato “Catalina” que señalaba la posición del “Bismarck”. Sin aguardar órdenes, dirigióse inmediatamente hacia el enemigo.

No habían terminado las peripecias ni la confusión de aquella accidentada operación de caza. El almirante Somerville, que seguía avanzando rápidamente hacia el Norte, ordenó al “Sheffield” que se acercara al “Bismarck” y lo siguiera. Como Vian no había dado conocimiento de esta maniobra al “Ark Royal”, el sistema de “radar” de los bombarderos lanzados por nuestro portaaviones los atrajo hacia el “Sheffield”, al cual atacaron, por fortuna, sin resultado. El “Sheffield”, comprendió el error, esquivó con éxito a los agresores y no disparó. Los aviones, al advertir su equivocación, regresaron contritos al “Ark Royal”. El “Sheffield”, por su parte, estableció contacto con el “Bismarck”, esta vez con carácter definitivo.

Quince “Swordfish” despegaron de nuevo del “Ark Royal” poco después de las siete de la tarde. El enemigo estaba a menos de 40 millas de distancia, y esta vez no hubo error. Guiados hacia su presa por el “Sheffield”, se lanzaron al ataque con decisión. A las 9’30 la tarea estaba cumplida. Dos torpedos habían caído con seguridad, y probablemente también un tercero, sobre el acorazado alemán. Un avión de reconocimiento comunicó haber visto cómo el “Bismarck” describía dos círculos completos, de lo cual podía desprenderse que iba a la deriva. Acercáronse luego los destructores del capitán Vian y durante toda la noche tuvieron cercado al navío herido, atacándolo con torpedos cada vez que se le presentaba ocasión de hacerlo.

Las andanadas finales

Aquel lunes, por la noche, me trasladé al Almirantazgo, donde orientado por el superintendente de operaciones, almirante Fraser pude seguir con claridad el curso de la acción a través de los mapas dispuestos al efecto. Así transcurrieron cuatro horas, al cabo de las cuales me marché de allí con la satisfacción de saber que el almirante Pound y su equipo de técnicos tenían la seguridad de que el “Bismarck” estaba condenado a muerte. El comandante alemán, almirante Lutjens, no se hacía ilusiones. Poco antes de medianoche transmitió el siguiente mensaje: “Buque sin Gobierno. Lucharemos hasta el fin. ¡Viva el Führer!” El “Bismarck” se hallaba aún a 400 millas de Brest y ya no podía ni tan sólo seguir adelante. Los alemanes enviaron entonces en su auxilio diversas escuadrillas de bombarderos, así como buen número de submarinos; uno de ellos, *que había agotado ya todos sus torpedos*, comunicó que el “Ark Royal” habíase cruzado con él dentro de su área de tiro.

Entre tanto, el “King George V” y el “Rodney” se aproximaban al escenario del drama. El problema del combustible constituía una grave preocupación, al extremo de que el almirante Tovey había decidido que si no era posible reducir notablemente la marcha del “Bismarck” él se vería obligado a medianoche a abandonar la caza. A indicación mía, el primer lord del Mar le ordenó seguir adelante aun cuando tuviese luego que ser remolcado hasta su base. Pero a la sazón sabíamos ya que el “Bismarck” estaba sin timón. Su armamento de grueso calibre, empero, estaba intacto. El almirante Tovey decidió librar la batalla a la mañana siguiente.

Soplaba fuerte viento Noroeste al amanecer el día 27. El “Rodney” abrió fuego a las 8’47 a.m., seguido un minuto después por el “King George V”, los demás buques británicos empezaron a disparar rápidamente, y al cabo de poco tiempo el “Bismarck” abrió fuego. Dirigió bien sus tiros durante un breve espacio, a pesar de que sus tripulantes, tras cuatro días de auténtica pesadilla, estaban literalmente agotados y se quedaban dormidos en sus puestos. A la tercera andanada alcanzó al “Rodney”, pero acto seguido el ataque británico adquirió proporciones abrumadoras y al cabo de media hora casi todos los cañones del buque alemán habían enmudecido. El navío escoraba fuertemente a babor y su alcázar era una inmensa hoguera.

El “Rodney” lo cruzó entonces por la proa, disparando contra él desde una distancia no superior a los 3.500 metros. A las 10’15 todos los cañones del “Bismarck” habían dejado definitivamente de funcionar. El acorazado se balanceaba a impulsos de la mar gruesa, convertido en un llameante despojo; pero ni aún así acababa de hundirse. Fue el crucero “Dorsetshire” el que con sus torpedos le asestó el golpe final, y a las 10’40 el gran buque volcó y desapareció bajo las aguas. En la catástrofe perecieron cerca de dos mil alemanes y el comandante de su escuadra, almirante “Lütjens.



CAPITULO XIX

El gran error del Kremlin

Hemos de poner ahora de manifiesto el error y la inutilidad de la política de frío cálculo seguida por los gobernantes soviéticos y su enorme máquina comunista, así como la asombrosa ignorancia en que se hallaban respecto a lo que sucedía en su derredor.

Habían demostrado una total indiferencia por la suerte de las Potencias occidentales, a pesar de que ello hubo de significar la destrucción de “aquel segundo frente”, que a no tardar reclamarían a gritos. No tenían, al parecer, ni la menor idea de que desde hacia meses Hitler estaba resuelto a acabar con ellos.

Catálogos de desaciertos

Si sus servicios secretos de información les dieron cuenta del amplio movimiento de tropas alemanas hacia el Este, cada día más evidente, hay que convenir en que dejaron de adoptar muchas medidas esenciales para hacer frente a la agresión que se avecinaba. Entre otras cosas, habían permitido que Alemania invadiera totalmente los Balcanes. Odiaban y despreciaban a las democracias del Oeste; pero los cuatro países – Turquía, Rumania, Bulgaria y Yugoslavia – que eran de vital interés para ellos y para su propia seguridad, podían ya en enero haberse aglutinado para constituir, con la ayuda británica activa, un frente balcánico compacto contra Hitler. Moscú dejó, en cambio, que las energías de todos ellos se diluyeran en un mar de confusión, y todos, excepto Turquía, fueron eliminados uno tras otro.

La guerra es, en buena parte, un catálogo de desaciertos, pero cabe dudar de que la Historia registre un error que iguale al que cometieron Stalin y los jefes comunistas cuando tiraron por la borda todas las posibilidades que ante ellos se abrían en los Balcanes y, cruzados de brazos, aguardaron, o no supieron ver a tiempo la terrible embestida alemana que se preparaba contra Rusia. Hasta aquí los hemos considerado como calculadores y egoístas. En aquel periodo demostraron ser también unos simples.

La energía, el volumen la bravura y la capacidad de sufrimiento de la Madre Rusia tenían aún que caer en la balanza. Pero dentro de lo que la estrategia, la clarividencia política y la perspicacia tienen de árbitros en las horas cruciales, hay que convenir en que Stalin y sus comisarios demostraron en aquella ocasión la mayor ineptitud de que nadie dio pruebas en la segunda guerra mundial.

Demasiado bueno...

Hasta fines de marzo de 1941 no tuve la convicción plena de que Hitler había decidido declarar a Rusia una guerra a muerte ni de cuan próximo estaba a hacerlo. Los informes de nuestro Servicio Secreto daban minuciosos detalles acerca de los vastos movimientos alemanes de tropas hacia los Estados balcánicos, y aun dentro de los mismos, que se habían registrado en los tres primeros meses de 1941. Nuestros agentes

se movían con bastante libertad en aquellos países semineutrales y estaban en situación de mantenernos convenientemente enterados de los grandes contingentes de fuerzas alemanas que por Ferrocarril y por carretera e dirigían hacia el Sudeste.

Pero ninguno de tales movimientos implicaba necesariamente la invasión más o menos próxima de Rusia, y tenían fácil justificación atribuyéndolos a la salvaguardia de los intereses y la política alemana en Rumania y Bulgaria, así como a sus designios respecto a Grecia, y a determinados acuerdos con Yugoslavia y Hungría. Mucho más difícil era para nosotros obtener información a propósito de la gran movilización de tropas que se llevaba a cabo a través del territorio del Reich en dirección a la frontera rusa comprendida entre Rumania y el Báltico. Que en aquellos momentos Alemania, antes de saber exactamente a que atenerse en la zona balcánica se dispusiera a desencadenar una guerra de extraordinarias proporciones contra Rusia, antojábase algo demasiado bueno para ser cierto.

La forma en que el Gobierno soviético había aceptado, al parecer, las concentraciones de fuerzas alemanas en Rumania y Bulgaria, la evidencia que teníamos del envío en grandes cantidades de valiosísimos suministros a Alemania por parte de Rusia, la innegable comunidad de intereses existente entre ambos países por lo que se refería a la aprobación y reparto del Imperio británico en Oriente, eran síntomas y hechos que daban mayor verosimilitud a la idea de que Hitler y Stalin llegarían antes a una componenda a expensas nuestras que a una guerra entre sí. Ahora sabemos que aquella componenda era, con mucho, el objetivo que perseguía Stalin.

Cábalas en torno al Este

Compartía estas impresiones nuestro Comité Central de Servicios de Información Militar. En una nota de fecha 7 de abril hacían constar sus jefes que circulaban por Europa insistentes rumores acerca de un proyecto alemán de ataque a Rusia. Añadían que aun cuando Alemania tenía concentrados en el Este importantes contingentes de fuerzas y esperaba tener que habérselas abiertamente con Rusia tarde o temprano, era poco verosímil que se decidiera a creer en un futuro próximo un frente bélico de tal magnitud. Según ellos, su finalidad principal en el curso de 1941 seguiría siendo la derrota del Reino Unido.

El 23 de mayo, el citado organismo comunicaba que habían cesado los rumores de un inminente ataque contra Rusia y que, por el contrario, se tenían noticias de la próxima conclusión de un nuevo acuerdo entre los dos países. El Comité consideraba esto perfectamente plausible, toda vez que la economía alemana necesitaba reforzarse para hacer frente a las necesidades de una larga guerra. Alemania podía obtener de Rusia la ayuda necesaria, ya fuese a viva fuerza o por medio de un acuerdo. Era de creer que Hitler optaría por esto último, aun cuando para lograrlo tuviese que recurrir a la amenaza de las armas.

Tal amenaza estaba, efectivamente, en plena marcha. Había pruebas abundantes de la construcción de carreteras y apartaderos ferroviarios en la Polonia ocupada por los alemanes, del establecimiento de aeródromos y de la concentración en gran escala de tropas, incluyendo fuerzas terrestres y unidades aéreas procedentes de los Balcanes.

Nuestros jefes de Estado Mayor estaban mejor enterados que sus consejeros del Servicio de Información Militar, y sus notas tenían un carácter más contundente. “Tenemos indicaciones claras – advertían el 31 de mayo al Mando de Oriente Medio – de que los alemanes están concentrando importantísimas fuerzas terrestres y aéreas para lanzarlas contra Rusia. Es probable que bajo el peso de esta amenaza exijan concesiones sumamente onerosas. Si los rusos las rechazan, los alemanes atacarán”.

Hasta el 5 de junio no comunicó el Comité Central de Servicios de Información Militar que la magnitud de los preparativos germanos en el Oriente europeo parecía

indicar que se hallaba en juego algo de más trascendencia que un simple acuerdo económico. Finalmente, el 12 de junio comunicaron: “Tenemos ahora la evidencia absoluta de que Hitler, cansado de la obstrucción soviética, ha decidido atacar”.

Indicios reveladores

Como a mí no me satisfacía demasiado aquel sistema de sagacidad colectiva, prefería ver con mis propios ojos los documentos originales. Ya en el verano de 1940 había dispuesto que el comandante Desmond Morton me hiciera diariamente una selección de los pasajes esenciales de dichos documentos, selección que yo leía con cuidado, formándome así una opinión propia acerca de los distintos asuntos, a veces mucho antes que los servicios interesados.

Así fue como, con la satisfacción y el interés que es de suponer, leí hacia fines de marzo de 1941 un informe secreto, procedente de una de nuestras fuentes más valiosas, relativo a los movimientos de avance y retroceso de fuerzas blindadas alemanas en la línea ferroviaria Bucarest-Cracovia. Desprendíase del informe que en cuanto el príncipe Pablo de Yugoslavia se hubo sometido en Viena el 20 de marzo a la voluntad de Hitler, tres de las cinco divisiones blindadas que a través de Rumania iban en dirección Sudeste hacia Grecia y Yugoslavia, habían sido enviadas en dirección Norte hacia Cracovia; no obstante, añadía el informe que dichas unidades habían recibido contraorden inmediatamente después de la revolución de Belgrado, y las tres divisiones blindadas habían vuelto a Rumania. Aquellas marchas y contramarchas de unos sesenta trenes no podían pasar inadvertidas a los agentes que teníamos sobre el terreno.

Esto fue para mí como la claridad súbita de un relámpago que iluminó la totalidad del escenario oriental de Europa. El inopinado envío a Cracovia de tantas fuerzas blindadas necesarias en la zona balcánica, sólo podía significar que Hitler tenía la intención de invadir Rusia en el mes de mayo. A partir de aquel momento tuve la sensación clara de que tal era su objetivo principal. El hecho de que la revolución de Belgrado exigiera el regreso de las mencionadas unidades a Rumania suponía quizá el aplazamiento de la invasión hasta el mes de junio. Comunicué al punto la trascendental noticia Mr. Eden, que estaba en Atenas.

Una advertencia sibilina

Pensé, asimismo, en la manera de prevenir a Stalin y, al ponerle en guardia contra el peligro que le acechaba, establecer con él un contacto regular parecido al que yo tenía con el presidente Roosevelt. Preparé un mensaje breve y sibilino, con la esperanza de que precisamente los términos ambiguos del mismo y el hecho de ser aquella la primera comunicación que le enviaba desde mi telegrama protocolario del 25 de junio de 1940 proponiendo a Sir Stafford Cripps como embajador en Moscú, le llamarían la atención y le inducirían a reflexionar despacio.

Del primer ministro a Sir Stafford Cripps:

“3 de abril de 1941.

“Sírvese entregar en mi nombre a N, Stalin la siguiente comunicación, *suponiendo que pueda usted hacerlo personalmente:*

“Según informes concretos que poseo de un agente digno de todo crédito cuando los alemanes creían tener sometida a Yugoslavia – es decir, después del 20 de marzo –, empezaron a trasladar al sur de Polonia tres de las cinco divisiones blindadas que tenían en Rumania.

En cuanto tuvieron conocimiento de la revolución servia, dieron contraorden respecto a dicho movimiento de fuerzas. Vucencia apreciará fácilmente la significación de estos hechos.”

(Aunque Sir Stafford Cripps no logró ver al propio Stalin, la infructuosa advertencia de Mr. Churchill fue transmitida por mediación de Vichinsky, quien hizo constar por escrito el 23 de abril que Stalin la había recibido)

Ahora sabemos que la orden de Hitler del día 18 de diciembre había fijado el 15 de mayo como fecha para empezar la invasión de Rusia, y que el 27 de marzo, enfurecido por la revolución de Belgrado, aplazó la citada fecha en un mes y posteriormente la fijó con carácter definitivo para el 22 de junio.

Hasta mediados de marzo los movimientos de tropas en el sector septentrional del frente ruso no eran de naturaleza tal que hiciesen necesaria la adopción, por parte de los alemanes, de medidas especiales para garantizar el secreto de los mismos. El 13 de marzo, no obstante, Berlín dispuso el regreso a su país de las comisiones rusas que actuaban en territorio alemán, dando por terminadas las tareas que éstas llevaban a cabo. Sólo podía autorizarse la presencia de ciudadanos rusos en aquella parte de Alemania hasta el 25 de marzo. Estaban concentrándose ya grandes formaciones de tropas germanas en el sector Norte, y a partir del 20 de marzo la concentración adquiriría proporciones mucho mayores aún.

La colaboración germanosoviética

El 7 de mayo, Schulenburg (embajador alemán en Moscú) comunicó con satisfacción a Berlín que Stalin se había hecho cargo de la Presidencia del Consejo de Comisarios del Pueblo, cargo que venía ocupando Molotov, y, por consiguiente, se había convertido en jefe del Gobierno de la Unión Soviética.

“Este cambio obedece posiblemente a los recientes errores cometidos en la dirección de la política exterior rusa, que han provocado un enfriamiento en la cordialidad de las relaciones germanosoviéticas, en cuya creación y mantenimiento ha tenido siempre Stalin especial interés. Desde su nuevo cargo, Stalin asume la responsabilidad de todos los actos del Gobierno, tanto en el orden interior como en el exterior... Estoy convencido de que Stalin aprovechará esta ocasión para intervenir personalmente en el mantenimiento y ampliación de las relaciones de amistad entre los Soviets y Alemania.”

El agregado naval alemán en Moscú expresaba la misma opinión con las siguientes palabras: “Stalin es el eje de la colaboración germanosoviética”. Iban en aumento los síntomas de la voluntad rusa de apaciguamiento respecto a Alemania. El 3 de mayo la Unión Soviética, reconoció al Gobierno germanófilo de Rachid Alí en el Irak. El 7 de mayo fueron expulsados de Rusia los representantes diplomáticos de Bélgica y Noruega. Incluso se ordenó al ministro yugoeslavo en Moscú que saliera del país. A principios de junio quedó eliminada, por disposición soviética, la Legación griega en la capital rusa.

A mayor abundamiento, he aquí lo que meses más tarde escribía el general Thomas, jefe de la Sección de Economía del Ministerio de la Guerra alemán, refiriéndose a la economía de guerra del Reich: “Los rusos continuaron realizando sus envíos de

primeras materias y artículos manufacturados hasta la víspera misma del ataque, y en los dos días inmediatamente anteriores a éste, el transporte de caucho procedente del Extremo Oriente se efectuaba por medio de trenes expresos”



CAPITULO XX

Culminación de la marcha hacia el Este

Como es lógico, nosotros ignorábamos cuál era exactamente el sentir de los gobernantes de Moscú; pero, a mi juicio, el propósito alemán era claro y concreto. El 16 de mayo cablegrafíé al general Smuts:

“Tengo la impresión de que Hitler está concentrando elementos bélicos contra Rusia. Se registra actualmente un incesante movimiento de tropas fuerzas blindadas y aviones hacia el Norte desde los Balcanes, y hacia el Este desde Francia y Alemania. Me atrevo a suponer que su intención es invadir Ucrania y el Cáucaso con objeto de asegurarse el suministro normal de cereales y petróleo. Nadie puede impedirle hacer tal cosa, pero nosotros esperamos arrasar su propio país en forma adecuada en el transcurso de este mismo año. Estoy convencido de que con la ayuda de Dios arrancaremos la vida al régimen nazi.”

Rumores “absurdos”

Por lo visto, Stalin hizo lo imposible por mantener vivas sus ilusiones acerca de la política de Hitler. Después de otro mes de grandes movimientos y concentraciones de tropas alemanas, Schulenburg aun estaba en disposición de telegrafiar al Ministerio alemán de Asuntos Exteriores con fecha 14 de junio:

“El comisario del pueblo, Molotov, acaba de entregarme el siguiente texto de un despacho de la Agencia TASS, que se radiará esta noche y publicarán los periódicos mañana:

“Ya antes del regreso del embajador británico Cripps, a Londres, pero especialmente después de producirse este hecho, tanto la prensa inglesa como la de otros países han hecho correr con insistencia rumores acerca de una guerra inminente entre la U.R.S.S. y Alemania. Dicha Prensa afirma:

“1. Que al parecer, Alemania ha formulado diversas exigencias territoriales y económicas a la U.R.S.S., y que están en suspenso determinadas negociaciones entre Alemania y la U.R.S.S. para la conclusión de un nuevo y más concreto acuerdo.

“2. Que, al parecer, la Unión Soviética ha rechazado las citadas exigencias y que, por consiguiente, Alemania ha empezado a concentrar tropas en la frontera de la U.R.S.S. para atacar a la Unión Soviética.

“3. Que por su parte la Unión Soviética, al parecer, ha iniciado intensos preparativos con vistas a la supuesta guerra con Alemania y está concentrando tropas en la frontera alemana.

“A pesar del carácter evidentemente absurdo que tienen estos rumores, los círculos responsables de Moscú han considerado necesario declarar que constituyen una burda maniobra propagandística de las fuerzas alineadas en contra de la Unión Soviética y de Alemania, y que tienen interés en extender e intensificar la guerra.”

Buenas razones tenía Hitler para estar satisfecho del éxito alcanzado por sus medidas de disimulo, así como del estado de ánimo de su víctima.

Molotov no comprende

Merece la pena poner de manifiesto la falta de perspicacia que, aun en el último instante, demostró Molotov.

De Schulenburg al Ministro alemán de Asuntos Exteriores:

“Moscú, 22 de junio de 1941, 1'17 a.m.

“Molotov me llamó esta noche, a las nueve y media a su despacho. Después de referirse a las supuestas repetidas violaciones de la línea fronteriza por parte de aviones alemanes, haciendo constar el propio tiempo que se habían dado instrucciones a Dekanosof (embajador soviético en Berlín) para que hablase de este asunto al ministro de Asuntos Exteriores del Reich, Molotov me dijo, más o menos, lo siguiente:

“Hay ciertas indicaciones de que el Gobierno alemán está descontento del Gobierno soviético. Incluso circulan con insistencia rumores de que es inminente una guerra entre Alemania y la Unión Soviética. Dichos rumores están avalados por el hecho de que por parte de Alemania no se ha hecho comentario alguno a la declaración de la Agencia TASS del 15 de junio, declaración que ni siquiera se ha publicado en Alemania.”

“Añadió que el Gobierno soviético no podía comprender las razones del descontento alemán. Si la cuestión yugoeslava pudo en su momento originar tal descontento, él – Molotov – consideraba que sus anteriores comunicaciones habían aclarado los términos de dicha cuestión, que por lo demás, era un asunto pretérito. Terminó diciendo que agradecería le explicase qué era lo que había provocado la actual situación de las relaciones germanosoviéticas.

“Yo repuse que no podía contestar a su pregunta, dado que carecía de la información pertinente, pero que no obstante, transmitiría sus manifestaciones a Berlín.”

Sorpresa absoluta

Pero había sonado ya la hora. El 22 de junio, a las cuatro de la mañana, Ribbentrop entregó una declaración oficial de guerra al embajador ruso en Berlín. Al amanecer, Schulenburg se presentó en el Kremlin a ver a Molotov. Éste último escuchó en silencio la declaración de labios del embajador alemán, y luego comentó: “Estamos en guerra. Su aviación acaba de bombardear unas diez ciudades abiertas. *¿Cree usted que merecíamos esto?*”

Ante la nota radiada de la Agencia TASS habíamos considerado absolutamente inútil añadir nuevas advertencias a los diversos avisos formulados por Eden al embajador soviético en Londres, así como que yo hiciera personalmente nuevos esfuerzos por prevenir a Stalin del peligro que corría. Información aún más concreta había estado enviando los Estados Unidos al Gobierno soviético. Nada de cuanto unos y otros hicimos logró hacer mella en el ciego prejuicio y en las ideas fijas que Stalin había levantado entre el y la terrible verdad.

Aun cuando según los cálculos alemanes, los rusos tenían concentradas detrás de las fronteras soviéticas 186 divisiones 110 de las cuales guarnecían el frente alemán, los ejércitos soviéticos fueron en buena parte cogidos por sorpresa. Los alemanes no encontraron preparativos de ofensiva en la zona de vanguardia, y las tropas rusas de cobertura se vieron rápidamente desbordadas.

Algo parecido al desastre sufrido por la Aviación polaca el 1 de septiembre de 1939 iba a repetirse ahora, en una escala infinitamente mayor, en los aeródromos rusos, y muchos aviones soviéticos fueron sorprendidos y destruidos al despuntar el día antes de que tuviesen tiempo de despegar. De este modo las frases delirantes de odio contra la Gran Bretaña y los Estados Unidos, que la máquina de la propaganda soviética lanzó al éter después de medianoche, quedaron ahogadas al amanecer por el estruendo del cañoneo alemán. No siempre los malos son inteligentes, ni los dictadores tienen siempre razón.

Se perfila la alianza

El viernes, 20 de junio, por la noche, me trasladé solo a Chequers. Sabía que la embestida alemana contra Rusia era cuestión de días quizá de horas. Lo tenía preparado todo para pronunciar el sábado por la noche un discurso por radio con referencia a este asunto. Había de expresarme, naturalmente, en términos circunspectos. Como consecuencia de mis reflexiones en el curso del viaje, aplacé mi discurso hasta el domingo por la noche, pues tenía el presentimiento de que para entonces todo estaría claro. Por lo tanto, el sábado



transcurrió como de costumbre.

Cinco días antes, el 15 de junio, había cableografiado al presidente Roosevelt:

“A juzgar por los diversos informes que poseo, algunos de ellos absolutamente fidedignos, parece inminente un gran ataque alemán contra Rusia. El grueso de los ejércitos alemanes está concentrado en la vasta zona comprendida entre Finlandia y Rumania y por añadidura han llegado allí los últimos contingentes de fuerzas aéreas y blindadas. El acorazado de bolsillo “Lutzow”, que ayer asomó la nariz por el Skagerrak y fue rápidamente torpedeado por nuestros aviones del servicio de costas, se dirigía, a buen seguro, hacia el Norte para reforzar desde el mar el flanco ártico.

“Si estalla esta nueva guerra, nosotros, desde luego, prestaremos toda la ayuda y todo el aliento que podamos a los rusos, de acuerdo con el principio de que Hitler es el enemigo al que hemos de derrotar. No creo que se produzcan aquí reacciones políticas de tipo partidista, y espero que el conflicto germanoruso caso de estallar, no ocasionará a ustedes ninguna perturbación.”

El embajador norteamericano que era mi huésped de aquel fin de semana, me trajo la respuesta del Presidente a mi mensaje. Me prometía que si los alemanes atacaban a Rusia, él apoyaría inmediatamente y públicamente “cualquier declaración que el primer ministro haga acogiendo a Rusia como aliado. Mr. Winant me comunicó verbalmente esta importante afirmación”.

“Si Hitler invadiera el infierno...”

Cuando me desperté el domingo, día 22, por la mañana, me comunicaron la noticia de la invasión de Rusia por Hitler. Esto transformaba mi convicción en certidumbre. No abrigaba la menor duda acerca de cuál era nuestro deber y la política que habíamos de seguir. Ni, desde luego, acerca de lo que yo tenía que decir en mi discurso. Solo faltaba prepararlo.

Poco después, el general Dill, que se había apresurado a trasladarse a Chequers desde Londres entró en mi habitación con noticias detalladas. Los alemanes habían invadido Rusia en un enorme frente, habían sorprendido en tierra, en los aeródromos, a una gran parte de la Aviación soviética, y, al parecer estaban avanzando con gran rapidez y violencia. El jefe del Alto Estado Mayor Imperial añadió: “Supongo que los coparán a millares”.

Dediqué todo el día a preparar mi declaración radiada. No había tiempo para consultar al Gabinete de Guerra; tampoco era necesario. Sabía que todos opinábamos lo mismo en aquel asunto. Puede ser interesante el siguiente relato de mi secretario particular, Mr. Colville, que estaba de servicio aquel fin de semana:

“El sábado 21 de junio fui a Chequers poco antes de cenar. Estaban allí Mr. y Mrs. Winant, Mr. y Mrs. Eden y Edward Bridges. Durante el ágape Mr. Churchill dijo que era ya seguro un próximo ataque alemán contra Rusia y que a su juicio Hitler contaba con granjearse de este modo las simpatías de los capitalistas y los elementos derechistas de este país y de los Estados Unidos. Añadió que, no obstante, Hitler estaba equivocado y que todos acudiríamos en defensa de Rusia. Winant dijo que lo mismo ocurría con los Estados Unidos.

“Terminada la cena, mientras paseaba yo con Mister Churchill por el jardín, volvimos sobre el mismo tema y le pregunté si él, el archianticomunista, no consideraba que aquello equivalía a inclinarse ante el templo de Rimón. Mr. Churchill respondió: “En absoluto. No tengo más que un propósito; la destrucción de Hitler y ello simplifica mucho los problemas de mi vida. Si Hitler invadiera el infierno, yo haría por lo menos un alusión favorable al demonio en la Cámara de los Comunes”.

“A la mañana siguiente, a las cuatro, me despertó una llamada telefónica del Foreign Office comunicándome que Alemania había atacado a Rusia. El primer ministro había dicho siempre que no debía despertársele antes de la hora acostumbrada mas que en caso de invasión (de Inglaterra). Esperé, por lo tanto, hasta las ocho de la mañana para darle la noticia. El único comentario que hizo fue: “Avisé a la B.B.C. que hablaré por radio esta noche a las nueve”.

“Empezó a preparar el discurso a las once de la mañana, y excepto la interrupción obligada del almuerzo, al cual asistieron Sir Stafford Cripps, Lord Cranborne y Lord Beaverbrook, consagró el día entero a aquella labor... El discurso no estuvo listo hasta las nueve menos veinte.”



LIBRO SEGUNDO

La guerra se extiende a América

CAPITULO XXI

“El segundo frente en seguida”

Hasta el momento en que Hitler atacó a Rusia, el Gobierno soviético no pareció preocuparse más que de si mismo. Después como es natural, esta actitud se acentuó notablemente. Hasta entonces los rusos habían contemplado con absoluta frialdad la destrucción del frente francés en 1940, así como nuestros vanos esfuerzos en los primeros meses de 1941 por crear un frente en los Balcanes. Habían prestado importante ayuda económica a la Alemania nazi y habían colaborado con ella en diversos aspectos de menor cuantía. De pronto, tras haber sido engañados, se encontraron por sorpresa bajo el flagelo de la llameante tizona alemana.

Clamores soviéticos

Su primer impulso y también su política subsiguiente fue pedir todo el auxilio posible a la Gran Bretaña y a su Imperio, cuyo eventual reparto entre Stalin y Hitler había tenido durante los ocho meses anteriores encandiladas las mentes soviéticas hasta el extremo de no permitirles darse cuenta de la creciente concentración alemana en el Este.

No vacilaron en pedir en términos apremiantes y estridentes a la vapuleada Inglaterra, sumida en las angustias de una dura lucha, el envío de los pertrechos bélicos de que tan necesitados estaban nuestros ejércitos. Instaron asimismo a los Estados Unidos a destinarles a ellos la mayor parte de los suministros que nosotros estábamos esperando, y por encima de todo, ya en el propio verano de 1941, empezaron a clamar pidiendo desembarcos británicos en Europa, sin tener en cuenta los riesgos ni lo costoso de semejante empresa, para establecer un segundo frente.

Los comunistas británicos, que hasta entonces habían hecho todo lo posible, aunque nunca fue mucho, por sabotear el trabajo en nuestras fábricas y habían condenado “la guerra de los capitalistas y los imperialistas”, cambiaron nuevamente de

la noche a la mañana el disco y empezaron a garabatear en las paredes y las vallas el grito de combate: “El segundo frente en seguida”.

Nosotros no permitimos que influyeran en nuestro ánimo aquellos hechos un tanto desagradables y aun ignominiosos, y sólo nos fijamos en los heroicos sacrificios del pueblo ruso bajo el peso de las calamidades que su Gobierno había atraído sobre su cabeza, y en la apasionada defensa que realizaba de su suelo natal. Esto, mientras duró la lucha, lo excusó todo a nuestros ojos.

Vanos esfuerzos

Los rusos no comprendieron jamás en modo alguno la naturaleza de la operación anfibia necesaria para desembarcar y mantener un gran ejército en una costa enemiga bien defendida. Incluso los norteamericanos ignoraban en aquella época muchas de las dificultades que entrañaba. Era indispensable una superioridad no solo naval sino también aérea en la zona de invasión. Existía además un tercer factor vital. La base para la organización de cualquier desembarco con posibilidad de éxito ante una violenta oposición enemiga era una gran flota de pequeños buques de los más diversos tipos y contruidos especialmente para el transporte y desembarco de tropas y sobre todo de tanques.

Como el lector ya ha visto y seguirá viendo, yo hice cuanto pude a favor de la creación de dicha flota. No podía estar lista, ni aun en pequeña escala, antes del verano de 1943, y, según ahora se sabe perfectamente, no cabía pensar en ponerla en servicio en la escala conveniente hasta 1944. Ni siquiera teníamos en la Gran Bretaña un ejército tan grande, tan bien entrenado y tan bien equipado como el que hubiésemos encontrado frente a nosotros en suelo francés. A pesar de todo ello, el tema del segundo frente fue durante años y aun lo es hoy, objeto de tergiversaciones y fuente de desatinos.

Inútiles resultaron, en efecto, todos los intentos que hicimos para convencer al Gobierno soviético en aquella época y en lo sucesivo. Stalin incluso me sugirió en cierta ocasión que si los ingleses tenían miedo, él estaba dispuesto a enviar tres o cuatro cuerpos de ejército rusos para realizar la tarea. La falta de buques de transporte y otras dificultades de tipo material me impidieron cogerle la palabra.

De momento, ayuda indirecta

No hubo respuesta del Gobierno soviético a mi discurso radiado a Rusia y al mundo entero el día de la agresión alemana; la única reacción apreciable fue que algunos fragmentos del mismo fueron publicados en “Pravda” y otros órganos gubernamentales rusos y que se nos invitó a recibir a una misión militar soviética. El silencio de las alturas era agobiante, y me consideré obligado a romper el hielo.

Del primer ministro británico a Mr. Stalin:

“7-7-41.

“Mucho nos complace aquí a todos observar la animosa y enérgica resistencia que los ejércitos rusos están oponiendo a la despiadada y no provocada invasión de los nazis. Es general la admiración que se siente por la bravura y la tenacidad de que dan pruebas tanto las tropas como la población civil. Haremos todo lo que el tiempo, la geografía y nuestros crecientes recursos permitan por ayudar a ustedes. Cuando más dure la guerra, mayor será la ayuda que podremos prestarles.

“Nuestra Aviación está realizando intensísimos ataques diurnos y nocturnos contra todos los territorios ocupados por los alemanes y todas las zonas de Alemania que están a nuestro alcance. Ayer nuestros aparatos efectuaron 400 salidas diurnas hacia el Continente. El Sábado por la noche más de 200 bombarderos pesados, algunos de ellos con tres toneladas de explosivos a bordo, atacaron localidades alemanas; y anoche actuaron cerca de 250 bombarderos del mismo tipo. Estas operaciones continuarán. Esperamos de este modo obligar a Hitler a enviar de nuevo al Oeste algunos de sus contingentes aéreos, descargando con ello gradualmente a ustedes de una parte del peso que les abruma.

“Además, a propuesta mía, el Almirantazgo ha preparado una importante operación a realizar en el Ártico en un futuro próximo, mediante la cual espero podrán establecer contacto las Marinas británica y rusa. Entre tanto, en el curso de diversas acciones de patrulla a lo largo de la costa noruega, hemos interceptado varios buques de abastecimiento que se dirigían hacia el Norte e iban destinados a las fuerzas que luchan contra ustedes.

Aceptamos gustosos el envío de una misión militar rusa con objeto de concertar los planes para el futuro.

“No hemos de hacer más que seguir luchando para arrancar la vida a los villanos nazis.”

En busca de una acción común

Evidentemente el primer paso había de consistir en establecer con el Mando militar ruso el contacto que las autoridades soviéticas permitiesen. Por lo tanto, una vez, obtenido el necesario consentimiento de nuestros nuevos aliados, enviamos sin pérdida de tiempo una importante misión militar a Moscú. Esperábamos también, ya en aquella fase inicial, sentar las bases de una alianza de guerra entre ambos países.

Del primer ministro a sir Stafford Cripps:

“10-7-41.

“Favor transmitir inmediatamente el siguiente mensaje del primer ministro a Mr. Stalin:

“El embajador Cripps me ha informado de la conversación celebrada con usted, indicándome al propio tiempo los términos generales de una propuesta declaración conjunta anglo-rusa cuyas bases habrían de ser las siguientes:

- “1. Ayuda mutua, sin concertar cantidad ni calidad, y
- “2. Ninguno de los dos países concertará una paz separada.

“En vista de ello, he convocado inmediatamente al Gabinete de Guerra, dando cabida en él a Mr. Fraser, primer ministro del Dominio de Nueva Zelanda, que está actualmente con nosotros. Tendremos que consultar asimismo a los Dominios del Canadá, Australia y África del Sur, pero entretanto deseo hacerles constar que compartimos en todo las líneas generales de la declaración conjunta que usted propone. Creemos que debe ser firmada en cuanto hayamos recibido respuesta

de los Dominios, y dada a conocer al mundo inmediatamente después.”

Peticiones concretas de Stalin

Hubo un intercambio de notas oficiales entre los dos Ministerios de Asuntos Exteriores, pero yo no recibí la primera comunicación directa de M. Stalin hasta el 19 de julio. Aquel día vino a verme M. Maisky, embajador soviético en Londres, para entregarme el siguiente mensaje:

De M. Stalin al primer ministro británico:

“18-7-41.

“Permítame expresarle mi gratitud por las dos cartas personales que me ha dirigido usted.

“Dichas comunicaciones fueron el punto de partida de unas propuestas que después han cristalizado en acuerdos entre nuestros Gobiernos. Ahora, como usted dice acertadamente, la Unión Soviética y la Gran Bretaña son aliados activos en la lucha contra la Alemania hitleriana. No me cabe la menor duda de que, a pesar de todas las dificultades, nuestros dos Estados serán lo suficientemente fuertes para aplastar al enemigo común.

“Quizá no estará de más recordar que la situación de las fuerzas soviéticas en el frente sigue siendo tensa. Los ejércitos soviéticos aun sufren las consecuencias de la inesperada ruptura por Hitler del pacto de no agresión así como del brusco ataque contra la Unión Soviética; hay que tener en cuenta, que los dos hechos citados dieron innegable ventaja a las tropas alemanas.

“Fácil es imaginar que la posición de las fuerzas alemanas habría sido muchísimo más favorable si las tropas soviéticas hubiesen tenido que hacer frente al ataque de aquéllas no en las regiones de Kichinef, Lemberg, Brest, Kaunas y Viborg, sino en las inmediaciones de Leningrado.

“Considero, por lo tanto, que la situación militar de la Unión Soviética, así como la de Gran Bretaña, mejoraría notablemente si fuera posible establecer un frente contra Hitler en el Oeste (Francia septentrional) y en el Norte (en el Ártico).

“La existencia de un frente en el norte de Francia no sólo obligaría a Hitler a retirar una parte de las fuerzas que tiene en el Este sino que al mismo tiempo haría imposible todo intento alemán de invadir la Gran Bretaña. El establecimiento del frente que acabo de mencionar sería popular entre el Ejército británico así como entre los habitantes del sur de Inglaterra.

“Me hago cargo plenamente de las dificultades que lleva aparejadas la apertura de semejante frente. Entiendo, empero, que a pesar de las dificultades es preciso crearlo, no sólo en interés de la causa común, sino también en el de la propia Gran Bretaña. El momento actual es el más propicio para el establecimiento del frente en cuestión, porque las fuerzas de Hitler están ahora concentradas en el Este y aún no han tenido tiempo de consolidar las posiciones ocupadas por ellas en el frente oriental.

“Mas sencillo es todavía establecer un frente en el Norte. Allí la Gran Bretaña sólo necesitaría realizar operaciones navales y aéreas, sin llegar al desembarco de tropas ni de artillería. Las fuerzas terrestres, navales y aéreas soviéticas tomarían parte en tal operación. Mucho nos complacería que Gran Bretaña, a ser posible, enviara a dicho escenario de la guerra algo así como una división ligera de voluntarios noruegos que podrían ser utilizados en el norte de Noruega para organizar la rebelión contra los alemanes.”

Así, pues, la presión rusa para el establecimiento del segundo frente empezó a dejarse sentir desde el principio mismo de nuestra correspondencia; el tema había de reaparecer una y otra vez a todo lo largo de nuestras relaciones subsiguientes, dejando al margen, con monótona insistencia, toda consideración relativa a los hechos y las dificultades materiales, excepto en el extremo Norte.

“Haremos todo lo posible”

En el telegrama transcrito, primero que recibí de Stalin, se encuentra el único indicio de arrepentimiento que he observado jamás en la actitud soviética. En él exponía sus argumentos en defensa del cambio de frente soviético, así como de su acuerdo con Hitler antes de estallar la guerra mundial, y hacía hincapié en la necesidad estratégica rusa de obligar a los alemanes a mantener sus fuerzas lo más a Occidente posible en Polonia a fin de ganar tiempo para el mas amplio desarrollo del poderío militar ruso. Como yo nunca había dejado de tener en cuenta la importancia de este alegato, pude contestarle en términos comprensivos respecto al mismo.

Del primer ministro británico a M. Stalin:

“20-7-41.

“Me ha complacido mucho recibir su comunicación así como tener conocimiento por diversos conductos de la animosa lucha y los vigorosos contraataques que están realizando los ejércitos rusos en defensa de su suelo natal. Comprendo perfectamente las ventajas militares que lograron ustedes al obligar al enemigo a concentrar sus fuerzas y entablar los primeros combates en un frente situado lo más a Occidente posible, anulando con ello una parte del vigor de su esfuerzo inicial.

“Haremos todo lo que sea posible desde el punto de vista práctico y efectivo por ayudar a ustedes. Le ruego sin embargo, tenga presente las limitaciones que nuestros recursos y nuestra posición geográfica nos imponen. Desde el primer día de la agresión alemana contra Rusia hemos estudiado las posibilidades de atacar la Francia ocupada y los Países Bajos. Los jefes de Estado Mayor no ven forma de hacer nada de importancia suficiente para prestar a ustedes siquiera un pequeño servicio en este aspecto.

“Los alemanes tienen cuarenta divisiones sólo en Francia, y toda aquella costa, que desde hace más de un año viene siendo fortificada con la característica diligencia germana, está erizada hoy de cañones, alambradas, blocaos y minas. La única zona en la que podríamos contar, de momento al menos, con una superioridad aérea y la necesaria protección de cazas, es la comprendida entre Dunkerque y Boulogne. Pero dicho sector es hoy un bloque compacto de

fortificaciones, con infinidad de piezas de artillería pesada que dominan los accesos marítimos y muchas de las cuales pueden disparar contra nuestra costa meridional a través del Estrecho. Actualmente hay menos de cinco horas de oscuridad, y aun es ese período de tiempo toda la zona está iluminada con reflectores...

“Debe usted recordar que hemos estado luchando solos durante más de un año y que, aun cuando nuestros recursos aumentan y seguirán aumentando rápidamente en lo sucesivo, estamos sometidos a dura presión tanto en la metrópoli como en el Oriente Medio por tierra y aire; no hay olvidar tampoco que la batalla del Atlántico, de la cual depende nuestra existencia misma, así como el tráfico de todos nuestros convoyes bajo la constante amenaza de los submarinos y los “Fokke-Wulf”. Reducen nuestras posibilidades navales, a pesar de su magnitud, al límite extremo.

“Por consiguiente, hemos de enfocar hacia el Norte, la ayuda inmediata que podemos prestar. Desde hace tres semanas el Estado Mayor de la Marina viene preparando una operación a base de aviones transportados por vía naval contra la navegación alemana en el norte de Noruega y Finlandia, con la esperanza de destruir la capacidad alemana de transporte de tropas por mar para atacar el flanco ártico ruso. Hemos pedido a los Estados Mayores soviéticos que mantengan despejada de buques rusos una determinada zona entre el 28 de julio y el 2 de agosto, o sea el período en que esperamos poder asestar el golpe.

“En segundo lugar, procedemos al envío de algunos cruceros y destructores a Spitzberg, desde donde estarán en condiciones de atacar a la navegación enemiga en colaboración con nuestras fuerzas navales.

“En tercer lugar, enviamos actualmente una flotilla de submarinos destinada a interceptar el tráfico alemán en la costa ártica, aunque, debido a la constante claridad diurna, este servicio es especialmente peligroso.

“Finalmente, procedemos al envío de un minador con diversas clases de pertrechos bélicos a Arkángel. Esto es lo máximo que podemos hacer de momento. Desearía que fuese mucho más...

“No existe ninguna división ligera noruega, y sería imposible desembarcar tropas, ya fuesen británicas o rusas, en territorio ocupado por los alemanes, debido a la constante claridad diurna, sin contar con una protección prudencial de aviones de caza. Sufrimos duros reveses al intentar empresas de este estilo, en Namsos el año pasado y este año en Creta.

“Estamos estudiando asimismo la posibilidad de mandar a Murmansk algunas escuadrillas de cazas británicos. Esto requeriría ante todo el envío de una partida de cañones antiaéreos y después la llegada de los aparatos, algunos de los cuales podrían despegar desde los portaaviones y otros ser expedidos desmontados. Una vez estos contingentes aéreos se hallasen en disposición de prestar servicio, nuestra escuadra con base en Spitzberg iría a Murmansk para colaborar con las fuerzas navales soviéticas.

“No vacile en sugerirnos cualquier otra cosa que se le ocurra, y nosotros continuaremos ideando nuevas formas de ataque contra el enemigo común.”



CAPITULO XXII

Las relaciones con el aliado soviético

Desde el primer instante hice todo lo posible por ayudar a los rusos con el envío de pertrechos y suministros de todas clases, tanto permitiendo la transferencia a la U.R.S.S. de importantes expediciones norteamericanas destinadas a la Gran Bretaña como mediante sacrificios directos por nuestra parte. A principios de septiembre solió en el vapor “Aarhus” el equivalente de dos escuadrillas de “Hurricanes” en dirección a Murmansk para ayudar a la defensa de la base naval y cooperar con las fuerzas rusas en aquella zona. El 11 de septiembre dichas escuadrillas estaban en acción, y por espacio de tres meses lucharon con bravura.

Suministros de importancia vital

Yo sabía perfectamente que en los primeros tiempos de nuestra alianza poco era lo que podíamos hacer y procuraba llenar los inevitables huecos con cortesías y halagos.

Del primer ministro británico a M. Stalin.

“25-7-41.

“Me es grato comunicarle que el Gabinete de Guerra ha decidido, aun teniendo en cuenta el hecho de que ello mermará nuestros recursos de cazas, enviar a Rusia lo antes posible 200 aviones de caza tipo “Tomahawk”. Ciento cuarenta de esos aparatos serán

remitidos directamente desde aquí a Arkángel, y 60 procederá, de nuestras fábricas de Norteamérica.

“Dentro de poco tendremos disponible aquí para enviar entre dos y tres millones de pares de botas. Tomamos asimismo las disposiciones necesarias para expedirles en el curso de lo que falta de este año grandes cantidades de caucho, estaño, lana y telas de este artículo, yute, plomo y goma laca. Estudiamos con todo interés sus restantes peticiones de materias primas. En los casos en que no disponemos de los elementos necesarios o escasean aquí, estamos negociando con los Estados Unidos de América para que dicho país los suministre.

“Seguimos con emocionada admiración el elevado espíritu combativo de las tropas rusas, y todas las informaciones que recibimos dan cuenta de las elevadas pérdidas que sufre el enemigo y las dificultades con que se encuentra. Nuestros ataques aéreos contra Alemania proseguirán con intensidad creciente.”

El caucho, además de escasear, nos era sumamente necesario y las peticiones rusas de este artículo tenían proporciones inmensas. Para satisfacerlas, siguiera en pequeña parte, no vacilé en echar mano de nuestras limitadas reservas.

Del primer ministro británico a M. Stalin.

“28-7-41.

“Caucho. Lo enviaremos desde aquí o desde los Estados Unidos, por la vía mejor y más rápida. Ruego me diga exactamente que clase de caucho desean y en qué zona les es más conveniente recibirlo. Se han dictado ya las órdenes preliminares...”

“La gran resistencia del Ejército ruso en defensa de su suelo nos da ánimos a todos. Se avecina para Alemania un terrible invierno de bombardeos. Nadie ha recibido hasta ahora lo que los alemanes van a recibir. Las operaciones navales citadas en mi último telegrama están en curso. Le agradezco mucho su actitud comprensiva, en medio de la formidable lucha que ustedes sostienen, hacia las dificultades en que nos hallamos para hacer aún más. Haremos todo cuanto esté en nuestro poder.”

Desplantes, reproches... y paciencia

Yo me esforcé hasta el máximo por establecer, mediante frecuentes telegramas de carácter personal, las mismas relaciones amistosas que había entablado con el presidente Roosevelt. En aquella larga serie de comunicaciones con Moscú, recibí muchos desaires y tan sólo de vez en cuando alguna palabra amable. En muchos casos los telegramas quedaban absolutamente sin respuesta y en otras ocasiones la contestación se hacía esperar bastantes días.

El Gobierno soviético tenía la impresión de que al luchar en su país por su propia existencia nos estaba haciendo un gran favor a nosotros. Cuanto más luchaban sus soldados, tanto mayor era la deuda que nosotros contraíamos. No era éste en verdad un punto de vista ecuánime dos o tres veces en el curso de aquella prologada correspondencia tuve que protestar en forma brusca contra esto, pero especialmente contra el trato desconsiderado de que eran objeto nuestros marineros que, corriendo tan graves riesgos, llevaban los suministros a Murmansk y Arkángel. Casi invariablemente,

empero, soporté los desplantes y los reproches con “un paciente encogimiento de hombros; porque la resignación es la divisa” (El mercader de Venecia-Shakespeare) de todos los que han de tratar con el Kremlin.

Forcejeos en torno a Polonia

Cuando el mundo tuvo conocimiento del ataque alemán a Rusia, una de las cuestiones más importantes que surgieron fue el restablecimiento de las relaciones europolacas, que habían quedado rotas en 1939. Las conversaciones entre los dos Gobiernos empezaron en Londres, bajo los auspicios de la Gran Bretaña, el 5 de julio. Polonia estaba representada por el primer ministro de su Gobierno en el exilio, general Sikorski, y Rusia por el embajador soviético, M. Maisky.

Los polacos perseguían dos objetivos concretos: El reconocimiento por el Gobierno soviético de que el reparto de Polonia convenido entre Alemania y Rusia en 1939 era nulo y carente de validez, y la liberación por parte de Rusia de todos los prisioneros de guerra y paisanos polacos deportados a la Unión Soviética después de la ocupación rusa de las zonas orientales de Polonia.

Aquellas negociaciones continuaron durante todo el mes de julio en un ambiente de suma frialdad. Los rusos se obstinaban en no querer adquirir ningún compromiso concreto tendente a satisfacer los deseos polacos. Rusia consideraba la cuestión de sus fronteras occidentales como materia no discutible. ¿Cabía confiar en que actuaría lealmente en este asunto en el futuro, posiblemente lejano, cuando hubiesen terminado las hostilidades en Europa?

El Gobierno británico se encontró en un dilema desde el principio. Habíamos declarado la guerra a Alemania como consecuencia directa de nuestra garantía a Polonia. Estábamos seriamente obligados a defender los intereses de nuestro primer aliado. En aquella fase de la lucha no podíamos admitir la legalidad de la ocupación de territorio polaco realizada por los rusos en 1939. En aquel verano de 1941, a las dos semanas escasas de la presencia de Rusia a nuestro lado, no podíamos obligar a nuestro nuevo aliado, tan gravemente amenazado por lo demás, a abandonar, siguiera fuese sobre el papel, regiones lindantes con sus fronteras que durante muchas generaciones había considerado como vitales para su seguridad.

No había salida posible. El problema del futuro territorial de Polonia debía ser aplazado hasta épocas más tranquilas. Cayó sobre nosotros la ingrata responsabilidad de recomendar al general Sikorsky que confiase en la buena fe de los soviéticos respecto al futuro de las relaciones rusopolacas y que no insistiera en aquel momento en obtener garantías escritas para el porvenir. Por mi parte, creía sinceramente que merced a la cada vez más íntima camaradería de armas contra Hitler, los grandes aliados podrían resolver los problemas territoriales en el curso de amistosas deliberaciones en la mesa de conferencias.

En el fragor de la batalla de aquel punto crucial de la guerra todo había de quedar subordinado al supremo objetivo de vigorizar el esfuerzo militar común. Y en aquella lucha desempeñaría un noble papel un Ejército polaco resurrecto que tuviera como base los millares de polacos a la sazón retenidos en Rusia. Sobre este particular los rusos estaban dispuestos a concertar un acuerdo, si bien su actitud seguía siendo cauta.

El 30 de julio, tras largas y enconadas discusiones, se estableció un convenio entre los Gobiernos polaco y ruso. Quedaban restablecidas las relaciones diplomáticas y se formaría un Ejército polaco en territorio ruso bajo el mando supremo del Gobierno soviético. En el acuerdo no se hacía alusión a las fronteras, a excepción de una cláusula vaga según la cual los tratados germano-soviéticos de 1939 acerca de los cambios territoriales en Polonia “han perdido su validez”.

El asunto quedó así, y durante el otoño los polacos se dedicaron a la penosa tarea de agrupar a aquellos de sus compatriotas que habían sobrevivido al cautiverio de los campos de prisioneros de la Unión Soviética.

La hora más tétrica de la historia rusa

La entrada de Rusia en la guerra fue bien acogida por nosotros, pero no nos fue de utilidad inmediata. Los ejércitos alemanes eran tan potentes que parecía que durante muchos meses podrían mantener en alto la amenaza de invasión contra Inglaterra al propio tiempo que profundizaban en territorio ruso. Casi todos los círculos militares responsables opinaban que los ejércitos rusos serían muy pronto derrotados y ampliamente destruidos. A pesar de la heroica resistencia, la despótica aunque idónea dirección de la guerra, el absoluto desprecio por las vidas humanas y la iniciación de una despiadada guerra de guerrillas en la retaguardia del avance alemán, se produjo una retirada general, que osciló entre 650 y 800 kilómetros, en todo el frente ruso que se extendía al sur de Leningrado en una longitud aproximada de dos mil kilómetros.

La energía del Gobierno soviético, la entereza del pueblo ruso, sus inconmensurables reservas de potencial humano, las vastas proporciones del país, los rigores del invierno ruso, fueron los factores que en última instancia destruyeron a los ejércitos de Hitler. Pero en 1941 no era posible apreciar el valor de ninguno de tales factores. La opinión pública mundial tildó de muy aventurado el juicio del presidente Roosevelt cuando éste proclamó en septiembre de 1941 que el frente ruso no se hundiría y que Moscú no sería conquistado. La gloriosa resistencia y el patriotismo del pueblo ruso confirmaron este aserto.

Todavía en agosto de 1942, después de mi viaje a Moscú y tras las conferencias que allí celebré, el general Brooke, que me había acompañado, opinaba que las tropas alemanas atravesarían el Cáucaso y alcanzarían las riberas del Caspio; en consecuencia nosotros realizamos preparativos en la escala más amplia posible para una campaña defensiva en Siria y Persia. Durante todo el período, no obstante, mi punto de vista acerca de la capacidad rusa de resistencia fue mucho más optimista que el de mis consejeros militares. Tenía confianza en las seguridades que el primer ministro Stalin me había dado en Moscú de que sus tropas resistirían en la línea del Cáucaso y los alemanes no llegarían al Caspio en forma alguna. Pero era tan escasa la información que se nos daba a propósito de los recursos e intenciones de los rusos, que todas las opiniones en uno u otro sentido apenas si eran algo más que simples conjeturas.

Importante pro y no desdeñable contra

No cabe duda de que la entrada de Rusia en la guerra desvió de la Gran Bretaña los ataques aéreos alemanes e hizo disminuir la amenaza de invasión. Repercutió de modo favorable en nuestra apurada situación en el Mediterráneo. Pero por otra parte nos impuso sacrificios de muchísima consideración. Por fin empezábamos a estar bien equipados. Por fin nuestras fábricas de armamento nos proporcionaban materiales de todas clases. Nuestros ejércitos de Egipto y Libia estaban enzarzados en dura lucha y clamaban pidiendo armas de los últimos tipos, especialmente tanques y aviones. Los ejércitos británicos de la metrópoli aguardaban ansiosamente los pertrechos modernos desde hacía tanto tiempo prometidos y que, por fin, a pesar de las complicaciones cada vez mayores, empezaban a llegar a sus manos. Y en aquel momento nos vimos obligados a renunciar a importantes contingentes de armas y suministros vitales de toda especie, incluso caucho y petróleo, para destinarlos a la Unión Soviética.

Sobre nosotros recayó la tarea de organizar los convoyes de suministros británicos y norteamericanos y enviarlos a Murmansk y Arkángel arrostrando todos los peligros y

rigores de aquellos parajes árticos. Todas las expediciones de material norteamericano eran en detrimento de lo que ya se nos había remitido o se nos iba a remitir a través del Atlántico para hacer frente a nuestras necesidades. A fin de llevar a cabo esta ingente labor de ayuda a Rusia sin que se resintiera de ello nuestra campaña en el desierto líbico, tuvimos que interrumpir todos los preparativos que la prudencia aconsejaba para la defensa de la península de Malaca y nuestro Imperio y posesiones del Extremo Oriente contra la creciente amenaza del Japón.

Sin pretender en modo alguno desvirtuar la conclusión que la Historia confirmará, de que la resistencia rusa quebrantó el poderío de los ejércitos alemanes e infligió una herida mortal a la energías vitales de la nación alemana, conviene hacer constar que durante más de un año, después de verse Rusia envuelta en la guerra, dicho país fue para nosotros una carga y no una ayuda. A pesar de todo nos alegrábamos de tener aquella poderosa nación a nuestro lado en la inmensa batalla y todos estábamos convencidos de que aun cuando los ejércitos soviéticos fuesen empujados hasta los Urales, Rusia seguiría constituyendo una fuerza enorme, cuyo peso, si la gran nación no se retiraba de la guerra, tendría, a la larga carácter decisivo.



CAPITULO XXIII

Traspiés en el Oriente Medio

(Después del fracaso de la ofensiva realizada en junio de 1941 con el nombre de “Hacha de combate” por el general Wavell, éste había sido substituido en el mando de las fuerzas del Oriente Medio por el general Auchinleck. El nuevo comandante en jefe solicitó un cierto margen de tiempo para entrenar a las fuerzas de que disponía. Auchinleck consideraba que en un futuro inmediato el desierto líbico dejaría de ser el frente principal de aquella zona porque creía en la inminencia de un ataque alemán a través de Turquía, Siria y Palestina.

Mr. Churchill se sintió “grandemente decepcionado” ante las “profundas divergencias de criterio que surgieron entre nosotros” y escribe que “las primeras decisiones del general tuvieron asimismo mucho de desconcertantes”.)

Me molestaban en sumo grado los alegatos de la propaganda enemiga en el sentido de que nuestra táctica consistía en utilizar en la lucha tropas de distintos países excepto el nuestro, evitando con ello que se derramase sangre propiamente inglesa. Lo cierto era que las bajas británicas ocurridas en el Oriente Medio, incluyendo Grecia y Creta habían sido más elevadas que las de todas nuestras restantes fuerzas juntas, pero la nomenclatura que solíamos emplear daba una impresión falsa de los hechos.

Las divisiones indias, en las cuales una tercera parte de la infantería y toda la artillería estaban compuestas por contingentes británicos, no recibían el nombre de divisiones indo-británicas. Las divisiones blindadas, que habían soportado el peso principal de la lucha, eran enteramente británicas, si bien esto no figuraba en sus denominaciones concretas. El hecho de que apenas se aludiera en los comunicados de guerra a las tropas “británicas” daba una cierta verosimilitud a las invectivas del enemigo y provocaba comentarios desfavorables no sólo en los Estados Unidos sino también en Australia.

Los errores de Auchinleck

Yo había estado esperando con interés la llegada a Egipto de la 50ª División como medio efectivo para desvirtuar todos aquellos comentarios e impresiones tan poco gratos.



La decisión del general Auchinleck de elegir entre todas las demás precisamente a dicha división para enviarla a guarnecer Chipre me pareció absolutamente desacertada, ya que daba nuevo pábulo a los reproches de que tan injustamente éramos objeto. Los jefes de Estado Mayor de la metrópoli quedaron igualmente asombrados, desde el punto de vista militar, al observar el uso que se hacía de tan magnífica unidad. No cabía, en efecto, conciliar semejante determinación con ningún plan estratégico siquiera fuese de aplicación remota.

Mucho más grave fue la decisión del general Auchinleck de retrasar toda acción bélica contra Rommel en el desierto occidental, primero durante tres meses y en definitiva por espacio de más de cuatro meses y medio. La ofensiva de Wavell del 15 de junio (operación “Hacha de combate”) encontró luego plena justificación en el hecho de que aún cuando en cierto modo perdimos aquella batalla y hubimos de retirarnos a nuestras posiciones de origen, los alemanes se vieron totalmente imposibilitados de realizar avance alguno durante aquel largo período.

Sus comunicaciones, amenazadas desde Tobruk, eran insuficientes para garantizar la llegada de los refuerzos necesarios de elementos blindados y aun de municiones de artillería para que Rommel pudiera hacer algo más que mantenerse, por razones de prestigio, donde estaba. El abastecimiento de sus tropas le imponía unas limitaciones tales que los contingentes a su disposición sólo podían aumentar con lentitud extraordinaria. En estas circunstancias, tenía que haber sido hostilizado constantemente por el Ejército británico, que contaba con amplias comunicaciones por carretera, por ferrocarril y por mar, y se veía reforzado continuamente a un ritmo muy superior al del enemigo tanto en hombres como en material.

Hay muchos generales que, siempre que es posible, prefieren librar una batalla en regla cuando todo está dispuesto y en el momento escogido por ellos, antes que dedicarse a agotar al enemigo mediante una lucha continua y muy poco espectacular. Como es lógico, prefieren la certidumbre al albur. Olvidan que la guerra no se interrumpe nunca sino que arde incesantemente, día tras día, con resultados siempre variables no sólo en uno de sus escenarios sino en todos ellos. A la sazón los ejércitos rusos estaban en la crisis de su agonía.

A mi juicio, otra de las equivocaciones de Auchinleck constituía en la desmesurada atención que prestaba a nuestro flanco septentrional. Dicho sector requería, según él, la máxima vigilancia y justificaba muchos preparativos de defensa, entre otros la construcción de importantes líneas fortificadas en Palestina y Siria. No obstante, al poco tiempo la situación mejoró allí muchísimo respecto a la que imperaba en el mes de

junio. Siria fue conquistada. La rebelión de Irak había sido sofocada. Nuestras tropas tenían en su poder todos los puntos clave del desierto.

Por encima de todo, la lucha entre Alemania y Rusia daba una confianza renovada a Turquía. Mientras la gran batalla estuviera indecisa no cabía temer que los alemanes plantearan la cuestión del “derecho” de paso de sus ejércitos por territorio turco. Persia iba a entrar muy pronto en la órbita aliada mediante la acción combinada británica y rusa. Esto nos permitiría salvar el invierno sin cuidados especiales en aquella zona. Entretanto, la situación general era favorable a una acción decisiva en el desierto occidental.

Incitación a la ofensiva

El 19 de julio los jefes de Estado Mayor telegrafiaron al general Auchinleck:

“dijo usted tiempo atrás que no era posible lanzar una ofensiva en el desierto occidental hasta que tuviese ahí por lo menos dos, y mejor aún tres, divisiones blindadas convenientemente entrenadas. Hasta que Alemania atacó Rusia no podíamos pensar en enviarle desde aquí grandes refuerzos de tanques semipesados ya que habíamos de considerar la invasión en agosto o septiembre como una probabilidad no desdeñable. No podemos decir que esta probabilidad haya desaparecido hoy por completo, toda vez que Rusia podría hundirse de un momento a otro, pero estamos dispuestos a probar fortuna si ello ha de permitirnos reconquistar Cirenaica, con todas las ventajas que esto implica...

“En su telegrama del 15 de julio expresaba usted sus dudas de que pudiera seguir reteniendo Tobruk en sus manos más allá del mes de Septiembre. Creemos, por lo tanto, que no cabe aplazar hasta después de dicha época una eventual ofensiva para recobrar Cirenaica. Según nuestros cálculos, el poderío aéreo británico en esa zona seguirá yendo en aumento hasta septiembre y posiblemente continuará en sentido ascendente después de dicho mes; pero esto, naturalmente, depende del resultado de la campaña que se está desarrollando en Rusia.

“Teniendo en cuenta las consideraciones anteriores, desde aquí parece que la mejor, por no decir la única oportunidad de reconquistar Cirenaica está en desencadenar una ofensiva a fines de septiembre como máximo. ¿Cree usted que sería capaz de llevar esto a cabo si le enviáramos en seguida otros ciento cincuenta tanques semipesados? Calculamos que podrían llegar a Suez entre el 13 y el 20 de Septiembre.”

De acuerdo con los jefes de Estado Mayor, también yo telegrafíé con carácter personal:

Del primer ministro al general Auchinleck:

“19-7-41.

“...El Comité de Defensa ha quedado grandemente sorprendido al ver a la 50ª División, la única división británica completa de refresco de que usted dispone, acantonada en Chipre desempeñando un papel al parecer meramente defensivo, y se pregunta

si no podían haberse destinado allí otras tropas más idóneas para el caso.

“Los jefes militares no ven posibilidad de que se registre una ofensiva alemana desde el Norte contra Siria, Palestina y el Irak antes de fines de septiembre como mínimo.

“Si no aprovechamos el respiro que nos concede la complicación alemana en Rusia para restablecer la anterior situación en Cirenaica, es posible que no vuelva a presentárenos oportunidad de hacerlo. Ha transcurrido un mes desde el fracaso de Sollum y a buen seguro tendrá que transcurrir otro mes antes de que sea posible realizar un nuevo esfuerzo en gran escala. En este intervalo habrá tiempo suficiente para el entrenamiento de las fuerzas. Parece justificado librar una dura y decisiva batalla en el desierto occidental antes de que la situación varíe en contra nuestra, y conviene, por lo tanto, afrontar los graves riesgos que casi siempre ha sido preciso correr para alcanzar la victoria...”

Excelentes intenciones, pero...

El general Auchinleck contestó el 23 de julio a mi mensaje. La decisión, decía, de situar a la 50ª División en Chipre había sido tomada por él tras concienzudo estudio. “Si usted lo desea, puedo darle a conocer con todo detalle las razones que me indujeron a obrar de ese modo y que a mi juicio eran contundentes. Espero que me dejarán ustedes en plena libertad para adoptar disposiciones de este género.” Creía posible una ofensiva alemana contra Siria a través de Anatolia en la primera quincena de septiembre.

“Estoy totalmente de acuerdo con usted acerca de la conveniencia de aprovechar la actual preocupación alemana en Rusia para asestar un golpe al enemigo en Libia, pero debo insistir en que, a mi juicio, emprender una ofensiva con los deficientes medios que ahora tenemos a nuestra disposición no es una acción bélica justificable, y es casi seguro que habría de tener como consecuencia un nuevo y más prolongado aplazamiento de la fecha en que podríamos lanzar el ataque con probabilidades lógicas de éxito. Para obtener buenos resultados hay que correr riesgos, y estoy dispuesto a correrlos si tienen una base suficiente que los justifique.”

Terminaba diciendo:

“Mis intenciones inmediatas son: Primero: Consolidar nuestra situación actual en Chipre y Siria lo más rápidamente posible, y mantener nuestra posición en este último país. Segundo: Acelerar la imprescindible labor de reagrupar, reorganizar y rearmar a nuestras divisiones y brigadas, que no solamente han sufrido bajas y pérdidas de material en Grecia, Creta, Libia, Eritrea y Siria, sino que en muchísimos casos no pueden hoy ser utilizadas más que fragmentariamente y como formaciones aisladas. Tercero: En colaboración con el intendente general, acelerar la reorganización y modernización de los servicios de retaguardia, como son abastecimientos, reparaciones, y transportes. Cuarto: Asegurar el entrenamiento concienzudo de nuestras unidades blindadas, proveyéndolas de todos los pertrechos necesarios. Quinto: Trazar sin

pérdida de tiempo los planes convenientes para una ofensiva en Libia de acuerdo con lo previsto en el telegrama del 19 de julio de los comandantes en jefe del Oriente Medio a los Jefes de Estado Mayor. Como resultado de dichos planes pediré a ustedes en breve, estoy seguro de ello, los medios adicionales necesarios para que la operación tenga éxito.”

Influjos extraños

La rigidez que en aquella época notaba yo en la actitud del general Auchinleck no podía, a mi entender, ser precisamente útil a los intereses a cuyo servicios estábamos todos. Algunos libros escritos después de la guerra han puesto de relieve el hecho de que algunos elementos subalternos, pero influyentes, del Estado Mayor de El Cairo, habían deplorado la decisión de enviar el Ejército a Grecia. Ignoraban cuán plena y sinceramente el general Wavell había dado su aprobación a aquella política, y aún ignoraban más con cuánta insistencia el Gabinete de Guerra y los jefes de Estado Mayor le habían planteado la cuestión, casi invitándole a responder en sentido negativo. Wavell, según dichos elementos se dejó influir por los políticos, y su aquiescencia a los deseos de éstos fue causa de la serie de desastres que a continuación se produjeron. Luego, como recompensa a su benevolencia, fue destituido, después de todos sus triunfos, en el momento de la derrota.

A mi ni me cabía la menor duda de que en aquellos círculos militares existía la decidida opinión de que el nuevo comandante en jefe no debía dejarse impulsar hacia aventuras dudosas y arriesgadas, sino que había de preparar las cosas con el tiempo necesario y actuar sobre bases sólidas. Era perfectamente plausible que semejante punto de vista hubiese sido comunicado al general Auchinleck. Lo evidente era que no adelantaríamos mucho tratando los asuntos por escrito.

Del primer ministro al general Auchinleck

23-7-41.

“Todos los telegramas cruzados entre usted y nosotros demuestran la necesidad de que celebremos algunas entrevistas. Los jefes de Estado Mayor tienen vivo interés en ello. A menos que las perspectivas inmediatas de la situación militar le impidan abandonar su puesto, le agradeceré venga usted en seguida, acompañado por uno o dos altos jefes de su Estado Mayor. En su ausencia, sobre la cual deberá guardarse el más absoluto secreto, Blamey (el comandante de las fuerzas australianas) se hará cargo del mando.”

Proyectos a largo plazo

Auchinleck aceptó gustoso la invitación. Su breve estancia en Londres fue fructífera en muchos aspectos. Estableció cordial contacto con los miembros del Gabinete de Guerra, con los jefes de Estado Mayor y con el Ministerio de la Guerra. Estuvo conmigo todo un fin de semana en Chequers. Al ir conociendo mejor a aquel distinguido jefe militar, de cuyas dotes iba entonces a depender en tan gran manera nuestra suerte, y al ir familiarizándose él con las altas esferas británicas de la dirección de la guerra cuyo engranaje vio funcionar con perfecta normalidad, fue en aumento la confianza recíproca.

Por lo demás, no logramos inducirle a abandonar su idea de mantener abierta una prolongada pausa a fin de preparar cuidadosamente una ofensiva para el 1º de noviembre. Esta se denominaría “Operación Cruzado” y habría de ser la mayor acción realizada por

nosotros hasta entonces. Desde luego, Auchinleck convenció a mis consejeros militares con los minuciosos argumentos que adujo. Yo, por mi parte, seguía no viendo claro en todo aquello. Pero la incuestionable capacidad del general Auchinleck, su fuerza expositiva, su alta y recia personalidad, me dieron la impresión de que, después de todo, acaso tuviera razón y que aunque estuviese equivocado seguía siendo el hombre idóneo para el cargo en aquellos momentos.

Di, pues, mi aprobación a la fecha propuesta para la ofensiva y apliqué mis energías a conseguir que ésta fuese un éxito. Todos lamentamos mucho no poder persuadir al comandante en jefe de que confiara la dirección de las fuerzas en campaña, llegado el momento, al general Maitland Wilson. El prefería al general Alan Cunningham, cuya reputación había subido mucho de punto con motivo de las victoriosas operaciones en Abisinia. Teníamos que contribuir todos al triunfo en la medida de lo posible, y como estas cosas no salen bien si se hacen a medias, compartimos la responsabilidad de sus decisiones.

Un regalo insospechado para Rommel

Sabemos ahora perfectamente lo que opinaban los altos jefes militares acerca de la situación de Rommel. Era muy grande la admiración que sentían por su audacia y por los éxitos con que ésta se había visto coronada, pero no obstante consideraban que corría grave peligro. Le prohibieron rigurosamente correr nuevos riesgos hasta que fuese posible enviarle los importantes refuerzos necesarios. Su línea de comunicaciones con Trípoli tenía una longitud de 1.500 kilómetros. Bengasi era un valioso atajo para la llegada de una parte por lo menos de sus abastecimientos y tropas de refresco, pero los alemanes habían de satisfacer un tributo cada vez más elevado por el transporte naval destinado a aquellas dos bases. Las fuerzas británicas, ya muy superiores en número, aumentaban cada día. La superioridad del “Áfrika Corps” en cuanto a tanques existía sólo en calidad y organización. En el aire era más débil que nosotros. Andaba muy escaso de municiones de artillería, y sus técnicos temían verse obligados a dispararlas.

Tobruk aparecía a los ojos del Alto Mando germano como una seria amenaza en la retaguardia de Rommel, habida cuenta de que sus defensores podían en un momento determinado efectuar una vigorosa salida y cortar las comunicaciones de aquél. El enemigo ignoraba que planes ofensivos teníamos, ya fuese desde Tobruk o mediante un avance del grueso de nuestras unidades. No obstante, mientras nosotros permaneciéramos inmóviles, los alemanes podían considerar como un regalo cada día que transcurriera sin que se alterase la situación.



CAPITULO XXIV

Conflicto de carácter imperial

Mister Menzies, primer ministro australiano, se despidió de nosotros en mayo de 1941. Su prolongada estancia en Inglaterra había sido sumamente fructuosa. Durante dos meses asistió a las reuniones cotidianas del Gabinete de Guerra e intervino en la adopción de muchas de nuestras más delicadas decisiones en aquellos días críticos. Dos cosas concretamente no le satisficieron: la organización del Gabinete y el ejercicio por mi parte de poderes tan amplios en la dirección de la guerra. En diversas ocasiones me planteó ambos problemas, y yo, le expliqué las razones que tenía para no compartir su criterio.

Deseaba la formación de un Gabinete de Guerra imperial en el que estuviesen representados los cuatro Dominios. En su viaje de regreso a Australia, que efectuó a través de Canadá, Mr. Menzies sometió oficialmente sus propuestas, por escrito, a Mr.

Mackencie King, al general Smuts y a Mr. Fraser. Ninguno de ellos, sin embargo, se mostró favorable al cambio sugerido; especialmente Mr. Mackencie King adujo argumentos constitucionales de mucho peso contra la idea de que el Canadá hubiese de quedar ligado por medio de un representante suyo, a las decisiones de un organismo político-militar establecido en Londres.

Crisis política en Australia

Poco después, empero, produjéronse cambios importantes en el Gobierno australiano. Como suele ocurrir tras una larga serie de desventuras, en el seno del Gabinete de aquel país existían diferencias de opinión acerca de la dirección de la guerra. El Partido Laborista australiano votó en contra de una moción por la que se aprobaba el viaje de Mr. Menzies a Londres. En vista de estas manifestaciones políticas, tanto dentro como fuera del Gobierno, el primer ministro dimitió ante sus colegas y se ofreció a colaborar en un Gabinete de coalición nacional. El 25 de agosto los laboristas australianos rechazaron esta proposición y pidieron la dimisión del Gobierno. El día 23 Mr. Menzies dimitió; sucedióle en el cargo el viceprimer ministro, Mr. Fadden.

A pesar de las diferencias que antes he mencionado, me enteré con hondo pesar de la caída de Menzies. Le dirigí un telegrama haciéndoselo constar.

Inquietante pretensión

Nuestras relaciones con el Gobierno de Mr. Fadden y después con el Gabinete laborista de Mr. Curtin no fueron tan cordiales como lo habían sido con sus predecesores, y entre otras se produjo una áspera divergencia que afectó en cierto modo al esfuerzo bélico común.

El nuevo Gobierno, cometido a dura presión por sus adversarios políticos, hizo constar su seria preocupación por la suerte de la división australiana situada en Tobruk. Mostrábase especialmente inquieto por la posible “mengua de la resistencia física” de sus tropas acantonadas en la fortaleza, así como por el peligro de una catástrofe derivada de dicha causa y de la eventual incapacidad en que podían encontrarse aquellos hombres de resistir un decidido asalto enemigo. Pedía, por consiguiente, que fuesen relevados sin pérdida de tiempo por otras fuerzas.

Auchinleck protestó enérgicamente contra tal pretensión, señalando las dificultades que suponía el relevo y el desconcierto que aquello entrañaba en sus planes para la ofensiva en preparación. Yo intenté tranquilizar al general.

Del primer ministro al general Auchinleck.

“6-9-41.

“Estoy casi seguro de que los australianos cumplirán con su deber si les exponemos los hechos en forma descarnada. No queremos que nada interfiera el abastecimiento de Tobruk ni los demás preparativos de usted. Si el atender la petición de aquéllos ha de suponer alguna interferencia en tal sentido, sírvase facilitarme datos concretos para exponerles claramente el asunto. Australia no tolerará que nadie juegue sucio. Naturalmente, si ello no ha de tener gran trascendencia para la organización general, no estará de más atender sus deseos.”

Relevo parcial en Tobruk

A instancias más, el general Auchinleck accedió a relevar a una de las brigadas australianas de infantería de Tobruk y la reemplazó por la brigada polaca que tenía a sus órdenes. Azarosa fue la operación, pues casi todos los buques de transporte fueron atacados por los aviones enemigos.

A los pocos días, el comandante en jefe expuso sus razones para no llevar a término la segunda parte de la citada evacuación, declarando que podría llevar aparejada “un nuevo aplazamiento de la ofensiva en el desierto occidental”. “Propongo, por lo tanto –decía–, abandonar definitivamente la idea de un nuevo relevo en gran escala de tropas australianas de Tobruk, y reforzar, en cambio, inmediatamente a la guarnición con un batallón de tanques tipo “I”.

Transmití el telegrama de Auchinleck a Mr. Fadden, junto con el siguiente llamamiento:

Del primer ministro británico al primer ministro australiano.

“11-9-41.

“Le transcribo en su integridad el telegrama que el general Auchinleck acaba de dirigirme con carácter personal a propósito del relevo de las tropas australianas de Tobruk. Lo hago confiando totalmente en su discreción. El telegrama del general Auchinleck es fruto de concienzudas deliberaciones con los comandantes naval y aéreo del Oriente Medio.

“Como verá por el telegrama en cuestión, si usted insiste en que se lleve a cabo el relevo de los australianos de Tobruk, será materialmente imposible terminar la operación antes de la declaración que piensa usted hacer ante el Parlamento de ese Dominio a mediados de este mes. En efecto, sólo podría ser evacuada la mitad de las tropas durante el período de luna nueva de septiembre y la otra mitad habría de serlo en la segunda quincena de octubre, que es precisamente la época en que estarán en plena actividad todos los preparativos para la ofensiva y en que las acciones preliminares de la Aviación requerirán la absoluta concentración de ésta sobre la retaguardia, las bases y los aeródromos del enemigo...”

“Si a pesar de todo insiste usted en que las tropas australianas deben ser retiradas, cursaremos las órdenes oportunas sin tener en cuenta lo que ello cueste ni los perjuicios que pueda ocasionar a las acciones en perspectiva. Confío que usted medirá cuidadosamente la inmensa responsabilidad que asume ante la Historia si priva a Australia de la gloria de defender Tobruk hasta la hora del triunfo, gloria que, de otro modo, con la ayuda de Dios, le pertenecerá por derecho indiscutible...”

“Hay que evitar la controversia abierta”

Todo fue inútil. No tuve más opción que responder:

Del primer ministro británico a Mr. Fadden.

“15-9-41.

“Se dictarán inmediatamente las órdenes necesarias de acuerdo con su decisión. Es de extrema importancia para todos mantener por ahora el más absoluto secreto sobre este particular.”

Del primer ministro al general Auchinleck

“17-9-41.

“Me apena la actitud australiana, pero hace tiempo que temo las peligrosas relaciones de la opinión tanto australiana como mundial ante la apariencia de que libramos todas nuestras batallas en el Oriente Medio exclusivamente con tropas de los Dominios. Por esta razón, así como por el deseo de reforzar los contingentes de usted, vengo haciendo todos los esfuerzos posibles por enviar ahí algunas divisiones británicas de infantería. Su decisión de mandar a Chipre la 50ª División británica supuso, como usted sabe, una contrariedad para nosotros...

“Espero que la retirada de los australianos no retrasará más la ofensiva en proyecto. La situación ha empeorado ya. El enemigo está mucho mejor provisto de petróleo que tiempo atrás. El “Afrikan Panzer Corps” se llama ahora “Afrikan Panzer Gruppe”. Si espera usted hasta tener otra brigada, es posible que tenga que habérselas con otra división. A estas horas el enemigo habrá observado ya la actividad de transporte de nuestras tropas y la formación de campamentos. Están en juego todo el porvenir de la campaña de 1942 en el Oriente Medio y nuestras relaciones con Turquía y Rusia.”

Por su parte, el general Auchinleck, profundamente herido en su amor propio por la insistencia del Gobierno Fadden en su demanda, quería presentar la dimisión, fundándose en que no merecía la confianza del Gobierno australiano. Esto hubiese sido en aquellos momentos un grave contratiempo en todos los sentidos.

Recurrí a los buenos oficios de Mr. Oliver Lyttelton, ministro de Estado, a la sazón residente en El Cairo.

Del jefe del Gobierno al ministro de Estado.

“18-9-41.

“Auchinleck no debe en modo alguno imaginar que no estamos de acuerdo con él (acerca de la retirada de los australianos de Tobruk). La serie de telegramas cruzados últimamente, en especial el mío del 11 de septiembre a Fadden, cuyo texto di a conocer a Auchinleck, demuestran cuán seriamente lamentamos la determinación australiana de abandonar la línea de fuego en esta coyuntura. Además, cuando Auchinleck estuvo aquí le indiqué la conveniencia de no debilitar la defensa de Tobruk mediante un relevo innecesario.

“Me sorprende en gran manera la decisión del Gobierno australiano y estoy seguro de que su país la repudiará si conociera la verdad de los hechos. Hay que ser comprensivo con un Gobierno que sólo cuenta, con un voto de mayoría y se enfrenta con una oposición violentísima formada en parte por aislacionistas decididos.

“Es de todo punto indispensable evitar que surja una controversia abierta entre la Gran Bretaña y Australia. Todos los sentimientos personales, por consiguiente han de quedar subordinados a la suprema conveniencia de mantener una apariencia de unidad. Se comenta mucho y con acritud el hecho de que no hayamos utilizado divisiones británicas de infantería en las distintas operaciones bélicas,

induciendo con ello al mundo entero y a Australia en particular a suponer que estamos librando las batallas exclusivamente con tropas de los Dominios.

“Telegrafía hoy mismo a Auchinleck para reiterarle la absoluta compenetración de los jefes de Estado Mayor con su criterio militar.”

Etapa final del desagradable incidente

Quedaron eliminadas, pues, de momento, las dificultades de tipo personal. Pero la operación de retirar a los últimos contingentes australianos en octubre seguía preocupándonos.

Del primer ministro al general Auchinleck.

“29-9-41.

“Ahora todo depende de la batalla. Es posible que el enemigo le conceda el tiempo que usted necesita. Pero cada día de retraso nos exponemos a pagarlo luego muy caro. El precio es Turquía, cuya actitud puede quedar muy bien determinada por la victoria o el fracaso en Cirenaica.

“Espero convencer al Gobierno australiano de que no estorbe la acción de usted obligándole a retirar de Tobruk sus dos últimas brigadas en el período de luna nueva de octubre.”

Expuse entonces a Mr. Fadden el conjunto de la situación, dirigiéndole un nuevo y enérgico llamamiento. La respuesta fue inexorable, pero precisamente por aquellos días el Gobierno de Mister Fadden quedó derrotado en un debate acerca del Presupuesto, y se constituyó un Gobierno laborista australiano, también con escasa mayoría, presidido por Mr. Curtin. No obstante, el nuevo Gabinete mostróse igualmente opuesto a nuestra demanda. Bueno será, pues, terminar el relato de aquel desdichado episodio.

Del primer ministro británico al primer ministro australiano

“14-10-41.

“Considero que tengo el deber de rogar a usted estudie nuevamente la cuestión planteada en mi último telegrama a su predecesor. El general Auchinleck insiste en que sería para él de suma utilidad que las restantes tropas australianas permanecieran en Tobruk hasta que se vea claro el resultado de la batalla que se avecina. No repetiré los argumentos que ya expuse oportunamente. Me limitaré a añadir que si usted puede dar su consentimiento, no expondrá por ello a sus tropas a peligros innecesarios, y al propio tiempo lo consideraremos como un noble acto de camaradería en la lucha actual.”

El Gobierno de Mr. Curtin se adhirió a la decisión de sus predecesores, y yo tuve que comunicar al general Auchinleck que debía llevarse a cabo el relevo.

El 25 de octubre, por la noche, se intentó la operación tan vivamente deseada por ambos Partidos australianos, pero lo fue en circunstancias muy peligrosas y ni sin bajas de consideración. Telegrafíé la noticia a Mr. Curtin.

Del primer ministro británico al primer ministro australiano.

“26-10-41.

“Nuestro minador rápido “Latona” resultó hundido y el destructor “Hero” averiado por la acción aérea enemiga al dirigirse anoche a recoger a los últimos 1.200 australianos que quedaban en Tobruk. Afortunadamente, éstos no se hallaban a bordo. Ignoro aún el número de bajas. El almirante Cunningham informa que no será posible retirar a estos 1.200 hombres hasta el próximo período de luna nueva, o sea hasta noviembre. Hemos hecho todo lo humanamente posible por satisfacer los deseos de ustedes.”



CAPITULO XXV

Colaboración activa con Norteamérica

(Sir John Dill, jefe del Alto Estado Mayor Imperial, había expresado en mayo de 1941 sus dudas acerca de la conveniencia de seguir reforzando el Oriente Medio, habida cuenta de la posibilidad, que seguía en pie, de que se produjera la temida invasión de la Gran Bretaña y en vista asimismo del peligro que corría Singapur. A

mediados de julio llegó a Inglaterra el enviado especial del presidente Roosevelt, Harry Hopkins, y planteó el problema en términos parecidos.)

Aquella vez Hopkins no estaba solo. Hallábase en Londres diversas altas personalidades del Ejército y la Marina de los Estados Unidos, cuya misión era oficialmente la de tratar asuntos relacionados con el sistema de Préstamo y Arriendo; una de dichas personalidades era el almirante Ghormley, que estaba constantemente en contacto con el Almirantazgo, para estudiar el problema del Atlántico y la participación norteamericana en la solución del mismo.

Los problemas fundamentales del Imperio

El 24 de julio, por la noche, me reuní en el número 10 de Downing Street con Hopkins, sus acompañantes y los jefes de Estado Mayor. Hopkins llevó consigo, además del almirante Ghormley, al general de división Chaney, en calidad de “observador especial”, y al agregado militar norteamericano, brigadier Lee. Completaba el círculo Averell Arriman, que acababa de volver de su viaje por Egipto, en el curso del cual, siguiendo instrucciones mías, se le había informado detalladamente de todo.

Hopkins empezó diciendo que “los hombres que ocupaban los puestos principales en los Estados Unidos y adoptaban decisiones en asuntos de defensa”, opinaban que el Oriente Medio era una posición indefendible para el Imperio Británico, y cuyo mantenimiento exigía sacrificios desmesurados. A su entender, la batalla del Atlántico sería la batalla final y decisiva de la guerra, y era preciso concretar todos los esfuerzos en ella. Añadió que el Presidente era más bien partidario de apoyar la lucha en Oriente Medio, pues había que combatir al enemigo dondequiera que se encontrase.



Roosevelt y Churchill a bordo del «Prince of Wales», durante la Conferencia del Atlántico (agosto de 1941)

El general Chaney planteó a continuación los cuatro problemas fundamentales del Imperio británico, por el siguiente orden: la defensa del Reino Unido y de las rutas del Atlántico; la defensa de Singapur y de las comunicaciones marítimas con Australia y Nueva Zelanda; la defensa de las rutas oceánicas en general, y, finalmente, la defensa del Oriente Medio. Todos eran importantes, pero los situaba precisamente en el orden de preferencias apuntado. El general Lee se mostró de acuerdo con el general Chaney. El almirante Ghormley, a su vez, sentía especial preocupación por las líneas de comunicación con el Oriente Medio, si había que enviar a aquella zona suministros norteamericanos en gran escala. Preguntábase si no debilitaría esto la batalla del Atlántico.

Rogué entonces a los jefes de Estado Mayor británicos que expusieran sus puntos de vista. El primer lord del Mar explicó por qué se sentía a la sazón más optimista que en

1940 respecto a la destrucción de un ejército invasor. El jefe del Estado Mayor de la Aviación demostró que la R.A.F. era mucho más fuerte, en comparación con la "Luftwaffe", que en septiembre del año anterior, y puso al mismo tiempo de relieve cuánto había aumentado nuestra capacidad de ataque contra los puertos enemigos de invasión. El jefe del Alto Estado Mayor Imperial habló también en sentido optimista y dijo que el Ejército era infinitamente más fuerte que en septiembre del año anterior.

Intervine yo para dar cuenta de las medidas especiales que habíamos adoptado para la defensa de los aeródromos, después de la lección de Creta. Pedí a continuación a Dill que hablara del Oriente Medio. Sin expresar ningún juicio contrario a su informe del mes de mayo, expuso en forma conveniente algunas de las razones que hacían aconsejable nuestra permanencia allí. Al terminar la reunión mi impresión personal fue que nuestros amigos norteamericanos habían quedado convencidos con las declaraciones formuladas e impresionados favorablemente por la solidaridad que existía entre nosotros.

Sanciones económicas contra el Japón.

Sin embargo, la confianza que sentíamos respecto a la defensa de la metrópoli no era aplicable al Extremo Oriente, en caso de que el Japón nos declarara la guerra. Esto inquietaba también a Sir John Dill. A mí me daba la sensación de que Singapur pesaba más en su ánimo que El Cairo. Trágico dilema era éste en verdad; algo así como el del hombre que ha de elegir entre la muerte de su hijo y la de su hija. Por mi parte, no creía que nada de lo que pudiera ocurrir en Malaca equivaldría ni siquiera a una quinta parte de lo que supondría la pérdida de Egipto, el canal de Suez y el Oriente Medio. No podía tolerar la idea de abandonar la lucha en defensa de Egipto, y me resignaba a satisfacer, en cambio, el precio que fuese necesario en Malaca. Mis colegas compartían esta opinión.

Creí conveniente repetir en el Extremo Oriente la práctica de establecer un ministro de Estado que, en íntimo contacto con el Gabinete de Guerra, relevase a los comandantes en jefe y a los gobernadores locales de algunas de sus tareas más engorrosas y les ayudara a solucionar los graves problemas políticos que se planteaban allí, cada vez con mayor frecuencia. En Mr. Duff Cooper, en aquel entonces ministro de Información, tenía yo un amigo y colega que desde su importante cargo conocía bien el panorama general político-militar. Su firmeza de carácter, que le había inducido a dimitir su puesto de primer lord del Almirantazgo en 1938, a raíz del acuerdo de Munich, sus dotes personales de excelente orador y escritor, su hoja militar de servicios como oficial de la Guardia de Granaderos durante la guerra de 1914-1918, le daban prestigio más que suficiente para que pudiera encargarse de aquella delicada labor. A principios de agosto, acompañado de su esposa, lady Diana, salió para el Extremo Oriente, vía Norteamérica.

Por espacio de varios meses, los Gobiernos británico y estadounidense habían estado actuando estrechamente de acuerdo en relación con el Japón. A fines de julio los japoneses terminaron la ocupación militar de Indochina. Mediante aquel descarado acto de agresión, sus fuerzas quedaban magníficamente situadas para atacar a los ingleses en Malaca, a los norteamericanos en Filipinas y a los holandeses en las Indias Orientales. El 24 de julio, el presidente Roosevelt hizo constar al Gobierno de Tokio que antes de empezar las negociaciones para llegar a un acuerdo de carácter general, Indochina debía ser neutralizada y las tropas japonesas retiradas de allí. Para dar mayor fuerza ejecutiva a esta propuesta, dispuso la congelación de todos los bienes nipones en los Estados Unidos. Esto paralizaba por completo el comercio entre ambos países. Idéntica medida tomó el Gobierno británico, y dos días más tarde los holandeses hicieron lo propio. La adhesión de estos últimos significaba que el Japón quedaba de un solo golpe privado de sus suministros vitales de petróleo.

Un paso decisivo de Roosevelt

Cierto día de fines de julio, por la tarde, Harry Hopkins entró en el jardín de Downing Street y se sentó a mi lado a tomar el sol. Al poco rato abordó el asunto concreto de que quería hablarme. Dijo que el Presidente tenía mucho interés en celebrar una entrevista conmigo en alguna bahía solitaria o lugar parecido. Respondí en seguida que estaba seguro de que el Gabinete me autorizaría a salir del país. Así, pues, todo quedó convenido en cuestión de pocos días. El lugar de la reunión sería Placentia Bay, en Terranova y la fecha el 9 de agosto. Nuestro acorazado de más reciente construcción, el “Pince of Wales”, quedó dispuesto para realizar el viaje.

Yo tenía vivos deseos de entrevistarme con Mr. Roosevelt, dada la amistad personal que nos unía, tras cerca de dos años de correspondencia. Además, una conferencia entre nosotros, proclamaría la asociación cada vez más íntima de Inglaterra y los Estados Unidos, constituiría un duro golpe mortal para nuestros enemigos, obligaría a los japoneses a reflexionar y llenaría de gozo a nuestros amigos. Había también muchos asuntos pendientes que convenía estudiar a fondo como, por ejemplo, la intervención de Norteamérica en las operaciones del Atlántico, la ayuda a Rusia, los suministros destinados a la Gran Bretaña y, por encima de todo, la creciente amenaza nipona.

Para garantizar el mantenimiento del secreto, el Presidente, que estaba oficialmente realizando un viaje de placer por el Caribe, transbordó en alta mar al crucero “Augusta” y dejó atrás su yate, a guisa de pantalla.

Entretanto Harry Hopkins, aunque su salud dejaba mucho que desear, obtuvo autorización de Roosevelt para trasladarse en avión a Moscú, en un largo, fatigoso y peligroso viaje a través de Noruega, Suecia y Finlandia a fin de conocer por boca del propio Stalin cuáles eran la posición y las necesidades soviéticas. Convinimos con Hopkins en que se uniría con nosotros en Scapa Flow, para embarcar en el “Prince of Wales”.

El tren especial, en el que iban todos los que debían acompañarme, entre ellos diversos técnicos de los servicios de cifra, me recogió en la estación de Chequers. En Scapa subimos a bordo de un destructor que nos llevó hasta el “Prince of Wales”.

Oasis de paz en el mar

Las espaciosas habitaciones situadas encima de las hélices, que tan confortables son cuando el buque está en el puerto, resultaron ser poco menos que inhabitables en plena navegación, a causa de la vibración y la mar gruesa, por lo cual me trasladé a la cámara del almirante, para trabajar y para dormir. Simpatiqué mucho con el capitán, Leach, hombre dotado de gran simpatía personal y de todo lo que corresponde a un marino británico. Por desgracia, cuatro meses más tarde, él y muchos de sus camaradas, con su magnífico buque, hallaron sepultura en las profundidades del mar.

Al segundo día, el tiempo empeoró de tal manera que hubimos de elegir entre reducir la marcha o abandonar nuestra escolta de destructores. El almirante Pound, primer lord del Mar, decidió sin vacilar. Seguiríamos adelante, solos, a toda velocidad. Tuvimos conocimiento de la proximidad de diversos submarinos, a los que esquivamos mediante amplias bordadas y complicados zigzags. Nuestros aparatos radiotelegráficos guardaban silencio casi absoluto. Podíamos recibir mensajes, pero de momento sólo podíamos transmitir a intervalos determinados. De este modo se produjo en el ajetreo de mi tarea cotidiana una pausa inusitada y experimenté una sensación de ocio que no había conocido desde que empezó la guerra.

Por primera vez en muchos meses, pude leer un libro por pura distracción. Oliver Lyttelton, ministro de Estado en El Cairo, me había prestado la novela de C.S. Forester “El capitán Hornblower, de la Marina Real”, obra que por cierto me resultó muy interesante. En cuanto me fue posible le envié un radiograma: “Hornblower” me parece

de perlas.” Esto ocasionó gran revuelo en el Cuartel General del Oriente Medio, pues creyeron allí que “Hornblower”(trompetero) era el nombre convencional de alguna misteriosa operación militar especial, de la que ellos no tenían conocimiento.

Me distraía asimismo y hacia ejercicio recorriendo tres o cuatro veces al día todos los compartimientos del buque y subiendo y bajando todas las escalas que iban del alcázar al puente y de éste a la cámara de máquinas. Por las noches se nos obsequiaba con excelentes sesiones de cine, en las que teníamos ocasión de ver las mejores y más recientes cintas traducidas; además de mis acompañantes y yo, asistían a dichas sesiones los oficiales libres de servicio. Copio a continuación unas notas del “Diario” personal de Sir Alexander Cadogan: “Después de cenar, proyección de la película “Lady Hamilton”. Excelente. El primer ministro, que la veía por quinta vez, sintióse de nuevo profundamente conmovido. Al terminar la sesión, se dirigió a los reunidos: “Señores he pedido que se proyectara esta cinta, convencido de que les interesaría; como habrán visto, en ella se narran grandes acontecimientos, parecidos a aquellos en que ustedes han tomado y siguen tomando parte”.

En resumen, el viaje constituyó un agradable interludio.

Consagración virtual de la alianza

Llegamos a Placentia Bay, Terranova, el sábado 9 de agosto a las nueve de la mañana. Una vez realizadas las cortesías navales de rigor, pasé a bordo del “Augusta” y saludé al presidente Roosevelt, que me recibió con todos los honores. Se mantuvo de pie, apoyado en el brazo de su hijo Elliott, mientras se interpretaban los himnos nacionales, y luego me dio la más calurosa de las bienvenidas.

Yo le entregue una carta del Rey y le presenté a los miembros de mi séquito. Empezaron inmediatamente las conversaciones entre el Presidente y yo. Mr. Summer Welles (secretario de Estado norteamericano) y Sir Alexandre Cadogan, y los altos jefes militares de ambos países, conversaciones que prosiguieron casi sin interrupción durante los restantes días de nuestra estancia allí, unas veces con carácter íntimo y otras en conferencias más amplias.

El domingo 10 de agosto, por la mañana, Mr. Roosevelt subió a bordo del “Prince of Wales”, y acompañado por sus consejeros militares y varios centenares de representantes de todas las categorías de la Armada y la Marina mercante norteamericana, asistió al servicio religioso celebrado en el alcázar del navío. Impresionante ceremonia fue aquella para todos nosotros, porque era un emotivo exponente de la comunidad de fe de nuestros pueblos, y ninguno de los que asistieron a la misma olvidará el espectáculo que se ofreció a sus ojos en aquella luminosa mañana estival; el simbolismo de las bandera británica y norteamericana colocadas una al lado de la otra en el púlpito; los capellanes británico y norteamericano alternando en la lectura de las oraciones; los más altos jefes de la Marina, el Ejército y la Aviación de la Gran Bretaña y de los Estados Unidos agrupados, formando un solo bloque, detrás del Presidente y de mí; las apretadas filas de marineros británicos y norteamericanos, completamente entremezclados, leyendo en los mismos libros y uniendo su fervor en las plegarias y los himnos familiares a unos y a otros.

Yo mismo elegí los himnos: “Por los que están en peligro en el mar” y “¡Adelante, soldados de Cristo!” Terminamos con el “¡Ho, Dios, ayuda nuestra en todos los tiempos!”, himno que Macaulay recuerda entonaban los ironsides al conducir el cadáver de John Hampden a la tumba. Cada una de sus palabras llegaba al fondo del corazón. Fue una hora inolvidable. Casi la mitad de los que cantaban allí iban a morir a no tardar.



CAPITULO XXVI

La conferencia del Atlántico

El presidente Roosevelt me dijo en una de nuestras primeras conversaciones (durante la Conferencia del Atlántico), que a su entender sería conveniente redactáramos

una declaración conjunta exponiendo determinados principios generales que sirvieran de guía para la política a seguir por nuestros dos países a lo largo de la senda común.

Propósitos de signo constructivo

Deseoso de poner por obra cuanto antes aquella interesante sugestión, le entregué el día siguiente, 10 de agosto, un esbozo preliminar de lo que podía ser la citada declaración. He aquí el texto del mismo:

DECLARACION CONJUNTA ANGLO-AMERICANA DE PRINCIPIOS

“Reunidos el presidente de los Estados Unidos de América y el primer ministro Mr. Churchill en representación del Gobierno del Reino Unido, con objeto de estudiar y adoptar las medidas encaminadas a garantizar la seguridad de sus respectivos países ante la agresión alemana y ante los peligros que de la misma se derivan, consideran conveniente dar a conocer determinados principios que ambos aceptan como guía para la estructuración de su política y en los cuales fundan sus esperanzas en un porvenir más halagüeño para el mundo.

“Primero.- Sus respectivos países no aspiran a engrandecimiento alguno, ya sea territorial o de otra índole.

“segundo.- Desean que no se realicen modificaciones territoriales que no estén de acuerdo con la voluntad libremente expresada de los pueblos interesados.

“Tercero.- Respetan el derecho de todos los pueblos a elegir la firma de Gobierno bajo la cual quieren vivir. Únicamente tienen interés en defender los derechos de la libertad de palabra y de pensamiento, sin los cuales tal elección sería ilusoria.

“Cuarto.- Se esforzarán en llevar a cabo una distribución lógica y equitativa de los productos esenciales no sólo dentro de sus fronteras territoriales, sino entre las naciones del mundo.

“Quinto.- Aspiran a una paz que no sólo acabe para siempre con la tiranía nazi, sino que, mediante una organización internacional eficaz, proporcione a todos los Estados y pueblos los medios de vivir seguros dentro de sus propias fronteras y cruzar los mares y los océanos sin temor a ataques ilegales y sin necesidad de mantener gravosos armamentos.”

Teniendo en cuenta todas las fábulas circuladas acerca de mi ideología reaccionaria y vaciada en los moldes del Viejo Mundo así como la penosa impresión que, según se dice causaba esto en el ánimo del Presidente, celebro poder hacer constar que la esencia y el espíritu de lo que luego recibió el nombre de “Carta del Atlántico”, fue en su proyecto original hechura británica moldeada con mis propias palabras.

El viejo problema del librecambio

Al reunirnos a la mañana siguiente, el presidente me dio un borrador revisado que tomamos como base de discusión. La única diferencia substancial que en él había en relación con lo que yo había escrito se refería al cuarto punto (distribución de materias primas). El Presidente quería añadir las palabras “sin discriminación y en igualdad de condiciones”. Proponía, asimismo, la inclusión de dos nuevos párrafos:

“Sexto.- Aspiran a una paz que establezca la seguridad para todos en los mares y en los océanos.

“Séptimo.- Consideran que todas las naciones del mundo deben orientarse por convicción hacia el abandono del uso de la fuerza. Pues no será posible mantener la paz futura si las naciones que amenazan, o puedan amenazar con emplear la fuerza allende sus fronteras siguen utilizando armamentos terrestres, marítimos o aéreos; por lo tanto, creen que es esencial desarmar a dichas naciones. Asimismo propugnarán la adopción de todas aquellas otras medidas prácticas que puedan aliviar de la abrumadora carga de los armamentos a los pueblos amantes de la paz.”

Nos pusimos rápidamente de acuerdo respecto a diversas modificaciones de poca importancia. Las dificultades principales surgieron a propósito de los puntos 4º y 7º, en especial al primero de ellos. Acerca del mismo señalé en seguida que las palabras “sin discriminación” podían dar lugar a que quedaran en entredicho los acuerdos de Ottawa, por lo cual yo no me consideraba autorizado para aceptarlas; el texto de dicho punto debía pasar a estudio del Gobierno británico y, si se deseaba conservarlo en la forma propuesta, habría que someterlo a la aprobación de los Gobiernos de los Dominios. Por mi parte, tenía pocas esperanzas de que fuese aceptado.

Mr. Summer Welles puntualizó que aquello era precisamente el núcleo de la cuestión y que el párrafo de referencia encarnaba el ideal que el Departamento de Estado se esforzaba en alcanzar desde hacía nueve años. No pude menos que aludir a lo ocurrido con Inglaterra al mantenerse fiel por espacio de ochenta años a la política librecambista frente a las tarifas aduaneras norteamericanas cada vez más elevadas. Habíamos permitido que todas nuestras colonias importaran artículos sin restricción. Incluso el tráfico de cabotaje en la misma Gran Bretaña había permanecido abierto a la competencia mundial. Lo único que obtuvimos en reciprocidad fue un aumento constante de proteccionismo norteamericano.

Mr. Welles pareció, ante esto, ceder un poco en su rígida actitud. Dije entonces que si era posible incluir las palabras “con el debido respeto a sus obligaciones existentes”, eliminar las palabras “sin discriminación” y substituir la expresión “comercio” por “mercados”, estaría dispuesto a someter el texto a la consideración del Gobierno de Su Majestad con ciertas esperanzas de que llegara a aceptarlo. El Presidente quedó evidentemente impresionado. No volvió a insistir sobre aquel punto en lo sucesivo.

En cuanto a las líneas generales del Punto 7º, señalé que si bien yo aceptaba el texto propuesto, la opinión británica se sentiría desilusionada al no ver en él referencia alguna al deseo de establecer después de la guerra una organización internacional destinada a mantener la paz. Prometí esforzarme en encontrar una fórmula adecuada, y unas horas más tarde sugerí al Presidente que añadiríamos a la segunda frase, las palabras “hasta que se establezca un sistema más amplio y permanente de seguridad general”.

La mancha de aceite nipona

Aquel mismo día pasamos al estudio de los problemas del Extremo Oriente. La imposición de sanciones económicas, decretada el 24 de julio, había causado honda impresión en Tokio. Posiblemente ninguno de nosotros se había dado plena cuenta de la importancia de aquella medida. El príncipe Konoye trató inmediatamente de reanudar las conversaciones diplomáticas, y el 6 de agosto el almirante Nomura, enviado especial

japonés en Washington, presentó al Departamento de Estado una propuesta de acuerdo general. De acuerdo con los términos de la misma, el Japón se comprometía a no realizar nuevos avances en el sudeste de Asia y se mostraba dispuesto a evacuar Indochina en cuanto quedara zanjado el “incidente de China”. (Así calificaban los nipones la guerra que desde hacía seis años libraban contra China). A cambio de todo ello, los Estados Unidos habían de reanudar las relaciones comerciales y ayudar al Japón a obtener todas las materias primas que necesitara del sudoeste del Pacífico.

No cabía duda de que esto era una serie de ofertas concebidas en términos amables, mediante las cuales el Japón trataba de obtener todo lo que pudiera de momento, sin dar nada en el futuro. Fue a buen seguro lo máximo que Konoye pudo conseguir de su Gabinete. El telegrama que después de la reunión transmití a Mister Eden, da cuenta exacta de lo que tratamos a este respecto en la mesa de conferencias a bordo del “Augusta”:

Del jefe de Gobierno al ministro de Asuntos Exteriores:

“11-8-41.

“... La idea del Presidente es negociar en torno a estas condiciones inaceptables y obtener así una moratoria de treinta días, por ejemplo, en el curso de los cuales podremos mejorar nuestra situación en la zona de Singapur y los japoneses tendrán que permanecer inmóviles. Pero pondrá como condición que, entretanto, los japoneses no sigan avanzando ni utilicen a Indochina como base para atacar a China. Mantendrá, asimismo en vigor, las medidas económicas dirigidas contra el Japón. Estas negociaciones ofrecen escasas probabilidades de éxito, pero el Presidente considera que el mes que ganemos será sumamente valioso.

“Yo objeté naturalmente, que los japoneses le engañarían y procurarían atacar a China desde el Sur o cortar las comunicaciones con Birmania. No obstante, ya puede usted imaginar que el Presidente considera conveniente empezar las negociaciones sobre la indicada base, y teniendo en cuenta lo que ha ocurrido entre los Estados Unidos y el Japón, será necesario que aceptemos este hecho.

“En el curso de las negociaciones, el Presidente reiterará sus propuestas encaminadas a la neutralización de Siam, así como la de Indochina.

“Al final de la nota que el Presidente entregará al embajador japonés cuando regrese de su viaje, o sea, dentro de una semana, aproximadamente, añadirá el siguiente párrafo, sugerido por mí:

–”Cualquier trasgresión ulterior por parte del Japón en el Pacífico sudoccidental, crearía una situación tal, que el Gobierno de los Estados Unidos se vería obligado a adoptar contramedidas aunque éstas provocasen la guerra entre Los Estados Unidos y el Japón.”

“Añadirá, asimismo, un párrafo haciendo constar que, siendo la Unión Soviética una Potencia amiga, el Gobierno de los Estados Unidos se considerará igualmente afectado por cualquier conflicto similar, en el noroeste del Pacífico.

“Todo esto me parece bien y creo que debemos asociarnos a la gestión y procurar que los holandeses hagan lo propio, toda vez que posiblemente los japoneses seguirán uno de estos dos caminos: o rechazar las condiciones que impondrá el Presidente –es decir, prosecución de las sanciones económicas inmovilidad absoluta por

parte del Japón y no invasión de Siam—, o bien, seguirán adelante con su acción militar, negándola al mismo tiempo en el terreno diplomático.

“En tal caso, la situación indicada en el párrafo final antes transcrito existiría plenamente, con todas las consecuencias inherentes a ello para los países que hubiesen formulado declaraciones paralelas a la norteamericana. Hay que informar también de esto al Gobierno soviético...”

El Gabinete aprueba

A Mr. Attlee le envié un sumario de los puntos principales en discusión.

“... No sería prudente por nuestra parte suscitar dificultades innecesarias. Hemos de considerar el documento en cuestión como una declaración provisional y parcial de fines de guerra, destinada a dar a conocer a todos los países la rectitud de nuestros propósitos y no como la estructura definitiva de la organización que estableceremos después de la victoria.

“Le ruego convoque para hoy a medianoche a todo el Gabinete de Guerra, junto con las demás personas que usted crea oportuno, y le ruego me comunique sin la menor dilación los acuerdos que se tomen en la reunión. Le mando también relación detallada de lo tratado acerca de los restantes puntos, así como el informe de Cadogan sobre las conversaciones. Me temo que el Presidente se sentirá vivamente contrariado si no podemos ponernos de acuerdo sobre la declaración conjunta, y ello podría afectar a los intereses de importancia vital.”

Yo había acabado de dictar los telegramas hacia las dos de la tarde, y el hecho de que al cabo de doce horas tuviese ya en mis manos la respuesta favorable del Gabinete de Guerra, habla muy alto a favor de todos los que intervinieron en aquel asunto. Más tarde me enteré de que mis telegramas no habían llegado a Londres hasta después de medianoche cuando muchos de los ministros se habían retirado ya a descansar. A pesar de todo, el Gabinete de Guerra fue convocado para la 1'45 de la madrugada y nadie dejó de acudir; entre los reunidos estaba Mr. Meter Fraser, primer ministro de Nueva Zelanda, que a la sazón se hallaba en Inglaterra.

Tras concienzuda deliberación, me enviaron un telegrama poco después de las cuatro de la mañana, acogiendo favorablemente la propuesta y sugiriendo una nueva versión del Punto 4º (comercio mundial sin discriminación) y la inserción de un nuevo párrafo relativo a la seguridad social. Entretanto, se me había comunicado la aceptación del Presidente a todas las rectificaciones sugeridas por mí el 11 de agosto.

Trascendencia de la declaración

El día 12 hacia mediodía, fui a ver al Presidente para concertar el texto definitivo de la declaración. Mostré a Mr. Roosevelt la versión del Punto 4º revisado por el Gabinete, pero como él mantuviera su punto de vista acerca del texto ya convenido, yo no insistí más sobre el particular. Aceptó gustoso la inserción del nuevo párrafo relativo a la seguridad social propuesto por el Gabinete. Nos pusimos de acuerdo respecto a diversas modificaciones de pequeña importancia, y la declaración quedó redactada en su forma definitiva.

La profunda trascendencia de aquella Declaración Conjunta era evidente. El simple hecho de que los Estados Unidos, oficialmente neutrales aún, formularan semejante declaración común con un beligerante, era verdaderamente asombroso. La inclusión en la misma de una referencia a “la destrucción final de la tiranía nazi” (basada en una frase que aparecía en mi proyecto original) equivalía a un desafío que en tiempos normales hubiese tenido categoría de acción bélica. Por último no menos sorprendente era el realismo del párrafo final, el cual constituía una afirmación clara y audaz de que después de la guerra Norteamérica se uniría a nosotros en la tarea de regir los asuntos mundiales hasta el establecimiento de un orden mejor.



Apremiantes llamamientos rusos

(A fines de agosto de 1941, Mr. Churchill escribió a Stalin ofreciéndole complementar los 200 cazas “Tomahawk” y los 40 aparatos “Hurricanes” que ya habían salido para Rusia, con otros 200 aviones de este último tipo. En aquella carta expresaba su admiración por el ardor con que los ejércitos soviéticos hacían frente a los nazis, y apuntaba la posibilidad de enviar suministros por vía terrestre a través de Persia.)

El 4 de septiembre por la tarde vino a verme el embajador soviético, M. Maisky, para entregarme la respuesta de M. Stalin. Era la primera comunicación personal que recibía de él desde el mes de julio.

Del primer ministro soviético Stalin al primer ministro británico.

“4-9-41.

“Le agradezco su promesa de *vender* a la Unión Soviética otros 200 cazas aparte de los 200 anteriormente prometidos. No dudo de que los aviadores soviéticos lograrán aprender su manejo y ponerlos en servicio.

“He de hacer observar, no obstante, que estos aviones, que evidentemente no podemos utilizar inmediatamente sino en distintos períodos y en grupos separados, no conseguirán producir cambios apreciables en el frente oriental. Y ello no sólo por la vasta escala en que se desarrolla la guerra, que requiere el suministro constante de una gran cantidad de aeroplanos, sino especialmente porque durante las últimas tres semanas la situación de las fuerzas soviéticas ha empeorado considerablemente en zonas tan importantes como son Ucrania y Leningrado.

“El hecho cierto es que la relativa estabilización del frente que hace unas tres semanas pudimos llevar a cabo ha desaparecido durante la última semana debido al envío al frente oriental de entre treinta y cuarenta divisiones de infantería alemanas de refresco, así como de una enorme cantidad de tanques y aviones, amén de la redoblada actividad de las 20 divisiones finlandesas y las 26 unidades rumanas. Los alemanes consideran la amenaza procedente del Oeste como una farsa y, por lo tanto, transfieren todas sus fuerzas al Este con absoluta impunidad, convencidos como están de que en Occidente no existe segundo frente ni llegará a existir. Los alemanes creen perfectamente posible aplastar a sus enemigos uno por uno: primero a Rusia y después a los ingleses.

“Como consecuencia de lo apuntado, hemos perdido más de la mitad de Ucrania y por añadidura el enemigo en encuentra en las puertas de Leningrado.

“Hemos perdido los yacimientos de mineral de hierro de Krivoi Rog y buen número de fábricas metalúrgicas ucranianas; hemos evacuado una fábrica de aluminio situada junto al río Dnieper y otra en Tikvin, una fábrica de motores y dos de aviones en Ucrania y otras dos fábricas de aviones en Leningrado; y todas estas instalaciones no

podrán volver a funcionar en las nuevas localidades hasta dentro de siete u ocho meses, por lo menos.

“Esto ha debilitado nuestra capacidad defensiva y coloca a la Unión Soviética frente a una amenaza mortal. Surge, pues, el problema de cómo salir de esta situación ultradesfavorable.

“Creo que no hay más que un medio de salir de la actual situación; establecer dentro de este mismo año un segundo frente, bien sea en los Balcanes o en Francia, capaz de substraer del frente oriental de treinta a cuarenta divisiones alemanas; al propio tiempo es preciso garantizar el envío a la Unión Soviética de 30.000 toneladas de aluminio para principios del próximo octubre y un socorro mínimo mensual de 400 aviones y 500 tanques (ya sean pequeños o medianos).

“Sin estas dos formas de ayuda, la Unión Soviética será vencida o bien quedará debilitada hasta tal punto que durante mucho tiempo se hallará en la imposibilidad absoluta de ser útil a sus aliados mediante operaciones efectivas en los frentes de lucha contra el hitlerismo.

“Imagino que esta comunicación mía llevará el desaliento al ánimo de Vucencia. Pero, ¿puedo acaso expresarme en otro sentido? La experiencia me ha enseñado a afrontar los hechos directamente por desagradables que sean, así como a no temer decir la verdad por ingrata que ésta sea. El asunto persa se ha resuelto muy bien. Ello ha sido posible gracias a las operaciones combinadas de las fuerzas británicas y soviéticas. Lo mismo ocurrirá en lo sucesivo siempre que nuestras fuerzas actúen conjuntamente. Pero lo de Persia no es más que un episodio. Es evidente que la guerra no se decidirá en Persia.

“La Unión Soviética, al igual que Inglaterra, no desea la guerra con el Japón. La Unión Soviética no ve posibilidad de violar los acuerdos concertados, uno de los cuales es un tratado de neutralidad con el Japón. Pero si el Japón viola este acuerdo y ataca a la Unión Soviética, encontrará la respuesta adecuada por parte de las fuerzas soviéticas.

“Para terminar, permítame darle las gracias por la admiración expresada por usted hacia la decidida acción de las fuerzas soviéticas que están librando una guerra cruenta contra las villanas hordas de bandidos hitlerianos en pro de nuestra causa común de liberación.”

Violenta escena con Maisky

El embajador soviético, a quién acompañaba Mr. Eden, estuvo conversando conmigo por espacio de una hora y media. Puso de relieve en términos ásperos el hecho de que desde hacía once semanas Rusia soportaba el empuje de la arremetida alemana prácticamente sola. Los ejércitos rusos estaban a la sazón siendo objeto de un ataque de magnitud sin precedentes. Sin ánimo, según él, de utilizar expresiones dramáticas, dijo que a su entender aquél podía ser un momento crucial en la Historia. Si la Unión Soviética resultaba vencida, ¿cómo podíamos confiar nosotros en ganar la guerra? M. Maisky se había referido a la extrema gravedad de la crisis en que se debatía el frente ruso con palabras que me habían emocionado profundamente. Pero al notar, de pronto en su llamamiento un tono velado de amenaza monté en cólera.

Dije, pues, al embajador, a quien conocía desde hacía muchos años: “Recuerde que tan sólo cuatro meses atrás, aquí, en esta isla, no sabíamos si ustedes acabarían entrando en la guerra contra nosotros al lado de los alemanes. A decir verdad

considerábamos perfectamente posible que así lo hicieran. Y aún entonces estábamos seguros de que al final triunfaríamos. Nunca pensamos que nuestra supervivencia dependiera de la actitud abierta de ustedes en un sentido o en otro. Pase lo que pase, y hagan ustedes lo que hagan, nadie tiene menos derecho que ustedes a echarnos nada en cara”.

Al ver que me sulfuraba hasta incurrir en el tópico, el embajador, exclamó: “Modérese, por favor, mí querido Mr. Churchill”; pero a partir de aquel momento su tono cambió ostensiblemente. Continuamos la discusión de los temas ya tratados en el intercambio de telegramas. El embajador siguió abogando por un inmediato desembarco en las costas de Francia o de los Países Bajos. Le expuse las razones militares por las cuales tal cosa era imposible, añadiendo que, aún en el caso de intentarlo, ello no supondría ningún alivio para Rusia.

Le dije que aquel mismo día había estado yo durante cinco horas estudiando con nuestros técnicos, los medios para aumentar notablemente la capacidad del ferrocarril transiberiano. Me referí a la Misión Beaverbrook-Harriman (que había de trasladarse en breve a Moscú) y a nuestra decisión de enviar a Rusia todos los suministros de que pudiéramos disponer o que nos fuese factible transportar. Finalmente, Mr. Eden y yo le dijimos que estábamos dispuestos a hacer frente a los finlandeses que les declararíamos la guerra si avanzaban en territorio ruso más allá de sus fronteras de 1918. M. Maisky, naturalmente, insistió en su consabido llamamiento a favor del segundo frente, en vista de lo cual fue inútil seguir discutiendo.

Precisiones sobre la ayuda norteamericana

Consulté inmediatamente al Gabinete a propósito de las cuestiones planteadas en aquella conversación en el telegrama de Stalin, y aquella misma noche cursé la siguiente respuesta:

Del primer ministro británico a M. Stalin.

“4-9-41.

“1. Contesto en seguida ateniéndome al espíritu de su mensaje. Aunque estamos dispuestos a no desdeñar la ocasión de realizar todos los esfuerzos necesarios he de decirle que no hay posibilidad material de que llevemos a cabo ninguna acción en el Oeste, excepto por lo que se refiere a ataques aéreos, susceptibles de obligar a los alemanes a retirar contingentes del frente oriental antes de que llegue el invierno. No existe la menor probabilidad de establecer un segundo frente en los Balcanes sin la ayuda de Turquía. Si Vucencia lo desea, le expondré todos los motivos que han llevado a nuestros jefes de Estado Mayor a estas conclusiones. Dichos motivos han sido ya discutidos hoy con su embajador en una conferencia celebrada con el ministro de Asuntos Exteriores y los jefes de Estado Mayor. Cualquier acción, por bienintencionada que fuese, que terminara con un fracaso rotundo y costoso, sólo serviría para ayudar a Hitler.

“2. Los informes de que dispongo me dan la impresión de que la violencia culminante de la invasión alemana ha terminado ya y que el invierno concederá un respiro a los heroicos ejércitos rusos. Esto, no obstante, es una opinión puramente personal.

“3. Suministros. Estamos enterados de las dolorosas pérdidas que ha sufrido la industria rusa, y hemos hecho y seguiremos haciendo todo lo posible para ayudar a ustedes. Cablegráfico hoy al presidente

Roosevelt para pedirle que active la llegada a Londres de la Misión de Mr. Arriman, y procuraremos, aún antes de empezar la conferencia de Moscú, comunicar a ustedes el número de aviones y tanques que Norteamérica y nosotros estaremos dispuestos a prometer enviarles cada mes, junto con los oportunos suministros de caucho, aluminio, vestuario, etc. Por nuestra parte, podemos enviarles ya ahora, *de producción británica*, la mitad del total mensual de aviones y tanques que ustedes piden. Esperamos que los Estados Unidos les suministrarán la otra mitad de sus necesidades. Haremos cuanto esté en nuestra mano para empezar inmediatamente el envío de pertrechos bélicos a Rusia.

“4. Hemos dictado ya las órdenes oportunas para proveer al ferrocarril transiberiano del material rodante necesario para elevar su capacidad actual de dos trenes diarios a su capacidad total, o sea doce trenes diarios en ambos sentidos. A esto se llegará hacia la primavera de 1942 pero entretanto la situación irá mejorando incesantemente. Las locomotoras y el resto del material móvil han de salir de este país e ir por la ruta del cabo de Buena Esperanza, después de adaptar los motores de aquéllas al funcionamiento con aceites pesados; también es preciso poner en condiciones el suministro de agua a lo largo de la vía férrea. La partida inicial, compuesta de 48 locomotoras y 400 juegos de ruedas, está a punto de salir.

“5. Estamos dispuestos a establecer con ustedes planes conjuntos. El que los ejércitos británicos sean lo suficientemente fuertes para invadir el Continente europeo en 1942, depende de acontecimientos imprevisibles. Será posible, sin embargo, ayudar a ustedes en el extremo Norte cuando la obscuridad sea mayor. Antes de terminar el presente año esperamos tener en el Oriente Medio 750.000 hombres y un millón en el verano de 1952. Una vez hayamos destruido a las fuerzas germano-italianas de Libia, todos estos contingentes quedarán disponibles en el flanco meridional de ustedes; confiamos que será posible animar a Turquía para que observe, por lo menos, una estricta neutralidad. Entretanto, seguiremos machacando a Alemania desde el aire con creciente dureza, así como procurando garantizar la libertad de navegación de nuestros buques y conservar la vida nosotros mismos en la isla.

“6. En el primer Párrafo de su telegrama emplea usted la palabra “vender”. No habíamos enfocado el asunto en esa forma, ni hemos pensado jamás en el pago de nuestros envíos. La ayuda que podemos prestar a ustedes preferimos que se asiente sobre las mismas bases de camaradería que el sistema norteamericano de Préstamo y Arriendo en el cual no se llevan cuentas oficiales de carácter pecuniario.

“7. Ejerceremos sobre Finlandia toda la presión posible, incluso la notificación inmediata de que le declararemos la guerra si sus tropas avanzan más allá de las antiguas fronteras. Pedimos a los Estados Unidos que realicen todas las gestiones que puedan para convencer a Finlandia.”

Alarma ante la amenaza velada

La importancia que atribuía yo a todo aquello era tal, que cursé simultáneamente el siguiente telegrama a Mr. Roosevelt:

Ex personaje Naval al presidente Roosevelt.

“Anoche el embajador soviético nos entregó a mí y a Mr. Eden la comunicación que transcribo al final y empleó un lenguaje deliberadamente oscuro al referirse a la gravedad del momento y a la importancia decisiva que daría a nuestra respuesta. Aunque en sus palabras no hubo nada que sirviese de base sólida a tal presunción, no podemos menos que tener la impresión de que quizá los rusos están pensando en firmar una paz separada. El Gabinete ha aprobado la adjunta respuesta. Espero que usted no objetará nada a nuestras alusiones a la eventual ayuda norteamericana. Considero que la hora presente puede tener carácter decisivo. Hemos de hacer cuanto nos sea posible.”



CAPITULO XXVIII

Las complicadas relaciones anglo-soviéticas

El 15 de septiembre de 1941 recibí otro telegrama de Stalin:

“En mi última comunicación (decía) le daba cuenta de la opinión del Gobierno soviético de que el establecimiento de un segundo frente es el remedio fundamental para mejorar la situación relativa a nuestra causa común. En respuesta al telegrama de usted, en el que pone de relieve una vez más la imposibilidad de crear en el momento actual un segundo frente, sólo puedo reiterar la afirmación de que la ausencia de un segundo frente favorece de modo exclusivo los designios de nuestro enemigo común.

“No cabe la menor duda de que el Gobierno británico desea ver triunfante a la Unión Soviética, como tampoco de que trata de encontrar los medios de lograr dicho fin. Si, como ustedes opinan, en la actualidad es imposible el establecimiento de un segundo frente en el Oeste, ¿no habría algún otro sistema para prestar a la Unión Soviética una ayuda militar activa?

“A mi entender, la Gran Bretaña podría desembarcar sin riesgo alguno en Arkángel 25 o 30 divisiones, o transportarlas, a través del Irán, a las regiones meridionales de la U.R.S.S. De este modo podría establecerse una colaboración militar entre las tropas soviéticas y británicas en el territorio de la U.R.S.S. Durante la última guerra existió una situación parecida en Francia. La citada medida constituiría unan ayuda muy importante. Sería un duro golpe par la agresión hitleriana.”

Es casi increíble que el jefe del Gobierno rusa, con todo el asesoramiento de sus técnicos militares, fuese capaz de escribir semejantes despropósitos. Parecía inútil discutir con un hombre en cuya mente tenían cabida conceptos tan asombrosamente alejados de la realidad. Proseguía así el telegrama:

“Le agradezco mucho su promesa de prestarnos ayuda mediante envíos mensuales de aluminio, tanques y aviones.

“Me es sumamente grato conocer la intención del Gobierno británico de prestar esta ayuda no en la forma comercial acostumbrada, sino sobre una base de camaradería y colaboración. Espero que el Gobierno británico tendrá oportunidades sobradas de convencerse de que el Gobierno soviético sabe agradecer la ayuda recibida de su aliado...”

Misión económica a Moscú

Contesté a este telegrama en la forma mejor que pude:

Del primer ministro británico a M. Stalin.

“17-9-41.

“1. Muchas gracias por su comunicación. La Misión Arriman ha llegado y está trabajando activamente con Beaverbrook y sus colegas. El objeto de estas conversaciones es tener una idea clara de todos los recursos disponibles a fin de estar en situación de concertar con ustedes un programa concreto de envíos mensuales por todas las vías posibles y de este modo ayudar a suplir dentro de lo que quepa, las pérdidas sufridas por las industrias soviéticas de material de guerra. La idea del presidente Roosevelt es que dicho plan abarque desde ahora hasta fines de junio próximo, pero naturalmente, seguiremos haciendo todo lo necesario hasta alcanzar la victoria. Supongo que la conferencia podrá empezar en Moscú el 25 de este mes, pero no debe darse publicidad a la misma hasta que estén reunidos todos sus componentes. Comunicaremos a ustedes más adelante las rutas y el sistema de viaje de nuestra Misión.

“2. Concedo gran importancia a la apertura de vías de comunicación directas entre el golfo Pérsico y el Caspio no sólo por ferrocarril, sino mediante una gran carretera, en todas cuyas obras esperamos contar con las energías y la organización norteamericana. Lord Beaverbrook expondrá a ustedes el plan general de suministros y transporte; tiene estrecha relación de amistad con Arriman.

“3. Los Estados Mayores han estudiado todos los escenarios en los que podríamos llevar a cabo una operación militar efectiva con ustedes. Desde luego los dos flancos, el septentrional y el meridional, ofrecen perspectivas óptimas. Su pudiésemos actuar con éxito en Noruega, ello ejercería gran influencia sobre la actitud de Suecia; pero de momento no disponemos de tropas ni de barcos para la realización de este proyecto. En el Sur, el gran objetivo político sigue siendo Turquía; si logramos alinear a Turquía junto a nosotros, contaremos con otro poderoso Ejército. Turquía, al parecer, desea colocarse a nuestro lado, pero teme a las consecuencias, y no sin razón. Quizá la promesa de enviar considerables fuerzas británicas, así como material de guerra, del que los turcos están escasos, ejercerá una influencia decisiva sobre ellos. Estudiaremos con ustedes cualquier otro sistema de ayuda eficiente, con el exclusivo objeto de aportar el máximo de energías a la lucha contra el enemigo común...”

“Una gota de agua en el enorme cubo”

El 25 de septiembre contesté a nuestro embajador en Moscú acerca de las fantásticas propuestas de desembarcar 25 ó 30 divisiones den Arkángel o en Basora.

Del primer ministro a Sir Stafford Cripps (Moscú)

“1. Desde luego tiene usted razón al decir que la idea de enviar “veinticinco o treinta divisiones a luchar en el frente ruso” es un absurdo físico. Necesitamos ocho meses para situar diez divisiones en Francia, a través del canal de la Mancha, cuando había abundancia de

barcos de transporte y pocos submarinos enemigos. Hemos tenido que vencer dificultades inmensas para enviar la 50ª División al Oriente Medio en el curso de los últimos seis meses. Procedemos ahora al envío de la 18ª División adoptando medidas de carácter extraordinario. Todos nuestros buques están ocupados y para destinar transporte marítimo a otros menesteres habríamos de hacerlo a expensas de nuestros convoyes, de importancia vital para el Oriente Medio, o bien a expensas de los barcos que llevan suministros a Rusia...

“2. La situación del flanco meridional es la siguiente: los rusos tienen cinco divisiones en Persia, a las cuales estamos dispuestos a relevar. Evidentemente estas divisiones deben pasar a defender su propio país antes de que nosotros inutilicemos una de las escasas líneas de suministro existentes mediante el envío de fuerzas nuestras al Norte. Por lo demás, para situar dos divisiones británicas completamente armadas procedentes de aquí en el Cáucaso o el norte del Caspio tardaríamos, por lo menos, tres meses. Para entonces sólo equivaldrían a una gota de agua mas en el enorme cubo.”

Política de cordialidad

Di a lord Beaverbrook las instrucciones convenientes, que habían sido aprobadas por mis colegas del Gabinete de Guerra en el Comité de Defensa. Le entregué asimismo la siguiente carta para que la pusiera personalmente en manos de Stalin:

“21 de septiembre de 1941

“Mi querido “premier” Stalin:

“Las Misiones británica y norteamericana han salido ya. Lord Beaverbrook le hará entrega de la presente carta. Lord Beaverbrook goza de plena confianza del Gabinete y es uno de mis más antiguos e íntimos amigos. Ha establecido estrecho contacto con Mr. Arriman, que es una elevada personalidad norteamericana y dedica todas sus energías al logro de la victoria de la causa común. Uno y otro expondrán a usted todo lo que ha sido posible concertar en el curso de activas consultas entre la Gran Bretaña y los Estados Unidos.

“El presidente Roosevelt ha decidido que nuestras propuestas se refieran ante todo a los cupos mensuales que enviaremos a ustedes en el periodo de nueve meses comprendidos entre octubre de 1941 y junio de 1942, ambos inclusive. Tienen ustedes derecho a saber lo que podremos remitirles cada mes, a fin de que puedan administrar debidamente sus reservas.

“Como verá, los cupos correspondientes al citado periodo, o sea hasta junio de 1942, serán casi por entero de producción británica o bien de la producción que los Estados Unidos nos habrían destinado como resultado de nuestras compras o de acuerdos con la ley de Préstamo y Arriendo..., Por lo que a nosotros se refiere, no solo realizaremos aportaciones cada vez mayores de elementos extraídos de nuestra producción actual y futura, sino que trataremos de conseguir que nuestro pueblo haga un superesfuerzo para atender tanto a las necesidades británicas como a las de nuestros aliados. Usted comprenderá, no obstante, que nuestro Ejército y su material existente

y en programa es tan solo una quinta o una sexta parte de los de ustedes o los de Alemania.

“Nuestra primera obligación, tanto como nuestra necesidad primordial, es mantener abiertas las comunicaciones marítimas; nuestro segundo deber consiste en alcanzar una superioridad aérea decisiva. Lo antedicho tiene preferencia sobre todo lo demás en el esfuerzo de los cuarenta y cuatro millones de habitantes de las Islas Británicas. No podemos contar con tener nunca un Ejército o unas industrias de material bélico comparables a los de las grandes Potencias militares continentales. A pesar de todo, haremos cuanto sea posible por ayudar a ustedes.

“El general Ismay que es mi representante personal en el Comité de Jefes de Estado Mayor y se halla absolutamente al corriente de todo lo que se refiere a nuestra política militar, está autorizado para estudiar con el Alto Mando ruso los planes para una cooperación práctica que se crean convenientes...

“No cabe duda de que nuestros pueblos se encuentran ante un largo período de lucha y de sufrimientos, pero tengo grandes esperanzas de que los Estados Unidos entrarán en la guerra como beligerantes, en cuyo caso estoy seguro de que para vencer sólo tendremos que resistir.

“Confío en que a medida que pase el tiempo y vayan sucediéndose los acontecimientos bélicos, las grandes masas de los pueblos del Imperio británico, la Unión Soviética, los Estados Unidos y China, que comprenden las dos terceras partes de la humanidad entera, se encontrarán avanzando juntas contra sus enemigos comunes: y estoy seguro de que su camino las conducirá a la victoria.

“Con fervientes votos por el triunfo de los Ejércitos rusos y la ruina final de los tiranos nazis, ruégole me considere sinceramente suyo.

WINSTON S. CHURCHILL.”

Atmósfera glacial

El 28 de septiembre llegó nuestra Misión a Moscú. La acogida que se le dispensó fue harto fría y el tono de las deliberaciones nada tuvo de amistoso. Hubiérase dicho que éramos nosotros los culpables del apuro en que los Soviets se encontraban. Los generales y funcionarios soviéticos no dieron ninguna clase de información a sus colegas británicos y norteamericanos. Ni siquiera les pusieron en antecedentes de los factores que habían servido como base para calcular las necesidades rusas de nuestro valioso material de guerra. La Misión no fue objeto de ningún agasajo oficial casi hasta la víspera de su regreso, en cuya ocasión sus miembros fueron invitados a cenar en el Kremlin.

Permítaseme ilustrar este relato con una anécdota que me contó el general Ismay, aunque haciendo patente el carácter apócrifo de la misma. Su asistente, soldado de Infantería de Marina, dio una vuelta por Moscú, acompañado por uno de los guías oficiales de turismo. “Este –iba diciendo el ruso– es el Hotel Eden, antes Hotel Ribbentrop. Esta es la calle de Churchill, antes calle de Hitler. Aquí está la estación Beaverbrook antes estación Goering. ¿Quieres un cigarrillo, camarada?” El asistente de Ismay respondió: “¡Gracias, camarada, antes canalla!” Este cuento, aunque en broma, arroja viva luz sobre la extraña atmósfera en que se desarrollaron aquellas reuniones.

La moral, garantía de seguridad

Al final se llegó a un acuerdo amistoso en Moscú. Se firmó un protocolo que establecía los suministros que la Gran Bretaña y los Estados Unidos podrían poner a disposición de Rusia en el período comprendido entre octubre de 1941 y junio de 1942. Esto implicaba una notable modificación de nuestros planes militares, ya coartados por la angustiada escasez de pertrechos bélicos. Todo el peso caía en realidad sobre nosotros, pues no sólo cedíamos nuestra propia producción, sino que habíamos renunciado a importantísimas expediciones de material que de otro modo Norteamérica hubiese enviado a la Gran Bretaña.

Ni los norteamericanos ni nosotros prometimos nada acerca del transporte de dichos suministros a través de las peligrosas rutas del Atlántico y del Ártico. Cuando sugerimos la conveniencia de que los convoyes no zarparan hasta después del deshielo, Stalin profirió insultantes reproches; en realidad, lo único que garantizamos fue que los suministros estarían “disponibles en los centros británicos y norteamericanos de producción”. El preámbulo del protocolo terminaba con estas palabras: “La Gran Bretaña y los Estados Unidos ayudarán a realizar el transporte de estos materiales a la Unión Soviética”.

El 4 de octubre me telegrafió lord Beaverbrook:

“Este acuerdo ha reforzado extraordinariamente la moral de Moscú. El mantenimiento de esta moral dependerá de la llegada del material a su destino...”

“No considero demasiado segura la situación de aquí durante los meses de invierno. Creo firmemente que la moral será una garantía de mayor seguridad.”

Cedimos nuestros tesoros y éstos fueron aceptados por quienes estaban luchando por su propia existencia.



CAPITULO XXIX

Vaguedad, confusión, desacuerdo

En nuestras relaciones con la Unión Soviética había en aquella época dos puntos a los que teníamos que dedicar especial atención. El primero de ellos era el vago y poco satisfactorio estado de nuestras consultas sobre cuestiones militares; el segundo, la petición rusa de que rompiéramos las relaciones con los satélites del Eje: Finlandia, Hungría y Rumania

Recelos por ambas partes

A mi juicio, con sólo que fuera posible establecer un mecanismo idóneo de consultas militares, el problema de las operaciones conjuntas podía discutirse en forma ecuaníme y sin dar lugar a desavenencias. La siguiente nota refleja con claridad la situación existente e la sazón:

Del primer ministro al general Ismay, para el Comité de Jefes de Estado Mayor.

“5-11-41.

“No sabemos cuándo llegarán los alemanes al Cáucaso ni cuánto tardarán en atravesar la barrera montañosa. No sabemos qué harán los rusos, cuántas fuerzas emplearán ni cuánto tiempo resistirán. Es evidente que si los alemanes atacan a fondo, ni la 50ª ni la 18ª Divisiones británicas llegarán a tiempo al escenario de la lucha. Estamos atados de pies y manos por el retraso de la operación “Cruzado” (la proyectada ofensiva en el desierto líbico) y en este momento no podemos hacer previsiones para el futuro.

“No creo en absoluto que sea posible evitar que los alemanes ocupen los campos petrolíferos de Bakú, ni creo tampoco que los rusos lleguen a destruir realmente dichas instalaciones. Los rusos no nos informan de nada y acogen con gran recelo las preguntas que les hacemos a este respecto.

“Lo único que podemos hacer es situar cuatro o cinco escuadrillas de bombarderos pesados en el norte de Persia para ayudar a los rusos en la defensa del Cáucaso, si tal defensa es posible, y si ocurre lo peor bombardear los campos petrolíferos de Bakú con carácter efectivo y tratar de convertir toda aquella zona en una hoguera... Nadie sabe durante cuánto tiempo conservarán los rusos el

dominio del mar Negro, aunque con las fuerzas que tienen es inexcusable que lo pierdan.”

Los satélites del Eje

La cuestión de nuestra ruptura de relaciones con Finlandia había sido suscitada por primera vez por M. Maisky en la entrevista que celebró conmigo el 4 de septiembre. Yo sabía que era éste un asunto en el que los rusos tenían especial interés. Los finlandeses habían aprovechado el ataque alemán contra Rusia para reanudar las hostilidades en el frente de Carelia en julio de 1941. Esperaban recobrar los territorios perdidos de acuerdo con el Tratado de Moscú del año anterior. Sus operaciones militares en el otoño de 1941 suponían una grave amenaza no sólo, para Leningrado, sino también para las líneas de transporte de suministros de Murmansk y Arkángel al frente germano ruso.

La posición de Rumania era parecida a la de Finlandia. Los rusos habían ocupado la provincia rumana de Besarabia, obteniendo con ello el control de las bocas del Danubio, en junio de 1940. luego, bajo la dirección del mariscal Antonescu y en estrecha alianza con Alemania, los ejércitos rumanos no sólo habían vuelto a ocupar Besarabia sino que habían penetrado profundamente en las provincias rusas del mar Negro; de la misma forma que los finlandeses lo estaban haciendo en Carelia. También los húngaros, situados en una zona clave de las comunicaciones de la Europa central, y sudoriental, prestaban ayuda directa al esfuerzo bélico alemán.

A pesar de todo, yo no estaba convencido de que una declaración de guerra fuese el método adecuado para resolver aquella situación. Existía aún la posibilidad de que, bajo la presión norteamericana y británica, Finlandia se aviniese a aceptar unas condiciones de paz razonables. En cuanto al caso de Rumania, todo hacía suponer que el régimen dictatorial de Antonescu no duraría indefinidamente. Decidí, por lo tanto, dirigirme de nuevo al mariscal Stalin con referencia tanto a los problemas de la cooperación militar como a la conveniencia de no declarar la guerra a aquellas Potencias satélites del Eje.

Del primer ministro británico al primer ministro Stalin:

“4-11-41.

“A fin de aclarar las cosas y hacer planes para el futuro, estoy dispuesto a enviar al general Wavell, comandante en jefe de la región India-Persia-Irak, a entrevistarse con usted en Moscú, Kuibichef, Tiflis o donde usted prefiera. El general Pagar nuestro nuevo comandante en jefe del Extremo Oriente, designado secretamente, acompañará al general Wavell. El general Pagar ha estado hasta ahora entre nosotros y conoce perfectamente el punto de vista de nuestro Alto Mando. Estos dos jefes militares podrán decir a usted exactamente cuál es nuestra situación, cuáles son las posibilidades actuales y lo que consideramos oportuno llevar a cabo. Pueden entrevistarse con usted dentro de unos días. ¿Desea usted recibirles?

“En mi telegrama del 4 de septiembre le decía que estábamos dispuestos a declarar la guerra a Finlandia. Le ruego, sin embargo, reflexione detenidamente si es de veras necesario y oportuno que declaremos la guerra a Finlandia, Hungría y Rumania en este momento. Sería, en todo caso, un mero formulismo, ya que está en pleno vigor nuestro bloqueo total contra dichas naciones. Yo soy contrario a la citada medida porque, en primer lugar, Finlandia tiene

muchos amigos en los Estados Unidos y conviene tener en cuenta este hecho.

“En segundo lugar, Rumania y Hungría son naciones en las que hay muchísimos amigos nuestros; Hitler las ha avasallado y las ha utilizado como, parachoques, pero si la fortuna vuelve la espalda a aquel bergante los citados países se pondrán sin dificultad de nuestra parte. Una declaración de guerra británica sólo serviría para alejarlos de nosotros y darles la sensación de que Hitler es el jefe de una gran alianza europea contra nosotros. Le ruego no crea que es falta de celo o de camaradería lo que nos mueve a dudar de la conveniencia de tal medida. Nuestros Dominios, excepto Australia, se muestran reacios. No obstante, si usted considera que ello puede constituir una ayuda efectiva para la Unión Soviética, someteré de nuevo el asunto al Gabinete.

“Supongo que nuestros suministros van saliendo de Arkángel a medida que llegan allí. Seguiremos efectuando expediciones por ambos conductos hasta el máximo de nuestras posibilidades

“Le ruego disponga lo necesario para que los técnicos británicos que llevan los tanques y los aviones a Rusia puedan entregar estas armas a las tropas soviéticas en las debidas condiciones. Actualmente nuestra Misión en Kuibichef no tiene el menor contacto con todos estos asuntos. Las armas en cuestión las enviamos a pesar de sernos de gran necesidad y deseamos que cumplan una función realmente útil. Es imprescindible una orden personal de usted sobre este particular.

“No puedo decirle, acerca de nuestros proyectos militares inmediatos, más de lo que usted puede decirme de los suyos; pero le garantizo que no permaneceremos ociosos.

“Con objeto de tener a raya al Japón enviamos ahora nuestro mejor acorazado, el “Príncipe of Wales”, que puede capturar y hundir a cualquier buque japonés al Océano Indico; procedemos también a establecer allí una potente Escuadra de combate. He indicado al presidente Roosevelt la conveniencia de que aumente su presión sobre los japoneses y mantenga latente la amenaza contra ellos a fin de que la ruta de Vladivostok no quede bloqueada.

“No quiero emplear tiempo en cumplidos, pues ya sabe usted por Beaverbrook y Arriman cuáles son nuestros sentimientos respecto a la magnífica lucha que están sosteniendo sus tropas. Tenga confianza en nuestra inagotable ayuda.

“Me complacería mucho saber por usted directamente que ha recibido este telegrama.”

Situación intolerable

El 11 de noviembre, Mr. Maisky me entregó la fría y evasiva respuesta de Stalin a la anterior comunicación.

De Mr. Stalin al primer ministro británico:

“8-11-41.

“Estoy completamente de acuerdo con usted en que es preciso establecer una paridad absoluta en las relaciones entre la U.R.S.S. y

la Gran Bretaña. Tal claridad no existe actualmente. Ello es debido a dos circunstancias:

“1) No existe un acuerdo concreto entre nuestros países acerca de los objetivos de guerra ni sobre los planes para la organización de la paz en la postguerra.

“2) No existe acuerdo contra la U.R.S.S. y la Gran Bretaña sobre ayuda militar mutua contra Hitler en Europa.

“Mientras no haya acuerdo sobre estos dos puntos no podrá haber claridad en las relaciones anglo soviéticas. Desde luego, el convenio acerca de los suministros militares a la U.R.S.S. tiene un gran valor positivo, pero no soluciona, ni con mucho, el problema general de las relaciones entre nuestros dos países.

“Si los general Wavell y Pager que usted cita en su telegrama han de venir a Moscú con el fin de concertar un acuerdo respecto a las dos cuestiones fundamentales antes mencionadas, tendré, desde luego, mucho gusto en recibirles y en discutir con ellos los citados asuntos. En cambio, si la misión de los generales ha de limitarse a temas de simple información y al estudio de cuestiones de carácter secundario, creo que no merece la pena que me inmiscuya en su labor. En tal caso por lo demás, también a mi me sería difícil disponer de tiempo para celebrar conversaciones con ellos.

”Considero que se ha creado una situación intolerable en el asunto de la declaración de guerra por parte de la Gran Bretaña a Finlandia, Hungría y Rumania. El Gobierno soviético planteó este asunto al Gobierno británico a través de los conductos diplomáticos secretos habituales. En forma absolutamente inesperada para la U.R.S.S. el conjunto de problemas, empezando por el requerimiento del Gobierno soviético al Gobierno británico y terminando con el estudio de este asunto por el Gobierno de los Estados Unidos, ha sido dado a la publicidad sin reservas. Hoy la Prensa, tanto amiga como enemiga, se está ocupando a sus anchas de los diversos aspectos del problema. Y después de todo eso, el Gobierno británico nos da cuenta de su actitud negativa ante nuestra propuesta. ¿Qué fin se persigue con eso? ¿Demostrar la falta de unidad entre la U.R.S.S. y la Gran Bretaña?

“Puede usted estar seguro de que adoptamos todas las medidas necesarias para el rápido transporte a su destino adecuado de todas las armas que llegan a Arkángel procedentes de la Gran Bretaña. Lo mismo se hará con las que lleguen a través de Persia. A este respecto me permito llamarle la atención sobre el hecho (aunque el asunto tiene relativamente poca importancia) de que los tanques, los aviones y la artillería llegan deficientemente embalados, que en ocasiones las piezas de un mismo vehículo son transportadas en buques distintos y que los aviones, a causa de la deficiencia en el embalaje ya apuntada, nos llegan rotos.”

El sentimiento personal y el interés general

Al parecer hasta el propio Stalin se dio cuenta a los pocos días de que había ido demasiado lejos en el tono de su comunicación, a la que yo ni siquiera había pensado ya contestar. El silencio fue expresivo. El 20 de noviembre, el embajador soviético en Londres fue al Foreign Office a ver a Mr. Eden. He aquí la nota de este último sobre la

conversación, tal como fue transcrita en un telegrama dirigido a sir Stafford Cripps, a la sazón en Kuibichef:

“El embajador soviético me pidió audiencia para esta tarde. Al recibirle, me dijo que M. Stalin le había ordenado me comunicara que al enviar su reciente telegrama al primer ministro se había limitado a enfocar los asuntos desde un punto de vista práctico y expeditivo, y que M. Stalin no había tenido en modo alguno la intención de ofender a ningún miembro del Gobierno y mucho menos aún al primer ministro.

“M. Stalin estaba sumamente ocupado en los asuntos militares y no había tenido prácticamente tiempo de pensar en otra cosa que en los problema derivados de la situación en el frente. Había planteado importantes cuestiones de orden práctico acerca de la mutua ayuda militar en Europa contra Hitler y sobre la organización de la paz en la postguerra. Todos estos asuntos eran muy importantes y no deseaba en absoluto que se complicaran debido a interpretaciones erróneas o sentimientos de carácter personal. También M. Stalin había tenido que sobreponerse a determinados sentimientos personales al seguir la trayectoria que había tomado, porque el asunto finlandés le había herido profundamente a él y a toda la Unión Soviética.

“”Mi patria – afirmaba M. Stalin, siempre según el embajador – se encuentra en una situación humillante. Realizamos nuestra gestión amparándonos en el secreto diplomático. Después se dio publicidad a todo el asunto y luego supimos que el Gobierno de Su Majestad no consideraba posible aceptar el requerimiento soviético. Esto ha colocado a mi país en una situación humillante y ha producido un efecto deprimente en el ánimo de mi pueblo.” Esto había herido profundamente a M. Stalin, pero, a pesar de todo, seguía persiguiendo un objetivo único, llegar a un acuerdo sobre la mutua ayuda militar contra Hitler en Europa y sobre la organización de la paz en la postguerra.



CAPITULO XXX

Variaciones sobre un tema conocido

La respuesta de Stalin a mi ofrecimiento de enviar a los generales Wavell y Payer para estudiar el establecimiento de planes conjuntos anglo soviéticos había hecho constar sin esbozo que las conversaciones puramente militares darían escasos resultados prácticos teniendo en cuenta el estado de ánimo en que entonces se hallaban los dirigentes rusos. La poco menos que histórica nota acerca de Finlandia contenida en el telegrama de Stalin era un exponente claro del abismo de incompreensión que existía entre dos países.

Cúmulo de problemas

En vista de todo ello, decidí realizar un nuevo intento para suavizar la aspereza de nuestras relaciones ofreciendo enviar al propio Mr. Eden a Rusia al frente de una Misión. A este efecto telegrafíé a M. Stalin el 21 de noviembre de 1941:

“Muchas gracias por su mensaje, que acabo de recibir. En los primeros tiempos de la guerra inicié una correspondencia personal con el presidente Roosevelt que ha dado lugar al establecimiento de una firme comprensión entre nosotros y muchas veces ha contribuido a apresurar la solución de los problemas pendientes. Mi único deseo es actuar en términos análogos de camaradería y confianza mutua con usted.

“Por lo que se refiere al asunto finlandés, cuando envié a usted mi telegrama del 4 de septiembre, estaba absolutamente dispuesto a aconsejar al Gabinete la declaración de guerra a Finlandia. Algunas informaciones recibidas posteriormente me indujeron a pensar que sería mejor para Rusia y para la causa común conseguir que los finlandeses dejasen de luchar y permaneciesen en sus actuales posiciones que tratarlos igual que a las Potencias culpables del Eje, declarándoles la guerra y obligándoles a combatir hasta el fin. De todos modos, si no suspenden el fuego en el curso de los próximos quince días y usted insiste en que les declaremos la guerra, lo haremos así. Convengo con usted en que no debía haberse dado publicidad alguna a este asunto. Desde luego, a nosotros no nos alcanza la menor responsabilidad en ello.

“Si nuestra ofensiva en Libia termina, como espero, con la destrucción del Ejército ítalo alemán de aquella zona, será posible enfocar el panorama general de la guerra con mucha mayor amplitud y libertad de lo que hasta ahora ha tenido ocasión de hacer el Gobierno de Su Majestad.

“Con este objeto deseáramos enviar al ministro de Asuntos Exteriores, Mr. Eden a quien usted ya conoce, a entrevistarse con usted en Moscú o en cualquier otro punto. Iría acompañado por competentes técnicos militares y estaría en condiciones de discutir todos los asuntos relacionados con la guerra, incluso el envío de tropas no sólo al Cáucaso sino a la línea de fuego de los ejércitos soviéticos en el Sur. Ni nuestras disponibilidades de buques de transporte ni las vías de comunicación permitirán el envío de fuerzas en gran escala, y en todo caso tendrán ustedes que elegir entre recibir tropas o recibir suministros a través de Persia.

“Tomo nota de que desea usted también que nos pongamos de acuerdo sobre la organización de la paz en la postguerra. Nuestra intención es proseguir la guerra en estrecha alianza y en constante consulta con ustedes, con todas nuestras fuerzas y por mucho que aquélla dure; y cuando hayamos ganado la guerra, cosa que no dudo en absoluto, confiamos que la Unión Soviética, la Gran Bretaña y los Estados Unidos se sentarán ante la mesa de los vencedores en calidad de las tres Potencias principales que habrán hecho posible la destrucción del nazismo.

“Naturalmente, el primer objetivo será evitar que Alemania, y particularmente Prusia, se lance contra nosotros por tercera vez. El hecho de que Rusia sea un Estado comunista y Gran Bretaña y los Estados Unidos no lo sean ni tengan intención de serlo, no constituye ningún obstáculo para que tracemos planes destinados a salvaguardar nuestros legítimos intereses y garantizar nuestra seguridad común. El ministro británico de Asuntos Exteriores podrá estudiar con usted el conjunto de esta cuestión.

“Es muy posible que la defensa que ustedes realizan de Moscú y Leningrado, así como la magnífica resistencia al invasor que se registra en todo el frente ruso inflijan heridas mortales a la estructura interna del régimen nazi. No hemos de tener en cuenta tal probabilidad sino que debemos seguir asestando golpes al enemigo con todas nuestras energías.”

Moscú dispuesto a colaborar

M. Stalin contestó al cabo de dos días y en un tono más ponderado

“Muchas gracias por su telegrama. Acojo con sincera satisfacción sus deseos de colaborar conmigo por medio de una correspondencia personal basada en la amistad y la confianza. Espero que esto contribuirá mucho al éxito de nuestra causa común.

“En cuando al asunto finlandés, la U.R.S.S. nunca propuso otra cosa – por lo menos como primera medida – que la cesación de las operaciones militares y a la salida “de facto” de la guerra por parte de Finlandia. No obstante, si Finlandia se niega incluso a esto, en el breve período que usted señala, creo que será necesaria y lógica la

declaración de guerra por parte de la Gran Bretaña. De otro modo puede cundir la impresión de que no existe unidad entre nosotros por lo que se refiere a la guerra contra Hitler y sus más fervientes cómplices, y de que los cómplices de la agresión hitleriana pueden realizar su infame tarea impunemente. Con respecto a Hungría y Rumania, quizá podemos esperar un poco más.

“Doy mi plena conformidad a su propuesta de que el ministro británico de Asuntos Exteriores, Mr. Eden, venga a la U.R.S.S., en un futuro próximo. Creo que será de grande y positiva utilidad el estudio conjunto y el logro de un acuerdo concerniente a las operaciones militares comunes de las fuerzas soviéticas y británicas en nuestro frente, así como la rápida aplicación de tal acuerdo. Es evidente que el estudio y el logro de un acuerdo relativo a la organización de la paz en la postguerra debe tener como base la idea primordial de evitar que Alemania, y especialmente Prusia, vulnere de nuevo la paz y lance una vez más a los pueblos a una terrible carnicería.

“Convengo plenamente con usted en que la diferencia de organización estatal entre la U.R.S.S., por una parte y la Gran Bretaña y los Estados Unidos de América por otra, no puede ni debe impedir que lleguemos a una solución constructiva de todos los problemas fundamentales relativos a nuestra seguridad común y a nuestros legítimos intereses. Si subsisten algunas dudas a este respecto, confío quedarán aclaradas en el curso de las negociaciones con Mr. Eden.

“Le ruego acepte mi felicitación por el venturoso principio de la ofensiva británica en Libia.

“La lucha de los ejércitos soviéticos contra las tropas de Hitler continua siendo muy dura. No obstante, a pesar de todas las dificultades, la resistencia de nuestras fuerzas sigue y seguirá en aumento. Nuestra voluntad de derrotar al enemigo es indomable.”

Resuelta actitud finlandesa

Como consecuencia del apremiante llamamiento de Stalin, decidimos seguir adelante con los preparativos para cursar un ultimátum a plazo fijo a los finlandeses, así como a Rumania y Hungría. Entretanto, creí conveniente, de acuerdo con el Gobierno soviético, dirigir un postrer llamamiento de carácter personal al jefe de la nación finlandesa, mariscal Mannerheim.

Del primer ministro británico al mariscal Mannerheim:

“29-11-41.

“Me apena profundamente considerar que dentro de breves días nos veremos obligados, por lealtad a nuestra aliada Rusia, a declarar la guerra a Finlandia. Es tal caso, la declaración llevará aparejadas todas sus consecuencias bélicas. Creo que las tropas finlandesas han avanzado ya lo suficiente para garantizar la seguridad de su territorio y podrían ahora detenerse y suspender el fuego. No es necesario formular una declaración pública en este sentido sino simplemente dejar de combatir y suspender las operaciones militares, para lo cual pueden muy bien servir de pretexto los rigores del invierno, abandonando “de facto” la guerra.

“Desearía poder convencer a Vucencia de que derrotaremos a los nazis. Mi confianza es mucho mayor ahora que en 1917 ó 1918. Sería dolorosísimo para los muchos amigos que su país tiene en Inglaterra el que Finlandia se encontrara en el banquillo de los acusados junto a los culpables y vencidos nazis. Mis recuerdos de las agradables charlas y la no menos grata correspondencia sostenida con Vucencia respecto a la guerra pasada me inducen a enviarle esta carta de carácter exclusivamente personal y privado para su consideración antes de que sea demasiado tarde.”

El 2 de diciembre recibí la respuesta del mariscal Mannerheim.

Del mariscal Mannerheim al primer ministro Churchill:

“2-12-41.

“Ayer tuve el honor de recibir, por mediación del ministro norteamericano en Helsinki su carta del 29 de noviembre de 1941, y le agradezco su atención al dirigirme tal comunicación de carácter personal.

“No dudo comprenderá usted que me es imposible suspender las actuales operaciones militares hasta que mis tropas hayan alcanzado las posiciones que, a mi juicio, nos den las necesarias garantías de seguridad. Lamentaría que dichas operaciones, realizadas con objeto de proteger a Finlandia, provocaran un conflicto entre mi país e Inglaterra, y sentiría muchísimo que se vean ustedes obligados a declarar la guerra a Finlandia.

“Ha sido usted muy amable al enviarme un mensaje personal en estos días de prueba; gesto que aprecio en lo que vale.”

La respuesta transcrita ponía claramente de relieve que Finlandia no estaba dispuesta a retirar sus tropas a las fronteras de 1939, por lo cual el Gobierno británico adoptó las medidas necesarias para declararle la guerra. Lo propio hicimos con Rumania y Hungría.

Instrucciones concretas a Eden

Entretanto, se llevaban a cabo los preparativos relacionados con el viaje de Mr. Eden a Moscú. Había de acompañarle el general Nye, subjefe del Alto Estado Mayor Imperial. En las conversaciones de la capital soviética se estudiaría el panorama general de la guerra en sus distintos aspectos, y a ser posible daríamos a la alianza la forma oficial de tratado escrito.

Para orientación del ministro de Asuntos Exteriores preparé una nota relativa a determinados aspectos de la situación militar tal como la veíamos nosotros. La batalla del desierto líbico estaba ya entonces en su punto culminante.

“5 de diciembre de 1941.

“La prolongación de la batalla de Libia que está haciendo entrar en juego a tantos elementos bélicos del Eje, nos obligará probablemente a disponer de la 50ª y la 18ª Divisiones británicas con las cuales esperábamos poder contar para la defensa del Cáucaso o

para la lucha en el frente ruso. Por consiguiente, en el próximo futuro no cabe considerar disponibles a dichas unidades.

“La mejor forma de ayuda que podemos prestar (aparte de los suministros) es la de situar un importante contingente de fuerzas aéreas, por ejemplo diez escuadrillas, en el flanco meridional de los ejércitos rusos, desde donde entre otras cosas, pueden contribuir a la protección de las bases navales rusas en el mar Negro. Retiraremos estas escuadrillas de la batalla de Libia inmediatamente después de alcanzar el éxito que esperamos. El traslado de su personal auxiliar y de sus servicios de intendencia no obstruirá las comunicaciones a través de Persia, cosa que ocurriría fatalmente si mandáramos divisiones de infantería. El Alto Mando del Oriente Medio tiene órdenes de preparar el envío de dichas escuadrillas, la puesta en práctica de lo cual dependerá, naturalmente de las facilidades que dé el mando ruso para ello.

“La actitud de Turquía es cada vez más importante, tanto para Rusia como para Gran Bretaña. El Ejército turco, compuesto de cincuenta divisiones, necesita apoyo aéreo. Hemos prometido a Turquía un mínimo de cuatro escuadrillas y un máximo de doce en caso de que aquel país fuese atacado. En tal eventualidad, es posible que necesitemos retirar algunas de las escuadrillas que nos disponemos a enviar al frente meridional ruso. Los Gobiernos y los Estados Mayores británico y soviético deberán, de acuerdo con las circunstancias y mediante consultas mutuas, decidir la aplicación que haya que dar a nuestros aviones en las costas del mar Negro, así como los tipos de aparatos a utilizar.”



CAPITULO XXXI

Auchinleck ataca

(Antes de desencadenar el general Auchinleck su ofensiva en el desierto líbico (operación “Cruzado”) el 18 de noviembre de 1941, se estudió la posibilidad de explotar el éxito eventual de aquélla con la ocupación del África del Norte francesa y Sicilia.)

Yo tenía grandes esperanzas de que alcanzaríamos una victoria decisiva en el desierto occidental y haríamos retroceder a Rommel a través de Cirenaica y Tripolitania. Si todo salía bien, esto podía representar la incorporación a nuestra causa de las zonas septentrionales de África afectas a Vichy – Túnez, Argelia y Marruecos – y quizá incluso el cambio de frente del propio Vichy. Este propósito no era más que una esperanza fundada en otra esperanza. Pero teníamos dispuestas en el Reino Unido una división blindada y tres divisiones de infantería, con las unidades navales necesarias, para transportarlas a cualquier punto del Mediterráneo occidental en un momento dado.

Un “segundo frente” en potencia

Si Trípoli caía en nuestro poder y Francia no se nos mostraba hostil, la posesión de Malta nos permitiría desembarcar en Sicilia y con ello abrir el único “segundo frente” posible en Europa mientras estuviésemos solos en el Oeste. Yo no preveía para 1942 otra cosa alguna que pudiésemos hacer por nuestra cuenta y sin ayuda ajena. El plan de invasión de Sicilia había sido elaborado cuidadosamente por los jefes de Estado Mayor y el Comité de Proyectos.

Una vez derrotado Rommel, destruido su pequeño y osado ejército y ocupado Trípoli, no era imposible, a juicio de los técnicos, que cuatro de nuestras mejores divisiones, es decir unos 80.000 hombres, desembarcaran en Sicilia y la conquistaran. La Aviación alemana, que tanto daño nos causara desde los aeródromos sicilianos, había tenido que trasladarse a Rusia y ya no quedaban tropas germanas en la isla. Cuando

nuestra expedición se hiciera a la mar y entrase en el Mediterráneo, su presencia sería advertida por el enemigo; pero éste ignoraría si nuestros buques se dirigían al África del Norte francesa – Bizerta, Argel, Orán – o a Sicilia o Cerdeña. Esta es una de las muchas ventajas del poderío naval.

Estrategia teórica

Una cosa es ver el camino y otra poder seguirlo. Pero siempre es mejor tener un proyecto ambicioso que no tener ninguno. Todo dependía en primer lugar del éxito de la ofensiva del general Auchinleck, durante tanto tiempo preparada, en el desierto occidental. Además, había que revisar todo el plan a la luz de los peligros que se derivarían de una penetración de los alemanes en la zona del Caspio o de su posible avance a través de Turquía en la misma dirección o bien hacia el Oriente Medio: Siria, Palestina, Persia y el Irak. Pero yo consideraba todo esto como contingencias poco verosímiles. La realidad demostró que tenía razón.

Al trazar los planes apuntados al principio y al hacer las conjeturas correspondientes, contaba yo con la convicción y el apoyo de los jefes de Estado Mayor y de mis colegas en el Comité de Defensa y en el Gabinete de Guerra.

Los comandantes en jefe del Oriente Medio opinaban de modo distinto. Consideraban esenciales y de importancia primordial la defensa del delta del Nilo y el canal de Suez, la de Basora, el Cáucaso y el “bastión de la cordillera del Taurus”. No creían que Sicilia fuese accesible ni su conquista necesaria. Sus ojos miraban obsesionados hacia el Este, y en la última instancia, suponiendo que el éxito coronara nuestros esfuerzos y decidiéramos avanzar hacia el Oeste, preferían la ocupación de Bizerta a cualquier intento contra Sicilia. Yo comprendía perfectamente sus argumentos apoyados con energía por el general Wavell desde la India y por lo tanto abandoné mi idea de atacar Sicilia.

Así, pues, si todo salía bien, nuestro plan era el siguiente: limpiar Cirenaica mediante la derrota de las fuerzas de Rommel; avanzar hacia Trípoli; y, con el apoyo de los franceses si ello era posible, penetrar en el África septentrional francesa. El proyecto de invasión de Sicilia dependía del resultado favorable de los dos primeros puntos de nuestro plan y lo pondríamos en práctica si no considerábamos viable el tercero. Sin embargo, todo esto tenía un carácter excesivamente especulativo opté por no seguir discutiendo con el Mando del Oriente Medio tales conceptos de estrategia teórica.

Del jefe del Gobierno al ministro de Estado (El Cairo):

“11-11-41.

“No encuentro mejor respuesta que el silencio para los telegramas de usted y de Auchinleck respecto a la operación “Cruzado”. No podemos prever el futuro hasta que sepamos qué rumbos toma la ofensiva en proyecto.

Toda batalla es un tupido velo a través del cual no es prudente intentar ver nada.”

Ilusiones y realidades alemanas

Examinemos ahora, a la luz de los hechos ya conocidos, lo que ocurría en el campo enemigo. Los técnicos del Estado Mayor del Ejército alemán habían preparado en julio de 1941 un estudio relativo a las futuras operaciones, llamado “Plan Oriente”, cuya finalidad era abatir el poderío británico en el Oriente Medio. Todo el plan se fundaba en la suposición de que la guerra en el frente ruso terminaría felizmente para los alemanes

en el otoño de aquel mismo año. En tal caso, un cuerpo de ejército blindado procedente del Cáucaso avanzaría hacia el Sur a través de Persia en el invierno 1941-1942. Desde Bulgaria, si Turquía daba su conformidad, diez divisiones – la mitad de ellas blindadas y motorizadas – cruzarían Anatolia hacia Siria y el Irak. Si los turcos oponían resistencia habría que emplear veinte divisiones en lugar de diez y, por consiguiente, la aplicación del plan se retrasaría hasta 1942.

Las fuerzas alemanas e italianas de África quedaban en tercer término. Durante el verano y el otoño de 1941 su papel sería puramente defensivo, excepción hecha de la necesidad de ocupar Tobruk. En el curso del invierno se procedería a suplir las bajas y las pérdidas de material; y al producirse el ataque general contra Persia y el Irak, es decir, cuando nuestra atención y nuestras fuerzas estuvieran orientadas en otra dirección, el ejército del Eje en Libia avanzaría sobre El Cairo.

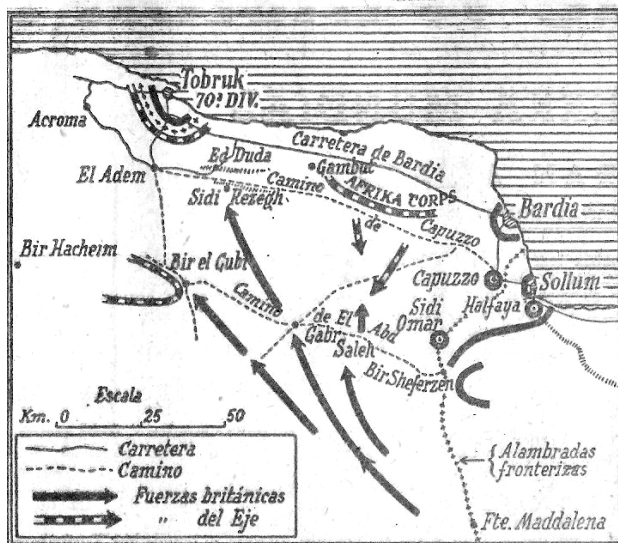
Por lo tanto, los meses de otoño e invierno eran de importancia extraordinaria para nosotros. La Aviación alemana había abandonado Sicilia. El frente ruso absorbía el combustible que necesitaba la Flota italiana. Durante el mes de agosto se perdió el 33 por ciento de los suministros y refuerzos destinados a Rommel. En octubre esta considerable cifra se elevó al 63 por ciento. Los alemanes ejercían presión sobre sus aliados italianos para que organizaran una línea aérea de suministro. A fines de septiembre, Mussolini se comprometió a llevar refuerzos a Trípoli por vía aérea a razón de 15.000 hombres al mes; pero a fines de octubre tan sólo habían llegado 9.000 a su destino. Al propio tiempo, quedó prácticamente anulado el transporte marítimo Italia-Trípoli, y tan sólo unos cuantos convoyes lograron forzar nuestro bloqueo y llegar a Bengasi. Las pérdidas sufridas en octubre obligaron al Alto Mando alemán a ceder combustible a la Marina italiana. Poco después, el enemigo adoptó otra medida mucho más importante aún. El almirante Doenitz accedió, a regañadientes a enviar al Mediterráneo 25 submarinos alemanes de los que operaban en la batalla del Atlántico.

Entretanto, el control que ejercíamos desde Malta cobraba un carácter decisivo; el Grupo “K”, que el Almirantazgo, a petición mía, había establecido allí, prestaba magníficos e importantes servicios. El 8 de noviembre por la noche valiéndose de la información facilitada por un avión de reconocimiento, aquellas unidades navales atacaron al primer convoy italiano que se hacía a la mar desde la decisión enemiga de reanudar el tráfico marítimo; constaba dicho convoy de diez buques mercantes escoltados por cuatro destructores y protegidos por algunos cruceros. Todos los mercantes fueron rápidamente aniquilados. Un destructor fue hundido y otro averiado por nuestros cruceros. Los cruceros italianos no tomaron parte en la acción. De nuevo suspendió el enemigo su servicio de convoyes, y Rommel tuvo buenas razones para quejarse al Alto Mando alemán.

Pero muy luego tocó a su fin nuestro paréntesis de inmunidad. Hicieron su aparición los submarinos. El 12 de noviembre, al volver a Gibraltar después de llevar más aviones a Malta, el “Ark Royal” fue alcanzado por un torpedo de un sumergible alemán. Resultaron inútiles todos los esfuerzos por salvar el navío, y aquel famoso veterano, que tan brillantemente había participado en muchísimas de nuestras acciones bélicas, se hundió cuando estaba a no más de 25 millas de Gibraltar. Esto fue el principio de una serie de graves pérdidas para nuestra Escuadra del Mediterráneo, lo cual redundó en un estado de debilidad sin precedentes en aquella zona. No obstante, a la sazón estaba todo dispuesto para desencadenar nuestra ofensiva tantas veces aplazada, y por consiguiente hemos de prestar ahora atención al desierto occidental.

Audaz acción de los “comandos”

Fase inicial de la ofensiva de Auchinleck
(18 - 19 noviembre 1941)



desierto, a fin de entrar en contacto con la masa de los blindados de Rommel y por lo menos mantener ocupados a estos contingentes para que el XIII Cuerpo de Ejército tuviera la protección necesaria.

A pesar de los inmensos preparativos llevados a cabo nuestra ofensiva cogió por sorpresa al enemigo, tanto desde el punto de vista táctico como desde el estratégico. El Ejército del Eje estaba tomando posiciones para su ataque contra Tobruk, previsto para el 23 de noviembre. El propio Rommel se hallaba en Roma cuando empezó la acción. Esto fue, posiblemente, una suerte para él. Con objeto de descargar un solo golpe decisivo sobre el cerebro y centro del sistema nervioso del Ejército enemigo en el momento crítico, cincuenta hombres de los “comandos” escoceses, a las órdenes del coronel Laycock, fueron transportados por vía submarina a un punto de la costa situado a trescientos kilómetros detrás del frente enemigo. Los treinta hombres que pudieron tomar tierra a pesar del agitado estado de la mar se agruparon en dos partidas; una para cortar las comunicaciones telefónicas y telegráficas, y la otra, bajo el mando del teniente coronel Keyes, hijo del almirante Keyes, para atacar la residencia de Rommel. El 17 de noviembre a medianoche nuestros soldados irrumpieron en la casa y mataron a diversos miembros del Estado Mayor de Rommel. En la lucha cuerpo a cuerpo librada a oscuras en el interior de una habitación, Keyes resultó muerto. Como premio a su conducta se le otorgó la Cruz Victoria a título póstumo.

Empieza la ofensiva

A primeras horas del 18 de noviembre – estaba lloviendo a mares – el Octavo Ejército inició el avance, y, de acuerdo con lo previsto, el XIII Cuerpo de Ejército rodeó las posiciones enemigas de la frontera, mientras el XXX Cuerpo de Ejército, sin encontrar resistencia al principio, avanzó desde el Sur en dirección a Sidi Rezegh. Esta meseta, de unos 35 metros de altura, está casi cortada a pico en su vertiente septentrional y desde allí se domina el camino de Capuzzo, línea principal de comunicación de Rommel en sentido Oeste-Este. Cerca de dicha altura existe un gran aeródromo. La parte meridional constituye un observatorio apreciable de un amplio sector del desierto. Es natural, pues, que ambos bandos en lucha consideraran a Sidi Rezegh como posición clave de todo escenario de la batalla y como hito esencial para alcanzar o liberar Tobruk.

Todo salió bien en los tres primeros días. El 19, lo que el Mando británico consideraba como el grueso de los blindados alemanes avanzó hacia el Sur procedente de

la zona costera donde se hallaba y al día siguiente presentó batalla a nuestras brigadas blindadas 4ª y 22ª a veinte kilómetros al oeste de Sidi Omar. En su búsqueda casi infructuosa del enemigo, la 7ª División blindada británica se dispersó ampliamente. Una de sus brigadas (la 7ª) y el correspondiente grupo de apoyo ocuparon Sidi Rezegh. Estas y otras unidades fueron sucesivamente atacadas por el “África Corps”, cuyos contingentes blindados habían mantenido una mayor cohesión entre sí.

Durante todo el 21 y el 22 de noviembre se desarrolló una encarnizada lucha, especialmente en torno al aeródromo. Virtualmente todas las fuerzas blindadas de ambos bandos entraron en liza en aquel árido escenario, y avanzaban y retrocedían en violentas oleadas bajo el fuego de las respectivas baterías. La superioridad de armamento de los tanques alemanes, así como el mayor número de unidades que el enemigo mandó a los puntos de colisión, dieron a éste la ventaja. A pesar de la heroica y brillante dirección del brigadier Jock Campbell, vencieron los alemanes y perdieron menos tanques que nosotros.

El 22 por la noche el enemigo reconquistó Sidi Rezegh. El general Norrie, que mandaba el XXX Cuerpo de Ejército, ordenó después de perder las dos terceras partes de sus fuerzas blindadas una retirada de su línea en una profundidad de treinta kilómetros a fin de reorganizar sus cuadros en la zona septentrional del camino de El Abd. Esto constituyó un serio revés para nosotros.



CAPITULO XXXII

La fulgurante maniobra de Rommel

(El 22 de noviembre de 1941 quinto día de la ofensiva del general Auchinleck en el desierto líbico, Rommel había expulsado a las fuerzas blindadas británicas de Sidi Rezegh.)

Registróse entonces un dramático episodio que recuerda la fulgurante incursión que en 1962, durante la guerra civil norteamericana, realizó “Jeb” Stuart por entre las fuerzas de Mac Clellan en la península de Yorktowa. En el desierto de Libia, empero, la operación fue llevada a cabo con un núcleo de fuerzas blindadas que constituía por sí mismo todo un ejército y cuya destrucción habría sido un golpe mortal para el resto de las tropas del Eje.

Cabalgada de tanques

Rommel decidió tomar la iniciativa táctica y abrirse paso hacia el Este con sus blindados hasta alcanzar la frontera, confiando producir una situación caótica y una alarma tales que nuestro Mando se viera obligado a suspender la ofensiva y retirarse.

Agrupó lo que le quedaba del “África Corps”, que seguía siendo la unidad más importante en aquel campo de batalla, y se lanzó como una flecha por el camino de EL Abd hacia Sheferzen; poco faltó para que cayera en su poder el cuartel general del XXX Cuerpo de Ejército. Al llegar a la frontera descompuso sus fuerzas en columnas, algunas de las cuales se dirigieron hacia el Norte y hacia el Sur, mientras otras penetraron en territorio egipcio hasta una profundidad de 30 kilómetros aproximadamente. Hizo

estragos en nuestra retaguardia y cogió muchos prisioneros. Sus columnas, sin embargo, no impresionaron a la 4ª División india. Destacamentos de la 7ª Brigada blindada y de su grupo de apoyo rápidamente organizados los persiguieron y acosaron con decisión.

Pero sobre todo nuestra Aviación, que había alcanzado un notable grado de superioridad sobre el campo de batalla, estuvo hostigándole incesantemente a lo largo de su audaz incursión. Las columnas de Rommel, prácticamente sin apoyo por parte de su propia aviación, sufrieron los tormentos que nuestras tropas habían conocido y soportado cuando era Alemania la que dominaba los espacios aéreos. El día 26 todas las unidades blindadas enemigas se dirigieron hacia el Norte y buscaron refugio en Bardia y sus proximidades. Al día siguiente se lanzaron hacia el Oeste, en demanda de Sidi Rezegh, desde donde las reclamaban con urgencia. Rommel había fracasado en su audaz tentativa, pero, como ahora veremos, fue un solo hombre – el comandante en jefe británico – quién esterilizó sus esfuerzos.

Medidas de urgencia

Los duros golpes que habíamos recibido y la impresión de desorden existente en la retaguardia de nuestro frente, producido por la incursión de Rommel, indujo al general Cunningham a comunicar al comandante en jefe que la prosecución de nuestra ofensiva podía dar como resultado el aniquilamiento de nuestros contingentes de tanques, poniendo con ello en peligro la seguridad de Egipto. Esto equivalía a reconocer la derrota y el fracaso de toda nuestra operación. En aquel momento decisivo intervino personalmente el general Auchinleck. A petición del propio Cunningham, el 23 de noviembre se trasladó en avión, acompañado por el mariscal de aviación Tender, al cuartel general del desierto, y, con pleno conocimiento de todos los peligros y probabilidades, ordenó al general Cunningham que “continuase la ofensiva contra el enemigo”. De este modo, gracias a su intervención personal, Auchinleck salvo la batalla y demostró sus notabilísimas dotes de jefe en campaña.

El día 24 telegrafió desde el puesto de mando avanzado:

“Al llegar encontré a Cunningham muy inquieto. Tenía, en efecto, noticias de que era ya escaso el número de nuestros tanques que continuaban en servicio. Al parecer, los cinco días de lucha y las maniobras constantes han provocado una notable desorganización así como elevadas pérdidas, tanto a causa de la acción enemiga como debido a averías mecánicas, en las filas de nuestra división blindada... En su ataque de ayer por la tarde el enemigo utilizó tanques italianos, lo cual, a mi juicio, demuestra que también anda escaso de material blindado. Estoy convencido de que Rommel está sometido a durísima presión y casi desesperado, y que por lo tanto hemos de seguir atacándole despiadadamente. Es posible que de momento nos quedemos prácticamente sin tanques si actuamos así, pero eso no importa si en cambio destruimos todos los del enemigo...”

Le contesté en seguida:

Del primer ministro al general Auchinleck.

“25 -11 – 41.

“Apoyo cordialmente sus puntos de vista y sus intenciones, y el Gobierno de Su Majestad desea compartir la responsabilidad de usted

al proseguir la ofensiva hasta el final, sea cual fuere su resultado. Se trata de ganarlo todo o perderlo todo, pero estoy seguro de que usted es más fuerte y vencerá.

“Supongo habrá recibido usted mi telegrama relativo al resto de la 1ª División blindada que hoy desembarca en Suez. Lance estas fuerzas a la lucha en seguida si le conviene, sin preocuparse del futuro. Un decidido cuerpo a cuerpo con el enemigo sin reparar en nada acabará con él.

“Me satisface vivamente su magnífica bravura y su indomable fuerza de voluntad. Felicite a Tender y a la R.A.F., por su dominio del aire.”

Cambio de mando en plena lucha

A su regreso a El Cairo, el 25 de noviembre, Auchinleck me telegrafió:

“He decidido substituir temporalmente al general Cunningham por el general Ritchie mi actual subjefe de Estado Mayor. No obro así movido por desconfianza alguna respecto a la presente situación, sino por que, a pesar mío, he llegado a la conclusión de que Cunningham, irreprochable en un todo hasta ahora, ha empezado a orientar sus ideas en sentido defensivo, principalmente a causa de nuestras elevadas pérdidas de tanques. Antes de adoptar medida tan radical he reflexionado detenidamente sobre el particular, y esta tarde, a mi regreso, he consultado el caso al ministro de Estado. Estoy convencido de haber obrado bien, aunque comprendo lo desagradable que en este momento resulta una cosa así. Procuraré evitar en lo posible que se dé publicidad al hecho.”

El ministro de Estado, Oliver Lyttelton, justificó y apoyó enérgicamente la decisión del comandante en jefe. He aquí mi telegrama de contestación:

“La autoridad del general Auchinleck sobre todos los jefes de esa zona es absoluta, y nosotros respaldaremos todas las decisiones que tome durante la batalla. Aprobamos la actitud de usted. Comunique el texto de este telegrama al general Auchinleck.”

No insistiré sobre este incidente, tan doloroso para el valeroso militar afectado, para su hermano el comandante en jefe naval, y para el general Auchinleck, que era amigo personal de ambos. Fue para mí objeto de especial admiración la conducta de Auchinleck, que supo colocarse por encima de toda consideración de tipo particular así como abstraerse a todas las insinuaciones relativas al aplazamiento o al abandono de la acción.

Contra los convoyes alemanes

Era de importancia vital en aquel momento evitar que Rommel recibiera nuevos suministros de combustible, y por lo tanto telegrafíé al general Auchinleck y al comandante en jefe naval, instándoles a descargar un golpe decisivo contra las comunicaciones del enemigo.

El almirante Cunningham me contestó acto seguido:

“Como es lógico, me doy perfecta cuenta de la importancia extraordinaria de la línea de suministro de Bengasi; supongo que el primer lord del Mar le habrá dado ya cuenta de las disposiciones tomadas a este respecto. Nuestra primera medida consistió en obligar al enemigo a desistir de su servicio de convoyes valiéndose de la amenaza de nuestras fuerzas apostadas en distintos puntos del Mediterráneo; ello alcanzó considerable éxito. Ahora que los convoyes han empezado de nuevo a zarpar, los atacaremos con unidades tanto de superficie como aéreas y submarinas...”

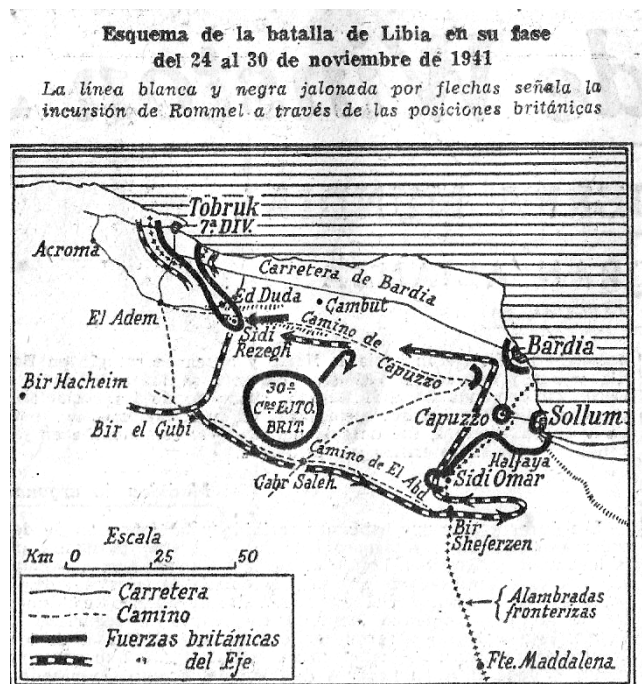
Hizo, efectivamente, cuanto pudo, pero el golpe más importante partió de Malta. El 24 de noviembre por la noche, los cruceros y destructores del Grupo “K” realizaron una audaz salida y se apoderaron de los dos buques petroleros que tan necesarios eran al enemigo.

La batalla de Sidi Rezegh

Mientras Rommel estaba entregado con el “África Corps” a su osada pero costosa incursión a través de las comunicaciones y la retaguardia del Octavo Ejército británico, Freyberg y sus neozelandeses, apoyados por la brigada de tanques del Primer Ejército, ejercía intensa presión sobre Sidi Rezegh. Después de dos días de encarnizada lucha reconquistaron la posición. Simultáneamente, la guarnición de Tobruk realizó una nueva salida y ocupó Ed Duda. El 26 por la noche establecieron contacto los defensores de Tobruk y las tropas que acudían en su auxilio. Algunas unidades de la división neozelandesa y el cuartel general del XIII Cuerpo de Ejército entraron en Tobruk, que seguía asediado por las fuerzas alemanas.

Todo ello obligó a Rommel a regresar a Bardia. Abrióse paso hacia Sidi Rezegh bajo el ataque de flanco de la 7ª División blindada británica, ya reorganizada y que contaba con 120 tanques. Reconquistó Sidi Rezegh. Hizo retroceder a la 6ª Brigada neozelandesa, infligiéndole duro castigo. Dicha unidad y la 4ª Brigada, excepto dos batallones que se incorporaron a la guarnición de Tobruk, fueron retiradas hacia el Sudeste, en dirección a la frontera, donde la heroica división se reconstituyó después de perder más de tres mil hombres. La guarnición de Tobruk, nuevamente aislada, retuvo en su poder, con asombrosa decisión, todo el terreno que había conquistado.

El general Ritchie reorganizó entonces sus fuerzas con objeto de que la guarnición de Tobruk quedase incorporada al XIII Cuerpo de Ejército y la división neozelandesa pasara a la reserva. El Adem, situado en un valle al oeste de Sidi Rezegh, se hallaba en la línea principal de comunicaciones del enemigo en sentido Oeste-Este y era a la sazón el objetivo esencial. El XIII Cuerpo de Ejército avanzó desde Ed Duda, y el XXX hizo lo



propio desde el Sur. Mientras se llevaban a cabo estos preparativos, Rommel realizó un intento final para rescatar a sus guarniciones fronterizas. Fue rechazado. Inicióse entonces la retirada general del Ejército del Eje hacia la línea de Gazala.

El telegrama de Auchinleck del 30 de noviembre terminaba así: “Nuestra columna de socorro llegó a Tobruk el 29 por la mañana. Las comunicaciones con Tobruk están aseguradas.”

El 1 de diciembre, Auchinleck se trasladó al cuartel general avanzado y permaneció allí diez días con el general Ritchie. No asumió personalmente el mando, pero supervisó de cerca la labor de su subordinado. A mi juicio no era aquella la mejor fórmula de actuación para ninguno de los dos. Sin embargo, la pujanza del Octavo Ejército era ya indiscutible, y el 10 de diciembre el comandante en jefe pudo telegrafiar-me:

“El enemigo se halla evidentemente en plena retirada hacia el Oeste. Ha sido ocupado El Adem. Las tropas sudafricanas e indias se han unido con las fuerzas británicas de Tobruk; creo estar autorizado ahora para afirmar que ha terminado el asedio a Tobruk. Perseguimos activamente al enemigo en estrecha colaboración con las Reales Fuerzas Aéreas.”

La “Luftwaffe” reacciona

Habíamos llegado a un punto de amplio respiro, y aún de júbilo, en la guerra del desierto. Los documentos alemanes de la época dan idea de la viva preocupación reinante en las esferas militares de Roma.

“2 de diciembre de 1941.

“La situación en el norte de África exige que se haga el esfuerzo máximo para abastecer a las tropas alemanas, para compensar las considerables bajas y pérdidas de material y para enviar refuerzos de primer orden. Teniendo en cuenta la actual situación naval, el transporte aéreo ha de ser el principal agente de comunicación a través del Mediterráneo.”

“4 de diciembre de 1941.

“El Duce habla de ocupar Bizerta como único medio de vencer las dificultades del transporte. La ocupación de Malta es imposible. No cree que Libia pueda seguir resistiendo durante mucho tiempo sin la llegada de suministros a través de Túnez. La situación del Eje en el Mediterráneo y en África septentrional es crítica porque las rutas de abastecimiento no fueron defendidas en el momento oportuno. La campaña de Rusia ha ejercido gran influencia sobre las recientes decisiones.”

En aquella hora crucial nuestro poderío naval en el este del Mediterráneo quedó virtualmente destruido a causa de una serie de desastres.

(Al hundimiento del portaaviones “Ark Royal” siguió poco después el torpedeamiento del acorazado “Barham”. El “Queen Elizabeth” y el “Valiant”, surtos en Alejandría, quedaron fuera de servicio a consecuencia de las bombas de relojería colocadas por “torpedos humanos” italianos. En el Grupo “K”, con base en Malta,

el crucero “Aurora” y el “Penélope” resultaron seriamente averiados en el curso de otras acciones del enemigo.)

Hasta últimos de noviembre, nuestros esfuerzos combinados por tierra, mar y aire nos habían dado el dominio del Mediterráneo. Luego, como queda dicho, sufrimos terribles pérdidas navales. Y el 5 de diciembre, dándose cuenta, por fin, del peligro mortal que corría Rommel, ordenó Hitler la transferencia de todo un cuerpo de ejército aéreo del frente ruso a Sicilia y África del Norte. Bajo la dirección del general Kesselring, el enemigo desencadenó una nueva ofensiva aérea contra Malta. Los ataques a la isla alcanzaron otra vez proporciones gigantescas, y Malta no estuvo en condiciones de hacer otra cosa que luchar por su propia existencia.

Al terminar el año, la “Luftwaffe” era dueña y señora de las rutas marítimas que conducían a Trípoli, y de este modo fue posible la reorganización de los ejércitos de Rommel después de su derrota. Raras veces la estrecha correlación entre la actividad bélica marítima, aérea y terrestre ha quedado tan claramente de manifiesto como en el curso de aquellos pocos meses.

Pero de pronto todo quedó oscurecido por la magnitud de otros acontecimientos de alcance mundial.



CAPITULO XXXIII

Peral Harbour

Era el domingo 7 de diciembre de 1941 por la noche. Winant (el embajador norteamericano) y Averell Arriman (enviado especial del presidente Roosevelt) estaban sentados conmigo a la mesa en Chequers. Conecté mi aparatito de radio poco después de empezada la emisión de noticias de la nueve. El locutor dio lectura a diversos comunicados relativos a la lucha en el frente ruso y en el frente británico de Libia, y luego dijo algo de un ataque japonés a la Escuadra norteamericana de Hawai y de ataques nipones contra buques británicos en las Indias Orientales holandesas. A continuación anunció que después de las noticias don Fulano de Tal haría un pequeño comentario y que luego empezaría el programa del Trust de los Cerebros, o cosa por el estilo.

“Nos han atacado...”

Yo non había dedicado atención especial a todo aquello, pero Averell Arriman puso de relieve que habían dicho algo acerca de un ataque japonés contra buques norteamericanos. En aquel momento entró en el comedor el mayordomo, Sawyers, y

como ay fuera el comentario de Arriman, dijo: “Es cierto. Lo hemos oído ahí fuera. Los japoneses han atacado a los americanos”.

Abrióse un paréntesis angustioso de silencio. El 11 de noviembre, en el banquete de la Mansión House, yo había afirmado que si el Japón atacaba a los Estados Unidos, la declaración de guerra británica se produciría “antes que transcurriera una hora”. Me levanté de la mesa, atravesé el salón y entré en el despacho, donde había siempre alguien trabajando. Pedí una conferencia telefónica con el presidente Roosevelt. El embajador me siguió y, creyendo que me disponía a dar algún paso irrevocable, dijo: “¿No le parece que sería mejor pedir confirmación antes?”.

Al cabo de dos o tres minutos se puso Mr. Roosevelt al aparato. “Sr. Presidente, ¿Qué es eso del Japón?”. “Es cierto – repuso –, Nos han atacado en Peral Harbour. Ahora estamos todos embarcados en la misma empresa”.

Entregué el teléfono a Winant, quién cruzó algunas frases con el Presidente. Oí primero decir al embajador: “Si... Muy bien...”. Y luego, en un tono mucho más sombrío, profirió una exclamación; “¡Ah!”.

Cogí de nuevo el aparato y dije: “Evidentemente, esto simplifica las cosas. Que Dios le proteja.” Quizá no fueron exactamente estas mismas palabras, pero si algo parecido.

Volvimos luego al salón y tratamos de acoplar nuestras ideas a aquel acontecimiento mundial de extraordinarias proporciones y tan asombroso que dejaba sin aliento hasta a los mismos que se hallaban en los más altos puestos. Mis dos amigos norteamericanos encajaron el golpe con una presencia de ánimo admirable. No teníamos ni la menor idea de que la Armada de los Estados Unidos había sufrido pérdidas de gran importancia. No se lamentaron de que su país estuviese en guerra. No pronunciaron ni una sola palabra de reproche o de pesar. En realidad, casi parecía que experimentaban una sensación de alivio tras largo sufrimiento.

Disposiciones iniciales

El Parlamento no debía reunirse hasta el martes, por lo cual sus miembros estaban dispersos por toda la isla, y, dadas las dificultades existentes en las comunicaciones, no era empresa fácil reunirlos antes de la fecha previamente fijada. Encargué a mis secretarios que se pusieran en contacto sin pérdida de tiempo con el “speaker”, los “chips” (representantes de los Partidos) y demás personas interesadas para que convocaran a ambas Cámaras para el día siguiente. Yo mismo telefoneé al Foreign Office ordenando que preparase sin la menor dilación una declaración de guerra contra el Japón, lo cual requería determinados formulismos, a fin de tenerla dispuesta cuando se reuniera el Parlamento, dispuse asimismo que se avisara a todos los miembros del Gabinete de Guerra, a los jefes de Estado Mayor y a los ministros de los servicios armados, todos los cuales yo suponía estaban enterados ya de la sensacional noticia.

Una vez hecho esto, mis pensamientos se dirigieron hacia lo que siempre ha constituido una obsesión para mí. Envié a Mr. De Valera el siguiente mensaje:

“He aquí la ocasión. ¡Ahora o nunca! ¡Una nación nuevamente unida! Estoy dispuesto a entrevistarme con usted donde desee.”

Pensé también en la China combatiente y telegrafíé a Chang Kai Chek:

“El Imperio británico y los Estados Unidos han sido atacados por el Japón. Siempre hemos sido amigos; ahora nos encontramos frente a un enemigo común.”

Cursamos asimismo el siguiente despacho:

Del primer ministro británico a Mr. Harry Hopkins:

“8 diciembre 1941.

“Nos acordamos mucho de usted en este momento histórico.--,
WINSTON. AVERELL.”

La hora clave de la contienda

Ningún ciudadano norteamericano tomará a mal que proclame que al ver a los Estados Unidos abiertamente a nuestro lado experimenté vivísima alegría. Yo no podía prever el curso de los acontecimientos. No pretendo haber calculado entonces con precisión el poderío bélico del Japón, pero me daba cuenta que desde aquel momento los Estados Unidos estaban en guerra, sin remisión y a vida o muerte. ¡Así, pues, tras tanto sufrimiento, habíamos ganado!

Si, después de Dunkerque, después de la caída de Francia, después del horrible episodio de Orán, después de la amenaza de invasión – cuando, excepción hecha de la Aviación y la Marina, éramos un pueblo casi inerme –, después de diecisiete meses de lucha solitaria y diecinueve de aterradora responsabilidad para mí, ¡habíamos ganado la guerra! Inglaterra subsistiría; la Comunidad Británica de Naciones y el Imperio subsistirían.

Nadie podía decir cuánto iba a durar la guerra ni en qué forma terminaría; ni nadie, por lo demás, se preocupaba de ello en aquel momento. Una vez más en nuestra larga historia insular saldríamos de la dura prueba victoriosos y con vida, aunque fuese mutilados y sangrando por mil heridas. No seríamos exterminados, no iba a quedar cerrado el libro de nuestra historia. Posiblemente ni siquiera moriríamos como individuos de la especie humana. La suerte de Hitler estaba sellada. La suerte de Mussolini estaba sellada. En cuanto a los japoneses, los trituraríamos hasta dejarlos reducidos a polvo. Sólo faltaba aplicar en forma adecuada el peso abrumador de nuestras fuerzas.

El Imperio británico, la Unión Soviética y Norteamérica, estrechamente unidos hasta el último aliento de su vida y sus energías, eran, a mi juicio, dos o tres veces más poderosos que sus adversarios. Evidentemente, la lucha duraría largo tiempo. Ya suponía yo que habríamos de satisfacer terribles tributos en Oriente; pero esto sería sólo una fase pasajera. Si sabíamos mantenernos unidos, podíamos vencer a quienquiera que fuese del mundo. Teníamos que soportar aún pérdidas inmensas e infinidad de tribulaciones, pero ya no cabía duda acerca del resultado final.

Los necios, que eran muchos y no sólo en los países enemigos, desdeñaban la potencia de los Estados Unidos. Decían unos que los norteamericanos eran gente blanda, otros que nunca estarían verdaderamente unidos entre sí. Perderían el tiempo discutiendo lejos del campo de batalla, jamás llegarían a las manos. No sufrirían nunca una sangría considerable. Su régimen democrático y sus elecciones periódicas paralizarían su esfuerzo bélico. Constituirían simplemente una vaga silueta en el horizonte tanto para sus amigos como para sus enemigos. El mundo iba a ver al desnudo todas las debilidades de aquel pueblo numeroso, pero remoto, rico y charlatán.



Sin embargo, yo había estudiado a fondo la Guerra de Secesión norteamericana, en la que los bandos en lucha se disputaron encarnizadamente hasta la última pulgada de terreno. Por mis venas corre sangre americana. Me acordaba de una observación que me había hecho Edward Grey más de treinta años antes; los Estados Unidos con como “una gigantesca caldera; una vez encendido el fuego debajo de ella la fuerza motriz que puede generar no tiene límites”. Saturado, ahito de emociones y de sensaciones, fui a acostarme y

dormí con el sueño del hombre que acaba de salvarse de un gran peligro y cuyo corazón rebosa gratitud.

Preparativos de viaje

Al despertar a la mañana siguiente decidí ir en seguida a entrevistarme con Roosevelt. Expuse el asunto a mis colegas del Gabinete cuando nos reunimos a medianoche. Una vez obtenida su aprobación, escribí al Rey.

“Señor:

“Tengo la convicción plena de que mi deber es trasladarme a Wáshington sin pérdida de tiempo, suponiendo que mi visita plazca al presidente Roosevelt, de lo cual no tengo la menor duda. Es necesario concertar la totalidad de los planes ofensivos y defensivos angloamericanos a la luz de la realidad. Hemos de procurar asimismo que los pertrechos bélicos y demás ayuda que recibamos de los Estados Unidos no queden reducidos más de lo que me temo será inevitable. El hecho de que Mr. Eden se encuentre en Moscú mientras yo esté en Washington facilitará muchísimo la solución de los magnos problemas que se planteen entre los tres grandes aliados.

“Mis colegas del Gabinete han compartido hoy unánimemente los puntos de vistas indicados, y por consiguiente solicito el permiso de Vuestra Majestad para salir del país. Mi intención es partir en seguida, a bordo de un buque de guerra, y permanecer ausente alrededor de tres semanas. Llevaré conmigo un equipo de colaboradores parecido al que me acompañó con ocasión de la Conferencia del Atlántico.

“Durante mi ausencia me substituirá el lord del Sello Privado, con la cooperación del lord presidente del Consejo, el canciller de la Tesorería y otros miembros del Gabinete de Guerra. Me permito proponer que durante dicho período los tres ministros de los servicios armados asistan provisionalmente a las reuniones del Gabinete de Guerra. Mientras yo esté ausente, el Foreign Office rendirá cuentas de

su actuación al Lord Presidente, y el Comité de Defensa al lord del Sello Privado. Estaré, desde luego, en constante contacto, por medio de la telegrafía sin hilos, con la marcha de los asuntos podré adoptar decisiones siempre que convenga. Me permito proponer que me acompañen el primer lord del Mar y el jefe del Estado Mayor de la Aviación, ya que es de suma importancia que los acuerdos que adoptemos con los norteamericanos estén avalados por nuestras más altas jerarquías militares.

“Espero que Vuestra Majestad tendrá a bien conceder su aprobación a lo que me propongo. No se dará, naturalmente, publicidad a mi proyecto de viaje.

“Al ofrecerle humildemente mis respetos, ruego a Vuestra Majestad me considere su más fiel y devoto servidor y súbdito.

WINSTON. S. CHURCHILL.

“P.S. – Estoy esperando que Alemania e Italia declaren la guerra a los Estados Unidos, dado que ambos países están obligados a ello por su tratado con el Japón. Aguardaré hasta que esto se ponga en claro para proponer mi visita al Presidente.”

El Rey dio su Beneplácito a mis propuestas.

Ceremoniosa declaración de guerra

El Gabinete de Guerra autorizó la inmediata declaración de guerra al Japón, para lo cual se habían tomado todas las disposiciones oficiales necesarias. Como Eden estaba ya camino de Moscú y yo ostentaba interinamente el cargo de ministro de Asuntos Exteriores, cursé la siguiente carta al embajador japonés:

“Ministerio de Asuntos Exteriores,
8 de diciembre.

“Sr. embajador:

“El 7 de diciembre, por la noche, el Gobierno de Su Majestad Británica tuvo conocimiento de que las fuerzas japonesas, sin previo aviso en forma de declaración de guerra o en forma de ultimátum con declaración condicional de guerra, intentaron realizar un desembarco en la costa de Malaca y bombardearon Singapur y Hongkong.

“Ante estos injustificables actos de agresión no provocada, cometidos con flagrante violación del Derecho Internacional y particularmente del Artículo 1º del Tercer Convenio de que tanto el Japón como el Reino Unido son partes firmantes, el embajador de Su Majestad en Tokio ha recibido las instrucciones pertinentes para que comunique al Gobierno imperial Japonés, en nombre del Gobierno de Su Majestad Británica, que existe el estado de guerra entre nuestros dos países.

“Con la mayor consideración, tengo el honor de subscribirme, señor embajador, atento servidor suyo.

WINSTON S. CHURCHILL.”

No fue grato a determinadas personas este estilo ceremonioso. Pero, después de todo, cuando se va a matar a alguien no cuesta nada ser cortés con él.



CAPITULO XXXIV

Los japoneses, dueños del Pacífico

Convoqué una reunión a la que habían de asistir, entre otras personalidades, diversos miembros del Almirantazgo, para el 9 de diciembre, a las diez de la noche, con objeto de estudiar la situación naval. Éramos unos doce en torno a la mesa de sesiones. Tratamos de medir las consecuencias del cambio fundamental que acababa de producirse en nuestra posición bélica frente al Japón. Habíamos perdido el dominio de todos los

océanos excepto el Atlántico. Australia, Nueva Zelanda y todas las islas de importancia vital situadas en aquella región se hallaban expuestas al ataque enemigo.

Disponíamos tan sólo de un arma eficaz; el “Prince of Wales” y el “Repulse” habían llegado a Singapur. Los habíamos enviado allí para ejercer aquella especie de vaga amenaza que los grandes buques de guerra cuya posición no se conoce exactamente suelen hacer pesar sobre los proyectos navales del enemigo. ¿Qué misión les encomendaríamos a la sazón? Era necesario, evidentemente, que se hicieran a la mar y se ocultaran entre las innumerables islas de aquellas regiones. Todos estuvimos de acuerdo a este respecto.

Yo, por mi parte consideraba que debían cruzar el Pacífico e ir a reunirse con lo que había quedado de la Flota americana. Tal cosa sería en aquellos momentos un hermoso gesto que uniría estrechamente al mando anglosajón. Habíamos aprobado ya sinceramente que el Departamento de Marina de los Estados Unidos retirara del Atlántico sus acorazados. De este modo, al cabo de pocos meses existiría en la costa occidental de América una escuadra capaz de librar una batalla decisiva si se presentaba la ocasión. Ello, por lo demás, constituiría la mejor protección posible para nuestros hermanos de Australia. A todo esto, empero, como la hora era ya avanzada, decidimos dejar para la mañana siguiente la resolución acerca de lo que haríamos con el “Prince of Wales” y el “Repulse”.

Dos horas más tarde, ambos navíos estaban en el fondo del mar.

La decisión del almirante Phillips

He de relatar ahora la tragedia de aquellos buques, en la cual la fatalidad desempeñó tan importante papel.

El “Prince of Wales” y el “Repulse” habían llegado a Singapur el 2 de diciembre. El día 5, el almirante Tom Phillips llegó a Manila por vía aérea con objeto de estudiar con el general Mac Arthur y el almirante Hart una posible acción combinada. Este último aceptó que cuatro destructores norteamericanos se colocaran bajo el pabellón de Phillips. Ambos almirantes tenían la impresión de que ni Singapur ni Manila eran en aquel momento base adecuada para la Flota aliada. Al día siguiente se enteraron de que había entrado en el golfo de Siam una gran escuadra japonesa de desembarco. Era evidente que se avecinaban acontecimientos de enorme trascendencia.

Phillips regresó a Singapur el 7 por la mañana. Poco después de medianoche, es decir, ya el 8 de diciembre, se supo que estaba en curso un desembarco en Kota Bharu, y, más tarde que estaban realizándose otros cerca de Singora y también en Patán. Había empezado la invasión de Malaca en gran escala.

El almirante Phillips consideró que su deber era atacar al enemigo mientras desembarcaba. Reunió a sus oficiales superiores y todos convinieron en que la Flota no podía permanecer inactiva en aquella hora crítica. Phillips comunicó sus intenciones al Almirantazgo. Pidió al Mando de la Aviación de Singapur que enviara cazas a nuestros aeródromos situados en la parte septentrional del país. Solicitó asimismo que nuestras reducidas fuerzas aéreas le prestaran toda la ayuda posible, a saber: vuelos de reconocimiento hasta un centenar de millas al norte de su escuadra el 9 de diciembre, vuelos de reconocimiento a la altura de Singora el día 10 a partir del alba, y protección de cazas sobre Singora durante la mañana del propio día 10.

Esta última petición de importancia capital no pudo ser atendida, en primer lugar porque se esperaba un ataque contra Singapur y en segundo lugar porque nuestras fuerzas no estaban ya en condiciones de utilizar los aeródromos septentrionales.

La tragedia

El almirante había zarpado el día 8 a las 5'35 de la tarde, con el "Prince Of Wales" y el "Repulse" y los destructores "Electra", "Express", "Vampiro" y "Tenedos"; estaba ya en alta mar cuando tuvo conocimiento de lo antedicho. En el mensaje se le comunicaba asimismo que los japoneses tenían importantes contingentes de bombarderos en Indochina meridional. Dado que las frecuentes turbonadas y las nubes bajas no favorecían la acción aérea, Phillips decidió seguir adelante. El 9, al anochecer, despejó el tiempo, y muy luego tuvo el almirante buenas razones para creer que los aviones enemigos habían localizado su escuadra y la seguían desde lejos. Había que abandonar, pues, toda esperanza de sorprender a los japoneses, y temer, en cambio, que a la mañana siguiente se produjeran violentos ataques aéreos enemigos cerca de Singora.

En tal situación el almirante Phillips renunció, muy a pesar suyo, a su audaz empresa, y después de obscurecido viró en redondo. Había hecho realmente todo lo posible y aún podía salir con bien de aquella aventura. Por desgracia, empero, hacia medianoche se tuvo conocimiento de otro desembarco enemigo en Kuantan, a más de 200 kilómetros al sur de Kota Bharu, el almirante Phillips creyó que el enemigo, que tenía noticias de que su escuadra se dirigía hacia el Norte, no esperaría verla aparecer tan al Sur el día 10 al amanecer. Quizá, después de todo, aun podía coger a los japoneses por sorpresa como era su deseo. Aceptó el riesgo e hizo que sus buques pusieran proa a Kuantan.

Los informes nipones no dicen que la presencia de la escuadra británica hubiese sido advertida por la Aviación el día 9; pero un submarino comunicó a las dos de la tarde que aquella se dirigía hacia el Norte. La 22ª Flotilla aérea japonesa, cuya base se hallaba cerca de Raigón estaba cargada de bombas para atacar Singapur. Substituyó inmediatamente las bombas por torpedos y decidió efectuar el ataque nocturno contra los navíos británicos. Al no encontrar rastro de éstos, los aparatos nipones regresaron hacia medianoche a su base. El 10, antes del alba, otro submarino japonés informó que la escuadra británica iba rumbo al Sur. A las seis de la mañana salió en servicio de exploración una escuadrilla enemiga compuesta de nueve aparatos, seguida, una hora más tarde por una potente formación de 84 bombarderos y torpederos, organizada en oleadas de nueve aviones aproximadamente cada una.

La noticia del desembarco en Kuantan resultó ser falsa, pero como no había recibido desde Singapur ninguna rectificación en tal sentido, el almirante permaneció a la expectativa hasta que, poco después del amanecer, el destructor "Expres" se acercó al puerto y no observó señal alguna de la presencia del enemigo. Antes de reemprender su marcha hacia el Sur, la escuadra se entretuvo durante un breve espacio en la búsqueda de un remolcador y otras pequeñas embarcaciones que habían sido avistados antes. Entonces fue cuando empezó el drama, en el cual la fortuna nos fue adversa. Los aviones japoneses habían llegado hasta la altura de Singapur sin distinguir buque alguno. Al emprender el vuelo de regreso, rumbo al Norte, el azar les condujo directamente hasta su presa.

A las 10'20 de la mañana el "Prince of Wales" avisto un aparato nipón de reconocimiento, y poco después de las once hizo su aparición la primera formación de bombarderos. El enemigo atacó en oleadas sucesivas. La primera de ellas colocó una bomba en el "Repulse", que provocó un incendio, si bien éste fue rápidamente sofocado y el navío no tuvo que disminuir la marcha. En la segunda oleada, el "Prince of Wales" resultó alcanzado simultáneamente al parecer por dos torpedos que estallaron casi en el mismo punto y ocasionaron graves daños e importantes vías de agua. Quedaron inmovilizadas las dos hélices de babor, y el navío ya no recobró el Gobierno. El "Repulse" no fue alcanzado en el curso de aquél ataque.

A los pocos minutos otra oleada se concentró sobre el "Repulse"; de nuevo el buque salió indemne. Entretanto, los dos navíos se habían alejado algo uno del otro. El

capitán Tennant, después de transmitir a Singapur un mensaje urgente: “Nos bombardean aviones enemigos”, se acercó con el “Repulse” al buque almirante.

A las 12'22 se registró un nuevo ataque que fue funesto para los dos acorazados. Después de esquivar con éxito diversos torpedos, el “Repulse” resultó alcanzado en el centro. Poco después, en el curso de otro ataque, un torpedo le deshizo el timón, y luego, en rápida sucesión, cayeron tres torpedos más sobre el buque. El capitán Tennant comprendió que su navío estaba perdido. Ordenó inmediatamente que toda la tripulación subiera a cubierta; no cabe duda de que aquella oportuna decisión salvó muchas vidas. A las 12'33 el “Repulse” volcó y se hundió.

El “Prince of Wales” había recibido otros dos torpedos hacia las 12'23 y un tercero a los pocos minutos. Su velocidad quedó reducida a ocho nudos y no tardó a su vez en hallarse en situación desesperada. A raíz de un nuevo ataque, en el curso del cual fue alcanzado por otra bomba, volcó y se hundió a la 1'20 de la tarde. Los destructores salvaron a dos mil oficiales y marineros sobre un total de cerca de tres mil. El comandante en jefe, almirante sir Tom Phillips, y el capitán de su buque insignia, John Leach, perecieron ahogados.

Acción sin precedentes



Al preguntar los jefes de Estado Mayor por qué no había acudido en auxilio de la escuadra ninguna formación de cazas de Singapur, se les confirmó que el almirante Phillips no había comunicado su cambio de ruta del día 9 porque quería guardar silencio absoluto por radio acerca de sus movimientos. Por consiguiente, Singapur ignoró la posición de la escuadra durante la mañana del 10 hasta que a mediodía recibió el mensaje urgente del capitán Tennant. Despegó al instante una escuadrilla de cazas. Estos ya no tuvieron tiempo más que para ver cómo se hundía el “Prince of Wales”.

Al enjuiciar los actos del almirante Phillips en aquellas trágicas jornadas, conviene puntualizar que tenía buenas razones para creer que podría

efectuar su proyectado ataque contra Kuantan manteniéndose fuera del alcance efectivo de los aviones torpederos con base en tierra firme, los cuales constituían su preocupación máxima, y que sólo tendría que habérselas con bombarderos de gran radio de acción apresuradamente lanzados en su persecución cuando ya habría emprendido el viaje de regreso. Los aeródromos de Saigón se hallaban a 600 kilómetros de Kuantan y en aquella época nadie había intentado aún ataque alguno con aviones torpederos a semejante distancia ni mucho menos. Tanto los norteamericanos como nosotros menospreciábamos en aquel entonces el grado de eficiencia alcanzado por la Aviación japonesa.

Desamparo en Oriente

El día 10, mientras estaba yo Abriendo el correo, sonó el teléfono que tenía al lado de la cama. Era el primer lord del Mar. Su voz tenía un tono extraño. Hablaba como si tosiera y carraspeará a la vez, por lo cual no logré de momento entender lo que me decía.

– Primer ministro, he de comunicarle que el “Prince of Wales” y el “Repulse” han sido hundidos por los japoneses... desde el aire, según parece. Tom Phillips ha muerto ahogado.

– ¿Esta usted seguro de todo eso?

– No tengo la menor duda.

Colgué el aparato. Celebré encontrarme solo. Desde el principio de la guerra no había sufrido un golpe que me afectara más profundamente. El lector de estas páginas comprenderá cuántos esfuerzos, cuántas esperanzas y proyectos habían naufragado con aquellos dos navíos. Al volverme y revolverme en el lecho vi con claridad todo el horror de lo que acababa de suceder. No quedaban buques de línea británicos ni norteamericanos en el océano Índico ni en el Pacífico, excepto los supervivientes de Peral Harbour, que se dirigían a toda máquina hacia California. El Japón era dueño absoluto de aquella inmensa extensión de agua, mientras nosotros nos hallábamos poco menos que inermes y desamparados.

Rendición de cuentas ante el Parlamento

Proseguían en secreto los preparativos para que yo pudiese salir el día 14 para los Estados Unidos. Las noventa y seis horas que precedieron a la partida fueron de gran ajetreo para mí. El día 12, en los Comunes, tenía que formular una declaración completa acerca de la nueva situación. La batalla de Líbia, que evidentemente no acababa de resolverse en forma clara, tenía inquieta y no poco descontenta a la opinión pública. Yo estaba seguro de que nos aguardaban jornadas aciagas en nuestra lucha contra el Japón. Por otra parte las victorias rusas habían demostrado el fatal error de la campaña hitleriana en el Este, y el invierno aún no había dejado sentir todo el peso de sus rigores. Teníamos a raya, de momento al menos, a los submarinos enemigos en el Atlántico y nuestras pérdidas habían disminuido considerablemente. Por último, las cuatro quintas partes de la población del Globo estaban luchando a nuestro lado. La victoria final era segura. En este sentido me expresé ante los Comunes.

Mantuve el tono perfectamente sereno de la narración objetiva, evitando toda promesa de éxito rápido. La Cámara guardó un profundo silencio, como si quisiera reservarse para más adelante su opinión sobre mis palabras. Yo no pretendía ni esperaba otra cosa.



CAPITULO XXXV

Mi viaje a los Estados Unidos

(Mr. Churchill salió de Londres el 12 de diciembre de 1941 para ir a entrevistarse con Mr. Roosevelt por segunda vez. Embarcó en el “Duke of Cork”, acompañado por lord Beaverbrook, el mariscal sir John Dill (ex jefe del Alto Estado Mayor Imperial), el almirante Pound (primer lord del Mar) y el mariscal Portal (jefe del estado Mayor de la Aviación).

Confiábamos en hacer la travesía en siete días, a un promedio horario de veinte nudos, teniendo en cuenta las bordadas que habíamos de dar para esquivar a los submarinos que estuvieran al acecho. El Almirantazgo dispuso que bajáramos por el mar de Irlanda hasta el golfo de Vizcaya. El tiempo era desagradable. Soplaban un viento muy fuerte y el mar estaba agitado. Cubrían el cielo densas nubes. Teníamos que atravesar la ruta que seguían en ambos sentidos los submarinos entre los puertos franceses de la costa occidental y sus zonas de operaciones en el Atlántico. Abundaban de tal manera por aquellos parajes, que el Almirantazgo ordenó a nuestro capitán que no se separase de la flotilla de escolta; pero como los destructores sólo podían avanzar a una marcha horaria de seis nudos a causa de la mar gruesa, hubimos de navegar a la indicada velocidad durante cuarenta y ocho horas hasta doblar la costa meridional de Irlanda.

Inquietudes y precauciones

Pasamos a menos de 400 millas de Brest, y no pude menos que recordar que el “Prince of Wales” y el “Repulse” habían sido hundidos, pocos días antes, por aviones torpederos con base en tierra firme. A causa de la nubosidad, nuestros aviones de escolta no habían podido acompañarnos, excepto, de vez en cuando, algún aparato aislado. Pero en un momento determinado al subir a cubierta, observé con desagrado que nos acercábamos a una gran extensión en la que el cielo estaba despejado. Por fortuna, no ocurrió nada. El navío avanzaba lentamente, protegido por sus destructores. Aquella marcha calmada nos impacientaba cada vez más.

A la segunda noche de viaje nos encontramos ya cerca de la ruta de los submarinos. El almirante Pound, que fue quien tomó la decisión, dijo que nos exponíamos más a embestir a un sumergible enemigo que a ser torpedeados por alguno de ellos. La obscuridad era absoluta. Dejamos, pues, atrás a nuestros destructores y seguimos adelante a toda la velocidad que nos permitía el estado de la mar. Se procedió a cerrar todas las escotillas. Enormes olas barrían los puentes. Lord Beaverbrook afirmó que hubiese preferido viajar en un submarino.

Nuestro numeroso personal encargado de descifrar los telegramas estaba, naturalmente, en condiciones de recibir por radio muchísimos mensajes. Nosotros, en cambio, sólo podíamos contestar en forma muy limitada. Cuando se nos incorporaron, procedentes de las Azores, nuevos destructores, ya nos fue posible organizar un sistema mejor; durante el día les enviábamos señales Morse en clave, que ellos retransmitían después de alejarse un centenar de millas para no revelar nuestra posición. De todos modos, la falta de comunicación radiofónica nos producía una extraña sensación de claustrofobia, precisamente cuando nos hallábamos en el centro de un mundo en guerra.

Moscú y las fronteras de la postguerra

No habíamos dejado atrás nuestros problemas, y yo tenía el pensamiento fijo en el ministro de Asuntos Exteriores, que se hallaba también en alta mar y marchaba a toda velocidad en dirección opuesta a la mía (hacia Moscú). Lo más urgente en aquel

momento era decidir si teníamos que pedir o no al Gobierno soviético que declarara la guerra al Japón. Yo había enviado ya el siguiente telegrama a Mr. Eden:

“12 de diciembre de 1941.

“Antes de partir solicitó usted la opinión de los jefes de Estado Mayor acerca de la conveniencia de que Rusia declarara la guerra al Japón. Tras detenido estudio, los mencionados jefes dice:

“Una declaración de guerra de Rusia al Japón será de gran utilidad para nosotros, pero sólo en caso de que los rusos tengan la seguridad de que ello no ha de redundar en menoscabo de su frente occidental ni ahora ni en la primavera próxima.”

Añadí, a guisa de posdata, después de la llegada de Mr. Eden a Moscú:

“Teniendo en cuenta el evidente y vivo deseo que los Estados Unidos, China y supongo que también Australia sienten de que Rusia declare la guerra al Japón, no debe usted hacer nada en contra de una acción en este sentido si Stalin se considera con fuerzas suficientes para llevarla a cabo. No tenemos derecho a ejercer gran presión sobre él, dada la escasa ayuda que hemos podido prestar a Rusia.”

Durante nuestro viaje recibí de Mr. Eden una serie de telegramas en los que exponía las ideas de los Soviets sobre otros problemas en los que se le habían planteado a su llegada a Moscú. El mismo resumió la esencia de dichos mensajes en el informe completo que con fecha 5 de enero de 1942 redactó a su regreso:

“... En mi primera conversación con M. Stalin y M. Molotov, celebrada el 16 de diciembre, aquél me expuso con cierto detalle lo que consideraba habían de ser las fronteras territoriales de Europa después de la guerra, y especialmente sus ideas acerca del trato a aplicar a Alemania. Propuse la restauración de Austria como Estado independiente, la separación de Renania y Prusia, convirtiendo a la primera en un Estado independiente o en un Protectorado, y posiblemente la constitución de un Estado independiente de Baviera. Propuse asimismo la cesión de la Prusia oriental a Polonia y la reincorporación del país de los sudetes a Checoslovaquia.

“A su juicio, habrá que reconstruir Yugoslavia y aun cederle algunos territorios italianos, restablecer la independencia de Albania, ceder el Dodecaneso a Turquía, y quizá proceder a determinados ajustes a favor de Grecia por lo que se refiere a algunas islas del Egeo particularmente importantes para dicho país. Podría adjudicarse asimismo a Turquía algunos distritos de Bulgaria y posiblemente también del norte de Siria.

“En general, los países actualmente ocupados, entre ellos Checoslovaquia y Grecia, deberán recobrar sus fronteras anteriores a la guerra. M. Stalin se mostró dispuesto a apoyar todo acuerdo relativo a la cesión de bases, etc., al Reino Unido en los países de la Europa occidental: Francia, Bélgica, Holanda, Noruega y Dinamarca.

“Con referencia a los intereses especiales de la Unión Soviética, M. Stalin desea ver restablecida la situación de 1941, anterior al ataque alemán, en los países bálticos, Finlandia y Besarabia. La “Línea Curzon” deberá servir de base a la futura frontera ruso

polaca. Rumania habrá de conceder determinadas facilidades a la Unión Soviética para la instalación de bases, etc., y recibirá, como compensación, algunos territorios actualmente ocupados por Hungría.

“En el curso de aquella primera conversación M. Stalin se mostró de acuerdo en general con el principio de las reparaciones en especie a satisfacer por Alemania a los países ocupados, particularmente por lo que se refiere a máquinas-herramientas, etc., descartando las reparaciones monetarias por considerarlas inadecuadas. Mostróse asimismo interesado en la creación de una alianza militar entre los “países democráticos” después de la guerra, e hizo constar que la Unión Soviética no se opondría a la constitución de una relación de tipo federal entre algunos Estados europeos si así lo deseaban.

“En la segunda conversación, celebrada el 17 de diciembre, M. Stalin insistió en su deseo de que el Gobierno de Su Majestad reconociera las futuras fronteras de la U.R.S.S., y de modo especial la anexión de los Estados Bálticos y el restablecimiento de la frontera ruso finlandesa de 1941. Dijo que el acuerdo sobre este punto era condición especial para la conclusión de cualquier pacto anglo soviético.

“Yo por mi parte, expuse a M. Stalin que, dados los acuerdos concertados anteriormente con el Gobierno de los Estados Unidos, no podía en modo alguno el Gobierno de Su Majestad adquirir de momento compromisos relativos a las fronteras europeas de la postguerra, pero que a mi regreso expondría el asunto al Gobierno de Su Majestad, al Gobierno de los Estados Unidos y a los Gobiernos de los Dominios británicos. Este punto, al cual M. Stalin concedía importancia fundamental, fue discutido nuevamente en la tercera entrevista, que tuvo lugar el 18 de diciembre.”

“No ha llegado aún la hora...”

En la primera fila de las exigencias rusas figuraba la de que los Estados bálticos, sojuzgados por Rusia al principio de la guerra, quedasen incorporados definitivamente a la Unión Soviética. Había diversas otras condiciones relativas a la expansión imperialista rusa, junto con vehementes peticiones de envío de suministros en cantidad ilimitada, así como relativas a acciones militares imposibles de poner en práctica. Al leer los telegramas de Mr. Eden, reaccioné violentamente contra la absorción de los Estados bálticos.

Del primer ministro al lord del Sello Privado.

“20-12-41.

“Las peticiones de Stalin acerca de Finlandia, los Estados bálticos y Rumania están en contradicción abierta con los tres primeros artículos de la Carta del Atlántico suscrita por el propio Stalin. No cabe ni siquiera pensar en que demos nuestra conformidad a semejante cosa, ya sea secreta o públicamente, en forma directa o implícita, sin ponernos antes de acuerdo con los Estados Unidos. No ha sonado aún la hora de resolver problemas fronterizos que sólo podrán quedar solucionados en la Conferencia de la Paz, cuando hayamos ganado la guerra.

“El simple deseo de concertar un acuerdo que puede ser hecho público no debe en ningún caso inducirnos a formular promesas injustas. El ministro de Asuntos Exteriores se ha portado admirablemente y no debe sentirse descorazonado si tiene que salir de Moscú sin acompañamiento de clarines. Los rusos deberán seguir luchando de todos modos por su existencia y dependen de nosotros por lo que se refiere al envío de considerables cantidades de suministros que hemos acumulado a costa de grandes esfuerzos y que les haremos llegar basándonos en un espíritu de lealtad.

“Espero que el Gabinete convendrá en comunicar lo que antecede al ministro de Asuntos Exteriores. Este actuará sin duda alguna con el tacto y la discreción necesarios, pero es preciso que sepa concretamente cuál es nuestro criterio.”

El gabinete compartió mi punto de vista y telegrafió a Moscú en tal sentido. Yo respondí a Mr. Eden como sigue:

Del primer ministro (en alta mar) al ministro de Asuntos Exteriores (en Moscú)

“20-12-1941.

“Naturalmente, no debe usted mostrarse descortés con Stalin. Nos hemos comprometido con los Estados Unidos a no concertar ningún pacto de carácter especial o secreto. Formular semejantes propuestas al presidente Roosevelt sería tanto como aspirar a una negativa categórica y podría dar origen a dificultades de gran trascendencia para ambas partes.

“La seguridad estratégica de Rusia en su frontera occidental constituirá uno de los temas de la Conferencia de la Paz. Los hechos han demostrado que la posición de Leningrado es singularmente peligrosa. El primer objetivo consistirá en impedir que Alemania provoque una nueva guerra. La separación entre sí de Prusia y la Alemania meridional, así como la delimitación de la propia Prusia, será una de las cuestiones más importantes a decidir. Pero todo esto corresponde a un futuro incierto y probablemente remoto. Ahora tenemos que ganar la guerra mediante una lucha encarnizada y larga. Suscitar públicamente en estos momentos tales problemas sólo serviría para que todos los alemanes se agruparan más firmemente en torno a Hitler...”

Un solo frente para Rusia

El informe de Mr. Eden da cuenta de sus últimas conversaciones con Stalin en Moscú.

“Nos despedimos uno de otro en un ambiente de suma cordialidad. Después de mis explicaciones, M. Stalin pareció comprender plenamente la imposibilidad en que nos hallábamos de abrir un segundo frente en Europa en los momentos actuales. Mostró notable interés por el curso de nuestra ofensiva en Libia y expuso su criterio de que es muy conveniente poner a Italia fuera de combate, fundándose en el principio de que el hundimiento del Eje ha de empezar con la destrucción de su parte más débil.

“Dijo que no se consideraba toda vía suficientemente fuerte para proseguir la campaña contra Alemania e iniciar al mismo tiempo las hostilidades con el Japón. Confía que en la primavera próxima habrá puesto su ejército del Extremo Oriente nuevamente al nivel en que se hallaba antes de verse obligado a retirar sus fuerzas del mismo para enviarlas al frente occidental. No se comprometió a declarar la guerra al Japón en la primavera próxima, sino solamente a estudiar de nuevo el asunto, si bien, afirmó, prefería que fuesen los japoneses quienes rompieran las hostilidades, eventualidad ésta que, al parecer, considera perfectamente posible.”



CAPITULO XXXVI

Ambicioso proyecto a largo plazo

El viaje de ocho días (a los Estados Unidos en diciembre de 1941), con su obligada limitación en el estudio y despacho de los asuntos normales, sin reuniones del Gabinete a que asistir y sin audiencias que conceder, me permitió pasar revista al panorama general de la guerra tal como yo lo veía a la luz de su súbita expansión. Como de costumbre traté de fijar mis ideas transcribiéndolas al papel mediante dictado.

Líneas generales

A fin de prepararme para mis entrevistas con el Presidente, y teniendo en cuenta que me acompañaban dos de los jefes de Estado Mayor, Pound y Portal y el general Dill, dicté tres largas notas relativas al curso futuro de la guerra tal como yo lo concebía.

Una vez puestos a máquina y repasados, envié dichos documentos a mis colegas militares para que conociesen mis convicciones personales. Ellos, por su parte, estaban preparando al mismo tiempo otras notas similares para las conferencias conjuntas de los Estados Mayores. Aunque mi punto de vista tenía un carácter más general y el suyo era más técnico, observé con satisfacción que existía entre nosotros la acostumbrada armonía en cuanto a principios y apreciaciones.

La primera nota preparada por mí exponía las razones por las cuales nuestro objetivo esencial para la campaña de 1942 en el escenario europeo había de ser la ocupación de toda la línea costera de África y de Levante desde Dakar hasta la frontera turca por las fuerzas británicas y norteamericanas. La segunda nota se refería a las medidas que debíamos adoptar para reconquistar el dominio del Pacífico y señalaba el mes de mayo de 1942 como la época en que sería posible lograr tal cosa. Hacia especial hincapié en la necesidad de poseer un buen número de portaaviones, para lo cual sería preciso improvisarlos en gran escala. La tercera nota exponía como objetivo final la liberación de Europa mediante el desembarco de grandes ejércitos angloamericanos con los puntos que se considerase adecuados del territorio ocupado por los alemanes y fijaba el año 1943 para realizar esta acción suprema.

Entregué estos documentos al Presidente antes de Navidad. Hice la obligada salvedad de que, como en ellos estaban expuestos simplemente mis puntos de vista personales, no pretendían en modo alguno interferir los intercambios oficiales de opiniones entre los Estados Mayores.

1942: África

(Se transcriben a continuación algunos de los pasajes más destacados de los extensos documentos citados.)

“...Aun cuando sería imprudente considerar eliminado el peligro de una ofensiva alemana hacia el Sudeste contra el frente Persia-Irak-Siria, no cabe duda de que tal peligro parece mucho menos inminente que hasta ahora. Deberíamos, por lo tanto hacer todo lo posible por incorporar a nuestro bando el África septentrional francesa; el momento actual es el indicado para ejercer toda la presión que esté a nuestro alcance sobre el Gobierno de Vichy y las autoridades francesas del norte de África...”

“Además de las fuerzas que el general Auchinleck pueda aportar en su acción desde el Este si alcanza el triunfo esperado en Tripolitania, tenemos dispuestos en la Gran Bretaña (Operación “Atleta”) unos 55.000 hombres organizados en dos divisiones de infantería y una unidad blindada con sus correspondientes buques de transporte. Estas fuerzas podrían entrar en el África del Norte francesa, previo acuerdo con las autoridades correspondientes, a los veintitrés días de dictar la orden de embarque de las mismas... Convendría que al mismo tiempo los Estados Unidos se comprometieran a llevar, a través de Casablanca y otros puertos de la costa africana del Atlántico, un número no inferior a 150.000 hombres en el curso de los seis meses siguientes. Una vez concertado el acuerdo con las autoridades francesas, ya fuese las de Vichy o las del África septentrional sería necesaria la presencia en aquella zona, lo antes posible, de algunos contingentes norteamericanos, por ejemplo 25.000 hombres...

“En 1942 habrá que realizar una campaña destinada a ocupar, o conquistar, toda la costa septentrional de África, incluso los puertos marroquíes del Atlántico. Dakar y los demás puertos de África occidental francesa deberán ser ocupados antes de terminar el año. Si bien la ocupación del África del Norte francesa es de urgente necesidad para impedir una penetración alemana, habrá que contar con un período preparatorio de ocho o nueve meses para conquistar Dakar y las colonias del oeste de África...

“Resumiendo: el principal esfuerzo ofensivo bélico en el Oeste durante 1942 ha de orientarse hacia la ocupación y dominio por la Gran Bretaña y los Estados Unidos de todas las posesiones francesas en el África septentrional y occidental, así como el dominio por parte de la Gran Bretaña de toda la costa septentrional africana desde Túnez hasta Egipto, para asegurar de ese modo, si la situación naval lo permite, el paso libre a través del Mediterráneo hacia Levante y el canal de Suez. Estos grandes objetivos sólo podrán alcanzarse si se mantiene la superioridad naval y aérea británica y norteamericana en el Atlántico, si el envío de suministros continúa sin interrupción y si las Islas Británicas están debidamente protegidas contra la invasión.”

1943: Invasión de Europa

Se ha hablado y publicado tanto acerca de mi decidida repugnancia a realizar operaciones en gran escala en el Continente, que es conveniente poner de manifiesto la verdad de los hechos. Yo consideré siempre que el único medio de ganar la guerra era lanzar una ofensiva a fondo y en la mayor escala posible contra los países ocupados por los alemanes, y que esta operación debía realizarse en el verano de 1943. Ya antes del final de 1941 calculaba los contingentes necesarios para la fase final de la ofensiva en cuarenta divisiones blindadas y un millón de hombres de otras armas. Al ver la infinidad de libros que se han escrito a base de una suposición falsa acerca de mi actitud en este asunto, me considero obligado a llamar la atención del lector sobre los documentos auténticos y oficiales escritos en aquella época.

(Los párrafos siguientes corresponden a la tercera nota de Mr. Churchill sobre “La campaña de 1943”, de fecha 18 de diciembre de 1941.)

“...La guerra no puede terminar haciendo retroceder a los japoneses hasta sus propias fronteras y derrotando a sus fuerzas de ultramar. La guerra sólo puede terminar mediante la derrota en Europa de los ejércitos alemanes o mediante convulsiones internas en la misma Alemania ocasionadas por el curso desfavorable de la guerra, las privaciones económicas y la ofensiva aérea aliada. A medida que aumente la fuerza de los Estados Unidos, la Gran Bretaña y Rusia, y los alemanes vayan sintiendo en forma creciente el peso de la misma, es posible que se produzca un colapso interno; pero no hemos de contar con esto. Nuestros planes deben ser trazados sobre la hipótesis de que la resistencia del Ejército y la Aviación alemana continuará en su forma actual y que la acción de los submarinos proseguirá con flotillas cada vez más numerosas.

“Hemos de prepararnos, por lo tanto, para liberar a los países sojuzgados de la Europa occidental y meridional mediante el desembarco en puntos adecuados, sucesiva y simultáneamente, de unos ejércitos británicos y norteamericanos lo suficientemente fuertes para apoyar la sublevación de las poblaciones de los países ocupados. Dichos pueblos no podrán nunca sublevarse por ellos mismos, dadas las despiadadas medidas represivas que adoptaría el ocupante; pero si desembarcáramos fuerzas bien equipadas y en número suficiente en diversos de los siguientes países: Noruega, Dinamarca, Holanda, Bélgica, y las costas francesas del canal de la Mancha y del Atlántico, así como en Italia y posiblemente en los Balcanes, las guarniciones alemanas serían impotentes para hacer frente simultáneamente a las fuerzas liberadoras y a la furia de los pueblos sublevados.

“Mientras dispongamos de los efectivos navales necesarios para elegir el punto o los puntos de ataque, será imposible que los alemanes tengan tropas suficientes en cada uno de dichos países para oponer una resistencia eficaz. Conviene tener presente que no podrán desplazar rápidamente sus unidades blindadas de Norte a Sur o de Oeste a Este; habrá de escoger entre distribuir las por los diversos países ocupados – en cuyo caso quedarán dispersas y por lo tanto carecerán de eficacia – y tenerlas concentradas en Alemania, en cuyo caso no llegarán al punto deseado hasta que nosotros hayamos desembarcado ya importantes contingentes de fuerzas.

“Así, pues, debemos desde ahora estudiar no sólo los problemas de hacer retroceder a los japoneses hasta sus propias fronteras insulares y recobrar el dominio absoluto del Pacífico, sino también el de liberar a la Europa ocupada mediante el desembarco, en el verano de 1943 de importantísimos efectivos norteamericanos y británicos en sus costas. Hay que trazar planes detallados para el desembarco en todos y cada uno de los países antes mencionados. La elección definitiva de los tres o cuatro puntos idóneos para asestar el golpe deberá ser aplazada tanto como sea posible, a fin de actuar de acuerdo con lo que aconsejen las realidades del momento oportuno y tener garantizado el secreto de la operación.

“Las vanguardias de los diversos cuerpos expedicionarios británicos y norteamericanos deberían estar concentradas, en la primavera de 1943, en Islandia, las Islas Británicas y, a ser posible, en el Marruecos francés y en Egipto...”

Fallo de fechas, no de hechos

Como puede verse, el texto de estos tres documentos guarda estrecha relación con lo que la Gran Bretaña y los Estados Unidos llevaron a cabo durante las campañas de 1942 y 1943. Obtuve finalmente la conformidad del presidente Roosevelt a la expedición contra el noroeste de África (operación “Antorcha”), la cual constituyó nuestra primera gran ofensiva anfibia conjunta.

Era mi ferviente deseo que el paso del canal de la Mancha y la liberación de Francia se realizaran en el verano de 1943. Sin embargo, aunque siempre es esencial hacer planes para el futuro y a veces es posible preverlo en ciertos aspectos, nadie puede impedir que las acciones y contragolpes del enemigo alteren el calendario de los acontecimientos de magnitud tan extraordinaria. Las fuerzas británicas y norteamericanas alcanzaron todos los objetivos señalados en los documentos transcritos, precisamente por el orden indicado en los mismos, aunque no en las fechas previstas.

Resultaron fallidas mis esperanzas de que el general Auchinleck dejara limpio de enemigos el territorio líbico en febrero de 1942. Nuestro comandante en jefe del Oriente Medio sufrió una serie de dolorosos reveses que describiré en el momento oportuno. Hitler, enardecido quizá por el éxito, decidió mediante un vigoroso esfuerzo, librar batalla por la posesión de Túnez y a tal efecto envió allí otros 200.000 hombres a través de Italia y el Mediterráneo. Los ejércitos británicos y norteamericanos, por consiguiente, se vieron obligados a realizar en el norte de África una campaña de mayor importancia y duración de lo que yo había imaginado. Esto impuso un retraso de cuatro meses a nuestro calendario de operaciones.

Las fuerzas angloamericanas no habían logrado, a fines de 1942, el dominio de “todas las posesiones francesas en el África septentrional y occidental así como el dominio por parte de la Gran Bretaña de toda la costa septentrional africana desde Túnez hasta Egipto”. No obtuvimos tales resultados hasta el mes de mayo de 1943. En consecuencia, el supremo plan de cruzar el Canal y liberar a Francia, en favor del cual yo había laborado tanto, no se pudo poner en práctica aquel verano y hubo necesariamente que aplazarlo un año entero, o sea hasta el verano de 1944.

Mis reflexiones subsiguientes, a la luz del pleno conocimiento que ahora tenemos de los hechos, me han convencido de que fue para nosotros una gran suerte sufrir aquella decepción. Aquel retraso de un año nos salvó de lo que en 1943 hubiese sido todo lo más, una aventura sumamente arriesgada y que habría podido terminar con un desastre de repercusión mundial. Si Hitler hubiese sido listo, habría evitado el enorme número de bajas que sufrieron sus ejércitos en el norte de África y habría tenido entonces en Francia, para enfrentarse con nosotros, el doble de la fuerza de que dispuso en 1944, y ello antes de que los ejércitos y Estados Mayores norteamericanos recién creados hubieran alcanzado la plena madurez profesional y la práctica necesaria en el combate, así como mucho antes de haber procedido a la construcción de los puertos artificiales y a la organización de las enormes flotas especiales de desembarco.

Ahora estoy seguro de que si la operación “Antorcha” hubiese terminado como yo esperaba en 1942 o aun si ni siquiera se hubiese llegado a poner en práctica, el intento de cruzar el canal de la Mancha en 1943 habría acabado para nosotros en una cruenta derrota de primera magnitud, con imprevisibles consecuencias sobre el resultado de la guerra. A lo largo de 1943 me fui dando cada vez más clara cuenta de esto y por lo tanto acepté como inevitable el aplazamiento de la proyectada ofensiva contra el Continente a través de Francia, al propio tiempo que me hacía perfecto cargo del enojo de nuestro aliado soviético.

Cuando ya fue evidente que no podíamos atravesar el Canal hasta 1944, surgió imperiosa la necesidad de poner rápidamente en estado de madurez la campaña en el

Mediterráneo. Sólo desembarcando en Sicilia y en Italia podríamos librar la batalla en gran escala con el enemigo y derribar por lo menos al más débil de los componentes del Eje.



CAPITULO XXXVII

Jornadas de labor intensa

Estaba previsto que remontaríamos el Potomac y nos trasladaríamos luego a la Casa Blanca en automóvil, pero todos nos hallábamos impacientes por terminar nuestro viaje tras cerca de diez días de navegación. Convinimos, pues, en tomar un avión en Hampton Roads, y aterrizamos el 22 de diciembre, ya entrada la noche, en el aeropuerto de Wáshington. El Presidente nos esperaba en su coche. Estreché su robusta mano con viva satisfacción. Llegamos al poco rato a la Casa Blanca, que había de ser nuestro hogar, en todas las acepciones de la palabra, durante las tres semanas siguientes. Mrs. Roosevelt nos dio la bienvenida y luego se las ingenió constantemente para hacernos agradable la estancia allí.

Espíritu de camaradería

He de confesar que mi espíritu estuvo de tal modo absorbido por el torbellino de los acontecimientos y el trabajo personal que hube de realizar, que, antes de refrescar la memoria, sólo conservaba un vago recuerdo de aquellas jornadas. Mis contactos con el Presidente, como es natural, constituyeron el hecho más saliente. Nos reuníamos en conferencia durante varias horas cada día y almorzábamos siempre juntos, con Harry Hopkins como único compañero en la mesa. No hablábamos más que de los asuntos relativos a la guerra y así nos pusimos de acuerdo sobre muchas cuestiones, tanto esenciales como de importancia secundaria.

La cena tenía un aire más mundano, aunque igualmente íntimo y cordial. El Presidente gustaba de preparar él mismo los cócteles; yo empujaba su silla de ruedas para conducirla desde el salón hasta el ascensor como muestra de respeto, acordándome al propio tiempo de sir Walter Raleigh cuando tendió su capa al paso de la reina Isabel. Cobré profundo afecto, que fue en aumento en el curso de nuestros años de colaboración y camaradería, a aquel político formidable que había impuesto su voluntad por espacio de casi diez años a la nación americana y cuyo corazón parecía vibrar al impulso de muchos de los sentimientos que eran gratos al mío.

Como ambos, por necesidad o por costumbre, solíamos despachar una parte de los asuntos desde el lecho, Mr. Roosevelt venía a verme a mi habitación cuando le parecía bien y me invitaba a hacer lo propio por lo que a él se refería. La estancia de Hopkins se hallaba exactamente frente a la mía, al otro lado del corredor, y a los pocos días quedó instalada en el cuarto contiguo al suyo mi sala de mapas ambulante. El Presidente mostró vivo interés por aquella organización, que el capitán Pim había perfeccionado. Le complacía en gran manera entrar allí y estudiar atentamente los grandes mapas de todos los escenarios de la guerra, que no tardaron en cubrir todas las paredes y en los cuales se registraban con tanta rapidez como precisión los movimientos de las escuadras y de los ejércitos. Al poco tiempo mandó instalar para su propio uso una sala de mapas análoga, magníficamente organizada.

La clásica tormenta en un vaso de agua

Transcurrían los días con la rapidez de horas. Supe muy luego que inmediatamente después de Navidad tenía que hablar ante el Congreso norteamericano y algunos días más tarde ante el Parlamento canadiense, en Ottawa. Aquellas importantes ceremonias me obligaron a realizar considerables esfuerzos, que no hicieron más que sumarse a las largas conversaciones cotidianas que había de celebrar y a todas mis demás ocupaciones habituales. A decir verdad, no sé cómo salí con bien de todo aquello.

Al empezar la primera conferencia, celebrada el 22 de diciembre por la noche, expuse ante el presidente y las demás personalidades que asistían a la reunión el proyecto de la intervención angloamericana en el África septentrional francesa. Mr. Roosevelt no conocía el texto de mis notas escritas en alta mar, pues no se las entregué el día siguiente. Pero evidentemente había meditado despacio mi carta del 20 de octubre (llevada a Wáshington por Mr. Attlee, con lo cual el asunto no era ya nuevo para él.

Uno o dos días más tarde me sometió el Presidente el primer proyecto de gran trascendencia. Se trataba de redactar una declaración solemne que firmarían todas las naciones en guerra con Alemania e Italia o contra el Japón. Al igual que cuando nació la Carta del Atlántico, ambos redactamos por separado sendos borradores que luego fundimos en uno solo. Estuvimos de acuerdo tanto en los principios como en el fondo y aun en las palabras. En el Gabinete de Guerra británico causó a la vez sorpresa y entusiasmo la amplitud que pensábamos dar a la Gran Alianza. Hubo un nutrido y rápido cambio de correspondencia y surgieron algunas dificultades relativas a los Gobiernos y a las autoridades que deberían firmar aquella declaración, así como sobre el orden de precedencia.

Cedimos gustosos el primer lugar a los Estados Unidos. El Gabinete de Guerra, con muy buen acuerdo, no quería incluir a la India en calidad de Potencia soberana e independiente. Mr. Hull, secretario de Estado norteamericano, se oponía a la inserción de la palabra “autoridades” con la cual yo me refería a los franceses libres, a la sazón muy mal vistos en el Departamento de Estado.

Fue aquella la primera vez que hablé con Mr. Cordell Hull; en días sucesivos celebramos diversas conversaciones. Tuve la impresión de que por aquel entonces no gozaba de la plena confianza del Presidente. Por cierto que me llamó la atención el hecho de que cuando estaban en curso acontecimientos de magnitud gigantesca, el parecía obsesionado por un incidente nimio.

Antes de mi salida de Inglaterra, el general De Gaulle nos había comunicado que deseaba liberar las islas de Saint-Pierre y Miquelon, que se hallaban bajo el mando del almirante Robert, gobernador nombrado por Vichy. Las fuerzas navales de la Francia libre eran perfectamente capaces de llevar a cabo la operación, y el Foreign Office no vio en ello ningún inconveniente. Pero según luego se supo, el Departamento de Estado norteamericano quería que la ocupación fuese realizada por tropas canadienses. Rogamos, por consiguiente, a De Gaulle que se abstuviera de poner en práctica su idea, y nos contestó que desde luego así lo haría. No obstante, ordenó al almirante Muselier que se apoderara de las islas. Los marinos de la Francia libre fueron acogidos con entusiasmo por la población, y un plebiscito celebrado poco después arrojó una mayoría del 90 por ciento en contra de Vichy.

Esto último no produjo ninguna impresión en el ánimo de Mr. Hull. Consideró tan sólo que se había inferido un ultraje a la política del Departamento de Estado. El día de Navidad hizo público un comunicado en el que decía: “Las primeras informaciones que poseemos demuestran que la acción realizada en Saint-Pierre y Miquelón por los *llamados* franceses libres constituye un hecho arbitrario que vulnera el acuerdo de todas



CORDELL HULL

las partes interesadas y que evidentemente ha sido llevado a cabo sin conocimiento ni consentimiento alguno del Gobierno de los Estados Unidos”.

Quería expulsar a los franceses libres de las islas que habían liberado del dominio de Vichy. Pero la opinión pública norteamericana reaccionó vigorosamente contra esta actitud. Parecía de perlas que en aquella hora crítica hubiesen sido liberadas las islas en cuestión y que hubiese desaparecido, por lo tanto, una odiosa emisora de radio que difundía las mentiras dictadas por Vichy y podía perfectamente transmitir señales secretas a los submarinos alemanes que andaban a la caza de los buques norteamericanos. La expresión “los llamados franceses libres” causó indignación en casi todo el mundo.

Mr. Hull, cuyas eminentes cualidades yo no podía menos que reconocer y a quien respetaba en grado sumo, había exagerado, a mi entender, las proporciones de aquel incidente que apenas si desbordaba el marco de un trámite ministerial. En el curso de nuestras conversaciones cotidianas observé que, al parecer, el Presidente se encogía de hombros ante aquel asunto. Después de todo, teníamos ya muchas preocupaciones de otro orden y se avecinaban problemas de cuantía infinitamente superior. A enérgicas instancias de nuestro Foreign Office, yo apoyé al general De Gaulle y a la “llamada” Francia libre. Diversos libros norteamericanos y franceses han dedicado capítulos enteros a este incidente, que no afectó en absoluto a nuestras discusiones esenciales.

Paréntesis de serenidad navideña

Celebramos las Navidades sin pompa alguna. Fue instalado en los jardines de la Casa Blanca el árbol tradicional, y el Presidente y yo pronunciamos desde el balcón unas breves alocuciones ante la enorme multitud congregada allí abajo y que en la penumbra tenía un aire fantasmal. Me permito reproducir aquí las palabras que entonces pronuncié, porque me brotaron espontáneamente del alma, inspiradas a buen seguro por las circunstancias y por el grato ambiente de cordialidad en que me hallaba sumido.

“Paso estas fiestas de Navidad lejos de mi patria, lejos de mi familia, pero en realidad no puedo decir que tenga la sensación de hallarme lejos de mi casa. Ya sea por los lazos de la sangre que a través de mi madre me unen con este país, ya sea por las amistades que aquí tengo, contraídas y cultivadas a lo largo de muchos años de vida activa, o bien por el vigoroso sentimiento de camaradería que enlaza en una causa común a dos grandes pueblos que hablan la misma lengua, que se postran ante los mismos altares y en muy gran medida persiguen los mismos ideales, no puedo considerarme extranjero en este lugar que constituye el centro y la cúspide de los Estados Unidos. Experimento en torno a mí una sensación de unidad y colaboración fraternal que, junto con la calidez de vuestra bienvenida, me convence de que tengo derecho a sentarme ante vuestro hogar y compartir con vosotros las alegrías de la Navidad.

“Es ésta una extraña Nochebuena. Casi el mundo entero está sumido en una lucha a muerte, los pueblos avanzan unos contra otros armados con los medios de destrucción más terribles que la ciencia haya imaginado nunca. Muy amargas serían para nosotros estas fiestas navideñas si no estuviésemos seguros de que no hemos entrado en la liza movidos por el afán de arrebatar territorios ni riquezas a pueblo alguno, que no nos ha impulsado ninguna ambición vulgar, ningún apetito insano de medrar a expensas de otros.

“Aquí, mientras ruge el monstruo de la guerra asolando tierras y océanos, acercándose más y más a nuestros hogares, aquí, en medio

del tumulto inmenso, reina esta noche de paz del espíritu bajo cada techo familiar y en el corazón de todos los hombres honrados. Así, pues, por esta noche al menos, podemos dejar de lado las penas y las inquietudes que nos acosan y dar a nuestros hijos unas horas de bienestar en un mundo agitado por las tormentas. Por una sola noche, cada hogar en todo el ámbito del mundo anglosajón puede y debe ser una isla rutilante de dicha y de paz.

“Que los niños iluminen la noche con el fulgor de su gozo y de sus risas. Que los dones de Papá Noel encanten sus juegos. Y nosotros, los adultos, compartamos sin reserva la ilusión de sus puros placeres antes de enfrentarnos de nuevo con las ásperas tareas y los años terribles que nos esperan, firmemente resuelto a que, gracias a nuestros sacrificios y a nuestro tesón, esos mismos niños no se vean despojados de su patrimonio ni se les niegue el derecho a vivir en un mundo en el que imperen la libertad y la justicia.

“Y ahora, quiera Dios concederos lo que yo deseo: unas felices Navidades a todos.”

El Presidente y yo asistimos juntos al servicio religioso el día de Navidad. Se celebró con extrema sencillez e infundió en mi ánimo una profunda sensación de paz. Experimenté un vivo placer al cantar los himnos ya conocidos y otro que no había oído nunca aún: “¿Oh, pueblecito de Belén!”. Nada mejor en verdad para vigorizar la fe de todos los que creen en el Gobierno del universo por las leyes de la sana moral.

Ante el congreso norteamericano

Cumplí con honda emoción mi promesa de pronunciar un discurso ante el Congreso de los Estados Unidos. La coyuntura revestía gran importancia para el logro de lo que estaba seguro había de ser invencible alianza de los pueblos anglosajones. Nunca hasta entonces había dirigido la palabra a un Parlamento extranjero. No obstante, yo, que por mi madre descendía, en línea masculina directa a través de cinco generaciones, de un teniente que sirvió en el ejército de Jorge Wáshington, creía tener derecho, por mi sangre, a dirigirme a los representantes de la gran República cuya causa era la nuestra. Y, no obstante, la extraña concatenación de las circunstancias me inducía una vez más a imaginar – Perdóneseme la expresión de esta idea quizá subjetiva – que yo era el instrumento predestinado, aunque indigno, de un designio providencial.

Dediqué una buena parte del día de Navidad a preparar mi discurso. Mr. Roosevelt me deseó buena suerte cuando, el 26 de diciembre, salí de la Casa Blanca hacia el Capitolio, acompañado por los presidentes del Senado y de la Cámara de Representantes. Al parecer, se había congregado una inmensa multitud a lo largo de las avenidas que conducen a la sede del Congreso, pero las medidas de seguridad que en los Estados Unidos tienen un carácter infinitamente más riguroso que en la Gran Bretaña, la mantenían a muy respetable distancia, al tiempo que nos daban escolta dos o tres automóviles ocupados por policías en atuendo civil pero convenientemente armados. Al bajar del vehículo expresé mi deseo de acercarme, en un gesto de cálida simpatía, a las masas que me aclamaban, pero no se me permitió hacer tal cosa.

En el interior, el espectáculo era en verdad impresionante y grandioso, y la gran sala semicircular, que yo veía a través de un enrejado de micrófonos, estaba llena a rebosar.

Debo confesar que me sentí perfectamente a mis anchas y mucho más seguro de mi mismo de lo que en algunas ocasiones me había sentido en la Cámara de los Comunes. Mis palabras fueron acogidas con cordialidad y escuchadas con la máxima

atención. Obtuve risas y aplausos precisamente en los pasajes que yo había previsto. La reacción más estentórea fue la que se produjo cuando, al hablar del ultraje japonés, pregunté: “¿Por quienes nos han tomado?”. Con su respuesta, la augusta asamblea me dio la sensación clara del poderío y la ardiente voluntad de la nación norteamericana. ¿Cabía dudar acaso de la victoria final?



CAPITULO XXXVIII

Mando único en el Extremo Oriente

En Wáshington reinaba gran actividad. En el curso de aquellas jornadas de incesantes deliberaciones me di cuenta de que el Presidente y sus consejeros se disponían a formularme una importante proposición.

Divergencias de matiz con hondas raíces

En el terreno militar, como en el comercial o el de la producción, la mentalidad norteamericana se rige por conclusiones de carácter simple, absoluto y lógico y proyectado siempre en una escala muy amplia. En estas conclusiones fundan los norteamericanos sus ideas y sus realizaciones prácticas. Consideran que una vez asentada sobre bases sanas e inteligentes tal o cual norma de actuación, todo su desarrollo ulterior ha de producirse en forma natural y casi ineluctable.

La mentalidad británica sigue derroteros distintos. Nosotros no creemos que los principios lógicos y perfectamente definidos sean la clave única de las decisiones a adoptar en situaciones fluidas e imprecisas. En la guerra especialmente concedemos mucha mayor importancia al oportunismo y a la improvisación, procurando actuar y triunfar de acuerdo con las facetas cambiantes del acontecimiento que está en curso más que aspirando a resolver en bloque los problemas mediante decisiones de orden fundamental. Ambos puntos de vista tienen evidentemente muchos puntos discutibles. Al parecer, la diferencia es sólo de matiz, pero, en realidad, tiene raíces profundas.

Harry Hopkins me dijo uno de aquellos días: “No se apresure usted a rechazar la proposición que el Presidente se dispone a hacerle antes de que sepa cual es la persona a quien pensamos designar.” Deduje de esto que se trataba de establecer un Mando supremo aliado en el sudeste de Asia y trazar en aquella zona unas líneas de demarcación.

Al día siguiente me enteré de que los norteamericanos proponían que se nombrara a Wavell para el mencionado cargo. Me satisfizo que la elección recayera en un jefe británico, pero, a mi juicio, el teatro de operaciones en el que habría de actuar no tardaría en ser ocupado totalmente por el enemigo, y las fuerzas que pusiéramos a su disposición serían destruidas por la violenta embestida japonesa. Los jefes británicos de Estado Mayor reaccionaron igual que yo.

En una reunión celebrada con ellos el 26 de diciembre les dije que no estaba convencido en absoluto de que la organización propuesta fuese factible ni deseable. “En aquella zona es necesario ante todo dominar ciertos puntos estratégicos, y el comandante de cada sector sabe perfectamente lo que ha de hacer. Lo difícil es proceder a la distribución adecuada de los suministros que envíen allí. Esto es algo que sólo los

Gobiernos interesados pueden resolver.” Sin embargo, era evidente que debíamos aceptar el punto de vista norteamericano.

Tono de urgencia

Mr. Attlee me felicitó en su nombre y en el del Gabinete por mi discurso ante el Congreso. Al contestar a su telegrama le expuse el problema del mando en el sudoeste del Pacífico.

Del primer ministro al lord del Sello Privado.

“28-12-41.

“Celebro infinito que les complaciera mi discurso. La acogida que se le dispensó fue magnífica. El trabajo que aquí tenemos es agotador. Hoy, durante cinco horas, el Presidente y yo hemos recibido a los representantes de todas las Potencias aliadas o amigas y de los Dominios británicos y les hemos hecho declaraciones estimulantes. Mis conversaciones con el Presidente tienen un carácter cada vez más íntimo y cordial. Beaverbrook también ha obtenido de él excelentes promesas respecto al suministro de material.

“La cuestión del mando único en el sudoeste del Pacífico ha cobrado un tono de urgencia. Anoche el Presidente me habló con insistencia de la necesidad de designar un comandante supremo para las fuerzas de tierra, mar y aire británicas, norteamericanas y holandesas. Esta mañana ha venido a verme el general Marshall, a petición mía, y se ha expresado en el mismo sentido con gran convicción. Las autoridades navales norteamericanas no comparten el indicado criterio, pero no cabe dudar de que será preciso concertar un acuerdo de gran trascendencia al respecto.

“El Presidente tiene intención de designar al general Wavell. Es evidente que Marshall tiene estudiados ya los detalles de la proyectada organización. Hasta ahora he criticado el plan, y aun admirando la generosidad de la oferta, he expresado mis recelos a propósito del efecto que la misma causará en la opinión pública norteamericana. Los jefes de Estado Mayor se han pasado el día estudiando el asunto, y esta noche comunicaré a usted mi parecer definitivo una vez oído el dictamen de nuestros técnicos...”

Las funciones del comandante supremo

Sin tiempo para recibir respuesta de Londres, tuve que acceder a los apremiantes deseos del Presidente y del general Marshall. El ritmo de los acontecimientos era demasiado rápido para que pudiésemos entretenernos en prolongadas deliberaciones a través del Atlántico. Pasé todo el día 28 en conferencia con el Presidente y redactando con mis colaboradores los telegramas que transcribo a continuación:

Del primer ministro al lord del Sello Privado.

“29-12-41.

“He manifestado al Presidente que, previa aprobación por parte del Gabinete, estamos dispuestos a aceptar sus propuestas, que cuentan con el decidido apoyo del general Marshall, y que paso a detallar:

“a) Se establecerá el mando único en el sudoeste del Pacífico. No han quedado fijados aún definitivamente los límites de su jurisdicción, pero la zona podría extenderse desde la península de Malaca, comprendido el frente birmano, hasta las Filipinas, y, por el Sur, hasta las bases necesarias para el abastecimiento, especialmente Port Darwin, comprendidas las vías de comunicación con el norte de Australia.

“b) El general Wavell será nombrado comandante en jefe, o, si se prefiere, comandante supremo, de todas las fuerzas terrestres, navales y aéreas de los Estados Unidos, la Gran Bretaña, el Imperio británico y Holanda que los Gobiernos correspondientes asignen a aquella zona.

“c) El general Wavell, que en principio establecerá su cuartel general en Surabaya, tendrá como comandante en jefe adjunto a una alta personalidad militar norteamericana. Es probable que se designe para este cargo al general Brett.

“d) Las fuerzas navales norteamericanas, británicas, australianas y holandesas de aquella zona serán colocadas bajo el mando de un almirante norteamericano, de acuerdo con los principios generales sentados en los apartados a) y b)

“e) El general Wavell tendrá en el sector meridional del Pacífico un Estado Mayor, que desempeñará el mismo papel que el Alto Estado Mayor de Control de Foch desempeñó en relación con los Altos Estados Mayores de los ejércitos británicos y franceses en Francia. Wavell recibirá órdenes de un Consejo Mixto debidamente organizado, responsable ante mí como ministro de Defensa y ante el Presidente de los Estados Unidos, que es, asimismo, comandante en jefe de todas las fuerzas armadas de su país.

“f) Los principales comandantes sometidos a la autoridad del general Wavell serán: el comandante en jefe de Birmania, el comandante en jefe de Singapur y Malaca, el comandante en jefe de las Indias Orientales Neerlandesas, el comandante en jefe de las Filipinas y el comandante en jefe de las líneas meridionales de comunicación del sur del Pacífico y con el norte de Australia.

“g) La India, para la cual habrá que designar un general en funciones de comandante en jefe y Australia, que tendrá el suyo propio, quedarán fuera de la zona de mando del general Wavell, salvo las excepciones antes indicadas y constituirán dos grandes bases, a través de las cuales pasarán a los sectores de operaciones las tropas y el material procedentes de la Gran Bretaña y el Oriente Medio, por una parte, y de los Estados Unidos, por otra parte.

“h) La Flota norteamericana tendrá bajo su jurisdicción toda la zona del Océano Pacífico situada al Este de las islas Filipinas y de Australasia, incluso las vías de comunicación de los Estados Unidos con esta última.

“i) Se están redactando las instrucciones necesarias para el comandante supremo, en las cuales quedarán convenientemente salvaguardados los demás intereses de los distintos Gobiernos interesados y se señalarán a grandes rasgos las funciones del general Wavell. Enviaré a usted en breve el borrador del documento en cuestión.

“No he intentado discutir el pro y el contra de esta proposición norteamericana tan amplia como generosa, pues me he convencido del valor militar práctico que tiene para el supremo objetivo de ganar la guerra. Es urgente adoptar una decisión y quizá será preciso para el 1º de enero. Habrá que consultar, naturalmente, a Australia, a Nueva Zelanda y al Gobierno holandés, pero no antes de que yo tenga conocimiento de la opinión del Gabinete de Guerra. Entretanto, los Estados Mayores irán preparando aquí los detalles, en espera de que se obtenga la aprobación de todos los afectados por el proyecto.”

Del primer ministro al lord del Sello Privado

“29-12-41.

“Las cosas han ido aprisa. El Presidente ha obtenido la conformidad de los Departamentos de Guerra y de Marina de los Estados Unidos a las disposiciones propuestas en mi telegrama anterior, y el Comité de Jefes de Estado Mayor las ha aprobado. Espero, pues, con impaciencia el asentimiento de ustedes. El Presidente se dirigirá a los holandeses en cuanto le diga que ustedes están de acuerdo. El Foreign Office debe hacer lo mismo...”

“Cuento con usted para tener al Rey informado de todo y obtener su aprobación.”

La ingrata tarea de Wavell

El ofrecimiento que yo había de hacer al general Wavell era en verdad de los que sólo un elevadísimo sentido del deber pueden inducir a aceptar. Era casi seguro que tendría que cargar sobre sus hombros el peso de la derrota en un teatro de operaciones en el que todo era confusión.

Del primer ministro al lord del Sello Privado

29-12-41.

“Sírvese cursar el siguiente telegrama al general Wavell cuando el Gabinete haya dado su conformidad a la línea general de conducta propuesta:

“... Estoy convencido de que sabrá usted apreciar la confianza que se le ha demostrado, y le ruego emprenda inmediatamente su tarea. Los problemas planteados son de tal magnitud y urgencia que el estudio de los detalles, actualmente en manos de los jefes de Estado Mayor, no debe en modo alguno retrasar el anuncio público, que habrá de hacerse, a más tardar, el jueves 1º de enero.

“Usted es el único hombre que tiene experiencia en el mando simultáneo de tan diversos escenarios de operaciones; ya sabe que nosotros le apoyaremos y tendremos buen cuidado de que se le dé toda clase de facilidades. Nadie ignora cuán sombría y difícil es la situación. El Presidente anunciará que su nombramiento ha sido hecho por expreso deseo de él...”

“¡Menudo pollo y menudo pescuezo!”

El 28 de diciembre salí en tren para Ottawa, donde me instalé en la residencia del gobernador general, lord Athlone. El día 29 asistí a una reunión del Gabinete de Guerra canadiense. A continuación el primer ministro, Mr. Mackenzie King, me presentó a los jefes conservadores de la oposición y me dejó a solas con ellos. Aquellos hombres eran de una lealtad y una firmeza insuperables pero al propio tiempo lamentaban amargamente no tener el honor de ser ellos quienes dirigieran el esfuerzo bélico de su país y hubieran, en cambio, de oír expresar a sus adversarios políticos, los liberales unas ideas por las cuales ellos habían luchado toda su vida.

El día 30 hablé ante el Parlamento canadiense. La preparación de mis dos discursos pronunciados allende el Atlántico y que fueron retransmitidos al mundo entero, me obligó a realizar un esfuerzo extraordinario, pues la marejada de mis ocupaciones habituales no cejaba un instante. Hablar no es tarea demasiado difícil para un político que ha encanecido en las lides electorales y parlamentarias, pero seleccionar, en una atmósfera tan cargada de electricidad, lo que hay que decir y lo que no hay que decir es delicado y fatigoso. Hice todo lo que pude. El pasaje de mi discurso de Ottawa que obtuvo más éxito fue aquel en que me referí al Gobierno de Vichy, con el cual el Canadá aún sostenía relaciones.

“... Cuando les advertí que, hiciesen ellos lo que hiciesen, la Gran Bretaña seguiría luchando sola, los generales franceses dijeron a su primer ministro y a su escindido Gabinete: “Dentro de tres semanas, a Inglaterra le habrán retorcido el pescuezo como a un pollo”. ¡Menudo pollo y menudo pescuezo!”

Bienvenida a un año de luchas y peligros

Tanto el discurso de Wáshington como el de Ottawa fueron pronunciados en un momento favorable. Era la época en que todos estábamos eufóricos por la creación de la Gran Alianza con toda su abrumadora fuerza potencial y aún no había empezado a abatirse sobre nosotros la catarata de catástrofes provocadas por la gran ofensiva japonesa, tan largamente preparada y tan maravillosamente realizada. Aun en las ocasiones en que me expresaba en un tono henchido de confianza, presentía ya los tremendos latigazos que iban muy pronto a desgarrar nuestra carne desnuda. No sólo la Gran Bretaña y Holanda, sino también los Estados Unidos, habían de satisfacer tributos aterradores en los océanos Índico y Pacífico y en todos los países e islas de Asia bañados por sus aguas. Avicinábase indiscutiblemente para nosotros un período ilimitado de desastres militares. Nos esperaban largos y sombríos meses de derrotas y pérdidas antes de que viéramos brillar de nuevo la luz.

Cuando volvía en tren a Wáshington, el último día de diciembre de 1941, alguien me rogó que pasara al vagón en que iban muchos de los periodistas más eminentes de los Estados Unidos. Sin abrigar demasiadas ilusiones les deseé a todos un feliz año nuevo. “Doy la bienvenida a 1942. Doy la bienvenida a un año de ardua labor, a un año de luchas y de peligros que, a la vez, constituirán un gran paso hacia la victoria. ¡Ojalá podamos todos verlo terminar con vida y con honor!”



CAPITULO XXXIX

Aplicación práctica de la alianza

Al volver a la Casa Blanca (de regreso de Ottawa, a fines de diciembre de 1941) lo encontré todo dispuesto para la firma del Pacto de las Naciones Unidas. Se habían cruzado muchos telegramas entre Wáshington, Londres y Moscú, pero a la sazón todo estaba a punto.

El germen de la O.N.U.

El presidente Roosevelt había realizado denodados esfuerzos para inducir a Litvinof, el embajador soviético – que por el nuevo giro de los acontecimientos había recobrado poco antes e favor del Kremlin –, a aceptar las palabras “libertad religiosa” contenidas en el Pacto. Con objeto de llevar a cabo un nuevo intento, se le invitó a almorzar con nosotros en las habitaciones del Presidente. Pero después de los malos ratos que había pasado en su país, el embajador debía andar con cautela. Más tarde el Presidente sostuvo con él una conversación privada en la que le habló de su alma y del fuego del infierno.

Los relatos que Mr. Roosevelt nos había hecho en diversas ocasiones de sus entrevistas con el ruso eran verdaderamente edificantes. Tanto, que cierto día le prometí mi recomendación para que se le nombrara arzobispo de Canterbury si perdía las elecciones presidenciales subsiguientes. No planteé, empero, oficialmente el asunto ante el Gabinete ni ante la Corona, y como el Presidente ganó las elecciones de 1944, ya no hubo necesidad de hacerlo.

Litvinof, temblando ostensiblemente de miedo, expuso el problema de las palabras “libertad religiosa” a Stalin, quien las aceptó como la cosa más natural del mundo. El Gabinete de Guerra británico triunfó asimismo en la pequeña batalla acerca de la “seguridad social”, punto que yo apoyé cordialmente en mi calidad de autor de la primera ley de seguro contra el paro forzoso. Después de cruzar el mundo un verdadero torrente de telegramas por espacio de una semana, se llegó a un acuerdo completo respecto a la Gran Alianza.

El Presidente substituyó el nombre de “Potencias Asociadas” por el de “Naciones Unidas”. A mi me pareció este título infinitamente mejor que el otro. Mostré a mi amigo los versos del “Childe Harold”, de Byron:

“¡Allí, do las Naciones Unidas la tizona blandieron,
guerreaban nuestros fieros compatriotas aquel día!
Gesto fue aquél, de trascendencia vital,
que por siempre jamás perdurará.”

El 31 de diciembre por la mañana llevaron a Mr. Roosevelt en su silla de ruedas hasta mi habitación. Yo acababa de salir del baño y di mi conformidad al texto del Pacto. La Declaración no era capaz por sí misma de ganar batallas, pero ponía claramente de manifiesto cuáles eran nuestras ideas y los objetivos de nuestra lucha. Roosevelt, yo, Litvinof y Soong – éste último en representación de China – firmamos aquel agosto documento el día de Año Nuevo de 1942 en el despacho del Presidente. El Departamento de Estado se encargó de recoger las firmas de las veintidós naciones restantes.

Tropas yanquis al Ulster

Entre las distintas peticiones que yo había formulado a Mr. Roosevelt, una de las que consideraba de mayor importancia era la relativa al envío de tres o cuatro divisiones de los Estados Unidos a Irlanda del Norte. A mi juicio, la llegada de 60.000 ó 70.000 soldados norteamericanos al Ulster sería una confirmación evidente de la decisión de la gran República de intervenir directamente en Europa. Aquellas tropas recientemente alistadas podían terminar su entrenamiento en Irlanda tan bien como en su país y se convertirían al propio tiempo en un factor estratégico. Los alemanes verían en ello, sin duda alguna, una nueva razón para renunciar a la invasión de las Islas Británicas. Yo confiaba, asimismo, que exagerarían la importancia de los contingentes desembarcados en el Ulster y de ese modo seguirían prestando atención al Oeste.

Por otra parte, cada división norteamericana que cruzara el Atlántico nos permitiría enviar una de nuestras divisiones británicas, ya bien entrenadas, al Oriente Medio y al África septentrional, objetivo éste que yo no perdía nunca de vista. Aunque muy pocas personas, o quizá ninguna, observaban aquella medida a la luz de este foco, lo cierto es que se trataba del primer paso hacia un desembarco aliado en Marruecos. Argelia o Túnez, medida que me era particularmente grata. El Presidente tenía conciencia clara de esto, y si bien no llegamos a dar forma concreta a la cuestión, yo me daba cuenta de que nuestras ideas seguían un curso idéntico sobre el particular, aun cuando no considerábamos llegado todavía el momento de entrar en detalles.

Como no podíamos revelar a la Prensa ni al pueblo británico los motivos secretos de la operación, eleváronse por doquiera críticas injustas, “¿Por qué – preguntaban, entre otras cosas, los periódicos – han de enviarse tropas norteamericanas al Ulster? ¿No serían mucho más útiles en Singapur?”. Ante lo cual, naturalmente, no quedaba otro remedio que callar y seguir actuando.

Dirección militar unificada

Posiblemente los historiadores futuros considerarán que el resultado más valioso y perdurable de nuestra primera conferencia de Wáshington fue la creación del “Comité Mixto de Jefes de Estado Mayor”. Este organismo quedó instalado en la capital norteamericana, pero como los jefes de Estado Mayor británicos tenían que permanecer en contacto personal y directo con su Gobierno, delegaron sus funciones en otros altos jefes militares con residencia permanente en Wáshington. Estos delegados estaban en contacto diario y en ocasiones más frecuente aún, con Londres, y por lo tanto podían exponer y explicar los puntos de vista de los jefes de Estado Mayor británicos a sus

colegas norteamericanos acerca de todos y cada uno de los problemas bélicos y en cualquier momento del día o de la noche.

Las diversas conferencias que se celebraron en distintas partes del mundo – Casablanca, Washington, Québec, Teherán, El Cairo, Malta y Crimea – pusieron en contacto directo a los propios titulares del Comité Mixto durante períodos que a veces llegaron a dos semanas. De las doscientas reuniones oficiales que celebró el Comité Mixto de Jefes de Estado Mayor en el curso de la guerra, ochenta y nueve tuvieron lugar con ocasión de aquellas conferencias; y casi todas las decisiones de mayor importancia fueron adoptadas en aquellas sesiones plenarias.

El procedimiento habitual era el siguiente: Por la mañana temprano, cada Comité de Jefes de Estado Mayor se reunía por separado; un poco más tarde se fusionaban los dos grupos, y muchas veces volvían a reunirse por la noche en sesión conjunta. Estudiaban la situación general de la guerra y nos sometían al Presidente y a mí las recomendaciones sobre las cuales se habían puesto de acuerdo. Naturalmente, nosotros dos manteníamos nuestra comunicación personal mediante conversaciones telefónicas o por medio de telegramas y permanecíamos en estrecha relación con los respectivos jefes de Estado Mayor. Examinábanse luego las propuestas de los consejeros militares en el curso de las sesiones plenarias y se dictaban las órdenes pertinentes a todos los jefes en campaña.

Por aguda que fuese la disparidad de criterios y por enconadas que fueran las discusiones en el seno del Comité Mixto de Jefes de Estado Mayor, la sincera lealtad a la causa común prevalecía siempre sobre los intereses de carácter nacional o personal. Una vez adoptadas y aprobadas por los jefes de los respectivos Gobiernos, las decisiones eran llevadas a la práctica por todos con la más absoluta buena fe, especialmente por aquellos cuyas opiniones originales habían sido desechadas en el curso de las deliberaciones. Nunca dejamos de llegar a un acuerdo efectivo sobre la línea de conducta a seguir ni sobre las instrucciones precisas que debían cursarse a los comandantes de los diversos teatros de operaciones. Cada uno de dichos comandantes sabía que las órdenes que recibía emanaban de la concepción común y de la autoridad competente de ambos Gobiernos. Jamás existió un organismo de guerra más fecundo entre aliados, y me place en gran manera saber que en la actualidad sigue funcionando, ya que no en la forma, si de hecho.

Los rusos no estaban representados en el Comité Mixto de Jefes de Estado Mayor. Tenían un frente remoto, único, independiente y no había necesidad ni posibilidad de integración militar entre ellos y nosotros. Bastaba con que nosotros conociéramos las grandes líneas de sus proyectos y las fechas que les asignaban, y que ellos conocieran las nuestras. En este terreno mantuvimos con los rusos el contacto más estrecho que ellos permitieron. Oportunamente daré cuenta de mis viajes a Moscú. En Teherán, Yalta y Postdam se reunieron en torno a la misma mesa los jefes de Estado Mayor de las tres naciones.

La pequeña Babel del idioma común

El hecho de hablar el mismo idioma tenía, como es lógico, una importancia capital en las deliberaciones angloamericanas. No existían en absoluto los retrasos y los frecuentes malentendidos parciales que se producen cuando hay que utilizar intérpretes. Existían, empero, diferencias de expresión que en los primeros días originaron un divertido incidente. Los jefes británicos de Estado Mayor prepararon un documento sobre cierto asunto que consideraban urgente y comunicaron a sus colegas norteamericanos que deseaban ponerlo sobre el tapete (*to table*). Pero en Norteamérica el verbo *to table* significa dar carpetazo a un asunto. Entablóse una larga discusión que llegó incluso a

tomar caracteres un tanto agrios, hasta que por fin ambas partes de dieron cuenta de que en realidad estaban de acuerdo y todos pretendían lo mismo.

He dicho ya que el mariscal Dill, aun cuando ya no era jefe del Alto Estado Mayor Imperial, había embarcado con nosotros en el “Duke of York”. Desempeñó un importante papel en todas las deliberaciones, no sólo a bordo sino, sobre todo, cuando nos entrevistamos con los jefes norteamericanos. Advertí en seguida que gozaba de gran prestigio a los ojos de éstos y que podía tener notable ascendiente sobre ellos. Ninguno de los altos jefes británicos que enviamos allende el Atlántico durante la guerra se granjeó en grado parecido la estima y la confianza norteamericana. Su personalidad, su discreción y su tacto le dieron casi inmediatamente notable predicamento cerca del Presidente. Al propio tiempo estableció lazos de sincera camaradería y de amistad personal con el general Marshall.

En el terreno de la producción se produjo una expansión de extraordinaria magnitud. Beaverbrook desempeñó en todo aquello un papel esencial. La historia oficial de la movilización industrial norteamericana da generoso testimonio de ello. Donald Nelson, director de la Producción de Guerra de los Estados Unidos, tenía ya gigantescos planes trazados. “Pero – dice el correspondiente informe norteamericano – lord Beaverbrook expuso en forma dramática a Nelson, el 29 de diciembre, la necesidad de ser audaz”.

Florida, remando de paz

La incesante concentración mental en torno a los problemas de la guerra, mis deliberaciones constantes con el Presidente y sus consejeros principales, así como con los míos, los dos discursos que pronuncié y mi viaje al Canadá, junto con el gran volumen de asuntos urgentes que era preciso resolver y el intercambio de infinidad de telegramas con mis colegas de Londres, hicieron que mi estancia en Wáshington fuese no solamente un período de gran tensión y trabajo, sino una prueba realmente abrumadora. Mis amigos norteamericanos aseguraban que se me veía fatigado y opinaban que necesitaba reposo.

En consecuencia, Mr. Stettinius puso muy amablemente a mi disposición la pequeña finca que poseía junto a una playa solitaria cerca de Palm Beach, y el 6 de enero me trasladé allí en avión. La víspera de mi partida, por la noche, falló de improviso el sistema de acondicionamiento de aire de mi habitación; el calor se hizo sofocante, y al tratar de abrir la ventana se me resintió ligeramente el corazón, lo cual me ocasionó una serie de desagradable sensaciones que continuaron durante varios días. Sir Charles Wilson, mi medido personal, opinó, sin embargo, que no debía anular mi proyectado viaje al Sur.

El general Marshall fue con nosotros en el avión y sostuve con él algunas charlas muy agradables. Cinco días permanecí en la finca de Stettinius, tendiéndome al sol o a la sombra, según las horas, y bañándome en un mar delicioso, a pesar de que en cierta ocasión apareció por allí cerca un tiburón de tamaño respetable. Me dijeron que era un simple “tiburón de costa”; pero la explicación no me confortó demasiado. Tan malo es ser comido por un tiburón de costa como por otro cualquiera. Desde entonces procuré no alejarme de los bajíos.

Mis desplazamientos se mantenían rigurosamente secretos, y la Casa Blanca comunicó a la Prensa que debían ser considerados al igual que los suyos, como si fuesen movimientos de acorazados norteamericanos. Así, pues, nunca se hizo alusión pública alguna a los mismos. Por lo demás, en Florida acudía buen número de personas a saludarme, y muchos periodistas y fotógrafos, con quienes gustaba de cruzar algunas palabras, me aguardaban a la entrada de mi lugar de retiro provisional; pero jamás se filtró una palabra de todo ello en la Prensa.



CAPITULO XL y último de la tercera parte

Vuelo transatlántico fuera de programa

Al volver a la Casa Blanca el 11 de enero de 1942, después de unos días de descanso en Florida, pude observar que el Comité Mixto de Jefes de Estado Mayor había realizado grandes progresos en su tarea y que sus puntos de vista estaban en estrecha armonía con los míos.

Las dudas del general Marshall

El Presidente convocó una reunión para el 12 de enero y en esta se llegó a un completo acuerdo sobre los principios y objetivos generales de la guerra. Las divergencias quedaron limitadas al orden de precedencia y a la mayor o menor importancia que debíamos dar a determinados asuntos, y se llegó a la conclusión de que todos los problemas estaban supeditados a un factor tiránico e ineludible: la disponibilidad de buques de transporte. “El Presidente – dice el acta oficial británica de la reunión – hizo especial hincapié en la necesidad de organizar la Operación “Súper-Atleta”, es decir una expedición conjunta anglonorteamericana al África del Norte. Los servicios correspondientes habían calculado ya el tiempo que se invertiría en preparar el desembarco en aquella región de 90.000 soldados norteamericanos y 90.000 británicos apoyados por considerables fuerzas aéreas.”

Se decidió enviar dos divisiones norteamericanas a Irlanda con el objeto ya explicado anteriormente. El Presidente me había dicho en conversación privada, que estaba dispuesto a enviar lo más rápidamente posible, en caso de necesidad, 50.000 hombres a Australia y a las islas que podían servir de plataforma a los japoneses para invadir aquel continente. Sin pérdida de tiempo iba a salir un contingente de 25.000

hombres de las fuerzas estadounidenses para ocupar Nueva Caledonia y otros estribaderos situados entre América y Australasia.

En el terreno de la “gran estrategia” los Estados Mayores convinieron en que “no se distraería de las operaciones contra Alemania más que el mínimo de fuerzas necesarias para salvaguardar los intereses vitales en otros escenarios de la lucha”. El gran paladín de esta decisión capital fue el general Marshall.

Cierta noche vino éste a verme y me planteó un problema de difícil solución. Marshall había dado su conformidad al envío de unos 30.000 soldados norteamericanos a Irlanda del Norte. Nosotros, naturalmente, habíamos puesto a su disposición, con este objeto, los dos “Queens”, o sea los dos únicos trasatlánticos de 80.000 toneladas que entonces había en el mundo. El general me preguntó cuántos hombres habría que embarcar en ellos teniendo en cuenta que sólo 8.000 podrían disponer de botes, balsas y otros medios de salvamento. Si se prescindía de este importante detalle, los dos paquebotes estarían en condiciones de transportar 16.000 hombres. Le di la siguiente respuesta: “Únicamente puedo decirle lo que nosotros haríamos. Usted debe juzgar por sí mismo los riesgos que está dispuesto a correr. Si se tratara de un envío de tropas destinadas directamente a una operación de guerra, llenaríamos los buques hasta el máximo de su capacidad. Si se tratara de un simple movimiento de tropas, para cuya realización dispusiéramos de tiempo suficiente, no desbordaríamos los límites de la seguridad inherente a los medios de salvamento. A usted le corresponde decidir.”

Marshall no hizo comentario alguno a mis palabras, y nuestra conversación tomó otros derroteros. En sus primeros viajes, los citados buques transportaron tan sólo los efectivos mínimos; pero después se llenaron hasta el máximo de su capacidad. Y los hados nos fueron propicios.

Rápida gestación de la idea

Había llegado para mí el momento de abandonar la atmósfera hospitalaria y vivificante de la Casa Blanca y del pueblo norteamericano, erguido e irritado contra los déspotas y los agresores. No eran luminosas ni mucho menos, las perspectivas que me aguardaban. A pesar de lo impaciente que estaba por encontrarme de nuevo en Londres y de mi fe absoluta en la victoria final, presentía la inminencia de un período de inmensos desastres que debía durar largos meses. Se habían desvanecido mis esperanzas de alcanzar en el desierto líbico una victoria que llevara aparejada la destrucción de Rommel. Éste había escapado con vida. Los triunfos obtenidos por Auchinleck en Sidi Rezegh y en Gazala no habían sido decisivos. El prestigio que estos triunfos nos habían dado al establecer nuestros planes para el desembarco anglonorteamericano en África del Norte había disminuido en gran manera y esta operación quedaba evidentemente aplazada por muchos meses.

Del primer ministro al lord del Sello Privado:

“12-1-42.

“Como en breve quedaré incomunicado con ustedes durante algún tiempo, aunque confío que no sea para siempre, ruégole me telegrafíe esta noche todas las cuestiones importantes que requieran una decisión antes de mi salida de aquí.”

El día 14 me despedí del Presidente. Le noté preocupado por los peligros del viaje. El mundo entero tenía conocimiento desde hacía varios días de nuestra presencia en Wáshington, y los mapas de operaciones señalaban que más de veinte submarinos alemanes patrullaban por las rutas conducentes a Inglaterra. Salimos de Norfolk en avión,

con un tiempo espléndido, hacia las Bermudas, donde el “Duke of York” y su escolta de destructores nos aguardaban al amparo de la barrera de corales. Hice la travesía en un enorme hidroavión “Boeing” que me causó excelente impresión.

En el curso de las tres horas del viaje trabé amistad con el piloto jefe, capitán Nelly Rogers, que me pareció hombre de gran valor y notabilísima experiencia. Tomé los mandos durante unos momentos con objeto de apreciar cómo navegaba por los aires aquella mole de treinta toneladas por lo menos. Cada vez me inspiraba más confianza el hidroavión. De súbito pregunté al capitán: “¿Y se fuésemos en vuelo directo de las Bermudas a Inglaterra? ¿Puede llevar el aparato combustible suficiente?” A pesar de su aire impasible, Rogers se inmutó visiblemente. “Podemos hacerlo, desde luego. Según las previsiones meteorológicas actuales, tendríamos un viento de popa de sesenta kilómetros por hora. Podríamos hacer la travesía en veinte horas”. Le pregunté cuál era la distancia total. “Unos 5.600 kilómetros”, respondió. Al oír esto me quedé pensativo.

“Habría sitio para todos”

No obstante, cuando aterrizamos expuse el asunto a Portal y a Pound. Se estaban registrando en Malaca acontecimientos de magnitud extraordinaria; era preciso que regresáramos cuanto antes a la metrópoli. El jefe del Estado Mayor de la Aviación declaró al punto que no consideraba absolutamente justificado correr el riesgo y que él no podía aceptar semejante responsabilidad. El primer lord del Mar apoyó el punto de vista de su colega. Allí estaba el “Duke of York”, con sus destructores, presto a partir, ofreciéndonos toda clase de comodidades y garantías. “¿Y qué me dice de los submarinos cuya presencia me ha señalado usted?”, le pregunté. El almirante se limitó a responder con un gesto desdeñoso que revelaba bien a las claras cuál era su opinión acerca de lo que tal amenaza suponía para un acorazado rápido y convenientemente escoltado.

De pronto se me ocurrió que tanto el almirante como el mariscal creían que mi intención era hacer el viaje yo solo en avión y dejar que ellos regresaran en el “Duke of York”. Comenté, por consiguiente, como al desgaire: “Desde luego, habría sitio para todos nosotros”. Ante esto, la actitud de ambos varió notablemente. Tras una larga pausa, Portal dijo que podía estudiarse el asunto y que él mismo lo hablaría despacio con el comandante del hidroavión, así como con los técnicos de los servicios meteorológicos.

Dos horas más tarde volvieron a verme y Portal dijo que el viaje era factible. El aparato estaba, sin ningún género de duda, en condiciones de realizar la travesía y las previsiones meteorológicas eran excepcionalmente favorables a causa del fuerte viento de popa. Indiscutiblemente, convenía regresar sin pérdida de tiempo. Pound aseguró, que el piloto jefe le había producido muy buena impresión, entre otras razones por su gran experiencia. Claro que el viaje en aquella forma entrañaba ciertos peligros, pero por otra parte había que tener en cuenta a los submarinos. Decidimos, pues, salir en avión si el tiempo no empeoraba.

Quedó fijada para el día siguiente a las dos de la tarde la hora de partida. Se nos indicó la conveniencia de limitar nuestros equipajes a unas cuantas cajas que contenían documentos de importancia esencial. Dill había de permanecer en Wáshington como representante personal mío cerca del Presidente. Me acompañarían tan sólo los dos jefes de Estado Mayor y Max Beaverbrook, Charles Moran (medico de Mr. Churchill) y el coronel Hollis (secretario adjunto del Gabinete de Guerra). Todos los demás volverían en el “Duke of York”.

Por la tarde, pronuncié un discurso ante la Asamblea de las Bermudas, que es la institución parlamentaria más antigua del hemisferio occidental. Pedí a los miembros de la misma que dieran su consentimiento y prestaran toda su ayuda al establecimiento de bases navales y aéreas norteamericanas en aquellas islas, proyecto que les inspiraba no pocos recelos. Estaba en juego la suerte de todo el Imperio. El perfecto funcionamiento

de nuestra alianza con los Estados Unidos era la mejor garantía de la victoria final, por largo que hubiese de ser aún el camino a recorrer. La Asamblea no formuló ninguna objeción.

El gobernador, lord Knollys, ofreció aquella noche un banquete a las más altas personalidades de la isla y a sus huéspedes de unas horas. Todos nos hallábamos en una excelente disposición de ánimo. Tan sólo Tommy (el teniente de navío Thompson de la Marina Real), mi “portaestandarte”, como yo solía llamarle, estaba aterrado ante la evidencia de que no había sitio para él en el avión. Me expuso cuán poco le atraía la idea de regresar a la Gran Bretaña por mar. Yo le recordé su gran apego al servicio naval y los placeres que el marino curtido encuentra en la inestabilidad de las olas del océano. No pude menos que reconocer el grave peligro de los submarinos. El hombre estaba inconsolable.

Tenia, empero, su plan. Había convencido a uno de los camareros del “Clipper” para que le permitiera ocupar su puesto; él mismo lavaría los platos. Le pregunté qué diría a eso el capitán. Tommy estaba seguro de que si no le decía nada hasta última hora, el capitán no pondría ningún inconveniente. Había comprobado ya que él pesaba menos que el camarero. Me encogí de hombros y fui a acostarme ya de madrugada.

Hay ocasiones en la vida de los hombres...

Me desperté mucho más temprano que de costumbre con la convicción de que no podría volver a conciliar el sueño. Debo confesar que estaba un poco asustado. Pensaba en la inmensidad del espacio oceánico, le daba vueltas a la idea de que en ningún momento nos encontraríamos a menos de mil millas de tierra hasta que nos aproximáramos a las Islas Británicas, me preguntaba a mí mismo si no había obrado con excesiva irreflexión, no cesaba de decirme que quizá había puesto demasiada carne en el asador. Siempre me había inspirado temor la idea de un vuelo trasatlántico. Pero la suerte estaba echada. Y con todo, he de reconocer que si a la hora de desayunar o aun antes del almuerzo, me hubiesen comunicado que las condiciones atmosféricas habían cambiado y que debíamos hacer el viaje por mar, me habría reconciliado fácilmente con la perspectiva de una travesía a bordo del magnífico navío que había venido desde tan lejos para llevarnos de nuevo a casa.

Bañaba la isla un sol maravilloso, y quedaron confirmadas las previsiones meteorológicas favorables. A mediodía, una lancha motora nos llevó hasta el hidroavión. Hubimos de aguardar una hora en el muelle porque un vaporcito auxiliar que había ido al “Duke of York” a recoger los equipajes se retrasó más de lo que esperábamos. Tommy estaba desolado. El capitán había echado por tierra su proyecto en forma expeditiva. El camarero formaba parte de la tripulación; no era posible admitir a bordo a una sola persona más; todos los depósitos estaban llenos de combustible hasta los mismos bordes. Buen trabajo iba a costar ya conseguir que el aparato despegara del agua con el peso que llevaba. Partimos, pues, hacia el extremo del puerto, dejando a Tommy sumido en lamentos tan amargos como los de lord Ullin en el poema de Thomas Campbell pero por distintas razones. Nunca hasta entonces nos habíamos separado uno del otro ni volvimos a separarnos en el curso de aquella clase de viajes.

Cielo en calma y viaje feliz

Trabajo costó, según había previsto el capitán, despegar del agua. Yo tenía incluso mis dudas de que llegaríamos a salvar las lomas que cierran la bahía. En realidad, no corríamos peligro alguno; estábamos en buenas manos. El hidroavión se elevó pesadamente a cuatrocientos metros de los arrecifes, con lo cual nos quedó un margen de varios centenares de pies.

Indiscutiblemente, estos grandes aparatos ofrecen todo género de comodidades. Yo disponía de una cama excelente y espaciosa en el departamento de honor situado a popa, con grandes ventanas a ambos lados, había que recorrer cosa de diez o doce metros para llegar, a través de los diversos compartimientos superpuestos, al salón y comedor, donde nada faltaba al buen catador de viandas y de bebidas. El aparato volaba con extrema suavidad, la vibración no era desagradable; pasamos una tarde excelente y la cena fue copiosa y animada.

Estas aeronaves constan de dos pisos y hay que subir un buen número de escalones para llegar a la cabina de pilotaje. Había cerrado la noche, y todas las previsiones eran buenas. Volábamos a la sazón en medio de una densa bruma, a unos dos mil metros de altura. Era fácil ver los bordes de ataque de las alas iluminadas por las llamas de los tubos de escape. En aquella época, los aparatos en cuestión llevaban un gran tubo de goma que se extendía y se contraía a intervalos con objeto de evitar la formación de peligrosas capas de hielo. El capitán me explicó como funcionaba aquello, y de vez en cuando veíamos saltar el hielo en pedazos al extenderse el tubo de goma. Fui a acostarme y dormí profundamente durante varias horas.

Los peligros de navegar a ciegas

Me desperté poco antes del amanecer y me dirigí a la cabina de pilotaje. Despuntaba el día. Debajo de nosotros se extendía una alfombra casi ininterrumpida de nubes.

Tras permanecer aproximadamente una hora sentado en el puesto del segundo piloto, noté un ambiente de inquietud en torno a mí. Según los cálculos, nos acercábamos a Inglaterra por el sudoeste y teníamos que haber dejado ya atrás las islas Scilly, pero éstas no habían sido vistas a través de ninguno de los intersticios de la alfombra de nubes. Como habíamos estado navegando durante más de diez horas en medio de la niebla y en todo aquel tiempo habíamos visto tan sólo una estrella, podía darse el caso de que después de un vuelo tan largo nos encontrásemos ligeramente apartados de nuestra ruta normal. Las comunicaciones inalámbricas se hallaban, naturalmente, limitadas por las normas corrientes en tiempo de guerra.

A juzgar por las animadas deliberaciones que se celebraban, era evidente que no sabíamos exactamente donde estábamos. Al poco rato, Portal, que había estudiado con detenimiento la situación cruzó unas palabras con el capitán y luego me dijo: “Vamos a virar hacia el norte enseguida”. Así se hizo y al cabo de otra media hora de navegación entre las nubes avistamos tierra inglesa, sobrevolamos Plymouth y amaramos suavemente en la bahía después de esquivar los globos de la defensa que brillaban a la luz del sol.

En el momento de salir yo del aparato, el capitán me dijo: “En mi vida me he quedado más tranquilo que al dejarle a usted aquí sano y salvo”. No comprendí entonces el significado exacto de aquella observación. Más tarde me enteré de que si hubiésemos tardado cinco o seis minutos más en virar hacia el norte nos habríamos encontrado encima de las baterías alemanas de Brest. Durante la noche nos habíamos desviado excesivamente hacia el sur. Por añadidura el cambio decisivo de ruta efectuado nos llevó a Inglaterra, no por el sudoeste, sino por el sur con ligera tendencia al este, es decir, en la dirección que lógicamente había de seguir un aparato enemigo y no en la dirección en que se nos esperaba. El resultado de ello fue, según supe algunas semanas más tarde, que los servicios británicos de defensa nos tomaron por un bombardero alemán procedente de Brest, y seis “Hurricanes” de la aviación de caza recibieron orden de derribarnos. Por suerte no lograron llevar a cabo la misión encomendada.

Con la satisfacción que es de suponer, al llegar a Londres telegrafí al presidente Roosevelt: “Hemos dado un buen salto desde las Bermudas hasta aquí, con viento favorable de 30 millas por hora”.

